

A decorative graphic of flowing, translucent purple fabric swirls that frames the top and middle sections of the cover.

EL CAZADOR Y LA PRESA

LENA SVENSSON

• EL SEGUNDO CASO DE GRETA LINDBERG •



de

Una vez más, el pueblo de Mora se ve envuelto en un caso que conmociona a la población. Esta vez, en el comienzo de la temporada estival, un secuestro y posterior asesinato sacude la tranquilidad de las calles, en especial, porque se trata de una niña de once años.

Las sospechas recaen sobre un joven retraído, que se gana enseguida el desprecio de todos en Mora. Al poco tiempo, aparece muerto también. Es Greta Lindberg quien, como la miss Marple de Agatha Christie, se topa con los crímenes, como si ellos se involucraran con la muchacha y no al revés.

Una vez más, Greta, con su afición por las novelas de detectives, intentará desentrañar el misterio con la complicidad del teniente Stevic, con la reticencia del inspector Karl Lindberg, su propio padre. Aun así, tendrá tiempo para ocuparse de su librería, para organizar presentaciones de libros y para formar parte de una trama en la que, hasta último momento, no se sabrá quién es el cazador y quién la presa.

Lena Svensson dialoga con otros autores de la novela negra para construir en Mora la mejor tradición del policial escandinavo: inteligente, cruel, lleno de acción y hasta con una ligera candidez.



Lena Svensson

El cazador y la presa

Greta Lindberg - 2

ePub r1.2
Titivillus 05.07.15

Título original: *El cazador y la presa*
Lena Svensson, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Perla Ballerio, una de mis lectoras más fieles.

*Existe, profundamente implantada
en el corazón humano, la pasión por cazar.*

CHARLES DICKENS

PRÓLOGO

El perro, un excelente ejemplar de lebrél atigrado que respondía al nombre de *Halcón*, tiró con fuerza de la correa, y logró soltarse. Segundos después, salió disparado y se alejó del sendero.

Vetle Mørk, en cambio, se quedó paralizado con la mirada fija en la negra espesura del bosque que parecía haberse tragado a su perro. Se secó el sudor de la frente y miró hacia ambos lados. ¿Dónde diablos se había metido el maldito animal? Hacía rato que había anochecido, pero el pueblo estaba plagado de turistas y prefería que nadie lo encontrara allí. Si bien aquel sitio bastante solitario estaba apartado de la carretera, cualquier foráneo podría aparecer de un momento a otro. Se llevó una mano a la espalda y se estiró hacia atrás. Una mueca de dolor torció sus labios. La artritis que lo aquejaba desde hacía varios años, le arrancó un quejido. Observó atentamente a su alrededor. No había señal de *Halcón* por ninguna parte, lo que sea que lo hubiera atraído de aquella manera lo tenía muy entretenido. Era tarde y debía regresar al pueblo, no podía perder el tiempo con aquel perro tonto. Silbó con fuerza. Nada. *Halcón* seguía sin aparecer. Su auto estaba estacionado a un lado de la carretera, a cuatrocientos metros de donde se encontraba. Le tomaría unos cuantos minutos regresar hasta allí. Soltó un bufido, no tenía más remedio que salir en su búsqueda. Se calzó la escopeta en el hombro, encendió la linterna y se internó en el bosque siguiendo el rastro del perro.

No tuvo que caminar mucho. Lo encontró a unos cuantos metros junto a un árbol caído.

Halcón, con el hocico pegado al suelo, daba varios círculos alrededor del enorme tronco. Cuando sus delgadas patas comenzaron a escarbar el suelo soltando la tierra y apartando las ramas amontonadas, Vetle supuso que el perro había atrapado a su

presa, quizá un conejo o un zorro.

Se acercó lentamente. El perro ni se inmutó, parecía que ni siquiera notaba que él estaba allí.

—¿Qué has encontrado, bribón? —Se inclinó para acariciar la cabeza de *Halcón* en señal de aprobación. Ya no estaba enojado, mucho menos si su fiel compañero aportaba la cena de esa noche.

El perro, excitado e inquieto, hizo caso omiso a su amo. Como buen cazador, lo que se ocultaba debajo de aquellas ramas secas era, en ese momento, su prioridad.

De repente, el hocico del perro se hundió en la tierra y olfateó. Comenzó a tironear hacia atrás con fuerza. La presa parecía estar inmóvil. Cuando Vetle apuntó con la linterna, descubrió, espantado, que no era un conejo... tampoco un zorro.

Entre los dientes afilados de su perro, colgaba un calcetín de color amarillo. Unos cuantos centímetros más abajo, asomaba un pequeño pie.

Vetle se levantó de un sopetón. Al hacerlo, la linterna cayó al suelo. Maldijo por su torpeza. Con manos temblorosas, la recogió y hurgó dentro del bolsillo de su cazadora en busca del teléfono móvil. Por fortuna, había señal, aunque estaba tan nervioso que tuvo que marcar el número de la policía tres veces antes de poder comunicarse por fin.

Halcón, mientras, continuaba olisqueando la presa.

—¡Necesito que vengan rápido! ¡Acabo de encontrar un cuerpo enterrado en el bosque! —Miró a su perro antes de posar sus ojos en el pie cubierto con el calcetín amarillo—. ¡Creo que es Kerstin Ulsteen!

CAPÍTULO 1

Greta quitó el anuncio de la puerta de Némesis. Se detuvo a contemplar el rostro sonriente de la pequeña Kerstin durante unos segundos. Suspiró hondamente y recordó el momento exacto en que la madre de la niña le había preguntado desesperada si podía colgar aquel papel en blanco y negro con la foto de su única hija en la librería. Un escalofrío bajó por su espalda. Nadie imaginó entonces que la extraña desaparición de Kerstin Ulsteen pudiese acabar de aquella manera. Muchos, en el fondo, guardaban la ilusión de que la niña de once años solo hubiese cometido alguna travesura y regresara pronto al lado de su madre.

Pero el tiempo pasaba y las esperanzas se apagaban.

Doce días de angustia e incertidumbre que habían mantenido a todos con el corazón en la boca.

Guardó el anuncio debajo del mostrador, no podía arrojarlo al cesto de la basura. No podía hacer con aquel papel lo mismo que el asesino de Kerstin había hecho con ella al dejarla tirada en medio del bosque.

Apenas el día anterior, Mora había amanecido con la terrible noticia; el pueblo entero no dejaba de hablar sobre la espantosa tragedia que había arrancado a Kerstin de los brazos de su madre. Los homicidios de Annete Nyborg y Camilla Lindman aún estaban demasiado frescos en la mente de todos. Creían que nunca más volverían a ser golpeados por un suceso tan cruel, tan despiadado. Aquellos actos aberrantes no podían acontecer en un lugar tranquilo como Mora. No podían.

La verdad era que nadie en su sano juicio podía jamás imaginarse el nefasto final que le esperaba a la pequeña.

Greta, como lo venía haciendo cada mañana desde la desaparición de la niña, encendió el ordenador. Aún tenía unos minutos antes de abrir la librería. Sabía de

primera mano que la policía tenía un nombre por fin: Mattias Krantz. Tras los primeros días de la investigación, en los que no había surgido ninguna pista importante, el muchacho había pasado a convertirse en el principal sospechoso. No fue solo por su carácter esquivo o su extraña manera de comportarse lo que había atraído la atención de la policía. Mattias había sido visto en varias oportunidades merodeando el parque en el que Kerstin solía pasar el rato con sus amiguitas. Otro detalle inquietante era que el muchacho había estado en casa de la niña un par de semanas antes de su desaparición arreglando un ordenador. Sin embargo, más allá de las sospechas, no habían logrado probar nada en su contra. Aun así, Greta presentía que el pueblo entero ya lo había condenado.

No había novedades relevantes concernientes al caso en el periódico *on-line*. La policía estaba siendo escueta a la hora de brindar información a la prensa, aun así, el periodista encargado de la crónica de sucesos parecía arreglárselas bastante bien para conseguir datos *off the record*. A ella no le sucedía lo mismo: cada vez que le preguntaba a su padre por el caso, se mostraba renuente a contarle los detalles de la investigación. A esas alturas, ya debía de estar acostumbrada, sin embargo, le molestaba que su padre siguiese creyendo que su interés por la investigación se debía, según sus propias palabras, a una «curiosidad exagerada y a la irritante necesidad de husmear donde no debía». Sentía que aún no le había perdonado el hecho de haber arriesgado su vida para atrapar a la asesina de Annete Nyborg y Camilla Lindman.

Lo mejor era no darle más vueltas al asunto. Miró el reloj en la parte inferior derecha de la pantalla. Ya era hora de abrir. Enfiló hacia la puerta y se asomó. El sol empezaba a entibiar el aire desde temprano. Todavía quedaban vestigios del crudo invierno, sobre todo en las zonas más altas donde la nieve aún no se había derretido del todo, sin embargo, para fines de mayo la primavera, por fin, se desplegaría en todo su esplendor.

Saludó con la mano a la señora Schmidt, quien, en ese momento, salía del pequeño hostel que regenteaba justo frente a la librería. La mujer, de origen alemán, se había hecho cargo del lugar tras el fallecimiento de su esposo y en muchas ocasiones había invitado a Greta a comer en su local. Allí, la mujer la agasajaba con platos típicos de su tierra; desde un succulento *Currywurst* a base de salchicha con curry y salsa de tomate o el preferido de Greta; *Plinse* relleno con mermelada, al cual no se podía resistir y el único culpable de que hubiese aumentado dos kilos desde que frecuentaba el hostel. Se tocó el abdomen, la principal víctima de sus excesos: necesitaba recuperar la línea. El lunes saldría a correr.

Regresó al interior de la librería justo para atender el teléfono.

—Librería Némesis, buenos días —saludó toda formal.

—¿Greta, eres tú?

Maja Persson. Tardó en reconocer aquella voz chillona, pero era ella.

—¿Supongo que no te habrás olvidado de mí, no?

A Greta se le hizo un nudo en la garganta. De las pocas amistades que había dejado en Söderhamn, a quien más echaba de menos era precisamente a Maja. La había conocido gracias a Stefan, ya que era la hermana de su mejor amigo. La joven era, además de bibliotecaria, una devota aficionada a los libros de misterio. Esa pasión en común había hecho que congeniasen de inmediato. Ella había sido quien de alguna manera le había abierto los ojos con respecto a Stefan. Incluso en una ocasión, después de una fuerte discusión con él, la muchacha le había ofrecido asilo en su casa. Sin embargo, después de mudarse a Mora, había preferido cortar cualquier vínculo con su pasado. Así, su antigua vida en Söderhamn lentamente fue quedando atrás.

—No, por supuesto que no. Es agradable saber de ti. ¿A qué debo el placer de tu llamada? —preguntó al tiempo que trataba de adivinar cómo había conseguido el número de la librería.

—En primer lugar, quería saber de ti. Recordé que tenía el número de tu padre y lo llamé a él primero. —Hizo una pausa, de trasfondo se oía el bullicio de unos niños—. Me contó que ahora tienes una librería y que te está yendo muy bien por allí. La verdad es que me habría gustado que tú misma me lo dijeras.

Notó reproche en sus palabras. No era para menos. Se sintió mal por ella: la pobre de Maja no tenía la culpa de sus traumas.

—Lamento haber desaparecido así.

—No te preocupes, Greta. Sé que tu vida aquí no fue nada fácil y es normal que quisieras empezar de nuevo después de lo de Stefan.

La mención de su nombre la angustió. Ese era uno de los motivos por los que la amistad con Maja se había enfriado tras su regreso a Mora. Ya no quería saber de él, no deseaba que le hablaran de él.

—No, no lo fue —reconoció—. Fue bastante duro empezar de cero, casi sin nada. La librería consume todo mi tiempo, pero no me quejo: cumplí mi sueño y eso me hace feliz.

Maja no la dejó continuar.

—Me alegra oír eso. Después de todo lo que has tenido que pasar al lado del hijo de puta de Stefan, es bueno saber que la vida te está recompensando ahora —manifestó sin preocuparse por esconder su rabia. No era secreto para nadie que no soportaba al mejor amigo de su hermano—. Pero bueno, hablemos de cosas mucho más agradables. El motivo de mi llamada es para anunciarte oficialmente que me caso y, por supuesto, quiero que vengas a mi boda.

Greta sonrió. La noticia era más que sorprendente. Maja siempre había pregonado orgullosamente que no pensaba atarse a nadie, al menos, hasta que no cumpliera los cuarenta. ¡Qué poco había durado su convicción! Se puso seria de repente. La vida la enfrentaba a un gran dilema: no le agradaba en absoluto regresar a Söderhamn; sin embargo, tampoco le daba la cara como para hacerle semejante desaire a su amiga.

—Maja, no creo que sea buena idea regresar. —Daba por descontado que Stefan estaría en la boda; después de todo, quien contraía enlace, era la hermana de su mejor amigo.

—No puedes decirme que no —insistió la mujer desde el otro lado de la línea.

Podía usar a Némesis de pretexto, como lo había hecho antes, escudándose una vez más en su falta de tiempo, pero la verdad era que no quería mentirle. Desde que el Club de Lectura se había tomado un receso, tenía muchos ratos libres. Además, sabía que era ella la culpable de que hubiesen perdido el contacto meses atrás. De alguna manera, quería reparar su error, sin embargo, algo la frenaba.

—No lo sé...

—Yo, por el contrario, pienso que debes hacerlo. Siento que aún no has logrado romper definitivamente con tu vida anterior, si fuera así, no te daría pánico volver. Supongo que no lo sabes, pero a Stefan no le ha costado nada rehacer su vida. Me contó mi hermano que hace unos tres meses que está saliendo con una chica, no sé quién es y, la verdad, no me importa. Si él pudo seguir adelante, tú también puedes hacerlo.

No se lo esperaba. Enterarse de que Stefan tenía una nueva relación logró desconcertarla al punto de no saber qué decir.

—¿Greta, sigues ahí?

Tras unos segundos, por fin pudo reaccionar.

—Sí.

—¿Estás bien? Perdón por soltarte la noticia así, pero tenías que saberlo.

—Maja, ¿puedo llamarte en un rato y darte una respuesta?

—Por supuesto.

Colgó rápidamente. Acto seguido, fue hasta la sección de lectura y se hizo un ovillo en el sillón Chesterfield. Recostó la cabeza en el respaldo y respiró profundamente.

Stefan estaba con otra mujer. Apenas podía creerlo. Después de haberla celado como un loco mientras estaban juntos y de perseguirla luego, cuando ella había decidido dejarlo, él había hecho borrón y cuenta nueva demasiado pronto. Ahora entendía por qué de un día para otro, había dejado de acosarla.

Maja tenía razón. Quizá era hora de regresar a Söderhamn y reconciliarse

definitivamente con su pasado. Debía quitarse la duda y descubrir que pasaría cuando viese a Stefan nuevamente. Él formaba parte de lo malo. La amistad de Maja, en cambio, había sido una de las mejores cosas que guardaba en el corazón. No podía permitir que el reencuentro con su ex ensombreciera la alegría de acompañar a su amiga en el momento más importante de su vida.

Por eso, tomó una decisión. Se levantó y regresó al mostrador. Marcó el número de Maja.

—¿Cuándo es el feliz acontecimiento?

La muchacha sonrió.

—Mañana por la noche. Sé que no hay mucho tiempo, pero puedes reservar un vuelo y estar aquí en menos de media hora. ¿Qué dices? ¿Vienes?

Tardó unos cuantos segundos en responder. Cuando abrió la boca, dijo lo que Maja esperaba oír.

—Cuenta conmigo. Allí estaré.

Después de colgar el teléfono, se quedó mirando el aparato un largo rato.

No valía arrepentirse. Ya no.

Las cartas estaban echadas, había efectuado el primer movimiento y ahora tocaba jugar. Solo esperaba haber tomado la decisión correcta. Aún le parecía increíble que en poco más de veinticuatro horas estuviera de regreso en Söderhamn.

* * *

La reunión en el centro de comandos, el cual funcionaba ahora en una de las oficinas vacías de la comisaría, llevaba ya un cuarto de hora. El inspector Karl Lindberg se llevó ambos brazos a la cintura. Miró a sus compañeros.

—Lo que más me molesta es que no podemos probar que Mattias Krantz lo haya hecho. A pesar de que todos los indicios apuntan hacia él, no hay nada real en su contra. No tenemos el arma homicida, tampoco el lugar donde estuvo cautiva Kerstin antes de ser asesinada.

Quienes lo acompañaban se sentían de la misma manera: impotentes y con las manos atadas.

Mikael se recostó en la silla y se restregó los ojos con fuerza. Llevaba varias horas en pie y el rato que se había tomado para descansar, tirándose en el camastro de una de las celdas, de poco le había servido. No había pegado ojo en toda la noche y allí estaba, a las diez de la mañana, con un sueño que se caía.

—Tiene todas las fichas para llevarse el premio gordo, pero el fiscal fue bastante claro al respecto: sin pruebas es imposible presentar el caso en el tribunal. Tampoco quiere más quejas por hostigamiento policial —alegó haciendo referencia a la denuncia que habían interpuesto los padres de Mattias Krantz en contra de la policía tras descubrir que vigilaban a su hijo.

Tanto Nina como Karl coincidieron con él. Malte Lafrenz era uno de los mejores dentro del sistema judicial sueco y había sido asignado a la provincia de Dalarna hacía pocos meses: tiempo suficiente para fortalecer su reputación como fiscal implacable. Si querían meter a su sospechoso tras las rejas, debían profundizar más en la investigación y encontrar esa prueba que convenciera a la justicia de que estaban yendo por el camino correcto. A esas alturas, ninguno de los allí presentes dudaba de la culpabilidad de Mattias Krantz, sin embargo, las hipótesis no valían de nada en un juicio.

—El muy hijo de puta se cuidó de no dejar rastros —despotricó Nina olvidándose por un rato de sus modales. Hojeó el informe de la autopsia, aunque se lo sabía casi de memoria. Obvió las fotografías porque eran demasiado escabrosas. Le había bastado verlas una sola vez para no querer volver a hacerlo—. Sabemos que Kerstin murió pocas horas antes de ser hallada en el bosque. El asesino lavó el cuerpo y lo vistió antes de deshacerse de él, por eso no se hallaron fibras ni cabellos. Ni siquiera se consiguió recuperar algún rastro de semen. ¡Hasta el asesino más cauteloso puede cometer un error!

—No este —sentenció Karl y se sentó nuevamente en la silla.

—Repasemos una vez más lo que tenemos hasta ahora —sugirió la sargento Wallström mirando a su compañero.

Mikael se levantó de la silla con parquedad. Luego se giró sobre los talones para contemplar la pizarra llena de notas y fotos.

—Kerstin fue vista por última vez el veinticinco de abril por la tarde, a las tres y media. Le dijo a su madre que iría hasta lo de una amiga, Sanna Reiner. La niña dijo que Kerstin nunca llegó a su casa. —Señaló una fotografía en donde se veía a la pequeña en bicicleta—. Las cámaras de seguridad del hotel ubicado en la calle Fridhemsgatan la filmaron diez minutos después de dejar a su madre.

—La bicicleta fue abandonada a menos de un kilómetro de allí, en Mäxvägen —aportó Nina—. Su morral fue hallado un poco más lejos de la carretera, junto a un poste de teléfono.

Mikael asintió.

—La bicicleta estaba intacta, no había señales de ningún impacto, por lo que descartamos que la hubiesen chocado para llevársela. Tampoco faltaba nada del

interior de la mochila.

—Lo más probable es que Kerstin conociera a su captor. Cuando se la llevaron aún no había anochecido. Nadie oyó gritos o pedidos de auxilio —señaló Karl.

—¿Y si no iba realmente a la casa de su amiga? —planteó Mikael volviendo a su sitio. Le dolía la espalda después de haberse pasado horas tirado en el duro camastro de la celda.

—Su madre asegura que sí. —Nina, que tenía el expediente a mano, leyó: «Kerstin me pidió permiso para ir a casa de Sanna a estudiar. Siempre se reunían por las tardes. Le preparé la mochila y se despidió con un beso; me prometió que regresaría antes de las siete».

Mikael no parecía estar muy convencido.

—La madre no notó nada raro, quizá porque ir a la casa de su amiguita era un acto rutinario. Nada nos asegura que Kerstin no le hubiese mentado para irse a otro lado.

—Allí es donde entra Mattias Krantz —acotó el inspector Lindberg—. La víctima lo conocía, vive en la misma calle y varios testigos aseguran haberlo visto rondando el parque donde solía jugar. Incluso, dos semanas antes de su desaparición, había estado en la casa de la niña arreglando un ordenador.

—Eso no nos alcanza, Karl. Debemos encontrar algo que lo conecte directamente con la víctima. Hemos dado vuelta su habitación y lo único que hemos descubierto es que Kerstin era una pequeña muy coqueta, que coleccionaba bisutería de madera y procuraba vestir a la moda, es decir: llevaba la vida de cualquier persona de su edad. Lo que deberíamos hacer es volver a interrogar a Sanna Reiner. La amiga puede saber algo y ni siquiera darse cuenta de ello. Krantz no tiene una coartada sólida para el momento del secuestro. Nadie puede corroborar que estuviese cazando al otro lado del pueblo, como nos dijo. Cuando le preguntamos dónde estaba a la hora que creemos que Kerstin fue asesinada, dijo que no lo recordaba.

Nina concordó con Mikael.

—Mañana a primera hora vayan a casa de Sanna y hablen con ella. Después será el turno de Krantz. Lo traeremos a la estación una vez más. Quizá si le metemos presión consigamos que suelte prenda. Me importa un bledo las advertencias de Lafrenz. Arreglaré cuentas con él más tarde. Necesitamos una orden del juez para allanar la cabaña que suele usar cuando va de cacería: puede ser el sitio donde mantuvo cautiva a la niña. —Se relajó solo por un instante y echó un vistazo a Mikael—. Stevic, tienes un aspecto deplorable. Ve a tu casa y descansa como Dios manda.

Nina sonrió. Las palabras de Karl parecían duras, pero, en el fondo, el jefe solo se preocupaba por él, aunque no lo reconociera.

Mikael obedeció sin chistar. Necesitaba recuperar horas de sueño, aunque hacerlo

significaba regresar a su casa y enfrentarse, una vez más, a la mirada acusadora de su esposa.

Cuando salieron de la oficina, Nina atajó al oficial Stevic en el pasillo. Fue directo al grano.

—¿Cómo van las cosas con Pia?

—No van —respondió con un dejo de desgano.

—Debes darle tiempo, supongo que no es sencillo para ella... —le aconsejó mientras le daba una palmadita en el hombro.

Mikael soltó un suspiro.

—Mucho me temo que no es cuestión de tiempo. Pia me culpa por lo sucedido, y lo más triste de todo es que tiene razón.

Nina quiso decirle algo para hacerle entender que estaba equivocado. No pudo. Mikael ya se había marchado, dejándola sola en el pasillo.

* * *

Mattias espió hacia la calle a través de la persiana cerrada. Prácticamente vivía dentro de las cuatro paredes del apartamento desde que Kerstin Ulsteen había desaparecido. Cuando salía, lo hacía de noche para no toparse con nadie. El único sitio al que iba era a la casa de sus padres. Ellos eran los únicos que no le lanzaban miradas acusatorias y no murmuraban por lo bajo. Incluso Simon, su compañero de apartamento, parecía hacer hasta lo imposible para no cruzarse con él. Por eso quería mudarse nuevamente a la casa donde había crecido: el único lugar en donde realmente se sentía seguro.

Se apartó de la ventana y dio varias vueltas por la habitación. Tenía miedo. Sentía que su vida estaba en suspenso, pendiendo de un hilo que no tardaría en cortarse. Toda aquella situación se le estaba yendo de las manos. Se sentó frente al ordenador y revisó la cuenta de correo por enésima vez en el día.

Nada.

Estaba empezando a impacientarse.

Tomó el teléfono móvil y marcó el número. Lo sabía de memoria.

Se puso de pie de golpe cuando saltó el contestador. Un segundo después, el aparato terminó hecho trizas contra el suelo.

Mattias se arrojó en la cama. Colocó el cuerpo en posición fetal y apretó los ojos con fuerza para no escuchar el rápido bombeo de su corazón.

Algo no andaba bien. Lo sabía.

CAPÍTULO 2

Mikael entró al apartamento y arrojó la chaqueta sobre la mesita. La sala estaba vacía. Si no recordaba mal, Pia debía de estar aún en el hospital cumpliendo con su guardia semanal. Desde que había perdido al bebé, hacía hasta lo imposible para evitarlo. No se lo había dicho abiertamente, pero no eran necesarias las palabras. Bastaba el reproche en su mirada para comprender que no se lo perdonaría nunca. Como siempre, no había estado cuando su esposa más lo necesitaba y se maldecía por ello. Fue hasta la cocina y sacó una lata de cerveza del refrigerador. Se la bebió de un trago. Respiró hondamente. La situación que estaba viviendo lo traía de cabeza. Incluso en la comisaría se habían dado cuenta de que algo no andaba bien. Por eso agradecía la discreción con la cual se manejaban delante de él. Había pensado tomarse unos días, pero ocurrió lo de Kerstin y ya no pudo hacerlo. El apoyo de Nina, así como la preocupación camuflada de Karl, habían evitado que colapsara. Y por supuesto... Greta. Muchas veces le bastaba recordar su sonrisa para aliviar cualquier pesar. Si bien durante las últimas semanas se habían visto poco, no había un día en que no pensara en ella.

Giró para recostarse contra la mesada. Recorrió cada metro cuadrado de la cocina lentamente con la mirada. Estaba impecable. Pia siempre había sido ordenada, sin embargo, después de lo sucedido, mantener el apartamento limpio se había convertido casi en una obsesión para ella.

Muchas cosas habían cambiado desde entonces. Error: no habían cambiado, estaban empeorando. Ya no eran sus continuas infidelidades o la necesidad imperiosa de su esposa por convertirse en madre lo que había hecho de su matrimonio un infierno. Eran los reproches, las miradas acusatorias y un enorme sentido de culpa que lentamente iban destruyendo lo poco que les quedaba.

Se preguntó por enésima vez por qué no se largaba y, de nuevo, halló la respuesta. No podía hacerlo sin sentirse un hijo de puta. ¿Qué hombre abandonaría a su esposa después de haber perdido un hijo?

Se pasó la mano por el mentón. Hacía casi una semana que no se rasuraba. Abandonó la cocina en dirección al cuarto de baño, pero se detuvo cuando escuchó que la puerta se abría.

Pia entró, lo miró directamente a los ojos, y él volvió a sentirse el peor de los hombres.

—Necesito hablar contigo —le dijo seriamente.

Mikael se acercó. Notó algo diferente en su semblante, pero no logró descubrir qué era.

—Tú dirás.

Ella le dio la espalda. Se recostó contra el marco de la ventana y contempló el lago Siljan. Un hondo suspiro fue lo único que se escuchó en el apartamento.

—Me marcho —soltó por fin.

Aquellas dos palabras, quizá las que tendría que haber dicho él mucho tiempo antes, lo dejaron helado.

—¿Qué dices?

—He pedido una licencia en el hospital y ya arreglé todo con mi hermana. Sofie está encantada de recibirme en su casa. Necesita ayuda con los niños y... —titubeó. En ese punto se le quebró la voz—. Creo que es lo mejor para los dos.

Por unos cuantos segundos, él no supo qué decir. Solo preguntó:

—¿Cuánto tiempo estarás en Falun?

—No lo sé, el tiempo que haga falta. —Se volteó y trató de sonreír—. Estarás bien sin mí.

—Pia...

—Es lo mejor, Mik, y lo sabes. Si seguimos así, terminaremos por destruirnos el uno al otro. —Le acarició la mano—. Te amo, pero en este momento no podemos estar juntos.

Mikael asintió. Pia había tenido el valor que a él le había faltado. Su actitud provocó entonces que se sintiera peor. Ella quería alejarse de su lado. Por primera vez en mucho tiempo, ya no lo necesitaba.

Debía dejarla marcharse, ni siquiera tenía el derecho de pedirle que reconsiderara la decisión.

—¿Tienes todo listo?

—Sí. Me voy esta noche en el tren de las nueve.

Le pareció demasiado pronto, aunque prefirió no decírselo. Percibía que le había

costado mucho tomar aquella determinación y él no le haría las cosas más difíciles. Tal vez ella creía que aquella separación serviría para enmendar su matrimonio.

Dudaba de que así fuese, pero tampoco se lo dijo.

* * *

A Teresa Reiner no le agradaba en lo absoluto volver a recibir a la policía en su casa y mostró un gesto adusto que fue más que evidente.

—Señora Reiner —dijo Nina antes de sonreírle—. Sentimos volver a molestarla, pero necesitamos hablar con su hija.

La mujer respiró hondamente con fastidio. Abrió la puerta para que ella y Mikael entraran. Los condujo hacia el salón, un espacio no muy grande con tres sillones de gamuza sintética roja y un piano de cola en el rincón.

—Sanna está durmiendo. Desde lo de Kerstin ha tenido pesadillas. El doctor ha dicho que se le pasará. —Se cruzó de brazos y sacudió la cabeza—. ¡Cómo si una niña a esa edad pudiese olvidar que su mejor amiga fue masacrada como un cordero!

Ni Mikael, ni Nina hicieron comentarios. Sí sabían que Sanna estaba muy afectada por lo sucedido. Lo habían comprobado la primera vez que la habían interrogado. No habían sacado ningún dato relevante para avanzar en la investigación. Cuando quisieron profundizar con las preguntas, la niña, terriblemente conmocionada, se había cerrado por completo y fue inútil seguir con el interrogatorio.

Se sentaron en los sillones mientras Teresa iba a despertar a la niña.

Nina observó de soslayo a su compañero. Apenas lo había visto esa mañana, supo que había ocurrido algo y ese algo tenía que ver con Pia. Se moría de ganas de preguntarle, pero no era el momento ni el lugar.

Por su parte, Mikael percibió la mirada curiosa de la sargento Wallström y agradeció en silencio la oportuna aparición de la dueña de casa acompañada de la pequeña.

—Hola, Sanna —la saludó Nina.

La pequeña se abrazó a su madre. Aún llevaba el pijama y unas pantuflas de peluche en forma de tortuga.

Teresa Reiner acarició la cabeza de su hija.

—Cariño, la sargento Wallström y el teniente Stevic quieren hacerte algunas preguntas sobre Kerstin —trató de explicarle.

Sanna reaccionó cuando oyó el nombre y agachó la cabeza.

—Les dije que aún estaba muy afectada.

Mikael decidió intervenir.

—Sanna, me he enterado de que tocas muy bien el piano. —Se inclinó hacia adelante para que lo viera.

Ella asintió.

—¿No te gustaría interpretar alguna melodía para nosotros?

Sanna se encogió de hombros. Todavía seguía mirando el piso.

—Anda, cariño. ¿Por qué no tocas esa canción nueva que te enseñó la señorita Bauer?

Con lentitud, Sanna se separó de la madre y se dirigió hasta el piano. Sus pequeñas manos volaban sobre las teclas, y arrancaban suaves notas al viejo Bentley, el cual, según les había comentado Teresa, había sido adquirido por su esposo en una subasta en Rättvik dos años antes a un precio bastante razonable.

El salón volvió a sumirse en el silencio cuando Sanna dejó de tocar. Mikael entonces se levantó y caminó hasta ella. Se puso en cuclillas para estar a su altura y la tomó de la barbilla.

—Sanna, sabemos que estás muy triste porque tu mejor amiga murió.

La niña por fin lo miró. Sus enormes ojos azules, tan expresivos, provocaron un nudo en la garganta del teniente.

—Kerstin no murió... la mataron.

—Es verdad, alguien le hizo mucho daño y queremos atrapar al culpable, por eso estamos aquí.

—Mi hija ya les ha dicho todo lo que sabe —intervino Teresa, poniéndose a la defensiva.

Mikael la miró.

—Señora Reiner, no se alarme, solo estamos haciendo nuestro trabajo. Vinimos hasta aquí porque creemos que Sanna puede saber algo que no nos ha dicho.

—¿Se refiere al señor que hablaba con Kerstin en el parque?

El teniente y la sargento intercambiaron miradas. Sanna parecía haberse soltado por fin.

—¿De qué señor hablas?

—Era amigo de Kerstin. Cuando aparecía, ella se apartaba de nosotros para irse con él.

—Dime, Sanna, ¿cuándo se hizo Kerstin amiga de ese señor?

La niña lo pensó durante unos cuantos segundos.

—Hace mucho.

—¿Exactamente desde cuándo? —insistió Mikael. Sabía que los niños tenían una

percepción muy distinta a los adultos sobre el paso del tiempo.

Sanna miró a su madre, presintiendo, quizá, que lo que iba a decir, merecía una reprimenda.

—Kerstin me pidió que no dijera nada, que era un secreto y no podía romperlo. — Se mordió el labio—. Por eso no dije nada... No quiero que se enfade conmigo.

—No te preocupes, Kerstin no va a enojarse contigo, pero, dime, ¿te contó alguna vez quién era ese hombre?

Negó con la cabeza.

—Nunca me dijo su nombre, pero yo ya lo había visto muchas veces en el parque antes de que se hiciera amigo de ella.

Estaba hablando de Mattias Krantz; aun así, tenían que confirmarlo. Mikael sacó una fotografía y se la mostró.

—¿Es este el hombre que viste con Kerstin?

Sanna primero miró a su madre, luego movió la cabeza.

—No lo sé. Llevaba una gorra y siempre lo veía de lejos.

Su respuesta no fue la esperada.

—Míralo bien —insistió Mikael.

La niña abrazó a su madre y se negó a seguir mirando la fotografía.

—Ya le dije que no puede reconocerlo —volvió a terciar Teresa Reiner.

El teniente asintió. No iban a conseguir nada presionando a la pequeña. De repente, Sanna se apartó y le mostró una pulsera.

—Un día, le regaló una pulsera igual a esta —le dijo levantando una mano.

—¿Estás segura?

Sanna asintió.

Tanto Nina como él soltaron la respiración. Antes de aquella visita, prácticamente no tenían nada para seguir. Ahora, el testimonio de la mejor amiga de Kerstin podría conducir la investigación por un buen camino. Si la huella de Mattias aparecía en la pulsera que le había regalado a la niña, podrían conectar directamente a la víctima con el sospechoso. Mikael le pidió a Sanna que tocara una pieza más en el piano. Después, se marcharon. Durante el trayecto, Nina llamó por teléfono a su jefe y lo puso al tanto de las novedades.

Interrogar nuevamente a Mattias Krantz sería el siguiente paso. El segundo, volver a revisar las pertenencias de Kerstin y encontrar la pulsera. Sin perder más tiempo, acataron la primera de las órdenes del inspector Lindberg: buscar al sospechoso y llevarlo hasta la comisaría.

* * *

Lo único que odiaba Greta de toda aquella situación era dejar la librería un sábado por la tarde a cargo de su primo. Lasse se desenvolvía bastante bien, pero era precisamente los sábados por la tarde cuando Némesis recibía la mayor afluencia de clientes. No tenía otra opción. Dejó escapar un suspiro: seis meses después de su partida, jamás se le habría cruzado por la cabeza volver a Söderhamn. Las pocas amistades que había dejado allí habían quedado relegadas en un rincón de su memoria. Allí, en el mismo lugar donde había enterrado el recuerdo de Stefan. No quería pensar en su ex, sobre todo ahora que regresaba al sitio donde todo había comenzado y terminado tan mal.

—¡Lasse, Lasse! —*Miss Marple* estiró el pescuezo cuando vio entrar al muchacho en la cocina.

—¿Necesitas ayuda?

Greta lo miró directamente a los ojos.

—¿Quieres ir a esa bendita boda en mi lugar?

Lasse sonrió.

—¿Qué tan malo puede ser?

No contestó de inmediato. Si bien Lasse y ella se habían vuelto más cercanos en los últimos meses, existían ciertos asuntos que prefería no tratar con él. Sobre todo porque sabía que se iría de lengua y le contaría todo a su tía Ebba. Y, por consiguiente, su padre, el último eslabón de aquella cadena de chismes, terminaría enterándose.

Miró el boleto de avión encima de la mesada. Al menos no tendría que conducir hasta Söderhamn y soportar tres horas en la carretera. Se sirvió una taza de café al tiempo que le recordaba a Lasse que debía llamar al proveedor de Estocolmo antes de las siete.

—No te preocupes, prima. La librería sobrevivirá una tarde sin ti —dijo en son de broma—. ¿Qué harás con *Miss Marple*?

Los ojos azules de Greta se posaron en la mascota.

—No puedo llevarla conmigo, así que le pediré amablemente a mi padre que se quede con ella. Se la dejaré en la comisaría de camino al aeropuerto.

—Puede quedarse en casa. Estoy seguro de que mamá no tendrá problemas en cuidarla —le ofreció.

—No hace falta, gracias. *Miss Marple* está acostumbrada a estar con papá; aunque la consiente demasiado, creo que lo mejor es que él se haga cargo de ella —le explicó.

—Puedo alcanzársela yo, así no tienes que desviarte del camino —insistió.

Greta negó con la cabeza.

—Quiero llevarla personalmente, de paso aprovecho para saludarlo.

Los labios de Lasse se curvaron en una sonrisa que su prima no vio. Estaba seguro de que no era precisamente a su padre a quien esperaba ver en la comisaría.

Greta miró el reloj. El vuelo salía a las ocho; apenas le quedaba tiempo para terminar de arreglarse y llevar la lora. Lasse regresó a atender la librería. Ella se metió corriendo al cuarto de baño, no sin antes darle uno de sus aretes a *Miss Marple* para que se entretuviese un rato.

Cuarenta minutos más tarde estaba lista. Lo primero que hizo fue buscar el regalo para su amiga. Estaba segura de que lo adoraría. Se dirigió hasta la biblioteca y tomó uno de los libros con cuidado. Era la primera edición de *El sueño de vivir*, de Sun Axelsson, la poetisa favorita de Maja. Era realmente una joya literaria, publicada en 1978, y que había heredado de su madre. Le daba cierta melancolía deshacerse de él, sin embargo, sabía que lo dejaba en muy buenas manos. Luego metió a la lora dentro de la jaula y pasó por Némesis para despedirse de Lasse y, de paso, comprobar que le estuviese yendo bien sin ella. Se subió al Mini Cabrio y ubicó a *Miss Marple* en el asiento del acompañante. Antes de encender el motor, se cercioró de que no se olvidaba nada. Todo estaba en su cartera: el boleto de avión, el regalo para Maja, el teléfono móvil y un ejemplar de bolsillo de *El estrangulador de Hyde Park*, de Anne Perry. Contrariamente al resto de la gente, le agradaba el tiempo de espera en los aeropuertos, rato que aprovechaba para enfrascarse en un buen libro de misterio. La aglomeración de vehículos la obligó a atravesar Millåkersgatan casi a paso de tortuga. Era un fastidio la temporada alta, porque Mora se llenaba de turistas y perdía la calma a la que estaba acostumbrada. A medida que se iba acercando a la comisaría, el tráfico se iba diluyendo hasta perderse en Kyrkogatan. Estacionó en el primer lugar libre que encontró y, antes de bajarse, contempló su aspecto en el espejo retrovisor. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, *look* que le daba cierto aire de elegancia. Si hubiese sido por ella, habría asistido a la boda de Maja en vaqueros y camiseta, pero no quería dar la nota. Mientras menos llamara la atención, mucho mejor. Bajó a *Miss Marple* y subió los escalones de dos en dos. Un oficial la saludó con una sonrisa. Cuando ella le dio la espalda, el joven se volvió para contemplarla a sus anchas. No era habitual ver a la hija del jefe llevando vestido, sobre todo, uno que le sentaba de maravillas.

Mientras atravesaba el pasillo le resultó inevitable pensar en Mikael. Se preguntó si estaría allí y cómo reaccionaría al verlo. Las últimas semanas habían tenido poco contacto. Ella evitaba pasar por la comisaría y, cuando el teniente la buscaba en

Némesis, le explicaba que estaba demasiado ocupada como para aceptar tomar un café con él. Después del aborto de su esposa, Greta había decidido poner distancia entre ambos, pero Mora era un lugar pequeño y no resultaba para nada sencillo. Además, comprendió de inmediato que no verlo no era lo mismo que dejar de pensar en él. Para colmo de males, Hanna la atormentaba diciéndole que esa actitud no le serviría de nada. Por primera vez, los consejos de su amiga, le habían entrado por una oreja y le habían salido por la otra. Se detuvo de golpe, en medio del pasillo, cuando se dio cuenta del verdadero motivo por el cual no había dejado que fuera Lasse quien llevara a *Miss Marple* hasta la comisaría. Se regañó por su estupidez y su falta de voluntad. ¿Qué esperaba que sucediera cuando lo viese? ¿Acaso buscaba que Mikael evitara que volase esa noche a Söderhamn?

Resignada al hecho de que quizá estaba cometiendo un error, enfiló directamente hacia la oficina de su padre. La encontró vacía, por lo que se dirigió a la sala de comandos al final del pasillo.

Cuando llegó, la puerta estaba entreabierta y no pudo evitar oír lo que estaban diciendo.

* * *

—Parece que se lo hubiera tragado la tierra —manifestó Mikael, molesto—. Su compañero no supo decirnos dónde está y sus padres ni siquiera se dignaron a hablar con nosotros.

Nina se cruzó de brazos.

—Es evidente que lo están encubriendo. Al menos sabemos en qué vehículo se ha fugado.

En la pizarra, habían colocado una fotografía de la camioneta que había usado Mattias para huir. Se trataba de una Toyota Tacoma color verde aceituna que pertenecía a Kjell Krantz. Aquel dato lo habían conseguido gracias a uno de los vecinos que, cuando fue interrogado, recordó que esa mañana temprano había visto a Mattias salir en la camioneta de su padre.

—Ya hemos reportado el número de la matrícula. En este momento, la fotografía del sospechoso está circulando por todos lados, sin embargo, han pasado más de diez horas y no aparece. —Karl sabía que, mientras más tiempo tardaran en dar con él, menos posibilidades tendrían de hallarlo. Maldijo en silencio por no haber previsto que aquello sucedería—. Mikael, ¿qué hay de las cámaras de seguridad?

—¡Mikael, Mikael!

El parloteo de la lora retumbó en todo el pasillo.

—*Miss Marple*, cállate. —Greta sacudió la jaula y amonestó a su mascota en voz baja. Cuando alzó la cabeza, descubrió que todos la estaban mirando. No le quedó más remedio que entrar.

El más sorprendido de verla allí fue Karl, quien de inmediato se acercó y la saludó efusivamente como si no la hubiese visto en mucho tiempo. Mientras abrazaba a su padre, Mikael y ella cruzaron miradas. Fue solo un segundo, pero bastó para que la tensión entre ambos se hiciera evidente una vez más. Saludó a Nina con una sonrisa y se preparó para la reprimenda que le soltaría su padre.

—¿Qué haces aquí un sábado por la tarde? —preguntó Karl observando su peculiar atuendo.

—Papá, necesito que te quedes con *Miss Marple* esta noche —le pidió.

Él la apartó para que los demás no escucharan la conversación.

—¿No me digas que tienes una cita y quieres que te haga de niñera? —preguntó curioso. La idea de que su hija por fin decidiera tener un poco de vida social nocturna le traía un poco de sosiego. Sobre todo si eso implicaba que se mantuviera alejada de Stevic.

Greta no sabía cómo se tomaría su padre el hecho de que estaba a punto de regresar a Söderhamn, pero era inútil ocultárselo, así que se lo soltó de repente.

—¿A Söderhamn? ¿Y recién me entero? —le reprochó.

—Papá... —Bajó la voz. Odiaba discutir con él cuando había gente alrededor.

Karl se cruzó de brazos, poco le importaba ahora que su conversación llegase a oídos de sus compañeros.

—No entiendo por qué no me lo dijiste antes.

Greta dejó la jaula en el suelo. De inmediato, *Miss Marple*, comenzó a batir las alas.

—No tuve tiempo, la invitación de Maja me cayó de improviso —le explicó.

—No te costaba nada tomar el teléfono y avisarme. —Karl sospechaba que su hija se había presentado a aquella hora, prácticamente cuando el «hecho ya estaba consumado» a propósito. No le gustaba en lo más mínimo que Greta regresara a Söderhamn, aunque solo fuese por unas horas. Por la expresión en su rostro, asumió que a ella tampoco le agradaba demasiado la idea.

—Lo siento, papá, pero no puedo discutir este asunto contigo ahora. —Le mostró el reloj—. Mi vuelo sale en tres horas y tengo un largo trecho hasta el aeropuerto. —No le dio tiempo a decir nada más. Le dio un beso cariñoso y acarició a *Miss Marple* en el pico. Antes de salir, les dedicó un tibio adiós al teniente y a la sargento.

—Stevic, ¿qué miras? —lo amonestó Karl al descubrir que los ojos de Mikael apuntaban hacia la parte trasera de la anatomía de su hija.

Él carraspeó, nervioso. Tomó unos papeles y fingió leerlos. Aún no había asimilado el hecho de que Greta regresaba al sitio donde había vivido con su ex.

Se sintió embargado por una agobiante sensación muy parecida a los celos.

CAPÍTULO 3

Hanna dejó el bolso encima de una de las tantas mesitas negras que en el restaurante Claras se habían dispuesto en la parte frontal del local, aprovechando la llegada de los turistas y el reinante clima benévolo de aquellos últimos días de mayo. Eran cerca de las ocho y parecía que la estrategia de los dueños había dado resultado. No conocía a la mayoría de los clientes que ocupaban las mesas vecinas. Echó un vistazo al interior del restaurante: lleno a tope. No le gustaba salir sola, pero era sábado y no pensaba quedarse en su casa agregando grasa a sus caderas y llorando con una mala película romántica en el Canal 4. Sacó el móvil del bolso y revisó si había algún mensaje. No había noticias de Greta todavía. Se había enterado del viaje relámpago a Söderhamn la noche anterior cuando la llamó para contárselo. No tenía dudas de que su amiga la estaría pasando fatal. Le habría encantado acompañarla, aunque conocía lo suficientemente bien a Greta como para afirmar que prefería pasar los malos tragos sola y lamerse las heridas cuando nadie más la viera.

La camarera se le acercó, y ella ordenó un vaso de vino blanco. Cuando volvió a quedarse sola, sus ojos recorrieron el lugar con interés. De repente, cruzó la mirada con un desconocido, seguramente uno de los tantos turistas que habían invadido Mora durante las últimas semanas. Él le sonrió. Ni lerda, ni perezosa, le devolvió la sonrisa. Vio que llevaba una cámara de fotos colgada del cuello. Era un modelo profesional, como las que solía usar ella en su trabajo. Alzó la copa de vino y la movió hacia donde estaba el sujeto en señal de saludo. Nunca había sido escrupulosa con los hombres, no empezaría esa noche. Su gesto logró el efecto deseado: el desconocido se acercó y pidió permiso para sentarse a la mesa.

—Soy Hanna —fue lo primero que dijo después de beber un sorbo del vino.

—Evert Gordon —respondió él sin dejar de sonreír. Luego llamó a la camarera y

ordenó una cerveza.

—¿De dónde eres, Evert Gordon?

—Vivo en Estocolmo, pero nací en Kiruna.

«Un magnífico ejemplar del norte», pensó Hanna al tiempo que lo observaba. Cabello oscuro desordenado, ojos verdes casi ocultos debajo de unas espesas cejas y sonrisa de ganador.

—¿Qué te trajo a Mora?

Evert agradeció la cerveza a la camarera y dejó el porrón encima de la mesa.

—Necesitaba alejarme del bullicio de Estocolmo por un rato. Un amigo me habló de este lugar y no lo dudé ni un segundo.

Hanna señaló la cámara de fotos.

—Una Nikon Reflex SRL —comentó al tiempo que se acomodaba el cabello. Alabó la sabia decisión de haberse esmerado en su arreglo aquella noche—. Exposímetro incorporado; control de enfoque manual y visor de pentaprisma —agregó haciendo alarde de sus conocimientos.

—¡Vaya, me has sorprendido!

—Soy fotógrafa profesional.

Evert soltó una carcajada.

—No vas a creerlo, pero yo también lo soy. Trabajo para una agencia internacional de noticias en Estocolmo.

Hanna nunca había creído en eso que la gente llamaba «destino», pero empezaba a tener serias dudas. Evert era atractivo, le agradaba y, por si fuera poco, parecía disfrutar de su compañía tanto como ella. Que compartieran la profesión era un ingrediente que volvía aquel encuentro casual más sugestivo aún.

Habían pasado casi dos meses desde su última salida con un hombre. Más que una cita, aquel encuentro arreglado por su padre había sido un castigo. Hylvid Windfel aún conservaba la esperanza de ver a su única hija establecida en un buen matrimonio, si fuese posible, con un esposo de su elección. Por esa razón, no había sido capaz de negarse cuando le pidió que conociera al hijo de un amigo suyo, según sus propias palabras, «un muchacho respetuoso, trabajador y fervoroso devoto». Ahl Mattsson resultó todo lo opuesto: un fresco que no paraba de hablar de su nuevo coche y que se había dedicado a mirarle el escote durante toda la cena. Obviamente prefirió guardarse esos detalles y, cuando su padre le preguntó cómo le había ido, se había limitado a decir las palabras que esperaba oír. No quería iniciar una nueva batalla en su contra, prefería seguirle la corriente, a pesar de que la hartaba que no entendiera que nunca sería la hija que él esperaba que fuera.

Decidió que no tenía caso seguir pensando en su padre y las expectativas que

había puesto en ella. Tenía enfrente algo más interesante en que ocuparse. Mientras terminaban los tragos, charlaron de fotografía y cosas banales. El tiempo pasó volando, y Hanna aceptó gustosa que Evert la acompañase hasta su casa. Antes de despedirse, ella lo invitó a conocer su estudio y él le prometió pasar por allí lo antes posible. Esa noche, el «magnífico ejemplar del norte» había conseguido que se olvidara de Greta.

* * *

Söderhamn no había cambiado demasiado los últimos seis meses. A medida que el taxi avanzaba, todas las imágenes que guardaba en la memoria se agolparon frente a sus ojos como si estuviera viendo un viejo álbum de fotos. Desde Oscarsborg, la altísima torre erigida en 1895 en honor al rey Oscar II de Suecia, monumento emblemático de la ciudad, hasta la plaza que rodeaba al colegio donde impartía sus clases de Literatura. Cuando llegó a la intersección de Skolhusgatan con Kungsgatan, observó que la vieja hostería donde había pasado tantos buenos ratos estaba siendo remodelada nada más y nada menos que por Perex Bygg, un de las empresas constructoras más importantes de la región, señal de que la ciudad progresaba a pasos agigantados. Dejó escapar un suspiro cuando el taxi viró hacia Källgatan. Supo que no faltaba mucho. Unos metros adelante, la iglesia donde se oficiaba la ceremonia apareció ante sus ojos. Cuando el vehículo se detuvo, también lo hizo el corazón de Greta. Se apeó rápidamente y respiró profundamente, le llegó el característico olor del riachuelo que atravesaba la parte sur de la ciudad. Observó a su alrededor. Había unos cuantos autos estacionados en la calle, esperaba no haber llegado tarde. Se apretó el bolso contra el pecho y comenzó a andar. Atravesó el arco en forma de semicírculo que conducía hasta el acceso principal y entró. Por fortuna, la boda aún no se había iniciado. Se ubicó en el ala derecha, cerca del pasillo. Desde allí observó al novio que esperaba nervioso junto al altar. Descubrió que no lo conocía. Los cuchicheos se apagaron cuando el clavicordio entonó las primeras notas del *Ave María* de Schubert.

Maja hizo su entrada triunfal prendida del brazo de su padre. Estaba bellísima y, si Greta hubiese sido de la clase de mujeres que desde niña sueña con aquel momento, habría lagrimeado, pero ese rol le quedaba mucho mejor a su amiga Hanna. Cuando pasó a su lado, le sonrió y le rozó el brazo.

La novia llegó hasta el altar en donde la recibió su futuro esposo. Greta escuchó con atención las palabras del pastor, y sus doloridos pies, enfundados en unos zapatos

de tacón alto, rogaban para que todo terminase de una buena vez.

Y todavía faltaba lo peor.

Oteó a su alrededor con disimulo mientras los demás prestaban atención a la feliz pareja.

Entonces lo vio.

Suponía que estaría preparada para aquel momento, sin embargo, tuvo que reconocer a regañadientes que no lo estaba. No era sencillo volver a ver a Stefan después de lo que había sucedido entre ellos. Habían estado juntos durante tres años. Aún tenía demasiado viva en su mente la tarde en la que la había arrojado encima del auto frente a sus compañeros de trabajo. Un episodio violento que había borrado de un plumazo todos los buenos recuerdos compartidos. Había cambiado: al menos en el aspecto físico, ya no era el mismo. Descubrió que se había dejado crecer el cabello; lo tenía en un tono más claro, peinado hacia atrás. Llevaba un traje color azul y recordó cuánto le costaba a ella convencerlo de que se vistiera con elegancia cada vez que se les presentaba la ocasión. Stefan se mesó el cabello y, cuando se movió un poco hacia atrás, Greta advirtió que no estaba solo.

La mujer que lo acompañaba y que, en ese momento, lo tomaba de la mano era nada más y nada menos que Elin Rosenberg, quien enseñaba en el mismo colegio que ella. No supo ni siquiera cómo reaccionar. Ni en un millón de años se podría haber imaginado que su exnovio y su excompañera de trabajo terminasen juntos, sobre todo, porque Elin había sido testigo de los arranques de violencia de Stefan cuando iba a buscarla al colegio. Apartó la mirada de inmediato. No quería ser atrapada espíandolos. Debía escabullirse de aquel lugar sin ser detectada. Prometió no leer un solo libro durante todo un mes si algún dios caritativo se apiadaba de ella. Se retractó. Un mes era demasiado tiempo, cambió el trueque: dos semanas sin tocar un libro si conseguía salir de allí sin toparse con sus dos ex.

Lamentablemente para ella, ningún juramento iba a impedir que se encontrara cara a cara con Stefan Bringholm. Cuando la ceremonia terminó, no tuvo más remedio que acercarse a los recién casados para felicitarlos. El abrazo con Maja duró una eternidad y no pudo evitar que unas lágrimas cayeran por sus mejillas. Una mujer regordeta la arrancó de allí y Greta se vio rodeada rápidamente por los padres de la novia y algunos excompañeros que se acercaron a saludarla. Logró escabullirse en medio del tumulto. No hizo más que salir al pasillo cuando alguien le rozó el brazo.

—Greta, ¿pensabas marcharte sin saludar?

El simple roce de la mano de Stefan en su piel desnuda le provocó un escalofrío.

—No... por supuesto que no —le respondió, forzando una sonrisa. No le agradaba verlo, tampoco hablar con él.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Greta trató de adivinar cuál era exactamente su intención al acercarse a ella. La inquietaba pensar que la obsesión que había destruido su relación seis meses atrás no hubiese desaparecido. Si bien no había vuelto a molestarla desde que se había mudado a Mora, no podía bajar la guardia. Stefan era un hombre impredecible y seguramente continuaba siéndolo. La gente no cambia en tan poco tiempo.

—Me alegra que hayas venido —dijo al ver que ella se había quedado muda.

Greta lo miró. No le gustó lo que vio: Stefan parecía disfrutar de aquella situación. ¿Acaso volverlo a ver la afectaba más de lo que esperaba? O lo que era peor aún... ¿Stefan se habría dado cuenta? No iba a permitir que creyera que todavía sentía algo por él, porque no era verdad. Iba a abrir la boca cuando una voz femenina se lo impidió.

—¡Greta, qué sorpresa!

Elin la abrazó, ahogando a Greta con su abundante mata de cabello dorado. Acto seguido, se prendió a Stefan como quien toma posesión de algo que le pertenece.

—Hola, Elin.

—Qué bueno que hayas podido venir. Quise llamarte yo misma, pero... no sabía cómo te ibas a tomar lo nuestro —manifestó mirando de reojo a su flamante pareja.

Volvió a sonreír. Había perdido la cuenta de las veces que había tenido que fingir una sonrisa aquella noche.

—No te preocupes por eso, lo mío con Stefan pertenece al pasado —le dijo al tiempo que observaba cómo lentamente los invitados a la boda se iban retirando. Lo mismo deseaba hacer ella. Por fortuna, parecía que Elin quería lo mismo y, unos segundos más tarde, terminó por arrastrar a Stefan hasta el coche.

Greta suspiró aliviada cuando por fin se quedó sola. Se dio cuenta entonces de que no le había dado aún el regalo a Maja. Buscó a la madre de la novia y le pidió que le entregara el obsequio por ella, ya que no tendría ocasión de hacerlo más tarde. Había sido invitada a la pequeña recepción que se llevaría a cabo en el hotel Best Werner, pero no tenía ninguna intención de ir. Previendo que no se quedaría, había reservado una habitación en el Scandic Bollnäs debido a que su vuelo no salía hasta la mañana siguiente. La noche se prestaba para dar un paseo, así que decidió no ir de inmediato al hotel. Después de que la gente se fue dispersando, Greta recorrió unos cuantos metros hasta llegar a Kungsgatan, una de las arterias principales de la ciudad. El clima había cambiado, y el rocío de la noche mojaba las calles. Se arrebujó con el abrigo. Como cualquier sábado por la noche, el centro de Söderhamn estaba invadido de gente, pero no le importó. Necesitaba perderse en el bullicio de la multitud para olvidar el mal trago que había pasado. Se sentó en una banqueta y se quitó los

zapatos. Buscó alivio a sus dedos apretujados dentro de las pantimedias de nylon, moviéndolos hacia arriba y hacia abajo. Unos adolescentes pasaron y la miraron con disimulo. Luego, uno de ellos, le lanzó un silbido de admiración. Aquel gesto le arrancó una sonrisa. Se recostó en la banqueta y contempló el cielo. No había estrellas y una enorme estela roja se desvanecía en el horizonte: llovería al día siguiente. Le resultaba extraño que pudiera pensar en cosas tan banales después de lo que había sucedido. Debía significar que lo que alguna vez había sentido por Stefan se iba evaporando como aquella mancha rojiza en el firmamento. Sin embargo, había algo que le molestaba. Tenía muy en claro que no le importaba que otra mujer se hubiera enredado con su ex. Lo que realmente le daba rabia era que él la hubiese reemplazado tan pronto. Creía que aquel sentimiento poco agradable estaba reservado solamente al espécimen masculino, pero comprobó que una mujer también podía sentirse herida en su orgullo. Envidiaba a Stefan. Él había sabido rehacer su vida, cuando ella, en cambio, en asuntos del corazón, se había vuelto un completo desastre.

Volvió a colocarse los zapatos y miró el reloj. Las diez en punto. Su estómago comenzó a rugir de hambre. Con parsimonia, se puso de pie: iría al hotel, cenaría algo liviano y terminaría su noche en Söderhamn haciendo lo que más le gustaba: leyendo un buen libro de misterio.

* * *

Otra noche para el olvido.

Mikael pateó las sábanas hasta arrojarlas al suelo. Se pasó ambas manos por el rostro y suspiró hondamente. Contempló el cielorraso verde musgo. Nunca le había gustado aquel color, pero Pia había insistido aduciendo que era el último grito de la moda y terminó saliéndose con la suya. Incluso había ido hasta Gävle, a la sucursal de IKEA más cercana para elegir una batería de cocina nueva y un par de cortinas que hicieran juego con las paredes. A él, en cambio, le parecía patético y deprimente. Se incorporó de un salto. No tenía sentido intentar conciliar el sueño, sabía que era una batalla perdida. Las últimas noches, el insomnio y él parecían llevarse de maravillas. Entró al cuarto de baño y se miró al espejo. Su aspecto había empeorado, no era raro que en la comisaría estuvieran preguntándole todo el tiempo cómo estaba. Abrió el grifo de agua fría y se mojó la cara. Se secó restregando con fuerza la toalla. Luego regresó a la habitación, pero no se acostó. Se dirigió hacia el gran ventanal y, olvidándose de que solo llevaba la parte baja del pijama, salió al balcón. Donde sintió

primero la brisa helada fue en el rostro. Cerró los ojos durante un segundo mientras apoyaba ambas manos en el barandal. El apartamento tenía una vista privilegiada; desde allí se podía observar el lago Siljan y la zona de la costa completamente iluminada por grandes farolas. El panorama que se extendía frente a sus ojos era maravilloso y descubrió que nunca le había prestado realmente atención. ¿Cuántas cosas más en su vida habían corrido con la misma suerte? Pensó en Pia y en todas las ocasiones en las cuales la había hecho sufrir. Primero con sus incontables infidelidades, luego, con su falta de compromiso a la hora de enfrentar la realidad. Ahora, estaba pagando el precio por sus errores. Hacía ya veinticuatro horas que su esposa se había marchado y lo más patético de todo era que ni siquiera la extrañaba. Se maldijo una y otra vez. Siempre había estado convencido de que no la merecía, que Pia era demasiado buena para un sujeto como él. Después de tres años, sentía realmente que las cosas ya no tenían remedio. El aborto había sido solo la gota que rebasó el vaso y, Pia no se lo perdonaría jamás. Se estremeció de frío. Entró al apartamento y cerró el ventanal. Sus ojos se dispararon hacia la mesita de noche donde había dejado el teléfono móvil. Lo tomó y revisó la lista de contactos. Todavía tenía guardados los números de sus ocasionales amantes: Anna, Birgitta, Eva, Lena, Tilda... Todas continuaban allí. Podía apostar sin temor a equivocarse que habría bastado una sola llamada para que vinieran a hacerle compañía. De repente, vio un nombre que echó por tierra cualquier deseo de terminar con una antigua amante en su cama esa noche.

Greta.

Reprimió el acuciante impulso de marcar su número. No tenía derecho a hacerlo, seguramente ella estaría divirtiéndose en la boda de su amiga. Tal vez, en compañía de su exnovio. Se dejó caer en la cama con el teléfono en la mano. Antes de hacer un último esfuerzo por conciliar el sueño, hizo algo impensado: borró de la memoria los números de Anna, Birgitta, Eva, Lena, Tilda y sus demás conquistas.

* * *

El avión aterrizó en el aeropuerto Siljan a las seis y media. Greta se dirigió hasta el área del estacionamiento y sonrió al ver su Mini Cabrio apartado en un rincón. A paso firme, atravesó los metros que la separaban de su querido auto. Se sentía maravillosamente bien estar de regreso. Desactivó la alarma y luego se subió rápidamente. Una vez dentro, encendió la radio y sintonizó una estación de música. El

aire de Mora le había cambiado notoriamente el humor. Canturreó uno de los viejos éxitos de Roxette y se echó a andar. Tomó por Vinäs Byväg y se desvió por la autopista 26. Giró hacia Flugsnapparevägen y, cuando se dio cuenta de hacia dónde se estaba dirigiendo, aminoró la velocidad. Aquel era el barrio donde vivían Mikael y su esposa. ¿Por qué diablos había llegado hasta allí? A punto de virar en U, la asaltó un pensamiento. Sabía exactamente dónde estaba el edificio. Le había tomado los datos a Pia la vez que se había presentado en la librería, un par de meses atrás. En realidad, sabía la dirección de memoria: Lärkvägen 18. Buscó el número hasta que finalmente lo encontró. Detuvo el auto y observó el edificio. Era imposible adivinar en cuál apartamento residían. Había luces encendidas en dos de ellos. Esperó un rato, quizá con la débil ilusión de que él se asomara por el balcón. Se regañó por su conducta, estaba comportándose como una tonta. Era temprano aún y lo más probable era que Mikael estuviese durmiendo plácidamente al lado de su esposa, como debía ser.

Era una realidad que no debía olvidar.

Mikael: sinónimo de prohibido, se dijo para reforzar el concepto.

Apretó el volante y se rio de sí misma. No tenía sentido estar allí. Reanudó la marcha, pero se vio obligada a desviarse del camino porque las calles estaban cortadas por refacciones. Giró en Morkarlbyvägen y siguió hacia la zona boscosa. Al llegar a Oxbergsvägen, se detuvo para permitirles el paso a unos pastores que arreaban ovejas. Echó un vistazo alrededor mientras esperaba. No muy lejos de allí, distinguió un vehículo estacionado entre un montón de árboles.

Era una camioneta verde.

Había visto una igual la noche anterior cuando había estado en la comisaría. ¿Sería la Toyota Tacoma que había usado Mattias Krantz para escapar? Sabía por su padre que, a pesar de que habían montado un operativo de búsqueda a nivel nacional, no habían podido dar con él. ¿Qué hacía entonces su camioneta en las afueras del pueblo y en un lugar donde transitaba tanta gente? Era algo que iba a averiguar de inmediato. Se estacionó a un costado del camino y se bajó del auto. Comenzó a andar despacio, no sabía con qué podía encontrarse. Lo primero que notó fue que las dos puertas estaban cerradas. Ahora que estaba más cerca, terminó de convencerse que aquella *era* la camioneta de Mattias. Mismo modelo, mismo color. Alcanzó a ocultarse detrás de un árbol cuando distinguió la silueta de alguien en el asiento del conductor. No se movía o, al menos, eso le pareció. ¿Qué debía hacer? Mattias era un prófugo y podía atacarla. Buscó con la mirada al grupo de pastores en caso de que necesitara auxilio, pero ya estaban demasiado lejos. Esperó unos segundos para ver qué hacía el ocupante del vehículo. Seguía sin moverse.

Algo no andaba bien.

Respiró hondamente. Sabía que estaba por cometer una insensatez, sin embargo, decidió aproximarse. Se dirigió hacia el lado del conductor con sumo cuidado, sus ojos no se apartaron ni un segundo de la silueta que seguía inmóvil.

Se detuvo en seco; le fue imposible dar un paso más. Había sangre regada por todo el interior de la cabina. No supo qué hacer, comenzó a temblar sin control y el corazón le saltó tan fuerte dentro del pecho que creyó que se le saldría por la boca. Jamás había visto tanta sangre en su vida. Ninguna escena relatada en los tantos libros de misterio que devoraba se podía comparar con la imagen que tenía delante de los ojos. Como pudo, se acercó hasta la puerta del vehículo. A pesar de la sangre y del enorme agujero en su rostro, reconoció a Mattias Krantz. El muchacho se había descerrajado un tiro con una escopeta. Por un segundo, creyó ver que la mano que sostenía el arma se movía. Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta. Él podía seguir con vida. La sangre estaba por todas partes, y el olor era tan penetrante que estuvo a punto de vomitar. Comprobó de inmediato que la mano nunca se había movido, había sido solo fruto de su imaginación: Mattias Krantz estaba muerto.

No había nada que pudiera hacer por él. Su rostro era ahora un amasijo de sangre y carne. Apartó la vista de inmediato. Al hacerlo, notó que en el piso de la camioneta había un papel. Buscó un pañuelo y se agachó para recogerlo. La sangre también lo había alcanzado, no obstante se las arregló para leer su contenido:

Es hora de pagar por mis errores.

Aquellas últimas palabras no solamente explicaban lo que había sucedido en el interior de la camioneta, también podían dar un cierre definitivo al asesinato de Kerstin Ulsteen. O, al menos, eso parecía. Regresó la nota suicida a su sitio y se alejó. Observó la escena durante un largo instante: sentía que algo se le escapaba, pero no aguantaba quedarse allí un segundo más; estaba descompuesta por la impresión y no era el momento para detenerse a sacar sus propias conjeturas. Debía llamar a la policía de inmediato. Sacó el móvil: le temblaban las manos. Respiró hondamente e intentó calmarse para conseguir marcar el número de la comisaría. Mientras esperaba a ser atendida, no pudo apartar los ojos del cuerpo sin vida de Mattias Krantz.

CAPÍTULO 4

Los primeros en llegar al lugar del hecho fueron Frederic Grahn, el jefe del laboratorio forense y un reducido grupo de dos agentes expertos en escenas del crimen que rápidamente se encargaron de acordonar el área. Karl y Nina llegaron unos minutos más tarde. Se pusieron al tanto de las novedades y luego se alejaron para dejar trabajar a los peritos.

Greta estaba sentada en el interior de su auto. No había querido marcharse a pesar del consejo del forense de que lo hiciera. Cuando se acercaron a ella, estaba blanca como un papel.

—Hija, ¿estás bien?

Todo le daba vueltas. No podía apartar de la mente a Mattias Krantz y sabía que no lograría hacerlo en mucho tiempo.

—Sí —mintió al tiempo que intentaba esbozar una sonrisa para él y para la sargento. Miró detrás de ellos esperando ver a alguien más.

—¿Qué haces aquí? Pensé que seguías en Söderhamn.

—Llegué esta mañana en el vuelo de las seis y media.

—Este sitio está prácticamente al otro lado del pueblo, muy lejos de la zona comercial donde vives —adujo seriamente. No agregó nada más, aunque sabía que a unas pocas cuadras de allí estaba el apartamento de Stevic.

—La calle estaba cortada y tuve que desviarme de mi camino —le explicó.

—¿Te detuviste al ver la camioneta? —Esta vez fue Nina la que preguntó.

—Sí.

—¿Sabías que era el vehículo en el cual había huido Mattias Krantz?

—Vi la fotografía anoche cuando pasé por la comisaría —respondió; luego tuvo que salir del Mini Cabrio, tenía las piernas entumecidas y necesitaba moverse.

—No debiste acercarte, corriste un riesgo innecesario —le reprochó Karl.

—Dudo que Mattias hubiese podido hacerme daño —replicó. Era evidente que estaba molesto porque había metido las narices, una vez más, donde no debía. Recordó entonces unas líneas de *Némesis*, en la cual, la sobrina de miss Marple aconsejaba seriamente a la anciana. «No se mezcle en más asesinatos, tía. No es bueno para usted». Ella no tenía la culpa de haberse topado con aquella terrible escena, pero, al parecer, su padre no podía entenderlo.

—De todas maneras, fuiste muy imprudente...

—Karl, no regañes a la niña —interrumpió Frederic acercándose a ellos.

Greta agradeció la oportuna intervención.

—¿Qué tienes para nosotros? —preguntó Nina agradeciendo también su aparición. No le gustaba demasiado estar en el medio cuando Karl y su hija discutían, sin embargo, debía reconocer que era admirable cómo Greta se animaba a plantarle cara a su padre. A medida que pasaba el tiempo, le caía mejor la muchacha.

—No puedo decirles mucho por ahora, después de la autopsia sabré más.

—¿Cuándo murió? —quiso saber Karl.

—De acuerdo al *rigor mortis*, murió entre las cuatro y las cinco de la madrugada.

—¿Fue un suicidio?

—A *prima facie*, te diría que sí, Karl. Los muchachos están trabajando todavía, por lo tanto, no saquemos conclusiones precipitadas. —Le entregó una bolsa de evidencias; en su interior estaba la nota que había dejado el único sospechoso del brutal asesinato de Kerstin Ulsteen.

Karl la leyó en silencio.

—Todo apunta a un suicidio. Es evidente que el muchacho no pudo con la culpa. Se vio acorralado y eligió la vía de escape más fácil —manifestó. Le pasó la nota a Nina y la miró, esperando quizá que ella confirmara sus palabras.

—Así parece, pero debemos esperar el resultado de las pericias. —Su respuesta fue más prudente. No podían dar por sentado que Mattias Krantz se hubiese suicidado.

—En la nota no nombra a Kerstin —repuso Greta—. Si en verdad se suicidó, deja un montón de interrogantes por resolver.

Karl se pasó la mano por el cabello, despeinándolo.

—¿Cómo demonios sabes que no lo hizo? —Fulminó a su hija con la mirada.

Ella no dijo nada.

—¡O sea que no solo te acercaste a la camioneta, sino que también manipulaste evidencia! —la amonestó.

—Usé un pañuelo —respondió a su favor.

Karl contó mentalmente hasta diez antes de decir algo de lo que luego podría arrepentirse.

Para ese momento, Frederic había regresado al epicentro de la escena del crimen y había dejado a la sargento Wallström en compañía de Greta y su malhumorado padre.

—Mira, hija —empezó a decir Karl después de un largo silencio. Ignoraba de dónde demonios sacaba paciencia para lidiar con ella—. Eres la persona que encontró el cuerpo de la víctima, y eso no lo puedo cambiar. Mañana te presentarás en la comisaría y prestarás la declaración correspondiente, pero tu relación con el caso acaba en este mismo momento, ¿me oyes?

Greta apenas asintió con la cabeza. Se sintió como la pobre miss Marple, muchas veces, tan injustamente incomprendida. No salía a buscar crímenes a diestra y siniestra; parecía que los crímenes la encontraban a ella. Si no se hubiera visto obligada a desviarse de la ruta, nunca habría hallado el cuerpo de Mattias Krantz. Claro que pasó por alto un pequeño detalle: si en un principio no se hubiese dirigido al barrio donde vivía Mikael, quizá nada de todo aquello habría ocurrido. Imposible saberlo.

—Será mejor que me vaya —dijo, en cambio, sin poder disimular el enojo. No tenía deseos de seguir escuchando sermones. Además, estaba cansada por el viaje y necesitaba recuperarse de la horrible experiencia de haber hallado a Mattias Krantz muerto. Se despidió de Karl sin siquiera darle un beso. Era mejor dejarlo que rumiara su rabia lejos de ella. Se montó en el auto y fue entonces que recordó que aún no había recogido a *Miss Marple*. Iba a preguntarle a su padre, pero él ya se había alejado. Pasaría más tarde a buscarla.

Cuando llegó al apartamento, encontró una nota de su primo pegada en el refrigerador.

Greta, hablé con el proveedor y conseguí que enviara los libros el martes. No tienes de qué preocuparte. Descansa, Lasse.

Por lo menos, una buena noticia.

Había sabido arreglárselas bastante bien sin ella. Lo del proveedor de Estocolmo sin dudas era un punto a favor. El sujeto le había dicho que no podría mandarle la nueva tanda de libros que había pedido hasta finales de mes, pero parecía que Lasse había logrado que cambiara de opinión. Sin dudas, lo primero que haría cuando lo viese el lunes sería felicitarlo.

Era extraño encontrar el apartamento sumido en el más absoluto de los silencios. Echaba en falta el parloteo de *Miss Marple* y el sonido de su pico golpeteando los barrotes de la jaula. Sin embargo, estaba convencida de que había hecho bien en

dejarla con su padre un rato más. Iría a buscarla antes de que anocheciera. En ese momento, su única prioridad era darse un baño relajante para descansar el cuerpo adolorido. Ni siquiera podía pensar en comer; la dantesca escena de la cual había sido testigo había provocado que perdiera por completo el apetito.

* * *

Mikael llegó a la comisaría luego de descubrir en su móvil que tenía varias llamadas perdidas de Nina. La batería del teléfono se había descargado durante la noche y ni siquiera se había dado cuenta; además había conseguido dormir un poco recién a la madrugada, por eso lo primero que hizo antes de buscar a su compañera fue servirse una taza de café bien cargado. Con la bebida humeante se dirigió hasta su oficina. Rogó no toparse con el jefe, al menos, hasta que una buena dosis de cafeína le hubiese entrado en el organismo.

—¡Vaya, por fin apareces! —exclamó Nina al verlo atravesar la puerta del despacho.

La voz de la sargento Wallström le martilló los oídos. Al insomnio ahora se sumaba una molesta jaqueca. Debía hacer algo al respecto, toda aquella situación estaba prácticamente acabando con él.

—Lo siento... mi teléfono estaba sin batería y pasé una noche de perros —le dijo a modo de justificación.

Nina se inclinó hacia adelante, apoyó ambos codos en el escritorio y lo instó a sentarse.

—No sé qué pasa contigo últimamente. Hablaremos de eso más adelante. —Lo observó fijo—. Hay novedades: Mattias Krantz ha aparecido.

Mikael pensó que aquella noticia era, sin dudas, de las mejores que había recibido en mucho tiempo.

—Eso es estupendo.

—No tanto... Está muerto.

Casi se atragantó con el café.

—¿Muerto?

—Así es. El cuerpo fue hallado en el interior de su camioneta. Se disparó con una escopeta —le informó.

—¿Cuándo lo hallaron?

—Esta mañana cerca de las siete y quince. No vas a creer quién fue la persona que

lo encontró.

Él se encogió de hombros. No estaba de humor para adivinanzas, pero cuando ella le soltó el nombre, se quedó patiteso.

—¿Greta? Creí que estaba en Söderhamn —dijo mientras se recuperaba del impacto que le causó enterarse que había sido ella precisamente quien había encontrado el cuerpo.

—Regresó temprano, tengo entendido que en el vuelo de las seis y media. Reconoció la camioneta de Mattias después de verla en la pizarra cuando vino anoche.

Él asintió, aunque seguía sin creerlo.

—¿Dónde apareció?

—En Kråkberg, a menos de dos millas de su casa y muy cerca del parque, exactamente en Oxbergsvägen. Su camioneta estaba semioculta entre unos árboles. —Nina notó de inmediato la reacción de su compañero—. Según contó, tuvo que desviarse, porque se topó con una calle cerrada por reparaciones. Lo que no entiendo es qué hacía justamente allí.

Mikael estaba tan intrigado como ella. El sitio donde apareció Mattias estaba mucho de la ruta que debía haber tomado Greta desde el aeropuerto hasta su casa. La calle Oxbergsvägen estaba más cerca de donde él vivía.

—Bueno, en este momento creo que ese es un dato irrelevante. Lo que importa es que tenemos al asesino de Kerstin Ulsteen.

—Un asesino que se llevó sus secretos más oscuros a la tumba —alegó Nina algo desesperanzada.

—Sabemos que fue él. —Quiso terminar el café, pero se había enfriado—. Obtuvimos su huella en la pulsera, que, sabemos, le regaló a Kerstin días antes de su muerte.

Nina asintió. Ese había sido sin dudas su mayor golpe de suerte desde que llevaban el caso.

—Si se confirma efectivamente que la muerte fue un suicidio, el caso se cerrará; sin embargo, no estoy conforme. Me habría gustado atrapar a ese malnacido con vida y que terminara confesando lo que hizo.

Por supuesto que a él le habría gustado lo mismo, pero Mattias Krantz les había facilitado el trabajo.

—¿Frederic ya terminó la autopsia?

—No, lo llamé justo antes de que llegaras, pero no hay noticias aún. Es el día libre de su ayudante. Lamentablemente para nosotros, es domingo, y nuestro personal se reduce a la mitad. Los peritos tampoco me han entregado el informe de balística. No queda otra que esperar hasta mañana.

—¿Dudas de que haya sido un suicidio?

Nina se levantó de la silla y se paró junto a la ventana. Allí, se tomó un tiempo para quitar un par de hojas secas al bonsái que tenía en la parte alta del estante donde exponía algunos de los recuerdos más preciados de sus casi veinte años en la fuerza. Se lo había regalado Karl un mes antes, en ocasión de su cumpleaños, y ponía todo su esmero en que no se secara. Incluso, colocaba su disco de jazz favorito en el pequeño y moderno equipo estereofónico, porque había leído en algún lado que la música era un buen estímulo para las plantas. Así, la trompeta de Glenn Miller con su *Serenata a la luz de la luna* resonaba una y otra vez en la oficina. Nunca nadie se había quejado, solo algún que otro agente le había dicho, eso sí, con mucho respeto, que aquello era «música de viejos». ¿Qué sabrían ellos?

—La escena no plantea dudas, al menos en primera instancia —respondió al fin—. Aunque el suicidio de Mattias cierre el asesinato de Kerstin Ulsteen, todavía quedan varios cabos sueltos. —Regresó al escritorio y se sentó—. No hemos conseguido el arma con la que ultimó a la niña, y no hay nada que lo involucre directamente como el autor material del hecho. Sabemos que el asesino le lavó el cuerpo y la volvió a vestir, aunque faltaba uno de los calcetines. Pudo perderlo o, tal vez, se lo llevó como un trofeo. Si pudiéramos probar que la tuvo retenida en su cabaña de caza, sería un gran punto a nuestro favor; hasta entonces, no hay nada en concreto. Sí, ya sé que siempre fue el único sospechoso, que se acercó a Kerstin poco antes de su desaparición y que hallamos sus huellas en la pulsera que le regaló; aun así, siento que no es suficiente.

Mikael tuvo que concordar con ella. La muerte de Krantz los había dejado con más dudas que certezas. De todos modos, la nota de suicidio parecía dejar en claro que el muchacho ya no soportaba cargar con lo que había hecho en la conciencia. La culpa y los remordimientos debieron de haber sido demasiado agobiantes para él.

—¿Dónde está Karl? —preguntó Mikael.

—En casa de los Krantz. No será sencillo darles la noticia a sus padres. Aprovechará también para pedirles una muestra de la caligrafía de Mattias para compararla con la de la nota —le indicó.

—Qué raro que no hayas ido con él.

Nina sonrió.

—Preferí quedarme aquí a esperar los resultados de las pericias —respondió a sabiendas de que su compañero estaba tratando de sonsacarle otro tipo de información. Sospechaba que Mikael lo que en realidad quería saber era si había habido algún avance en su intento por conquistar al reacio inspector Lindberg. La tarea estaba resultando bastante ardua y de nada servía apurar las cosas. Conociendo a

Karl, lo más probable era que saliera corriendo si le confesaba sus sentimientos de una. Por eso, prefería hilar fino con él y conquistar su corazón sin que se diera cuenta. Observó al teniente. Comprobó una vez más su aspecto desmejorado. Era hora de saber qué le estaba pasando. Jugueteeó con un bolígrafo y, unos segundos más tarde, arremetió contra él. Era su turno de hacer preguntas.

—¿Vas a decirme de una vez qué sucede contigo?

Mikael no estaba preparado para tener aquella conversación. No quería que se supiera todavía que su esposa lo había abandonado. Sin embargo, Nina siempre había sido para él más que una compañera, y necesitaba desahogarse con alguien, si no, iba a explotar. También era consciente de que una noticia como aquella no tardaría en llegar a los oídos de la gente. Mora se caracterizaba, no solo por la solidaridad y buena predisposición de sus habitantes, sino también por la acérrima afición al chisme. Seguramente, la separación del teniente Stevic y la doctora Halden sería la comidilla del pueblo durante mucho tiempo. No podía tapar el sol con un dedo; tarde o temprano, se enterarían de que su esposa lo había dejado.

Él soltó un suspiro. Era hora de hablar.

* * *

Karl se bajó del auto, se acomodó la corbata y atravesó el estrecho sendero pedregoso con lentitud. La tarea que iba a cumplir era la más áspera de todas. Era capaz de enfrentarse a un cadáver o apuntarle con un arma a cualquier delincuente sin que le temblase el pulso, pero comunicarles a unos padres que su hijo había muerto, eso sí que era desagradable. Le había tocado hacerlo muchas veces, sin embargo, la tensión en el estómago era siempre la misma. Intensa, sofocante y difícil de sobrellevar. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de llamar a la puerta de los Krantz. Mentalmente repasó una vez más cómo se lo diría.

Kjell Krantz fue quien le abrió la puerta y, apenas lo vio, supo que algo no andaba bien. Lo invitó a pasar de mala gana y lo condujo hasta el salón. Allí, la madre de Mattias yacía recostada en el sofá. Parecía que dormitaba, pero cuando abrió los ojos lo miró fijamente durante unos cuantos segundos. Aquella mirada, cargada de odio, provocó que Karl se tomara un tiempo para hablar.

—¿Han encontrado a Mattias? —Fue Kjell Krantz quien habló finalmente.

—Sí, lo hemos encontrado.

Luego, un pesado silencio se cernió nuevamente sobre ellos.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Sandra Krantz incorporándose sobre el sofá.

Karl comprendió, en ese momento, que de nada le había servido ensayar las palabras que luego usaría para comunicar semejante noticia.

—Kjell, Sandra... —Utilizó sus nombres de pila, como si aquel simple detalle le facilitara las cosas—. Lo lamento mucho, pero su hijo está muerto. Hemos encontrado su cuerpo esta mañana... Mattias se ha suicidado.

La mujer se lanzó sobre el inspector Lindberg y comenzó a golpearlo con el puño.

—¡Malditos! ¡Ustedes tuvieron la culpa! ¡Lo acorralaron como a un animal! —gritó mientras Karl luchaba por quitársela de encima. Miró a Kjell. El hombre permanecía a un costado. Estaba paralizado. Tenía ambos brazos pegados al cuerpo y lloraba en silencio, completamente ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

—¡Sandra, cálmese! —Tomó a la mujer por los hombros y la sacudió. Ella estaba fuera de sí y seguía golpeándolo. No tuvo más remedio que sujetarla de las manos y apretarlas con fuerza. No quería hacerle daño, pero tenía que detenerla. Unos cuantos segundos después, finalmente se dio por vencida. Rápidamente, la furia dio paso al dolor y comenzó a llorar. La acercó a él y la abrazó. No supo cuánto tiempo pasó conteniéndola. Parecía que hubiera transcurrido una eternidad. Cuando su esposo finalmente salió del trance en el que se había sumido, se hizo cargo de consolar a su mujer.

Karl esperó un momento antes de volver a hablar.

—Necesitamos que alguien pase por la morgue para reconocer oficialmente el cuerpo de Mattias —les informó.

Kjell Krantz asintió al tiempo que acariciaba compulsivamente el cabello de su esposa a la altura de la coronilla.

—Iré yo, no voy a permitir que Sandra lo vea.

La mujer alzó la cabeza y lo miró.

—Quiero ver a mi niño por última vez —le rogó.

Karl, a sus espaldas, le hizo una señal dándole a entender que no era prudente que lo hiciera.

Kjell sabía que no sería fácil convencer a su esposa de no acompañarlo. Llamaría a su suegra para que se quedara con Sandra mientras él iba a la morgue.

—Hay algo más que quiero pedirle, señor Krantz.

Sandra lo fulminó con la mirada. Era obvio que ni Karl ni nadie que usara uniforme era santo de su devoción. Dos semanas antes, la mujer los había denunciado por hostigamiento policial hacia su hijo.

—Usted dirá. —Kjell también creía que ellos tenían la culpa de lo que le había sucedido a Mattias, sin embargo, de los dos, era el que parecía tener más juicio en ese

momento.

—¿Podría facilitarme una muestra de la caligrafía de su hijo?

—Mattias ya no vivía aquí, se mudó hace casi un año. Supongo que ya lo sabe — dijo con ironía—. No sé si habrá algo en su habitación.

Sandra Krantz entonces se separó de su esposo, subió las escaleras y regresó tan solo un par de minutos después con una tarjeta en la mano.

—Me la dio Mattias el año pasado por el día de la madre... —Se la entregó a Karl y él notó que las manos le temblaban.

Abrió la tarjeta, en el interior había una cariñosa dedicatoria. Aquello serviría para compararla con la nota suicida que había dejado el muchacho.

Se marchó con un gusto amargo en la boca. Esperaba no volver a pasar por una circunstancia similar nunca más. Mientras conducía de regreso a la comisaría, le fue imposible borrar de su mente el rostro compungido de Sandra Krantz y sus palabras condenatorias.

* * *

El tiempo pareció suspenderse en el aire. Como si estuviera dentro de una película, Greta se vio junto a la camioneta de Mattias Krantz. Había sangre por todos lados, llegaba desde el techo hasta el suelo. Una enorme mancha roja cubría el asiento del conductor. Miró hacia abajo. Se agachó y pasó los dedos por la chapa de acceso, allí donde se apoyaba la puerta al cerrarse. Había sangre y restos de una sustancia grisácea. Retiró la mano de inmediato cuando descubrió de qué se trataba.

En ese momento, abrió los ojos.

Se incorporó de un salto. Le costaba respirar y tenía la camiseta bañada en sudor. Contempló la habitación para cerciorarse de que realmente estaba en su apartamento. Había perdido totalmente la noción del tiempo. Se había tomado un par de somníferos para intentar dormir y, ahora, en vez de sentirse mejor, le dolía horrores la cabeza. No obstante, recordaba cada detalle del sueño que acababa de tener. Había sido una especie de *déjà vú* que la había trasladado en tiempo y espacio a la fatídica escena de la cual había sido testigo horas antes. Un detalle en particular había quedado grabado en su memoria. Sonrió. Había sido precisamente ese detalle el que se le había escapado. La conmoción y el estado de aturdimiento seguramente habían provocado que lo olvidara, sin embargo, ahora todo estaba más que claro en su mente. Si lo que sospechaba era cierto, Mattias no se había suicidado.

Alguien lo había matado.

CAPÍTULO 5

Llegó a la casa de su padre cerca de las seis. Lo que había descubierto la tenía impresionada. Planeaba quedarse a cenar, por lo tanto había comprado una botella de pinot noir aromatizado con grosellas negras. Un cielo plomizo y cargado de nubes grises amenazaban con arruinar lo que quedaba de aquel domingo, nefasto, al menos para ella. Tomó el bolso y descendió del auto. Se había dado un baño relajante antes de salir, lo que había ayudado notablemente a paliar la jaqueca, sin embargo había resultado completamente inútil para calmarle los nervios. Cuando estaba por abrir la puerta, escuchó el parloteo de *Miss Marple*. Se dio cuenta entonces de cuánto la había extrañado.

Dejó el bolso encima del sofá y se dirigió hacia la cocina con la botella de vino en la mano. En el equipo estereofónico sonaban Los Beatles. Greta sonrió. Era *Something*, la canción favorita de su madre. Sue Ellen le había contado, cuando ella era aún una niña, que su padre la había conquistado precisamente con esa canción. Se había aparecido en su casa con guitarra en mano para darle una serenata. Era plena década de los setenta, cuando se vivía el amor libre y el *flower power*. Aunque muchas veces había visto fotografías de su padre de esa época, en la que se lo veía luciendo una abundante cabellera y ropa vistosa de colores, le costaba imaginarse al respetado inspector Lindberg como un *hippie* psicodélico y pacifista. Continuó hasta la cocina, allí encontró a Karl muy concentrado, rebanando unos *zucchini* con paciencia. *Miss Marple* estaba encima de la mesa y, apenas la vio, se abalanzó sobre ella. Por fortuna, alcanzó a dejar la botella en el armario antes de que sufriera algún percance.

—¡Hey! ¿Cómo estás? —La lora de inmediato se le subió sobre el hombro y comenzó a darle leves picotazos en el rostro.

—¡Greta, vamos a casa! ¡Greta, vamos a casa!

Ella le removió las plumas de la cabeza, gesto que *Miss Marple* adoraba. Era un mimo disfrazado de juego que ambas siempre disfrutaban.

Karl hacía rato que había dejado de cortar verduras. Estaba recostado contra la mesada observando a su hija y a la inquieta lora. Cuando Greta se dio cuenta, le sonrió.

—Se ve que me ha extrañado —dijo poniendo a *Miss Marple* nuevamente encima de la mesa.

—¡Ni que lo digas! —Karl se secó las manos con un paño y se acercó a ella. La abrazó y miró disimuladamente hacia el armario en el que Greta había dejado la botella de vino—. Menos mal que viniste a recogerla, no habría soportado tenerla cerca una noche más.

—¿Tan mal se portó?

—*Miss Marple* no te lo dirá, pero se la pasó pidiéndome almendras a toda hora. Tuve que soltarla porque en la jaula no quería estar. Paseó por toda la casa y no se cansaba de repetir tu nombre. —Se señaló la cara—. ¿Ves estas ojeras?

Greta asintió al tiempo que intentaba controlar la risa.

—No pegué un ojo en toda la noche. Faltó poco para que me levantara y le arrojase un zapato para que dejase de chillar —se quejó.

—¡Pobrecita! ¿De verdad habrías sido capaz de hacerle eso? —preguntó en son de broma mientras contemplaba a la lora pasearse por la orilla de la mesa.

—¡Ni lo dudes!

Greta se sentó en el taburete; por un instante, había olvidado el terrible descubrimiento que había hecho esa tarde.

Karl tomó el vino, leyó la etiqueta y sonrió complacido.

—Esto merece ser acompañado por una buena cena. ¿Te quedas, no?

Lo observó mientras colocaba la botella en el centro de la mesa. Su intención había sido precisamente esa: compartir la cena con él y hablar del caso. Aunque eso último significara un nuevo enfrentamiento con su padre; estaba dispuesta a correr el riesgo.

—Por supuesto. —Se levantó, busco un delantal y preguntó—: ¿En qué te ayudo? Aquella sería, sin dudas, una noche muy larga.

* * *

Pernilla Apelgren se levantó perezosamente del sofá cuando escuchó el teléfono. Pensó en dejar que su esposo contestara, pero continuaba en el desván trabajando en una nueva maqueta. Dejó la revista de jardinería que estaba leyendo a un lado y se dirigió hasta el recibidor para atender. Miró el reloj. No estaban acostumbrados a recibir llamadas después de las ocho de la noche, salvo que se tratase de alguno de los amigos de Oscar, con el cual compartiera su afición por el aeromodelismo. Se colgó las gafas en el cuello y tomó el teléfono.

—Diga. —Su voz denotaba fastidio y ni siquiera se preocupó en disimularlo. Quien fuera que llamase se daría cuenta de que solo estaba molestando.

—Pernilla, soy yo.

Le sorprendió escuchar la voz de Agnetta Bramsen, la esposa del pescadero.

—¿Agnetta, sucede algo? —No era usual que la llamara a esa hora, salvo que tuviese un chisme jugoso para compartir.

—Perdona por molestarte tan tarde, pero estoy muy angustiada.

¿Qué sería lo que le ocurría? ¿Se habría enterado algo de Mattias Krantz? La policía lo estaba buscando, y todo el pueblo esperaba que fuera atrapado lo antes posible y pagara por lo que le había hecho a la pobre de Kerstin Ulsteen.

—Dime, no me tengas en ascuas —exigió ansiosa.

—Se trata de *Fritzie*, no aparece desde hace cuatro días.

¡Conque se trataba de ese gato holgazán!

—Agnetta, te preocupas en vano. Ya sabes cómo son los gatos, se habrá ido detrás de una hembra en celo...

—No, es imposible. Mi *Fritzie* está castrado. —Empezó a relatarle cómo dos años atrás, después de que el felino regresara a su casa todo lastimado, ella y su esposo habían decidido cortar por lo sano.

Nunca mejor dicho, pensó Pernilla mientras oía la historia.

—Lo primero que debes hacer es calmarte —la aconsejó percibiendo que Agnetta estaba por echarse a llorar—. No creo que le haya pasado nada malo. Seguro volverá cuando menos te lo imaginas.

—No lo sé. *Fritzie* no es de hacer estas cosas. Salió el miércoles a la tarde al jardín, y no lo he visto desde entonces. —Hizo una extensa pausa—. ¿Crees que podría hablar con alguien para que me ayude a encontrarlo?

—¿Alguien como quién? —preguntó Pernilla, curiosa.

—Los bomberos o quizá la policía —dijo con toda la naturalidad del mundo—. El otro día vi en la televisión como un bombero salvaba a una gatita que se había caído en un pozo.

Pernilla la interrumpió antes de que la mujer se hiciera ilusiones tontas.

—No creo que te hagan caso. La policía está demasiado ocupada buscando al asesino de Kerstin Ulsteen y, en cuanto a los bomberos, dudo de que vengan desde Orsa solo porque tu gato se ha extraviado.

Agnetta guardó silencio durante unos cuantos segundos. Pernilla sospechaba que ya estaba llorando.

—Sí, quizá tengas razón. ¿Quién va a hacerme caso? A propósito de Mattias Krantz, me he cruzado con Sandra ayer por la mañana cuando salía del supermercado. La pobre estaba muy desmejorada, ni siquiera me vio. No debe de ser sencillo para una madre saber que su hijo fue capaz de cometer semejante maldad. Me dijo su vecino que el muchacho huyó con la camioneta de Kjell. Lo vio él mismo cuando se marchaba.

—Yo hablé con Vetle Mørk y me contó, con lujo de detalles, lo que vio cuando encontró el cuerpecito de la pobre Kerstin en el bosque —repuso Pernilla.

La conversación rápidamente se fue tornando en una especie de batalla entre las dos mujeres para ver quién contaba el chisme más interesante.

—No habría querido estar en sus zapatos —comentó Agnetta. El viejo Vetle Mørk, vivía a dos casas de la suya, sin embargo tenía muy poco trato con él debido a que su perro, *Halcón*, y su *Fritzie* no se llevaban muy bien.

—Hasta que no atrapen a ese condenado muchacho, la pobre de Kerstin no podrá descansar en paz. Yo siempre sospeché de él. Es un joven bastante raro. —Pernilla se asomó por la ventana y vio el auto de Greta estacionado enfrente de su casa—. Seguramente ha venido a buscar a la escandalosa de su mascota —esgrimió en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Nada, nada —respondió—. Es solo que el inspector Lindberg ha recibido la visita de su hija. Ojalá se lleve a la lora; la he oído chillar toda la noche desde aquí.

—¡Ah! Tengo entendido que Greta salió del pueblo —comentó Agnetta.

Era increíble cómo las dos ancianas podían cambiar de tema tan rápidamente.

—¿Sabes adónde fue?

—Mi sobrino Per, que trabaja en el aeropuerto, me dijo que la muchacha tomó un vuelo a Söderhamn anoche.

Pernilla quitó un cojín de la butaca y se sentó. La charla con su amiga se estaba volviendo más que atrapante.

—Ha vuelto demasiado rápido —manifestó al tiempo que estiraba sus gruesas piernas.

—Ha sido un viaje relámpago entonces —alegó Agnetta.

—Eso parece. ¿De lo más extraño, no crees? Hace por lo menos seis meses que

Greta no vuelve a Söderhamn y de repente viaja una noche para regresar unas pocas horas más tarde. —Mientras hablaba especulaba sobre qué motivo tendría Greta para ir hasta allí después de tanto tiempo. Lo primero que le vino a la mente fue sin dudas la opción más jugosa: la muchacha había ido a reencontrarse con su ex.

—¿Piensas lo mismo que yo? —preguntó Agnetta tan intrigada por la noticia como estaba ella.

—Tiene que ser el exnovio. No ha salido con nadie desde que llegó a Mora, quizá porque todavía siente algo por él.

—¿Y el teniente Stevic? Hace un par de meses hubo algunos rumores que afirmaban que estaban juntos. Ya sabes, él trabaja con el padre y su fama de mujeriego es bien sabida por todos. ¡Y, además, es tan guapo! —añadió Agnetta con voz ensoñadora.

—Sí, lo es —concordó Pernilla. Se parecía mucho a su Oscar cuando tenía treinta años menos. No era de extrañar que una muchacha como Greta se sintiera atraída por un hombre así.

—Lástima que esté casado...

—Ese matrimonio no va a durar mucho. Todavía me pregunto cómo la doctora Halden sigue con él después de todas las que le hizo.

Agnetta suspiró hondamente.

—Estará enamorada —dijo.

Pernilla sonrió. Era una romántica incurable. No se perdía ni un capítulo de *El clon* en el canal 7. Como empezara a hablarle de Jade, Lucas y los demás personajes, le iba a cortar.

—El amor no lo es todo en la vida —sentenció.

—¡Ay, Pernilla! Llevas casada con Oscar más de cuarenta años y me dices eso.

—Precisamente porque llevo con mi esposo tantos años, puedo afirmar que en un matrimonio no todo se mide por el amor. A veces pienso que Oscar y yo seguimos juntos porque no podríamos estar el uno sin el otro. La costumbre y la rutina muchas veces reemplazan al amor. —En ese preciso momento, como broche de oro a su perorata, Oscar le pegó un grito desde el desván.

—¡Pernilla! ¿Está lista la cena?

Ahora fue ella la que soltó un suspiro.

—Agnetta, tengo que dejarte, mi desteñido príncipe azul se acordó que, además de armar avioncitos, tiene que cenar.

El comentario logró sacarle una sonrisa a la mujer del pescadero.

—¡Pobre Oscar! —comentó solidarizándose con el esposo de su amiga—. Yo también debo colgar, Kurt acaba de llegar. Si ves a mi *Fritzie*, me avisas.

—Quédate tranquila, mujer. Ya aparecerá.

Después de cortar, Pernilla no fue a la cocina, sino que regresó al salón y se dejó caer nuevamente en el sillón con la intención de continuar leyendo un artículo bastante interesante que hablaba de las propiedades antioxidantes de la camelia japónica. Ya se encargaría de tener lista la comida para el momento en que Oscar por fin bajase del desván.

* * *

La cena resultó deliciosa y de lo más amena. Karl no había hecho preguntas indiscretas sobre su viaje a Söderhamn, y ella se había abstenido de comentar lo que había descubierto. Hablaron de Némesis y de la familia. Sin embargo, se olía en el aire que aquel encuentro padre-hija iba a tomar otros derroteros en cualquier momento. Después de lavar y secar los platos, Karl sugirió probar el pastel de coco que le había enviado Ebba en la terraza. Si bien el aire aún estaba frío por las noches, era algo que les había gustado hacer siempre. Karl se puso un *sweater*, y Greta hizo lo mismo con su chaqueta. *Miss Marple* se quedó en la tibieza de la cocina deglutiendo unas almendras.

Se sorprendió de ver que su padre había vuelto a colocar el columpio de madera en el que ella solía pasar las tardes de verano leyendo. Era algo estrecho para que entrasen ambos, así que tuvieron que apretujarse bastante.

—¿Estás cómoda? —preguntó Karl al tiempo que hacía malabarismos para que el pedazo de pastel no terminara en el suelo.

Ella sonrió. Por supuesto que no estaba cómoda, aunque no cambiaría ese instante por ningún otro.

—Mejor no podría estar.

Él no dijo nada. Cruzó una pierna encima de la otra y se aclaró la garganta. Probó un poco del pastel. Después de unos cuantos segundos en los cuales ninguno de los dijo nada, tomó la iniciativa.

—¿No vas a contarme nada?

Greta tragó saliva. Habría preferido que su padre no hubiese abierto la boca. No quería hablar del tema, menos con él.

—Papá... no empieces. —Se inclinó hacia adelante, hundió el tenedor en el esponjoso pastel y lo observó atentamente. Había perdido el apetito.

—Vuelves a Söderhamn después de seis meses. Un lugar en donde has pasado

ratos muy malos, supongo que no ha sido sencillo para ti —comentó, instándola a abrirse con él.

—No, no lo fue —respondió escuetamente.

—¿Quieres hablar de ello?

Ella se mordió el labio. Sin dudas, el aguerrido inspector Lindberg sabía qué táctica usar para ablandarle la lengua. ¿Sería capaz de someterla a un impecable interrogatorio con tal de hacerla hablar? No lo dudaba. Entonces comprendió qué mal lo debían de haber pasado los sospechosos que su padre había interrogado en los más de quince años como inspector de policía y sintió pena por ellos. Podía ser el hombre más persuasivo del mundo cuando se lo proponía. Unos minutos antes, no tenía el más mínimo deseo de contarle sobre el viaje. Ahora había acabado por completo con su resistencia.

Poco a poco, fue relatándole lo sucedido. Karl la escuchó en silencio, con el brazo derecho que descansaba en el hombro de su hija.

—Me habría gustado ir contigo —le dijo de repente.

Ella soltó una carcajada. Ahora que se había desahogado, se sentía más liviana.

—¡Por supuesto que no! —exclamó y, tras hacer una pausa, agregó—: Era algo que necesitaba hacer sola.

Karl asintió, y ella le apoyó la cabeza en el hueco del hombro.

—Nunca me agradó ese sujeto. Haberte alejado de él y volver a Mora han sido las decisiones más sabías que has tomado, hija. —La estrechó con fuerza entre los brazos—. Ahora te tengo aquí conmigo y no pienso dejarte ir nuevamente.

No hacía falta que se lo dijera. Adivinaba, sin embargo, que a su padre todavía le pesaba el hecho de que se hubiera ido a vivir sola, lejos de su amparo protector para emprender un propio proyecto. Para Karl Lindberg, ella siempre seguiría siendo una niña.

Ya habían saboreado el pastel de la tía Ebba y él se había salido con la suya y se había enterado de todos los detalles del viaje a Söderhamn.

Greta se aclaró la garganta. Ahora, le tocaba a ella.

—Todavía estoy impresionada por lo de esta mañana —comentó sacando por primera vez el tema. Observó de soslayo a su padre, para ver qué reacción le provocaban esas palabras.

Karl lanzó un soplido.

—No sé por qué, pero sospechaba que no tardarías en hablar del asunto —respondió al tiempo que movía la cabeza en un gesto de resignación.

Ella sonrió. Al menos no estaba de mal humor.

—Es un hecho terrible. Primero, la brutal muerte de Kerstin, ahora esto...

Se apartó un poco, se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—Hay algo que no tengo muy claro aún y es qué estabas haciendo en esa parte del pueblo, en el lado opuesto a donde vives.

Ella dejó el plato con restos de pastel en el suelo.

—Ya te lo expliqué. Tuve que desviarme del camino.

—Sí, esa parte de la historia ya la escuché, sin embargo, lo que no entiendo es qué hacías cerca del parque. El aeropuerto está muy lejos de allí —insistió.

No supo qué contestarle. ¿Cómo iba a decirle que había pasado por la calle donde vivía Mikael? Jamás lo comprendería.

—Me habré perdido —contestó a sabiendas de que esa explicación era demasiado débil para un experimentado y sagaz policía como su padre.

Karl no dijo nada, solo se la quedó mirando, tratando de vislumbrar en su rostro algo que confirmara lo que ya sospechaba.

—¿Tienen ya los resultados de la autopsia? —Greta necesitaba desviar la conversación lo antes posible.

—No, Nina me ha dicho que se han retrasado. Frederic trabaja solo porque es el día libre de su asistente —le explicó—. Además, tengo entendido que sigue haciendo algunos exámenes patológicos al cadáver de Kerstin para ver si conseguimos algún rastro que nos diga dónde estuvo cautiva.

—¿Cuándo le entregarán el cuerpo a la familia? —Un temblor le subió por la espalda. Parecía una terrible burla del destino que Mattias y Kerstin estuvieran tan cerca el uno del otro en una fría mesa de la morgue.

—Supongo que mañana —respondió Karl.

Greta asintió.

—Me gustaría asistir al funeral —dijo de repente.

Él no compartía su deseo. Después de lo ocurrido en casa de los Krantz, no estaba para lidiar con el dolor de unos padres que habían perdido a su hija de once años de la manera más atroz.

—No podré acompañarte, si bien estamos a punto de cerrar el caso, todavía quedan algunos cabos sueltos. Mañana iré a ver al juez en persona y le pediré una orden de allanamiento para registrar la cabaña que Mattias tenía en el bosque. Creemos que es allí donde Kerstin estuvo secuestrada. Si Frederic encuentra alguna evidencia que sitúe a la niña en ese sitio, el caso entonces sí estará cerrado.

Greta sintió que ese era el momento de decirle lo que había descubierto.

—Papá... ¿y si la muerte de Mattias no fuera un suicidio?

—Greta, no me salgas ahora con alguna de tus teorías absurdas de novelita de misterio —la amonestó.

—No es ninguna teoría, es algo que vi con mis propios ojos —manifestó pasando por alto el tono burlón de su padre.

—¿A qué te refieres? —Karl no parecía enfadado, más bien intrigado por lo que acababa de salir de los labios de su hija.

—Cuando llegué al lugar, la puerta estaba cerrada. La abrí cuando creí que Mattias se había movido —se detuvo.

—Continúa.

—No me di cuenta en ese momento, probablemente por el estado en el que me encontraba debido a la impresión, pero tuve un sueño y...

—¡Espera! ¿Un sueño?

—Sí, papá, y en el sueño lo vi todo claramente. Había sangre y restos de materia cerebral en la chapa de acceso. —Hizo una pausa, como pudo, subió una pierna encima de la hamaca y prosiguió—: Eso significa que, cuando el arma fue disparada, la puerta estaba abierta. ¿Entiendes lo que te digo? Mattias no pudo haberla cerrado; alguien más lo hizo.

—¿Estás insinuando que lo asesinaron y luego simularon un suicidio?

—Exacto.

Karl se rio.

—Me acabas de decir que lo soñaste, ¿qué valor puede tener entonces tu hipótesis?

—Papá, no fue solo un sueño, fue como revivir en mi mente, segundo a segundo, el preciso instante en el que encontré el cuerpo.

Tiempo atrás, harto de sus ideas fantasiosas salidas más de las novelas de misterio que leía que de su propia cabeza, Karl se habría negado a escuchar a su hija. Sin embargo, los hechos se habían encargado de demostrarle que Greta pocas veces hablaba por hablar.

—Lo que dices hay que probarlo, no podemos basarnos en lo que crees que viste —repuso, reacio todavía a aceptar abiertamente que, una vez más, su propia hija hubiese descubierto algo que a la policía se le había escapado.

—Las pericias se encargarán de demostrar si tengo razón o no —respondió muy segura de sí misma.

Su padre asintió y no dijo más nada. Recogió los platos sucios y los llevó al fregadero.

Greta, en cambio, no podía dejar de pensar en todo aquel escabroso asunto. En su mente revoloteaban dos incógnitas: ¿habría sido Mattias realmente el asesino de Kerstin? Si lo era... ¿quién lo habría podido asesinar y disfrazar su muerte como un suicidio?

Por desgracia, era demasiado pronto para hallar respuestas.

CAPÍTULO 6

La tormenta se había rezagado, y ese lunes por la mañana, Greta pescó un fuerte chubasco yendo hacia la comisaría. Le había pedido a su primo que se hiciera cargo de la librería, así ella podía ir a prestar su declaración por fin. Se cubrió la cabeza con una bolsa de plástico que, oportunamente, había encontrado en el asiento trasero del Mini Cabrio y atravesó corriendo el patio delantero de la comisaría. Arrojó la bolsa en el cesto de la basura antes de entrar. Rápidamente, el agua que chorreaba de sus ropas, formó un charco en medio del *hall*. Se quedó un instante allí mientras hacía vanos intentos por secarse el cabello con las manos. ¿Cómo era posible que se hubiera olvidado el paraguas? En ciertas cosas, seguía siendo una despistada. Se desabrochó el abrigo y cruzó el pasillo en dirección a la oficina de su padre. Dudaba de que estuviese; le había dicho la noche anterior que iría a ver al juez, o sea que lo más probable era que estuviera fuera de Mora toda la mañana. Pasó igualmente por el despacho; estaba cerrado. Optó por dirigirse al de Nina, pero para hacerlo debía pasar primero por la oficina de Mikael. Aceleró el paso. Se cruzó con una agente joven, que la saludó con una sonrisa. Greta no supo si lo había hecho por pura simpatía o, en realidad, su aspecto era lo que la había hecho reír. Se decantó por la última opción. Se frenó de sopetón cuando escuchó abrirse la puerta del despacho detrás de ella. Tenía que voltearse, lo sabía. Pero no podía pasar por alto que venía hecha un desastre. Sin dudas, Mikael se llevaría una gran impresión al verla. La Greta elegante y hasta sofisticada que había visto la noche del sábado, había sido remplazada por una Greta desgreñada, con el rostro seguramente lleno de rímel negro y la ropa toda empapada.

Soltó un soplo de alivio cuando, al girarse, se topó con la sargento Wallström.

—Greta, me dijo tu padre que vendrías. —Nina dejó la puerta entreabierta y se acercó—. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco pasada por agua, pero bien.

Nina sonrió.

—No debiste salir con la tormenta, podríamos haber tomado tu declaración en otro momento.

—No te preocupes. —Se pasó una mano por el pelo y apartó un mechón que se le había pegado en la mejilla.

—¿Quieres pasar? —La sargento tendió el brazo señalando hacia la oficina de Mikael.

Titubeó.

—¿Vienes o no? —insistió la otra.

—Sí.

Para fortuna de Greta, él no estaba en la oficina.

—Mikael se acercó hasta la morgue para ver si ya estaban los resultados de la autopsia —le informó inmediatamente después de ingresar.

Greta no dijo nada. Se quitó el abrigo y lo colgó en la percha. Por suerte había dejado de gotear. Se sentó y no pudo evitar ponerse a curiosear mientras Nina preparaba los papeles necesarios para la declaración. Había estado por última vez allí hacía más de dos meses, tiempo en el cual Mikael había hecho algunos cambios. En una de las paredes colgaba una copia de *El grito* de Edvard Munch. Causó cierto impacto en ella descubrir precisamente aquel cuadro: era su favorito. Es más, había visitado la Galería Nacional de Noruega hacía algunos años para ver la obra en persona. En contrapartida, al otro lado del muro, había un poster del IFK Göteborg que conmemoraba el histórico momento en el que el equipo había ganado la Copa UEFA en la década del 80. Descubrió que encima del escritorio había una fotografía de Pia. No recordaba haberla visto antes o tal vez no le había prestado atención.

—¿Te apetecería tomar un café bien caliente antes de empezar? —preguntó Nina con una sonrisa en los labios.

—Me encantaría.

—Te lo traeré yo misma. Necesito estirar un poco las piernas. —Fue hasta la puerta y se volvió—. ¿Con o sin azúcar?

—Con dos de azúcar, por favor.

—Regreso enseguida.

Cuando se quedó sola, tuvo la oportunidad de observar la oficina a sus anchas. El mobiliario era escueto: al escritorio y las butacas, se sumaban un sillón y dos gabinetes de madera oscura. Tomó el retrato de Pia. Estaba mucho más joven y delgada en aquella foto. Parecía ser de la época en la que aún era soltera, porque no se veía ninguna alianza en su dedo. Sin dudas, era bonita. Lamentaba lo que le había

sucedido. De alguna forma, ese terrible acontecimiento, doloroso para cualquier madre, la había hecho recapacitar con respecto a Mikael. Era su esposa y lo necesitaba más que nunca. Ella estaba de más; en realidad, siempre lo había estado. Dejó la foto en su sitio y se puso de pie. Miró a través de la ventana. Ya no llovía, y unos tímidos rayos de sol comenzaban a asomarse por el horizonte. No le agradaba la lluvia ni los días grises.

Giró sobre los talones cuando Nina entró en la oficina. Tomó la taza de café que le ofreció y bebió un sorbo. Estaba demasiado caliente, pero el agua le había calado los huesos y le sentó de maravillas.

—Parece que por fin ha dejado de llover —comentó la sargento al tiempo que ocupaba una butaca a su lado.

—¿Sabes cuándo regresa mi padre?

—Supongo que no tardará. Nos urge tener esa orden de allanamiento en las manos cuanto antes.

—Sí, lo sé.

—¿Karl te habló del caso?

—No mucho —contestó—. Es más, anoche le planteé la posibilidad de que Mattias no se hubiera suicidado y saltó de inmediato, como era de suponer.

Nina frunció el ceño, intrigada.

—¿Crees que no fue un suicidio?

—Estoy segura de que alguien lo mató —se atrevió a afirmar.

En ese momento, la puerta de la oficina se abrió y Mikael entró. En sus manos, sostenía un par de carpetas. Se quedó en el umbral, incapaz de dar un paso más. Había alcanzado a escuchar las palabras de Greta y lo que había salido de sus labios era precisamente lo mismo que había revelado no solo la autopsia, sino también la pericia balística.

—¿Es el informe de la autopsia? —preguntó Nina con impaciencia.

—Sí. Frederic me lo acaba de entregar junto con el reporte de balística.

La sargento prácticamente se los sacó de la mano.

Mikael entonces posó sus ojos en Greta. Vio cómo ella trataba en vano de acomodarse el cabello detrás de la oreja. Parecía un pollito mojado, indefenso y necesitado de mucho calor; aunque dos manchas de rímel debajo de los ojos la hacían parecerse más a un adorable mapache. Aun así, estaba hermosa.

—¿Cómo estás? —le preguntó cuando se dio cuenta de que se había quedado embobado viéndola.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

Era como si de repente se hubiesen quedado sin palabras; como si no tuvieran nada más que decirse. Fue un alivio cuando finalmente Nina habló y los sacó de aquella incómoda situación.

—No puede ser... —Apartó por un segundo los ojos de los informes y miró a la muchacha—. Tenías razón: Mattias Krantz no se suicidó.

Greta no se inmutó demasiado. Después de lo que había recordado haber visto en la escena del crimen, no tenía ninguna duda. No obstante, saber que ahora las pruebas confirmaban sus sospechas, hizo que una tenue sonrisa le asomara en el rostro.

—¿Por qué dijiste que Mattias no se había suicidado? —quiso saber Mikael.

—Es por algo que vi. —Les contó detalladamente lo que había descubierto—. Está más que claro que había alguien más con él —dijo por último.

Mikael y Nina concordaron con ella. Ya no era una simple teoría suya: las evidencias la respaldaban.

—La trayectoria del disparo no concuerda con la escena —informó Mikael dirigiéndose a Greta—. Según las pericias, la bala entró por el maxilar izquierdo y salió por el parietal derecho, lo que es normal, ya que Mattias era zurdo, sin embargo sostenía la escopeta en su brazo derecho.

—Y quien lo mató no se dio cuenta de ese pequeño detalle cuando colocó el arma en la escena —agregó Greta.

—Exacto.

—También cometió el error de cerrar la puerta después de disparar.

Él asintió.

Nina los observó con detenimiento mientras Mikael y Greta comentaban las peripecias del caso. Todavía seguía pensando que era un gran desperdicio que la muchacha no hubiese emulado los pasos de su padre. Era tan buena como cualquiera de ellos. Decidió intervenir, no le gustaba que la dejaran de lado.

—La autopsia además revela que Mattias tenía un hematoma *premortem* en la mejilla. Es evidente que tuvieron que reducirlo a golpes para poder llevar a cabo el plan. Había restos de pólvora en las manos y en la ropa, pero aquí dice que es absolutamente normal, ya que el disparo se realizó en un sitio cerrado.

—Así es. Ya no hay dudas de que su muerte fue premeditada y eso, por ahora, solo nos conduce a un callejón sin salida —manifestó el teniente ciertamente contrariado. Hasta hacía apenas unas horas, la investigación por la violación y homicidio de Kerstin Ulsteen parecía zanjada con el suicidio de su supuesto autor. Ahora, todo se tornaba más complejo. Tenían dos crímenes que resolver y ninguna pista concreta para seguir.

Greta se quedó meditabunda. Si bien todos ya habían condenado a Mattias Krantz

por la terrible muerte de la pequeña Kerstin, lo cierto era que la policía solo tenía pruebas circunstanciales en su contra, nada que afirmara o refutara su culpabilidad. Y ahora el propio Mattias era asesinado. Lo que la inquietaba era que alguien hubiera hecho pasar su muerte por un suicidio y, de ese modo, reafirmase las sospechas de todos. Recordó las palabras de su padre: «El muchacho no pudo con la culpa. Se vio acorralado y eligió la vía de escape más fácil». A nadie habría sorprendido que Mattias acabara con su vida, por eso, su asesino había sabido aprovecharse muy bien de aquella circunstancia para llevar a cabo el plan. Era aventurado pensar siquiera que Kerstin y Mattias hubiesen sido víctimas de la misma persona, sin embargo, era evidente que sus muertes estaban estrechamente ligadas.

La voz ronca de Mikael la sacó de sus cavilaciones.

—Tenemos otro homicidio entre manos y eso lo cambia todo. —Dejó caer su anatomía en la butaca. Exhaló profundamente, luego miró a Greta. Ella agradeció que el teléfono sonara en ese preciso instante.

Mikael se apresuró a responder.

—Aquí el teniente Stevic. —Hizo una pequeña pausa—. Hola, Sofie, ¿cómo estás?

Nina acomodó los informes de la autopsia y de balística en el escritorio. Greta observó sus movimientos, pero toda su atención estaba enfocada en la conversación que Mikael tenía con la tal Sofie.

—Bien, ya sabes cómo es este trabajo —dijo con una sonrisa en los labios.

Nina entonces le hizo señas a Greta de que saliera con ella de la oficina. No tuvo más remedio que obedecer.

—Yo misma te tomaré la declaración —le dijo apenas salieron al pasillo. Luego, la condujo a su propia oficina, dejándola con las ganas de saber quién era la mujer con la que estaba hablando Mikael.

La dichosa declaración no les tomó más que un cuarto de hora, y Greta sintió que acababa de quitarse un peso de encima. Cuando estaba por irse, su padre irrumpió en el despacho de la sargento. La satisfacción en su rostro indicaba que la visita al juez Fjæstad había sido positiva.

Agitó la orden mientras sonreía.

—Acabo de darle una patada en el culo a la maldita burocracia —anunció exultante—. Ya podemos mandar a nuestros hombres a la cabaña de Mattias Krantz.

Nina se levantó y se acercó a él. Le sonrió. Greta observó disimuladamente como su padre, ni lerdo, ni perezoso le devolvía la sonrisa. Por un instante, llegó a creer que estaba de más y aquella fue una sensación poco agradable. Tuvo que carraspear para que recordaran que ella aún continuaba allí.

—¿Ya te han tomado declaración? —le preguntó Karl parándose a su lado.

Ella asintió.

—Yo misma lo hice —intervino la sargento—. Tu hija no termina nunca de sorprenderme. Supe antes por ella que por las pericias que Mattias no se había suicidado —añadió.

Karl no dijo nada, en cambio, escudriñó a Greta con los ojos entrecerrados.

—Las pruebas confirman tu teoría entonces —dijo, por fin, arrastrando las palabras.

Era evidente que no iba a reconocer delante de ella que, una vez más, había dado en el clavo. Sin embargo, a Greta le bastó el brillo que percibió en su mirada para saber que estaba orgulloso de ella.

Un agente entró intempestivamente en la oficina.

—Inspector, acaban de comunicarse desde el departamento de bomberos. Hubo un incendio en el bosque, alguien quemó intencionalmente una de las cabañas que usan los cazadores —anunció con la voz entrecortada—. Es la de Mattias Krantz.

—¡Maldición, no puede ser! Vayamos enseguida a ver si logramos rescatar algo que nos sirva. —Karl salió raudamente del despacho seguido por Nina.

Greta los observó desde el pasillo.

Un nuevo tropiezo en la investigación.

Era evidente que alguien estaba tratando de borrar sus huellas.

* * *

Hanna salió a toda prisa del cuarto oscuro cuando escuchó la campanilla de la puerta abrirse. La señora Frode no era precisamente a quien esperaba ver. Le entregó las fotografías del casamiento de su hija que había ido a buscar y luego se dirigió hasta la parte trasera del estudio para tomar una pausa. Era casi la hora del almuerzo, y tenía la esperanza de que Evert todavía apareciera. Abrió la puerta del pequeño refrigerador portátil. Sacó la vianda con ensalada de zanahoria y huevo duro, pero la volvió a guardar inmediatamente. Prefería esperar un poco más. Bebió un poco de agua mineral y se recostó en el diván de madera en donde solía echarse una siesta por las tardes. Sin quererlo, se quedó dormida. Despertó casi una hora después. Respiró hondamente y cruzó ambos brazos encima del estómago. Su pensamiento se disparó hacia Greta. Había hablado con ella por última vez la noche antes de su viaje a Söderhamn y tenía que ponerla al tanto de varias cosas. Se estiró hasta alcanzar su

bolso. Hurgó dentro, buscando el teléfono móvil. Pero no fue necesario hacer ninguna llamada, ya que la campanilla de la puerta volvió a tintinear y, cuando regresó al estudio, se topó con su amiga.

—Precisamente estaba por llamarte —le dijo mientras se acercaba para darle un abrazo—. ¿Cómo te encuentras?

Greta resolló con fuerza.

—Después de enfrentarme con Stefan y su nueva novia y de encontrarme al cadáver de Mattias Krantz, se puede decir que las últimas cuarenta y ocho horas de mi vida han sido bastante moviditas.

Hanna abrió la boca bien grande.

—¡Caray! ¿Tres días que no sé nada de ti y te pasa todo eso? —Sin soltarla, la arrastró hasta la parte trasera del local para que nadie pudiera interrumpirlas—. ¡No te vas a ir de aquí hasta que me lo cuentes todo!

Empezó por relatarle su viaje a Söderhamn. Por primera vez en mucho tiempo, se dio cuenta de que ya no le dolía hablar de Stefan.

—Me alegra tanto que este viaje haya servido para cerrar definitivamente tu historia con ese imbécil.

—Confieso que me costó mucho decidirme, pero Maja me hizo ver que lo necesitaba, que regresar a Söderhamn era la única manera de demostrarme a mí misma que la historia con Stefan ha quedado donde debe estar... en el pasado. —Sonrió—. Después de verlo con otra me di cuenta de que es hora de que mire hacia delante yo también.

Hanna apretó las manos de su amiga con fuerza.

—Son las palabras más sensatas que te oído decir en mucho tiempo. Supongo que ya tendrás a alguien en mente. —Entrecerró los ojos y la miró fijo.

Greta trató de hacerse la desentendida, pero con Hanna eso era prácticamente una misión imposible.

—No empieces, que sé hacia dónde apuntas —le advirtió.

Hanna se echó a reír.

—¡Vamos, a mí no me engañas, ambas sabemos que el teniente Stevic te trae de cabeza!

Ella no quería discutir aquel asunto con ella, porque siempre terminaba diciéndole lo mismo: Mikael no era para ella y jamás lo sería.

—Cambiemos de tema...

—¡No me hagas esto, justo ahora que la conversación se ponía candente! —le pidió la fotografía con voz suplicante.

—¿No prefieres que te cuente cómo terminé encontrando el cuerpo de Mattias

Krantz?

Hanna lanzó un soplido.

—No, pero me temo que contigo no tengo otra opción. Mi madre leyó que lo habían encontrado muerto en su camioneta, pero no te mencionaban para nada —respondió resignada a que el tema «Mikael Stevic» volviera a quedar en suspenso.

Greta lo atribuyó a la poca o casi nula colaboración que la policía brindaba a la prensa. No era extraño que su nombre no apareciera y, de algún modo, eso le traía cierto alivio. Conociendo a los habitantes de Mora, no habrían tardado en hacer cola en la librería para hacer preguntas indiscretas. La primera persona que le vino a la mente fue la sagaz Pernilla Apelgren.

—La escena simulaba un suicidio, pero se demostró que alguien lo asesinó —afirmó. Sabía que los periódicos aún hablaban de que Mattias se había quitado la vida, tal vez porque la policía no quería sembrar el pánico anunciando que se había cometido otro crimen en Mora.

—¿Asesinado?

Greta asintió.

Hanna iba a abrir la boca nuevamente, pero el tintineo de la campanilla de la puerta la hizo levantarse de un salto. Se puso en puntas de pie y espió hacia el estudio.

—¡Oh, Dios, es él! —exclamó toda nerviosa—. ¿Cómo me veo?

—Como siempre —respondió Greta, sin entender qué sucedía.

—Eso no me ayuda mucho. —Corrió hasta el escritorio y sacó un pequeño bolso de mano en donde guardaba su arsenal de maquillaje. Se puso un poco de colorete en las mejillas y *rouge* en los labios—. ¿Y ahora?

—Mejor, pero creo que lo primero que debes hacer es calmarte —le aconsejó—. ¿Quién es para que te hayas puesto así?

—Se llama Evert, es fotógrafo, viene de Estocolmo y lo conocí el sábado por la noche —explicó a borbotones.

Su amiga sonrió.

—Vaya, te lo tenías bien guardado.

Hanna se peinó el cabello con los dedos por enésima vez y, solo entonces, se sintió preparada para salir. Estaba a punto de abrir la puerta cuando se dio cuenta de que no podía dejar a Greta allí dentro mientras ella atendía a su nuevo amigo. No tenía más remedio que presentárselo. Se encaminaron hacia el estudio, Greta iba detrás de Hanna. Vio a un sujeto junto a uno de los reflectores. Les daba la espalda. Era alto y de cabello oscuro. Cuando por fin se volteó, las recibió con una sonrisa.

—¡Qué bueno que hayas podido venir! —Hanna se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. Déjame que te presente a mi mejor amiga. Evert, ella es Greta Lindberg;

Greta... Evert Gordon.

Ella extendió una mano, pero él la sorprendió besándola en la mejilla.

—Un placer, Greta. Tu amiga me ha hablado mucho de ti.

—Lo mismo digo —respondió mirando de reojo a Hanna.

—Espero no interrumpir nada —dijo al tiempo que se desabrochaba la chaqueta.

—En lo absoluto. —Hanna miró el reloj. La hora del almuerzo había terminado hacía rato. No tardaría en llegar el primer cliente de la tarde. No era justo que tuviera que despedirse de él cuando apenas había llegado.

Greta se dio cuenta de inmediato de que sobraba.

—Yo me marcho —dijo yendo hacia el cuarto de atrás para buscar su bolso.

Pero la suerte no parecía estar del lado de Hanna. Como había temido, debía volver al trabajo. Tenía programada una sesión de fotos con dos chicas que se graduaban de la Escuela de Arte Miranda ese verano. Habían venido acompañadas por sus respectivas madres y, rápidamente, el estudio, que no era demasiado espacioso, se llenó de gente.

Greta se acercó a las dos mujeres, las conocía, ya que eran clientes habituales de la librería. Observó cómo Hanna se movía de un lado a otro, preparando su material de trabajo. Era evidente que la presencia de su nuevo amigo la tenía inquieta. Mientras una de las madres le hablaba de la fiesta que estaba preparando para la graduación de su hija, se dedicó a observar al foráneo. Su amiga tenía motivos para ponerse de aquel modo. Era un hombre interesante y dueño de un atractivo particular. Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

Desde su sitio, Hanna no dejaba de observarlo tampoco. Cuando descubrió que le estaba prestando demasiada atención a Greta, dejó la cámara a un lado y se acercó a su amiga. La apartó y le dijo en voz baja:

—Te lo advierto: yo lo vi primero.

Greta miró a Hanna a los ojos.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó en el mismo tono de voz.

—Me refiero a la conversación que tuvimos hace un rato. He visto que Evert te sonreía y sé del poder hipnótico de las pelirrojas.

¿Poder hipnótico? Le costó mucho contener la risa.

—No estoy dispuesta a perder la única oportunidad en mucho tiempo de conocer a alguien que realmente me gusta y que, sobre todo, no viene recomendado por mi padre.

—Hanna, creo que Evert solo estaba tratando de ser simpático —le dijo para sacarla de su error—. Además, no tengo intenciones de robarle el hombre a nadie. — Cuando dijo aquella última frase no estaba pensando precisamente en el nuevo

prospecto amoroso de su amiga.

Solo entonces, Hanna soltó lentamente el aire contenido en sus pulmones.

—Lo siento, Greta. Soy una estúpida, lo sé.

—No, no lo eres. Puedes quedarte tranquila, jamás me fijaría en él. —Miró por encima del hombro para cerciorarse de que el susodicho no la escuchaba—. Apesta a Calvin Klein Crave, el mismo perfume que usaba Stefan.

Las madres de las niñas estaban perdiendo la paciencia.

—Será mejor que regreses a tu trabajo.

—¿Te quedas un rato más?

—No. Tengo miedo de no poder controlar mi poder hipnótico —bromeó.

Logró arrancarle una carcajada a Hanna. Evert se acercó a ellas y les preguntó de qué se reían.

—De nada —respondió Hanna—. Cosas de mujeres.

—¡Ah, entonces es mejor no meterse!

Greta se dirigió hacia la salida, pero antes de abrir la puerta dio media vuelta.

—Hanna, ¿vienes conmigo mañana al funeral de Kerstin?

—¿Es mañana?

—Sí, me dijeron en la comisaría que hoy le entregaban el cuerpo a sus padres.

—¿Se trata de una amiga de ustedes? —preguntó Evert.

—No, Kerstin es una niña del pueblo que fue asesinada. Estuvo dos semanas desaparecida y la encontraron enterrada en el bosque —le contó Hanna.

—¡Cielos! Es terrible que un hecho tan aberrante ocurra en un pueblo apacible como este. Si hubiese pasado lo mismo en Estocolmo, no me habría sorprendido. Quiero decir, una tragedia semejante golpea a todo el mundo, pero lamentablemente en las grandes ciudades, los crímenes se suceden casi a diario y uno termina acostumbrándose. No importa cuánto el gobierno se empeñe en proclamar a los cuatro vientos que la tasa de criminalidad bajó un 12% en el último año; los que trabajamos en la prensa sabemos que no es tan así. —Se detuvo cuando se dio cuenta de que se había ido por las ramas.

Las dos amigas habían estado escuchándolo con atención. Especialmente Hanna, quien no había apartado los ojos de él ni por un segundo mientras hablaba. Greta, en cambio, sintió curiosidad:

—¿Trabajas para algún periódico importante?

—Bueno...

Hanna lo interrumpió.

—Evert es fotógrafo, trabaja para una agencia internacional de noticias en Estocolmo y colabora con un semanario cultural que sale los domingos en el

Expressen —dijo para saciar la curiosidad de su amiga.

Le dijo que conocía el periódico, pero solo de nombre. No pudieron seguir conversando mucho tiempo más: Hanna tenía unas fotos que tomar, Greta debía regresar a la librería y Evert dijo que aprovecharía que el clima había cambiado para ir hasta Nusnäs y visitar la fábrica de los Dalahorse, símbolo emblemático de la región.

Greta se subió al Mini Cabrio y se marchó a toda prisa. Apenas tenía media hora para almorzar antes de abrir Némesis. Mientras conducía, no podía dejar de pensar en lo que había dicho Evert.

—Hay mucha maldad en el mundo —dijo en voz alta, rememorando una de las frases de miss Marple en *Muerte en la vicaría*.

La anciana tenía toda la razón. No importaba si era en una gran ciudad cosmopolita como Estocolmo o un pueblecito del interior como Mora... la maldad los alcanzaba a todos por igual.

CAPÍTULO 7

La dotación de bomberos había hecho hasta lo imposible para extinguir el fuego, sin embargo, la cabaña era pequeña, y las llamas, rápidamente, lo habían consumido casi todo. Cuando Karl y Nina llegaron al lugar, las tareas ya habían acabado.

Uno de los bomberos se les acercó. Cuando se quitó el casco, Karl lo reconoció de inmediato; era Lukas Strassman. Llevaba trabajando en el departamento de bomberos desde hacía más de veinte años.

—Inspector Lindberg. —Le dio un fuerte apretón de manos.

—Strassman, ella es la sargento Wallström.

El hombre la saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—El siniestro fue provocado. Encontramos restos de un acelerador cerca de la ventana —les informó.

Karl masculló una maldición.

—¿Ha quedado algo en pie en el interior? —quiso saber Nina. Tal vez todavía podían rescatar algo.

—Muy poco, el fuego arrasó con la construcción demasiado rápido. Ni siquiera la lluvia consiguió apagarlo.

—¿Podemos entrar?

—Sí, nuestro trabajo ya terminó, ahora les toca a ustedes. Nuestro experto les enviará cuanto antes el resultado definitivo de las pericias.

—Perfecto, Strassman. Muchas gracias. —Karl se encaminó hacia la cabaña seguido de cerca por la sargento.

La construcción no debía de tener más de tres metros cuadrados de superficie y había quedado reducida a los cimientos. Un pedazo de techo colgaba de uno de los

rincones. El olor era insoportable; Nina tuvo que taparse la boca con la mano.

—Ten cuidado dónde pisas —le advirtió Karl mientras se adentraban en el lugar.

La chimenea de piedra era prácticamente lo único que había quedado en pie. La parte inferior estaba cubierta de hollín. La parte de arriba, milagrosamente, no había sido alcanzada por las llamas.

—Es imposible que hallemos algún rastro —manifestó Nina desolada.

Alguien se había tomado demasiadas molestias en destruir la cabaña y cualquier evidencia que pudiese haber en su interior por una muy buena razón: aquel era el lugar donde había sido retenida Kerstin Ulsteen antes de ser enterrada en el bosque. Cada vez estaban más seguros.

Karl observó a su alrededor. Escombros, hollín y objetos chamuscados. Todavía había algo de humo que emanaba del suelo y de las paredes. Nina se apartó hacia el sector de la ventana donde había restos de lo que parecía ser un camastro de madera. Caminó por encima de una viga gruesa que el fuego no había alcanzado a consumir del todo.

Karl la siguió con la mirada, de repente el pedazo de techo que aún colgaba de la pared se desprendió. Como pudo, tomó a Nina del brazo y la tironeó con fuerza hacia atrás. Logró evitar una tragedia.

La sargento se quedó quieta entre los brazos de su jefe. Estaba aturdida, no solo por el estruendo del techo al chocar contra el suelo, sino por los fuertes latidos de su corazón.

Karl la apartó.

—¿Estás bien?

Nina asintió.

—Gracias, me... me has salvado la vida —le dijo mirándolo a los ojos.

—No fue nada.

Luego, se quedaron en silencio. La sargento aún tenía las manos apoyadas en el pecho de Karl. Respiraba con dificultad. No supo si era debido al susto o a su cercanía, pero le temblaba todo el cuerpo.

¿Sería aquel el momento que había estado esperando por años? Notó un brillo diferente en los ojos del inspector. Pero todo lo que pasó por su cabeza en ese momento, fue borrado de un plumazo cuando él la soltó.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Nina se volteó. El sol ahora golpeaba de lleno contra una de las paredes laterales de la chimenea. Se acercaron. Karl se arrodilló para ver mejor.

Eran cuatro manchas diminutas de color oscuro. Podía ser cualquier cosa, sin embargo, sus más de treinta años como policía eran suficientes para que se atreviera a

afirmar que se trataba de sangre.

Miró a la sargento.

—Voy a ordenar que manden al perito para que tome una muestra —le dijo al tiempo que una sonrisa le afloraba en los labios.

Ella también sonrió. Tenían motivos para hacerlo. El autor del incendio no había logrado salirse con la suya: estaba cediendo terreno y ellos aprovecharían cada ventaja que les daba. Aquel importante hallazgo, plasmado en unas minúsculas manchas de sangre, podía llevarlos a la resolución del caso. O, al menos, de una parte de él.

Salieron y rápidamente el aire fresco del bosque penetró en sus pulmones.

Karl tomó el teléfono. No había señal, así que se alejó para buscar un lugar más abierto. Nina lo observó mientras él pedía que enviaran a un experto en recolección de pruebas.

Acababan de compartir un momento especial. Lo sabía. Quizás, aquel acercamiento era la señal que había estado esperando durante tanto tiempo. Cuando Karl terminó de hablar, se acercó y le preguntó:

—¿Almorzamos juntos?

Y el inspector Lindberg aceptó con gusto la invitación.

* * *

Mikael estaba a punto de ingresar a su despacho cuando divisó a Kjell Krantz parado en medio del pasillo. Se veía distraído. Tenía ambas manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y observaba todo a su alrededor sin prestarle realmente atención. Se imaginó a qué había ido.

Se acercó y le rozó el hombro.

—Señor Krantz, ¿se encuentra usted bien?

El hombre asintió.

—Me dijeron que viniese.

—Así es. Necesitamos que reconozca oficialmente el cuerpo de su hijo.

El teniente lo condujo hasta el área donde se encontraba la morgue. Entró primero y buscó al patólogo forense.

—Acaba de llegar el padre —anunció.

Frederic Grahn fue hasta una de las mesas y descubrió al cuerpo que yacía en ella. El rostro del muchacho tenía un enorme cráter en el lado derecho. Después de lavar el cadáver y practicarle la autopsia, se había esmerado por disimular aquel terrible

detalle. Tenía un hijo casi de la misma edad y quería evitar que Kjell Krantz se quedara para siempre con aquella espantosa imagen de su hijo en la retina. Por eso, con una venda, había cubierto parte del rostro y la cabeza.

El padre de Mattias entró y se acercó. Cuando Frederic levantó la sábana, Kjell Krantz se desplomó encima del cuerpo helado de su único hijo.

El patólogo prefirió dejarlo solo, así que salió al pasillo. Se encontró con Stevic.

—Llevo veinticinco años en este trabajo, muchacho, y todavía se me forma un nudo en el estómago cada vez que alguien viene a reconocer a un familiar.

Mikael se mesó el cabello y comenzó a golpetear el suelo con uno de sus pies. Podía imaginarse perfectamente la escena que se estaba viviendo, en ese momento, dentro de la morgue, por eso, había preferido esperar al señor Krantz allí.

Unos minutos más tarde, el hombre apareció con el rostro desencajado y un temblor incontrolable en las manos.

El teniente lo tomó del brazo y lo condujo hasta su oficina. Lo instó a sentarse y le entregó una bolsa con las pertenencias de su hijo.

—Me gustaría que la revise para ver si falta algo.

Kjell tomó la bolsa. Con dedos temblorosos comenzó a ordenar lo que había en su interior encima del escritorio. Un reloj, una billetera, las llaves de la camioneta. Mikael notó que el hombre buscaba algo afanosamente con la mirada.

—Falta su navaja —le indicó—. Siempre la llevaba encima. Se la regalé cuando cumplió catorce años.

Según la autopsia, Kerstin Ulsteen había sido ultimada con un cuchillo pequeño, había muchas probabilidades de que fuera una navaja. Saber que Mattias tenía una en su poder y que, ahora, había desaparecido, iluminó el rostro del teniente. Poco a poco, las piezas del rompecabezas empezaban a encajar.

—¿Dónde está su teléfono móvil?

—No lo llevaba encima.

Kjell asintió con la cabeza.

Mikael se levantó y buscó el archivo del caso en el gabinete. Abrió la carpeta donde estaban los informes de balística y sacó una fotografía.

—¿Reconoce el arma?

—Sí, es la escopeta que solía usar Mattias para ir de caza. Una Premier M, calibre 12. La compró hace un par de años durante un viaje a Gotemburgo —le informó.

—¿Desde cuándo practicaba su hijo la cacería?

—Siempre le gustó. —Una sonrisa amarga afloró en los labios del hombre—. Jamás pensé que la usaría para quitarse la vida.

Mikael guardó silencio. Por expreso pedido de Karl, todavía no habían revelado al

público que Mattias había sido víctima de un crimen. Mora todavía no se había recuperado del terrible final que había tenido la pequeña Kerstin. El pueblo estaba en pleno apogeo turístico; un nuevo homicidio sembraría el pánico, y la prensa, hambrienta de noticias frescas, comenzaría a meter las narices donde no debía y eso era justamente lo que querían evitar.

—Hace dos meses se decidió y se inscribió en un club de caza.

—¿Sabe cómo se llama?

Negó con la cabeza.

—¿Era de aquí?

—Creo que no, me dijo que los había contactado por internet. Yo no entiendo mucho de esas cosas, tampoco me gustaba estar preguntándole todo el tiempo.

—Ya veo. ¿Desde cuándo no vivía Mattias con ustedes?

Kjell Krantz observó las pertenencias de su hijo colocadas ordenadamente sobre el escritorio del teniente.

—Se mudó hace un año más o menos, pero planeaba regresar a casa pronto. No se llevaba bien con Simon.

Mikael frunció el ceño.

—¿Sabe por qué?

Se cruzó de brazos. Ya no temblaba.

—Me dijo que la convivencia se había vuelto insoportable, que el muchacho era demasiado quisquilloso.

Un agente había interrogado a Simon Dahlin cuando Mattias había desaparecido, pero no supo decirles nada y había mostrado poco interés por el paradero de su compañero. Su indiferencia parecía cobrar sentido. Rápidamente, el joven se colocó en primer lugar en la lista de personas a investigar. Anotó su nombre en un papel.

—¿Todavía creen que Mattias mató a esa niña? —Kjell lo miró. Había desdén en sus palabras.

El teniente cerró la carpeta y se recostó en la butaca. No iba a discutir el caso con él. Los padres del muchacho siempre habían proclamado su inocencia y sería otro golpe devastador enterarse de que habían estado equivocados todo ese tiempo. Tampoco podían ocultarle por mucho más tiempo que su hijo no se había suicidado. Alguien debía decirles lo que realmente había ocurrido. Frente al público y la prensa, habían pactado manejar la información con discreción. Sin embargo, los padres de Mattias tenían derecho a conocer la verdad.

—Señor Krantz, hay algo que debe saber con respecto a la muerte de su hijo.

El hombre dejó de lado su actitud desafiante.

—¿Qué es?

—Hay evidencias que nos llevan a creer que Mattias no se suicidó... que alguien lo mató.

Kjell Krantz movió la cabeza de un lado a otro, negando la terrible verdad que le acababa de ser revelada. Luego, comenzó a abrir y cerrar las manos nerviosamente encima del escritorio. Cuando lo miró, no solo había dolor en sus ojos, sino también un gran desconcierto.

—¿Asesinado? No entiendo...

—Las pericias señalan que él no pudo dispararse, alguien más lo hizo. ¿Tiene idea de quién pudo haber sido?

—Cualquier habitante del pueblo —respondió tajante.

—Señor Krantz...

—Es la verdad. Todos en Mora odiaban a mi hijo por lo que creían que había hecho. Ustedes se encargaron de fomentar ese odio pintándolo como un ser malvado y cazándolo luego como un animal. La persona que empuñó el arma en su contra no es la única culpable de su muerte —recalcó.

—Su hijo estaba involucrado en el homicidio de Kerstin Ulsteen, y usted lo sabe.

—Yo no sé nada. Jamás pudieron probarlo.

—Le regaló a la niña una pulsera pocos días antes de su desaparición —le recordó Mikael.

—¿Y qué prueba eso? Que mi hijo solo fue amable con ella. Había estado en su casa reparando un ordenador, seguramente allí supo que le gustaban y decidió comprársela. Eso no demuestra nada —replicó.

—Señor Krantz, ¿conocía la existencia de una cabaña que su hijo solía usar cuando iba al bosque a cazar?

La conversación se había convertido en un interrogatorio.

—Sí, la conozco.

—Alguien la incendió. El fuego fue provocado y la intención de su autor era eliminar cualquier evidencia que pusiera a Kerstin Ulsteen en el lugar —le informó al tiempo que estudiaba su reacción—. ¿Dónde estuvo usted entre las ocho y las diez de la mañana?

—¿No estará insinuando que yo lo hice?

—No insinúo nada, límitese a responder, por favor.

—Conozco mis derechos, teniente, y no diré más nada sin la presencia de un abogado.

—Señor Krantz; lo único que buscamos es descubrir la verdad.

—Lo que la policía quiere es seguir ensuciando el nombre de mi familia. Primero hostigaron a mi hijo, ahora sospecha que tuve que ver con el incendio en su cabaña.

¿Es que ustedes nunca se cansan? Deberían estar buscando al asesino de Mattias y no perder el tiempo conmigo. —Se puso de pie y apartó la silla hacia atrás—. No tengo nada más que hacer aquí. ¿Cuándo podremos disponer del cuerpo de mi hijo?

—Pediré que lo liberen hoy mismo —indicó Mikael sin poder disimular su frustración.

—Es lo menos que puede hacer —rebatió el hombre antes de salir de la oficina dando un portazo.

Mikael se quedó con un mal sabor de boca. Kjell Krantz continuaba cubriendo a su hijo aun después de muerto, y eso le daba un motivo para querer incendiar la cabaña. Se recostó contra el respaldo de la butaca y estiró los brazos por detrás de la cabeza. Karl y Nina todavía no habían regresado del bosque; esperaba que ellos hubiesen tenido mejor suerte, aunque lo dudaba.

Sus ojos entonces se posaron en el papel en el que un rato antes había estado tomando apuntes.

Simon Dahlin.

Con un bolígrafo rojo, dibujó un círculo alrededor del nombre y lo remarcó varias veces.

* * *

En la iglesia no cabía ni un alfiler. Todo el pueblo había querido estar presente en la despedida de la pequeña Kerstin Ulsteen. Hasta el reverendo Ville Erikssen, subido a su púlpito, parecía estar conmovido. Le temblaba la voz, y aquellos que estaban sentados cerca de él fueron testigos de cómo el hombre había derramado algunas lágrimas mientras pronunciaba el sermón.

Greta estaba en una de las primeras filas porque había llegado temprano. De vez en cuando, espiaba hacia la puerta de acceso esperando ver a Hanna. Habían acordado ir juntas, pero la rubia no aparecía.

Observó las rosas blancas atadas delicadamente con un lazo rojo en el extremo de las banquetas. Frente al altar, el féretro donde yacía Kerstin estaba cubierto de más rosas.

—Nos consume la pena... —El reverendo alzó los brazos hacia el cielo—, la pena de haber perdido a alguien cercano, y nos cuesta comprender que tendremos que vivir sin nuestra amada Kerstin. Su muerte fue un golpe devastador para todos, una prueba difícil de superar. Encomendamos su alma al Señor y, en nuestra angustia, acudimos a

él en busca de resignación. Sabemos que Él es la resurrección, que Él es la vida.

Las palabras del reverendo eran acompañadas por el llanto de las personas más cercanas a la niña.

—Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del espíritu, espíritu es. Solo en espíritu podremos caminar junto a Él. Todo aquel que lo siga vivirá incluso después de la muerte.

Alguien rozó el brazo de Greta: pensó que era Hanna. Cuando se volteó, vio a Pernilla Apelgren a su lado. La anciana le sonrió, y ella cortésmente le devolvió la sonrisa.

—El día del juicio está llegando —prosiguió el reverendo—. El día en que todos seremos juzgados por nuestros pecados. Cuando las acciones malvadas de quien nos arrancó a la pequeña Kerstin salgan a la luz, su alma será castigada. —Se bajó del púlpito y se acercó al féretro. Se inclinó y tomó un puñado de tierra de un recipiente de barro y volvió a echarla en su interior. Repitió aquel ritual tres veces mientras pronunciaba—: Tierra a la tierra, cenizas a las cenizas y polvo al polvo hasta que nos levantemos nuevamente.

Luego, llegó el momento de cantar una plegaria. Pernilla le ofreció compartir el libro de cánticos.

«Las estrellas sobre las nubes aún brillan en tu hora más oscura...».

Greta aprovechó para echar un vistazo a su alrededor. Era imposible calcular cuánta gente había. Era evidente que los turistas que habían invadido el pueblo las últimas semanas también se encontraban allí. Muchos rostros desconocidos. ¿Sería alguno de ellos el asesino?

«En la oración del Señor encontrarás coraje, paz y poder...».

Se dio cuenta de que faltaban los padres de Mattias Krantz. Supuso que estarían haciendo duelo por la muerte de su propio hijo.

«Vive y muere por lo que amas, aprécialo y defiéndelo, entonces te levantarás».

Lentamente, los dolientes comenzaron a peregrinar hasta el altar para darle el último adiós a la pequeña Kerstin. Pernilla la tomó del brazo y la instó a imitar a los demás. Cuando estuvieron frente al féretro, tomaron una rosa blanca y la dejaron sobre el cuerpecito de la niña. Parecía un ángel, con el cabello color rojizo cayéndole sobre los hombros y el rubor en sus mejillas pálidas. Greta contempló a los acongojados padres. Lisa y Jens Ulsteen apenas podían sostenerse en pie. Björn, su hijo mayor, parecía ser el más fuerte de los tres. Le sorprendió no ver a Martin Ulsteen, el tío de la niña. Era un asiduo cliente de Némesis y se imaginó que lo vería allí, acompañando a los demás. No podía irse sin saludarlos, por eso, se acercó y apretó la mano de Lisa entre las suyas.

—Lo siento mucho.

Ella no la miró. Greta se dio cuenta de que ni siquiera la había escuchado.

—El asesino de mi hermana debe de estar quemándose en el infierno ahora mismo —murmuró Björn incapaz de ocultar su rabia—. Es un buen sitio para pagar por los errores.

Greta no dijo nada. Las palabras que acababa de pronunciar el hermano de Kerstin se asemejaban bastante a las de la supuesta nota de suicidio que había hallado en la camioneta de Mattias. Parecía ser una coincidencia, nada más. Sin embargo, mientras atravesaba el pasillo del brazo de Pernilla, no pudo dejar de pensar en ello.

De repente, un leve tirón en la manga de su camisa la sacó de sus cavilaciones. Pernilla le hizo señas para que mirase hacia la entrada. Entonces vio a Mikael junto a la puerta, tratando de hacer malabares para poder atravesar la gran masa de gente que lentamente comenzaba a abandonar la iglesia.

—Creo que te busca a ti. —La anciana todavía seguía prendida de su brazo.

—¿Por qué dice eso? El teniente Stevic puede estar aquí por otra razón —objetó. Casi sin darse cuenta, aminoró los pasos.

Pernilla sonrió y le dio unos golpecitos en la mano, gesto que sorprendió a Greta. Le incomodaba mucho que la mujer, experta en difundir chismes por todo el pueblo, fuese capaz de leer en su rostro lo que ella se empeñaba, y mucho, en disimular.

La repentina aparición de Mikael no podía ser más inoportuna.

Cuando se acercó a ellas, trató de actuar lo más natural posible.

—Hola, Greta. Señora Apelgren, ¿cómo está usted? —saludó al tiempo que les sonreía.

Greta se dispuso a abrir la boca, pero la anciana le ganó de mano.

—Teniente, por favor, no me diga «señora». Me hace ver más vieja de lo que soy en realidad.

—¿Vieja? Si es usted una mujer de muy bien ver aún —la elogió—. Si la hubiese conocido antes, se la habría robado a su esposo —bromeó.

El comentario provocó que la anciana se ruborizara.

Greta sonrió divertida. Sin dudas, el encanto de Mikael alcanzaba límites insospechados.

—Bueno, será mejor que me marche. Mi Oscar debe de estar esperándome en casa. —Miró a la más joven—. Greta, querida, te dejo en muy buenas manos —se encargó de enfatizar lo de «en muy buenas manos».

Ahora, quien se ruborizó, fue ella. Reanudó el camino bajo la atenta mirada del teniente.

—¿Cómo ha ido? —preguntó una vez que salieron de la iglesia.

—Fue muy triste. Imaginaba que vendría mucha gente, todos en el pueblo se involucraron con lo que pasó desde el mismo momento en que Kerstin desapareció. Creo que nadie quiso perder la oportunidad de despedirse de ella —manifestó con un dejo de tristeza en la voz.

Él asintió.

—Me habría gustado estar, pero no podía dejar el trabajo tirado.

—Yo aproveché que no abro hasta las cuatro —respondió yendo hacia la librería.

—¿Puedo acompañarte?

Greta se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

Los primeros metros los recorrieron en absoluto silencio. Cuando estaban por llegar, parecía que Mikael no tenía ganas de marcharse.

—¿No vas a preguntarme por la investigación? —Sabía que la innata curiosidad de la muchacha le permitiría quedarse al menos un rato más a su lado.

No le respondió; en cambio, se acercó hasta el escaparate de una tienda de ropa y fingió mirar con interés uno de los maniqués.

Mikael la observó a través del cristal. Sus ojos se encontraron, y ella le sonrió.

—No creo que a papá le guste saber que hablas conmigo del caso.

—¿Y desde cuándo ese pequeño detalle te ha detenido?

Greta se dio la vuelta y lo miró. Odiaba reconocer que tenía razón. Jamás le había hecho demasiado caso a las reprimendas de su padre, no iba a empezar ahora.

—¿Ha habido alguna novedad? —preguntó mientras reanudaban la caminata.

—Hemos enviado a analizar unas manchas de sangre que Karl y Nina hallaron en la cabaña de Mattias.

—¿El incendio no lo destruyó todo?

—No, afortunadamente todavía quedaba algo en pie.

—Eso es bueno.

Él asintió.

—¿Han podido comprobar si Mattias escribió la nota?

Mikael adoraba responder a sus preguntas. Sin embargo, sabía que, al hacerlo, se estaba jugando el pellejo. Karl no le perdonaría que, una vez más, se le fuera la lengua delante de su hija y desobedeciera sus órdenes. No quería a Greta metiendo las narices en el caso, aunque ella siempre terminaba saliéndose con la suya, como en aquella ocasión.

—No todavía, los resultados estarán listos en un par de horas.

Ya estaban frente a la librería.

—Hace un momento, en la iglesia, me acerqué a darle el pésame a la familia de

Kerstin. ¿Sabes qué me dijo su hermano?

Mikael abrió bien los oídos.

—Que el infierno era un buen sitio para que Mattias pagara por sus errores.

—¿Te dijo eso?

—Sí. Puede ser una casualidad...

—¿Crees en las casualidades?

Negó con la cabeza.

—Yo tampoco.

El teléfono móvil del teniente sonó. Él respondió y cortó unos segundos después.

—Debo irme.

Greta recordó entonces la llamada que había recibido esa mañana de una mujer llamada Sofie.

—Gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer. —Tuvo ganas de invitarla a salir, pero se abstuvo a último momento.

Greta se quedó observándolo hasta que lo vio desaparecer en la esquina. Soltó un suspiro y miró el reloj. Faltaba todavía más de media hora para abrir Némesis. Extrañaba el Club de Lectura; necesitaba ocuparse con alguna actividad hasta que comenzaran las reuniones nuevamente.

Subió corriendo las escaleras y entró al apartamento. Como siempre, la recibió el parloteo de *Miss Marple*.

CAPÍTULO 8

Karl los había citado de urgencia. La gran mesa que ocupaba el centro de comandos estaba cubierta de papeles y carpetas. Tenían dos homicidios entre manos y era menester trazar un plan de investigación para poder obtener resultados pronto. Los padres de Mattias Krantz ya habían sido notificados de las circunstancias que habían rodeado la muerte de su hijo. La noticia no tardaría en filtrarse a la prensa y se propagaría más rápido que la peste por todo el pueblo. Lo menos que necesitaban, en ese momento, era que la gente cayera presa de la histeria colectiva. La trágica muerte de Kerstin había causado mucho revuelo y ahora se sumaba el crimen de su supuesto asesino.

Estaban todos: Stevic, la sargento Wallström, Frederic Grahn y un par de agentes que el mismo Karl había asignado al caso. Se trataba de Peter Bengtsson y Miriam Thulin, dos integrantes de la nueva camada, jóvenes, pero con muchas ganas de aprender y demostrar que, a pesar de la edad, tenían la habilidad necesaria para formar parte del equipo. Ambos miraban con admiración al inspector. Saber que él mismo los había seleccionado para trabajar en el caso los henchía de orgullo.

—Sabemos que la muerte de Krantz no se trató de un suicidio. Alguien nos quiso hacer creer que el muchacho no soportaba más la presión y decidió poner fin a su vida. No obstante, cometió varios errores, y eso, señores y señoras, es un punto a nuestro favor. —Karl apoyó los brazos sobre la mesa y prosiguió—: Todavía no hemos podido probar que Mattias haya sido el responsable del secuestro, violación y homicidio de Kerstin Ulsteen, por lo tanto, esa será nuestra primera misión.

—Los del laboratorio prometieron que, en un par de días, nos enviarán los resultados de las manchas de sangre halladas en la cabaña —les informó Mikael. Estaba ubicado en uno de los extremos de la mesa, de espaldas a la puerta. A su lado,

la agente Miriam Thulin lo observaba solapadamente. Había llegado a Mora proveniente de Malung, tras graduarse en la Escuela Superior de Policía hacía casi un año. Al ser novata, la habían puesto a trabajar en tareas administrativas y, de vez en cuando, había acompañado a los agentes más experimentados a intervenir en riñas callejeras o en alguna que otra pelea doméstica. Nunca un caso importante... hasta ahora. Ella sabía que estaba preparada para mucho más y, por eso, agradecía infinitamente la oportunidad que le brindaba el inspector Lindberg de sumarse a la investigación. Después de tanto tiempo mirando a Mikael de lejos, por fin, trabajaría junto a él. Peter le pateó el pie por debajo de la mesa. Le sonrió a su compañero y agradeció su oportuna intervención. No quería que los demás terminaran dándose cuenta de su marcado interés por el teniente Stevic.

—Debemos interrogar al compañero de apartamento de Mattias. Además, si logramos que nos dé su consentimiento para registrar el lugar, nos ahorraremos de tener que lidiar con el juez nuevamente. —Miró a Mikael—. ¿Te encargas tú, Stevic?

—Déjelo en mis manos.

—Llévate a uno de ellos contigo —le indicó, señalando a los agentes nuevos.

—Yo puedo ir con él —se ofreció Miriam al mismo tiempo que hacía un enorme esfuerzo para no ser demasiado obvia.

—Perfecto. —Karl aprobó la iniciativa sin percatarse de nada. Nina, en cambio, al ser mujer, descubrió de inmediato que la muchacha estaba encandilada con los encantos de su compañero.

Mikael la miró y Miriam no pudo evitar sonrojarse. Peter la observó atentamente. Al principio, ni siquiera le molestaba ese enamoramiento casi platónico que su compañera tenía por Stevic, pero ahora que trabajarían con él, temió que se convirtiera en una amenaza real. Le gustaba Miriam, aunque nunca se había atrevido a confesárselo.

Ingrid, la recepcionista, quien siempre parecía tener motivos para llevar una sonrisa pegada al rostro, entró y le entregó un sobre a Karl.

Todos sabían lo que contenía. Estaban esperando los resultados de las pericias caligráficas desde hacía horas.

El inspector abrió el sobre bajo la atenta mirada de los demás. Leyó rápidamente el informe y, tras dejarlo encima de la mesa, manifestó:

—La letra es de Mattias, sin embargo, el experto cree que pudo haber sido obligado a escribir la nota.

Nina tomó el papel y también lo leyó.

—Dice que el trazo es vacilante e irregular. Señala también que hay una exagerada separación entre algunas de las palabras, característica que no presentaba la caligrafía

habitual de Mattias.

—Los peritos han hallado una huella parcial en una esquina del papel. No se corresponde con la del muchacho, tampoco es la huella de Greta, quien reconoció que tocó la nota —aportó Frederic—. Los muchachos la han comparado con una huella hallada en la parte interna de la puerta de la camioneta: es la misma. Lamentablemente, la base de datos nacional no arrojó ningún resultado.

—Tiene que ser del asesino —intervino Stevic—. ¿Quién más podría haber tocado el papel?

Todos concordaron con él. Lamentablemente, hasta que no tuvieran un sospechoso con quien comparar la huella, no les servía de nada.

—El asesino obligó a Mattias a escribir la nota de suicidio porque que la necesitaba para completar su plan. Usó guantes para manipular la escopeta, ya que solo se hallaron las huellas de la víctima. En ciertos aspectos, parecía saber qué hacer exactamente para evitar dejar rastros, pero parece que también cometió errores —sostuvo Mikael—. No me cierra que sus huellas estén en el papel y en la puerta de la Toyota.

—Y esa es la clave para atraparlo. —Karl pareció no oír el último comentario del teniente. Se levantó de la silla y caminó hasta el expendedor de agua. Llenó el vaso y se lo bebió de un solo trago. Luego regresó a su sitio—. Bengtsson, tú te encargarás de rastrear el teléfono móvil de Mattias, no sabemos si está extraviado o se lo llevó el asesino.

El muchacho asintió.

Karl prosiguió.

—Si bien sabemos que Mattias Krantz se ganó el odio de todo el pueblo, alguien lo odiaba lo suficiente como para acabar con él. Centrémonos en quien tenía un motivo fuerte para matarlo.

Mikael se incorporó en la silla y carraspeó. Vino a su mente lo que le había mencionado Greta esa misma tarde después de salir de la iglesia.

—Quizá tengamos un posible sospechoso —comentó.

Rápidamente todas las miradas se posaron en él. El teniente soltó un nombre:

—Björn Ulsteen.

—¿El hermano de la víctima? —Karl frunció el entrecejo.

—Estuve en el funeral de Kerstin. —Se detuvo unos segundos. No quería dar el nombre de Greta, tampoco le gustaba mentir, pero, en ese momento, pensó que no le hacía mal a nadie si obviaba ese pequeño detalle—. Me acerqué a su familia para presentarle mis condolencias. Pude constatar que Björn siente mucha rabia hacia Mattias, y eso no es todo... —Volvió a hacer una pausa que solo logró exasperar a sus

compañeros.

—¡Habla, Stevic! —lo exhortó el jefe.

—Dijo algo así como que el infierno era un lugar apropiado para que Mattias pagase por sus errores.

—¿Algo así? —preguntó Nina. Dudaba de que Mikael no recordara exactamente lo que Björn Ulsteen le había dicho hacía apenas un par de horas. Era evidente que ocultaba algo. Podía jurar incluso que Greta estaba involucrada en todo aquel asunto, solo que él no quería decírselo a su padre.

—La frase es casi idéntica a la de la nota —respondió.

—¿«Algo así», «casi»? ¿Qué sucede contigo, Stevic? —Quiso saber Karl—. Te veo algo distraído. Tu aspecto tampoco mejora.

Mikael se pasó la mano por el mentón. Debía rasurarse y recuperar horas de sueño, pero no tenía tiempo para ocuparse de él cuando había dos muertes que esclarecer. Prefirió guardar silencio y, cuando el teléfono del jefe empezó a sonar, suspiró aliviado. No quería dar explicaciones, mucho menos delante de los demás. La única que conocía su situación de «esposo abandonado» era Nina, y quería que las cosas continuaran así.

—Acaban de avisarme que mañana en primera plana publicarán que la muerte de Mattias no fue un suicidio. ¡Al diablo con la libertad de prensa! —maldijo Karl arrojando el móvil sobre la mesa—. Lo único que conseguirán es prevenir al asesino y puede que se cuide antes de cometer un nuevo error.

Nadie dijo nada: estaban habituados a las artimañas de la prensa para conseguir una primicia o esa noticia exclusiva que los pusiera en lo más alto. Pocas veces se detenían a pensar que con su trabajo lo único que hacían era entorpecer el de la policía.

—Bien, Nina y yo iremos a la casa de los Ulsteen. —Miró a la sargento—. Esperaremos hasta mañana, esa familia ya ha tenido suficiente por hoy.

—Me parece bien —respondió ella—. También deberíamos indagar entre los contactos laborales de Mattias. Sabemos que no solo iba a domicilio a reparar ordenadores. Quizá alguien del local donde trabajaba en Ryssa sepa en qué andaba últimamente.

Mikael dijo que él se encargaría de ir hasta Ryssa después de ocuparse de Simon Dahlin, y Karl le dio el visto bueno.

Lentamente, la oficina se fue desocupando. Los últimos en salir fueron Peter y Miriam. Él la siguió hasta su escritorio, pero la joven pareció no darse cuenta. Tomó su abrigo y se lo colocó a toda prisa. Faltaba media hora para las siete. Echó un vistazo hacia el pasillo, Mikael no tardaría en venir por ella. Fue entonces que reparó

en su compañero. Él la miraba con insistencia.

—¿Qué quieres? —le preguntó de mala gana mientras se recogía el cabello en una coleta.

—Nada, solo desearte suerte —mintió. Le habría gustado estar en su lugar, no porque su tarea fuese más importante que la suya, sino porque no podía digerir que estaría a solas con el teniente Stevic.

—Gracias —respondió.

El rostro de Miriam se iluminó. Peter supo de inmediato que no era precisamente por su causa.

Mikael Stevic se acercó, le preguntó si ya estaba lista, y ella se fue con él.

Se quedó contemplando la puerta de acceso hasta que se cerró. Malhumorado, se fue hasta el escritorio y conectó el *software* de última generación para rastreo de dispositivos electrónicos que la comisaría había adquirido gracias a la gestión de uno de sus superiores.

Rápidamente, el trabajo logró que se olvidara de todo lo demás.

* * *

El auto se adentró en Kråkberg cuando ya empezaba a anochecer. Bordeado por el lago Orsa y el campus Bjäkenbackens, estaba formado por más de sesenta granjas y se había convertido en los últimos años en uno de los sitios más visitados del pueblo. El área de Beach Trip, donde Mattias había vivido el último año de su vida, rápidamente comenzaba a llenarse de nuevas construcciones. Muchos residentes de Mora elegían aquel lugar para levantar sus casas de verano, otros, en cambio, decidían establecerse allí de forma permanente. Mikael iba concentrado en el camino y le prestaba poca atención a su acompañante. Sin embargo, la muchacha parecía empeñada en entablar una conversación con él. Cuando se dio cuenta de que solo ella estaba hablando, decidió hacerle algunas preguntas para no parecer antipático.

—¿Miriam, verdad?

La joven asintió.

—¿Dime, cuánto hace que te graduaste?

—Casi quince meses —respondió como si decirlo de aquella manera la hiciera verse mayor.

—Yo salí de la Escuela Superior de Policía hace doce años; me estoy volviendo viejo —dijo en son de broma.

—No diga eso, es usted joven aún, teniente Stevic.

La miró con el ceño fruncido, fingiendo enojo.

—¿Aún?

Miriam se sonrojó.

—Quiero decir que...

—No te preocupes. —Soltó una carcajada—. A propósito, nada de «teniente Stevic», solo Mikael —le pidió.

—¿No eres de Mora, verdad?

Se sorprendió lo rápido que ella dejaba de lado las formalidades.

—No, nací y crecí en Gotemburgo. Hace dos años y medio me trasladaron aquí. ¿Y tú de dónde eres?

—De Malung. Toda mi familia es de allí —manifestó con cierto aire de nostalgia.

—¿Los extrañas?

—Un poco —confesó—. Me gusta este lugar y, además, Malung no está tan lejos. Los voy a visitar a menudo. ¿Tienes familia en Gotemburgo?

Mikael viró en la esquina de Tåppvägen y se detuvo.

—Hemos llegado.

Miriam se quedó con ganas de saber más de él.

El teniente miró a través de la ventanilla. El apartamento, como casi todos los de aquella zona, constaba de una planta y estaba dividido en dos partes. La luz en la calle era escasa, sin embargo, el enorme foco que colgaba del porche era suficiente para alumbrar el lugar. Se bajó del auto y esperó a que Miriam hiciera lo mismo. Luego se dirigieron hacia la vivienda. Se oía música en el interior, y Mikael de inmediato reconoció la canción: *Nobody's fault but mine* de Led Zeppelin. El muchacho tenía buen gusto. Subieron las escalinatas y la cabeza de la agente Thulin chocó con unas campanillas que colgaban del arco de acceso. Repentinamente, la particular voz de Robert Plant dejó de cantar.

Golpeó a la puerta. Nadie respondió. Miriam se acercó hasta una de las ventanas y espió hacia el interior.

—No se ve a nadie.

—Sabemos que está —dijo el teniente.

Se dirigió a la parte lateral del apartamento, pero tampoco allí había movimiento alguno. Regresó a la puerta y golpeó con más fuerza. Nada. Entonces escucharon un ruido proveniente del patio trasero. Raudamente se trasladaron hasta allí y descubrieron una claraboya abierta.

—¡Allí! —señaló Miriam.

Simon Dahlin huía en dirección norte a toda velocidad.

—¡Quédate aquí y pide refuerzos! —le ordenó Mikael antes de echarse a correr detrás del sospechoso.

Le llevaba unos cuantos metros de ventaja, y su condición física no era la mejor. Se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo. No recordaba cuándo había sido la última vez que había participado en una persecución. Pronto, Simon se adentró a campo traviesa saltando alambrados y esquivando fardos de heno. Cada vez se alejaba más, y él corría más lento. Un dolor punzante en el lado derecho lo obligó a detenerse. Los refuerzos no tardarían en llegar, pero era su deber atraparlo. Era a él a quien se le había escapado. Se llevó la mano al abdomen y apretó con fuerza mientras se echaba a correr nuevamente. Vio cómo el muchacho subía una loma y, entonces, tuvo una idea. No iba a conseguir atraparlo si seguía corriendo detrás de él; debía cambiar de estrategia. Se desvió hacia la izquierda y terminó metiéndose en el patio de una casa. Varios perros ladraron alarmados. Siguió la misma dirección, atravesando patios y saltando por encima de las cercas. Si tenía suerte, lograría interceptar al sospechoso en Hällarnäsvägen. Corrió por la acera; mientras lo hacía, no apartó la vista de la loma por donde, estaba seguro, aparecería su presa. Contaba con que no se hubiera desviado de su trayecto. Se oyó el sonido de las sirenas de la policía, y un perro comenzó a aullar. Siguió corriendo y, a medida que subía a la loma, se le hizo más difícil sostener el ritmo. ¿Dónde demonios se había metido Dahlin? Transitó unos cuantos metros más y entonces lo vio. El muchacho se sorprendió e intentó regresar por donde había venido. No era su mejor opción. Una de las patrullas se había colocado estratégicamente al final de la loma. Tampoco tuvo tiempo de ponerse a pensar qué hacer. Mikael se le tiró encima y lo derribó. El muchacho forcejeó con él, pero no le sirvió de nada. El teniente le puso los brazos detrás de la espalda y se arrodilló sobre él para inmovilizarlo.

—¿Por qué huías? —Le costaba respirar y estaba exhausto, pero la satisfacción de haberlo atrapado, no se la quitaba nadie.

No recibió respuesta.

—¡Responde! —Le puso la mano en la nuca y apretó con fuerza hacia abajo.

—Creí... creí que me buscaban por lo de anoche —balbuceó con el rostro pegado al suelo.

—¿A qué te refieres?

—Discutí con una chica en un bar... la golpeé y me amenazó con denunciarme a la policía.

Miriam Thulin llegó acompañada de dos agentes. Mikael levantó al muchacho del suelo y se los entregó. Rápidamente, Simon Dahlin se vio esposado y dentro de una patrulla.

—Después de todo lo que corrió, dejaremos que pase la noche en uno de nuestros exclusivos calabozos. —La verdad era que, quien necesitaba con urgencia descansar, era él, pero no lo reconocería frente a los demás—. La agresión que él mismo acaba de confesar es motivo suficiente para retenerlo al menos durante veinticuatro horas. Lo interrogaré mañana temprano.

—Buen trabajo —le dijo Miriam.

Intentó sonreír, pero sintió que le dolían hasta los músculos de la cara. Regresaron a Täppvågen en una de las patrullas, y Mikael le dijo a la muchacha que se fuera con ellos hasta la comisaría e hiciera todo el papeleo. Él lo único que deseaba era irse a su apartamento, darse una ducha y dormir hasta el otro día. Confiaba que el cansancio que traía en el cuerpo lo ayudaría a conciliar el sueño esa noche.

* * *

El martes temprano Greta decidió por fin comenzar con la rutina de *footing* que venía posponiendo desde hacía varios días. Se despertó a las siete y se vistió con el conjunto deportivo que había comprado el verano anterior y que aún no había estrenado. En el cinturón se colgó una riñonera, metió dentro el teléfono móvil y una botella de agua mineral. Trató de hacer el menor ruido posible para no despertar a *Miss Marple*. La noche anterior ninguna de las dos había dormido bien. Greta lo solucionó con un tazón de leche tibia y una buena novela de intriga que tenía pendiente. La lora, en cambio, se la pasó dando vueltas por todo el apartamento porque no quería quedarse en la jaula. Parecía que, de un tiempo a esa parte, *Miss Marple* se había mimetizado con ella al punto de compartir sus noches de insomnio. Su apego se había vuelto casi exagerado, sobre todo después de que la había dejado en casa de su padre. No pudo con su genio y le echó un vistazo antes de irse: la muy bandida dormía plácidamente. Con sigilo se dirigió hacia la puerta y, una vez fuera, bajó las escaleras a toda prisa. Las calles estaban casi desiertas a no ser por algunas personas que, como ella, aprovechaban aquellas horas tempranas para iniciar sus tareas cotidianas. En un rato más, arrancarían la actividad comercial y la avalancha de turistas echaría por tierra la quietud de aquellos primeros momentos del día. Se levantó la capucha de su atuendo y saludó a la señora Schmidt, quien, como cada mañana, salía a barrer la acera.

La mujer le devolvió el saludo agitando la mano. Siguió por Millåkersgatan durante tres cuerdas y luego se desvió hacia la izquierda hasta Spanskvägen. Unos cuantos metros más adelante, bajó al carril lateral usado por los ciclistas para correr

con más tranquilidad. Le faltó el aire en varias ocasiones. Había estado llevando una vida bastante sedentaria desde que se había mudado a Mora y ahora pagaba las consecuencias. Necesitaba descansar, le dolían las piernas y, si no se detenía, probablemente no podría dar un paso más. Sacó la botella de agua mineral del bolso y la bebió a borbotones. Se pasó una mano por el cuello sudado y trató de volver a respirar con normalidad. Era hora de regresar, debía darse un baño y desayunar antes de abrir la librería. Esa mañana le enviarían el pedido que había hecho a Estocolmo y no recordaba a qué hora le había dicho Lasse que llegaban las cajas a la estación.

Dio media vuelta y se echó a andar, esta vez, más despacio. Se cruzó con varios vecinos que a esa hora ya se dirigían a sus lugares de trabajo, los saludó de lejos y continuó la marcha.

Cuando llegó al apartamento, solo tuvo tiempo para darse una ducha rápida y tomarse un café. Lasse llegó unos minutos antes de abrir Némesis.

—¿Necesitas que te traiga algo? —le preguntó al tiempo que sacaba las llaves del Mini Cabrio del interior de una cajita en la mesa de entrada.

—¡No! —Le gritó saliendo de la habitación en dirección a la sala—. Solo asegúrate de que esté todo el pedido completo.

Lasse se quedó mirándola. Greta aún no se había peinado, estaba abrochándose la camisa y no llevaba zapatos.

—¿Se te han pegado las sábanas?

—¡Qué va! Se me ocurrió salir a correr y mi lamentable condición física no me permitió volver tan rápido como hubiese querido —reconoció sin tapujos. Se levantó un poco la camisa y le mostró el rollo que tenía en el abdomen—. Culpa a la cocina de la señora Schmidt y a las horas que paso tirada en el sofá leyendo novelas de misterio.

Él sonrió. No entendería jamás esa absurda manía que tenían las mujeres de bajar de peso porque la grasa se acumulaba en sus caderas o porque se aproximaba el verano. Sus hermanas, todavía adolescentes, se la pasaban contando calorías y haciendo actividad física a toda hora. Siempre les decía que, si heredaban las piernas gruesas y el trasero chato de su madre, de nada les serviría tanto esfuerzo. Por supuesto, Tammi y Julia, después de semejante crueldad, decidían no hablarle por semanas.

Contempló a Greta mientras se ponía unas sandalias. Podía tener un par de kilos de más, pero eso no le quitaba ni un ápice de belleza. Era una pena que siguiera sola. Al principio, cuando apenas había regresado a vivir a Mora, no le había caído bien porque pensaba que solo era una entrometida, pero Greta fue la única que le tendió una mano cuando más lo había necesitado. Y eso había hecho que empezara a verla

con otros ojos. La quería mucho. Más que una prima, era una hermana, y estaba seguro de que ella sentía lo mismo por él.

—¿Qué miras tanto? Llegarás tarde a la estación —lo amonestó Greta peinándose el cabello.

—Es temprano, además la estación está solo a cuatro calles de aquí —le respondió. Ella lo miró furibunda—. ¡Está bien, ya me voy! Hasta dentro de un rato, prima.

Greta terminó por fin de arreglarse y bajó a la librería. Lo primero que hizo fue encender el ordenador y leer las noticias. El asesinato de Mattias Krantz ya ocupaba la portada del periódico local. No se sorprendió. En un lugar como Mora era imposible esconder una verdad semejante. Lo leyó rápidamente, esperando que nadie hubiese mencionado su nombre. Pero no tuvo esa suerte: el autor del artículo le había dedicado un párrafo entero.

«El cuerpo sin vida de Mattias Krantz, principal sospechoso del homicidio de Kerstin Ulsteen, fue hallado hace dos días por Greta Lindberg, una de nuestras vecinas más reconocidas, hija del inspector Karl Lindberg y dueña de la librería de la calle Millåkersgatan. Según fuentes extraoficiales, la señorita Lindberg regresaba de un viaje a Söderhamn cuando cerca de las siete de la mañana del domingo se topó con la terrible escena. Quienes la conocemos, sabemos que Greta tiende a involucrarse en hechos similares. No olviden que puso su vida en peligro hace unos meses cuando, gracias a su intervención, la policía logró atrapar a la asesina de Annete Nyborg y Camilla Lindman. ¿Será capaz ahora de descubrir quién mató a Mattias Krantz?». »

No le gustaba que hablaran de ella de aquella manera. La pintaban como una especie de detective aficionada propensa a meterse donde no la llamaban. Era lo que pensaba su padre... ¿compartirían su opinión los demás? Después de leer aquel artículo, no dudaba de que todos en Mora pensasen lo mismo.

Cerró la página y, cuando alzó la vista, descubrió que ya había varios clientes esperando ser atendidos. Nunca se apiñaban en la puerta tan temprano, mucho menos un martes por la mañana. Casualmente, eran vecinos del pueblo. Se preguntó cuántos de ellos habían leído la noticia en el periódico esa mañana.

Apostaba que todos.

CAPÍTULO 9

Mikael llegó a la comisaría un poco más tarde de lo previsto, pero la tardanza había valido la pena. Después de dormir toda la noche de un tirón, se había levantado de muy buen humor, se había rasurado la barba de días que llevaba y hasta había pasado por el *coiffeur* para cortarse el cabello.

La primera que celebró su renovado aspecto fue su compañera.

—Por fin ha vuelto el guapo e irresistible teniente Stevic —le dijo no bien entró en su oficina cargando dos tazas de café. Le ofreció una y se bebió la suya de pie—. ¿A qué se debe el cambio?

—Supongo que estaba harto de los comentarios de Karl —respondió encogiéndose de hombros. Se mesó el pelo y entonces se dio cuenta de que ahora lo llevaba mucho más corto.

Nina se acercó hasta el escritorio y dejó la taza de café encima.

—Muchas veces, conservar una buena apariencia ayuda a sentirse mejor por dentro.

Mikael se echó a reír.

—¿Filosofando a estas horas de la mañana, Wallström?

—¿Acaso no es verdad? ¿No te sientes mejor ahora que te has quitado esa horrible barba y te has cortado el cabello?

—Y no olvides mencionar que dormí toda la noche como un lirón...

—Se te nota más relajado, hasta tranquilo, diría yo. —Hizo una pausa, se sentó en la orilla del escritorio y agregó—: ¿Tendrá que ver ese cambio con alguien en particular?

Huyendo de la mirada inquisidora de su compañera, Stevic comenzó a hojear unos papeles que tenía frente a él.

Como no le respondió, la sargento Wallström, insistió.

—Es inútil que lo niegues. Ayer me di cuenta de que volviste a solapar a Greta delante de su padre. ¿Fue ella la que habló con Björn Ulsteen y no tú, verdad?

No tenía caso negarlo.

—Así es. Me encontré con Greta por casualidad después del funeral de Kerstin y me comentó lo que le había dicho su hermano.

Lo conocía lo suficiente como para no creer que se había encontrado con ella por pura casualidad, igualmente, no dijo nada al respecto.

Miró su reloj.

—En menos de una hora sabremos si lo que Greta te ha dicho sirve de algo o no.

—Ayer hemos planteado la posibilidad que el asesino de Mattias sea alguien relacionado con la niña. No es descabellado pensar que lo mataron para vengar su muerte.

—No, no lo es —coincidió Nina—. Tal vez Simon Dahlin nos ayude con eso. Convivía con Mattias y, aunque parecían no llevarse muy bien, según sus padres, pudo enterarse de algo. Si, efectivamente, su homicidio se debió a una venganza, el asesino tuvo dos semanas para planearlo todo.

—Tuvo que vigilar a Mattias y seguir cada uno de sus pasos. Es muy probable que Dahlin no solo escuchara alguna cosa: pudo ver a alguien merodeando por los alrededores. —Ordenó los papeles que ni siquiera había leído y se puso de pie—. Lo interrogaré ahora mismo, a ver qué puedo sacarle.

—Voy contigo mientras espero a Karl.

—¿No ha llegado aún?

La sargento negó con la cabeza. En el pasillo, se cruzaron con Miriam Thulin, la muchacha saludó al teniente por su nombre y le regaló una sonrisa.

—No dejas títere con cabeza.

Mikael miró a su compañera con las cejas alzadas.

—¿Quién? ¿Miriam? ¡Pero si es una niña!

—Eso nunca te ha detenido —comentó—. Si no recuerdo mal el año pasado te enredaste con la hija de uno de los gerentes de ICA. ¿Cuántos años tenía? ¿Veintiuno, veintidós?

No iba a renegar de sus actos. Si había alguien que conociera vida y obra de sus vaivenes amorosos, esa era precisamente Nina Wallström.

—Eso era antes...

—¿Antes de qué? —quiso saber, presa de la curiosidad.

Pero se quedó con las ganas ya que en ese momento, Simon Dahlin era trasladado a la sala de interrogatorios y cuando se dio cuenta, el teniente se le había escabullido.

Entró a la pequeña oficina, anexada al lugar donde se llevaban a cabo los interrogatorios y esperó.

Mikael entró, dejó la grabadora sobre la mesa y antes de sentarse se quitó la chaqueta.

Simon seguía cada uno de sus movimientos.

—¿No se supone que tengo derecho a un abogado? —dijo con desdén.

El teniente lo miró.

—Estás aquí porque quiero hacerte unas preguntas, no eres sospechoso de nada... aún —le aclaró. Puso la grabadora entre medio de los dos y la encendió—. Son las ocho y diez minutos, es el teniente Stevic interrogando a Simon Dahlin en relación al homicidio de Mattias Krantz.

El muchacho abrió los ojos como platos.

—¿Mattias fue asesinado?

—Yo soy quien realiza las preguntas —le indicó, luego comentó—: Pareces sorprendido.

—Lo estoy. Creí que se había suicidado, todos en el pueblo lo comentan —respondió consternado por la noticia.

Al parecer, todavía no había leído los diarios.

—Su asesino quiso que creyéramos eso. Dime, ¿qué tanto conocías a Mattias?

—¿La verdad?

Mikael asintió.

—No mucho. Compartíamos el apartamento desde hacía poco más de un año, pero cada uno hacía su vida. Nos veíamos muy poco, yo trabajo en un taller mecánico ocho horas al día y cuando no se iba de cacería, se la pasaba todo el tiempo sentado frente al ordenador.

—Era su trabajo.

—No, no me refiero a eso. Trabajaba en la tienda de Ryssa tres veces por semana y también hacía reparaciones a domicilio, aunque después de lo de esa niña, ya nadie lo llamaba. Se volvió más huraño que de costumbre. Siempre fue un chico raro, retraído y poco hablador, pero pagaba la renta a tiempo y era ordenado. Sin embargo, desde que se levantaba hasta que se acostaba, no se despegaba de su ordenador. Ya le digo, salía muy poco.

—¿Fue por eso que se llevaban mal? ¿Por qué estaba todo el día metido en casa? Tal vez querías un poco de privacidad y él no te lo permitía...

Simon de inmediato se puso a la defensiva.

—¿Quién le dijo eso?

—Sus padres comentaron que Mattias planeaba regresar con ellos porque la

convivencia contigo se había vuelto insostenible.

—Maldito imbécil —murmuró entre dientes.

—¿Qué has dicho? —Lo había escuchado perfectamente, pero seguramente sus palabras no habían quedado registradas en la grabadora.

—Que era un maldito imbécil —repitió—. Yo pasaba fuera la mayor parte del día y cuando estaba en casa, trataba de no meterme con él. Sabía que no le gustaba que husmearan en sus cosas. Una noche llegué más temprano de lo habitual y no estaba frente al ordenador. Sentí curiosidad y me acerqué.

—¿Qué viste?

—Tenía una página abierta. Era un club de caza o algo parecido. Quise indagar un poco más, pero, en ese momento, apareció Mattias y se puso como loco cuando me descubrió espíandolo. Casi nos fuimos a los golpes —añadió.

—¿Cuándo ocurrió ese incidente?

—Hace un mes más o menos.

—¿No volviste a mirar en su ordenador?

Negó con la cabeza.

—Me amenazó, me dijo que si lo volvía a hacer, me iba a arrepentir.

Mikael apoyó los brazos encima de la mesa.

—¿Y ahora que está muerto, tampoco has husmeado en su ordenador?

Simon se movió inquieto en su silla.

—Lo intenté —reconoció—. Pero está protegido por una contraseña y fue imposible.

—¿Y qué me dices de su teléfono móvil? ¿Lo has visto?

—Las veces que salía lo llevaba encima, no creo que esté en el apartamento —respondió bastante seguro de lo que decía.

El teléfono extraviado y el ordenador encriptado. Mattias no se los había puesto fácil.

—¿Notaste algo extraño en él las últimas semanas?

—¿Quiere decir desde la desaparición de Kerstin Ulsteen?

Stevic asintió.

—Se volvió más hosco de lo habitual. La gente lo miraba mal y ustedes le respiraban en el cuello todo el tiempo. Supongo que una presión así, trastorna a cualquiera.

—¿Además de eso, no notaste algún cambio significativo en su conducta? —insistió Mikael.

—Todo en él era raro. Los últimos días se encerraba en su habitación con el teléfono móvil. Nunca usaba el fijo. Lo hacía a cada rato, como si quisiera hablar

desesperadamente con alguien.

—¿Sabes con quién?

—Ni idea. Jamás lo vi con nadie, a excepción de su familia. Creo que los únicos amigos que tenía los había hecho por Internet.

—¿Alguien del club de caza?

—Supongo que sí —respondió encogiéndose de hombros.

Mikael se quedó pensativo unos segundos, luego continuó con el interrogatorio.

—¿No viste a nadie extraño rondando por la zona o vigilando el apartamento?

—¿Aparte de ustedes? —preguntó con ironía.

—Aparte de nosotros —le respondió el teniente algo molesto.

—No... ¡Espere! Ocurrió algo la semana pasada. Me despertaron unos gritos en la calle. Era miércoles y a Mattias le tocaba ir a trabajar a Ryssa. Cuando me levanté y miré por la ventana, estaba hablando con un hombre.

—¿Lo reconociste?

—Sí, por supuesto. Era Björn, el hermano de Kerstin Ulsteen. Estaba realmente hecho una furia y si Mattias no se hubiera marchado, creo que lo habría matado allí mismo... —se detuvo cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir—. ¿Cree que él pudo haberlo asesinado?

No le respondió.

—¿Nos darías tu permiso para registrar el apartamento?

—Sí. —Se cruzó de brazos y lo miró con soberbia—. No tengo nada que ocultar... aunque no puedo decir lo mismo de Mattias.

Mikael apagó la grabadora, dando por finalizado el interrogatorio.

—Puedes irte. —No le caía bien Simon Dahlin, pero dudaba de que tuviera algo que ver con la muerte de Mattias Krantz.

Se reunió con Nina.

—Otro motivo para hablar cuanto antes con Björn Ulsteen —repuso la sargento.

En ese momento, Karl se asomó por la puerta.

—¿Nina, estás lista? —Se dirigió a Stevic—. ¿Qué tal ha ido?

—El muchacho es bastante desagradable, pero eso no lo convierte en un asesino. Nos dio su permiso para registrar el apartamento. Me llevaré a Bengtsson. Es experto en informática y es lo que necesito para hurgar en el ordenador de Mattias. Tal vez tengamos suerte y encontremos el arma homicida o el calcetín extraviado.

—Estupendo —concordó Karl. Luego, él y Nina se dirigieron a la casa de los Ulsteen.

En el camino, la sargento le relató lo que había dicho Simon Dahlin sobre el incidente entre Mattias y el hermano de Kerstin, durante el interrogatorio.

Ahora le tocaba a ellos. Björn Ulsteen debía aclarar muchas cosas.

Pero no corrieron con la misma suerte de Stevic. Cuando llegaron, su padre les informó que Björn se había marchado esa mañana a Falun a visitar a unos amigos y estaría de vuelta recién a la noche. Aprovecharon para hacerle algunas preguntas a él y a su hermano Martin. La madre de Kerstin, según su esposo, estaba bajo los efectos de sedantes y no pudieron hablar con ella. Ninguno tenía una coartada firme para el momento en el que Mattias había sido asesinado. Tanto Jens como Martin, habían asegurado que se encontraban durmiendo en casa. También afirmaron que Björn estaba allí. Karl le pidió a Jens Ulsteen que le avisara a su hijo que se pusiera en contacto con ellos apenas regresara. Esperaban que ese repentino viaje no se convirtiera en un intento de fuga.

* * *

Lasse se encontraba clasificando los libros que acababan de recibir desde Estocolmo. Guardó aparte los que estaban reservados y sacó una copia por ejemplar para exponerlo en la librería.

Greta entró al depósito después de que se hubiera ido uno de los clientes para darle una mano y fue hasta el estante donde colocaban los libros que estaban encargados. Buscó la planilla y comenzó a etiquetarlos. Por suerte, Némesis no paraba de crecer y cada vez eran más los clientes que pedían sus libros por anticipado. Trataba de cumplir con todos, pero muchas veces no dependía de ella que los libros fuesen entregados a tiempo, sobre todo cuando tenían que enviárselos desde el exterior. Aunque desde que Lasse se encargaba de estar al tanto de los pedidos y de los proveedores, todo parecía marchar sobre ruedas. Era una gran ventaja contar con él.

Un nombre en la lista rápidamente captó su atención: Martin Ulsteen. El tío de Kerstin se había convertido en uno de sus clientes más asiduos. Le había pedido la última novela de Arne Dahl y un par de libros de Ann Rule, quien escribía sobre *true crimes*, nada sencillos de conseguir y que su proveedor habitual debía mandar a pedir a Inglaterra o a Estados Unidos. Sin embargo, Martin parecía tener toda la paciencia del mundo para esperar el tiempo que hiciera falta. Buscó los libros en el estante y los tomó.

—Primo, me gustaría entregar este pedido en persona —dijo de repente—. Regresa a la librería, puedes terminar aquí más tarde.

Lasse la miró con asombro.

—¿Y eso?

—Son los que encargó Martin Ulsteen. El pobre no debe tener cabeza para acordarse y no me cuesta nada acercarme hasta su casa. —Se dirigió hacia la salida, seguida por Lasse—. Trataré de regresar lo antes posible.

—No te preocupes, tómate todo el tiempo que sea necesario —respondió sospechando las verdaderas intenciones de su prima para acercarse a la casa de la niña asesinada—. Ten. —Sacó las llaves del Mini Cabrio del bolsillo de sus vaqueros y se las alcanzó.

Greta subió al auto y colocó la bolsa de libros, con el logo de Némesis, en el asiento del acompañante. Condujo tranquilamente hasta Kråkberg. Mientras, sopesaba la decisión que acababa de tomar. Estaba dejándose llevar nuevamente por un impulso, pero no podía evitarlo, era más fuerte que ella. Se le había presentado la oportunidad de acercarse a la familia de Kerstin y no la iba a desperdiciar. Dobló en Braskvägen y se estacionó frente a un terreno baldío en donde un grupo de niños, jugaban una partida de *brännboll*. Se quedó observándolos un rato: reían y corrían, completamente ajenos a la tragedia que había sacudido a la familia que vivía a tan solo unos pocos metros de distancia. Una niña regordeta bateó la pelota, con tanta mala puntería que fue a parar debajo del Mini Cabrio. Greta bajó y la buscó. Atravesó el campo de juego con cuidado porque llevaba un par de botas de tacones altos. Los niños se le acercaron y se la pidieron.

—¿Me dejan batear una a mí?

La miraron con cierta desconfianza.

—¿Quién eres?

—Es la que atiende la librería del centro —dijo uno de los niños.

Ella lo reconoció. Había estado en Némesis en varias ocasiones, acompañando a su hermana.

—Mi nombre es Greta. —Les sonrió y ese gesto bastó para terminar de conquistarlos. Un niño le entregó el bate de madera. Se remangó el *sweater* y se puso en posición. Esperaba no haber perdido la práctica y pasar un papelón frente a sus entusiastas testigos. Hacía por lo menos doce años que no jugaba, pero había sido una de las mejores bateadoras en el equipo de la secundaria Sanktmikael.

Todos se ubicaron en su sitio. Greta oteó detenidamente a la niña que iba a lanzar la pelota. Balanceó su cuerpo hacia ambos lados y trató de concentrar toda la fuerza en sus manos. Le dio de lleno a la pelota y los niños vitorearon su nombre. Estaba lista para salir corriendo, pero se paralizó cuando divisó el auto de su padre doblando la esquina.

Hubo un abucheo generalizado.

—Niños, lo siento, debo marcharme. —Se acomodó el *sweater* y se despidió de ellos. A toda prisa, se metió dentro del auto. No lograría pasar desapercibida. El Mini Cabrio prácticamente era una señal luminosa de color rojo que resaltaba al lado del terreno cubierto por la hierba verde.

El vehículo avanzó lentamente por Braskvägen en dirección hacia ella. Demasiado tarde para ocultarse. Seguramente venía de la casa de los Ulsteen. Hundió el cuerpo en el asiento, aunque sabía que era inútil. Su padre ya la había descubierto.

Karl se estacionó a la par de ella y le tocó bocina. Greta se incorporó y lo saludó, agitando la mano. Vio que iba acompañado por Nina. Ella le sonrió, casi comprensivamente.

Su padre le hizo señas de que bajase la ventanilla.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, papá. Nina...

—¿Vas a responderme o no? —insistió en saber al tiempo que sacaba la cabeza fuera de su auto.

—Tenía que entregar unos libros —respondió por fin.

—¿Desde cuándo Némesis hace *delivery*?

Nina le rozó el brazo para llamar su atención, pero no le hizo caso. Lanzó un vistazo al grupo de niños que los observaban con interés. Tal vez estaba haciendo una escena en medio de la calle, pero en ese momento, le importaba muy poco. Lo único que quería era que Greta le respondiera su pregunta.

—Desde hoy —le contestó con insolencia.

Se hizo un pesado silencio. Incluso Nina, quien en ocasiones como aquella, hacía de intermediaria, se quedó muda. No había sido lo que dijo Greta, sino el modo en que lo había dicho.

—No tienes nada que hacer en casa de Kerstin Ulsteen —le advirtió Karl.

—Papá, su tío me ha encargado unos libros. Solo voy a llevárselos —le dijo sin abandonar el tono beligerante.

—¡A otro perro con ese hueso! ¡Ambos sabemos muy bien por qué estás aquí!

—Karl, cálmate. No ganas nada con alterarte —terció Nina finalmente.

—Deberías hacerle caso a la sargento Wallström, papá.

Karl había perdido la paciencia hacía rato, por eso decidió esta vez no responderle. Cualquier cosa que dijera o hiciese, sería inútil. Desgraciadamente, Greta había heredado su terquedad, no su prudencia.

—Debo irme. Lasse está solo en la librería —dijo con la clara intención de poner punto final a aquel enfrentamiento.

Karl desistió. De una manera u otra, ella siempre conseguía salirse con la suya.

Greta subió la ventanilla y se dispuso a marcharse. Sin embargo, no pudo hacerlo. Odiaba discutir con él y que acabaran enfadados. Sabía que era su culpa y que su padre llevaba toda la razón. No tenía nada que hacer en casa de los Ulsteen, si se presentaba con la excusa de llevar unos libros, era con el único propósito de meter las narices donde no debía. Siempre se empeñaba en llevarle la contraria, aunque no lo hiciera a propósito.

Karl la miró. Entonces Greta gesticuló un «te amo» y antes de alejarse, le arrojó un beso.

Una vez más, y para disgusto de su padre, ella tuvo la última palabra.

CAPÍTULO 10

En el acceso principal a la casa de los Ulsteen, colgaba una fotografía de Kerstin decorada con un festón negro. Greta contempló la imagen de la niña durante unos segundos. Era la misma que su madre había utilizado para armar los carteles de búsqueda. Llevaba el cabello rojizo atado con un moño y sonreía feliz.

Respiró hondamente y dio unos suaves golpes a la puerta. Pasó un rato antes de que le abrieran.

Jenny, la hermana pequeña de Kerstin se restregó los ojos, luego se quedó mirándola. Llevaba un pijama que le quedaba grande y tenía el pelo revuelto.

—Buenos días, Jenny. Busco a tu tío Martin, ¿se encuentra en casa?

La niña se encogió de hombros al tiempo que emitía un bostezo.

—No lo sé, yo acabo de despertarme —le dijo.

—¿Podrías fijarte si está? Le he traído unos libros que me ha encargado —le pidió espiando hacia el interior de la vivienda por encima de la cabeza de la niña.

Ella entró y subió corriendo las escaleras. Había dejado la puerta abierta y Greta no supo si debía esperar en el umbral o ingresar a la casa. Se decantó por la segunda opción. Reinaba el más absoluto de los silencios. Lo primero que notó, fue la cantidad de retratos de Kerstin que había encima de la chimenea y de los muebles. Toda la sala parecía un santuario. Observó a su alrededor. Desde una puerta entreabierta le llegó el aroma a café recién hecho. Sin embargo, no había señales de nadie cerca. Miró hacia las escaleras por donde había desaparecido Jenny un par de minutos antes. No parecía que fuese a regresar pronto.

Escuchó un murmullo de voces en la cocina. Decidió ir hasta allí, pero cuando entró se dio cuenta de que solo era la televisión encendida. Había un par de tazas encima de la mesa, una bandeja con bollos y la cafetera junto a la estufa. Apretó la

bolsa de libros y se mordió el labio inferior. ¿Tal vez Jenny se había olvidado de ella? ¿Dónde estaban sus padres? Miró a través de la ventana que daba al patio trasero. El auto de los Ulsteen sí estaba.

—Me dijo mi sobrina que me buscabas.

A Greta casi le da un ataque cuando escuchó la voz masculina detrás suyo. No lo había visto venir. Se volteó de un sopetón.

—Buenos días, señor Ulsteen —dijo cuando el corazón bajó de su garganta—. Le he traído los libros que me encargó —levantó la bolsa con el logo de Némesis y se la mostró.

Martin Ulsteen hizo una mueca con los labios. Observó la bolsa con interés para luego prestarle atención a ella. Greta se sintió intimidada. Era un hombre de unos cincuenta años, alto y extremadamente delgado. La nariz en forma de gancho junto con las gafas de armazón grueso le daba todo el aspecto de un erudito. Sabía que era un lector voraz, tanto o más que ella, pero en realidad no lo conocía muy bien ya que se había mudado a la casa de su hermano cuando ella aún vivía en Söderhamn. Era bastante sucinto con las palabras y tenía un *tic* nervioso que hacía que abriera y cerrara el ojo derecho de una manera extraña. Le gustaban los libros de misterio, pero sobre todo, leía mucho sobre crímenes reales, por eso le traía obras de Anne Rule, una de las mayores referentes del género. En esta última ocasión le había encargado *Peligro mortal* y *Un extraño junto a mí*, donde la autora relataba su amistad con uno de los mayores asesinos en serie de la historia americana: Ted Bundy.

Greta lo miró a hurtadillas en tanto le entregaba los libros. Martin Ulsteen era un hombre soso y debilucho, inofensivo a la vista de los demás. Sin embargo, detrás de aquella apariencia normal, bien se podía ocultar un despiadado asesino.

«La gente simple, algunas veces, puede cometer los actos más inesperados».

Era una frase de miss Marple y extrañamente, no podía recordar a cuál de las obras de Agatha Christie pertenecía, aunque describía a la perfección lo que pasaba por su cabeza en ese instante. ¿Martin Ulsteen un asesino? Las apariencias podían ser engañosas y lo había vivido en carne propia. ¿Tendría razón su padre cuando repetía una y otra vez que las novelas de detectives eran una mala influencia para ella?

—Gracias por venir a dejarme los libros. No debiste molestarte —le dijo Martin, sonriéndole.

Greta observó como los labios de su interlocutor se movían hacia arriba, dibujando dos arcos demasiado pronunciados en las mejillas huesudas. «Ni siquiera tiene una sonrisa bonita» pensó.

—No es molestia —respondió—. Supongo que no tendría ánimos de pasar por Némesis después de lo de su sobrina. —En ese momento, recordó que cuando se

acercó a la familia de Kerstin en la iglesia, él no estaba. Ni lerda ni perezosa, comentó —. A propósito, no lo vi en el funeral de Kerstin ayer...

Martin Ulsteen se dirigió hacia la estufa y se sirvió café.

—¿Te apetece una taza? —le ofreció en cambio, evitando responderle.

—No, gracias.

Se sentó y la dejó a ella de pie, junto a la mesa. Parecía que ya no volvería a hablarle. Greta no supo qué hacer. Cualquiera persona en su lugar ya se hubiese marchado, después de todo, había cumplido con su tarea de entregarle los libros y no tenía nada que hacer allí. Aun así, no se movió ni un centímetro.

—No estaba en el pueblo —dijo de repente—. Regresé ayer por la noche, cuando mi sobrina ya había sido sepultada. —Le clavó la mirada.

Greta asintió.

—Debió ser duro para usted no poder despedirse de ella.

Él se acomodó las gafas y luego dejó la taza de café en el platito. No había tocado los bollos.

—Kerstin era una niña adorable, demasiado inocente para este mundo de porquería en el que vivimos. —Apretó los puños con fuerza encima de la mesa—. El maldito desgraciado merecía morir. No es justo que siguiera respirando cuando mi sobrina se enfría en su tumba...

Había mucho dolor y resentimiento en su voz. Era natural. Alguien les había arrancado a Kerstin de la manera más cruel y sus vidas nunca más volverían a ser las mismas. Greta incluso creyó ver un par de lágrimas en su rostro. Cuando Martin se quitó las gafas para restregarse los ojos, se dio cuenta de que, efectivamente, sí estaba llorando. Sin pensarlo dos veces, se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento mucho —le dijo solidarizándose con él.

No respondió, solo se colocó de nuevo las gafas y agachó la cabeza.

En ese momento, Lisa Ulsteen atravesó la puerta que daba al patio. Llevaba un canasto con ropa y se sorprendió de verla.

—Greta, ¿qué haces aquí? —Le dedicó una rápida mirada a su cuñado.

—He venido a traer los libros que el señor Ulsteen me encargó —explicó.

—¿Dónde está Jenny? —Buscó a su hija pequeña con la mirada.

Martin se encogió de hombros.

—Fue ella quien me abrió —intervino Greta—. Subió las escaleras y ya no volví a verla.

La mujer asintió y luego comenzó a acomodar la ropa que acaba de recoger del tendedero.

—Desde que Kerstin desapareció, se pasa todo el día en su habitación. Duerme en

su cama y se orina en ella casi todas las noches. —Le mostró una sábana con diseños florales para subrayar sus palabras.

—¿Eran muy unidas?

—Se llevaban poco más de dos años, pero andaban todo el día juntas —le contó con la voz temblorosa—. Se niega a ir a la escuela y cuando queremos hablar con ella, se queda callada...

Martin, desde su sitio, las escuchaba en silencio. En un momento dado, desapareció de la cocina, dejando a las dos mujeres solas.

—Tal vez le vendría bien hablar con alguien ajeno a la familia. ¿Me dejaría intentarlo? —Ni siquiera supo de dónde había salido aquello. Esperaba que no de su afán por inmiscuirse donde no debía.

—Como quieras, aunque no creo que sirva de nada. Björn dice que debemos llevarla a un especialista, pero no me gusta la idea.

—¿Puedo subir? —preguntó antes de arrepentirse de su propuesta.

Con la anuencia de su madre, Greta se dirigió escaleras arriba y buscó a Jenny.

La última puerta del pasillo estaba entreabierta. Tenía pegada la imagen de un unicornio coloreado con lápices y un cartel que rezaba: «Rincón de Kerstin. Prohibido entrar sin permiso».

Ingresó sin llamar. Jenny estaba recostada en la cama y se volteó apenas la vio. Greta se acercó y se sentó a su lado. Observó la habitación con atención. Una gran plancha de corcho llena de fotografías y dibujos ocupaba buena parte de uno de los muros. Había una rinconera llena de muñecas y al otro lado de la habitación, un espejo enorme que las reflejaba a ambas.

La niña continuaba sumida en el silencio.

—Jenny, sé como te sientes. Yo perdí a mi madre hace más de diez años y aún la extraño.

Ella se giró y la miró.

—Querías mucho a Kerstin y te duele su ausencia —le dijo acariciándole el cabello—. Se siente un vacío aquí muy grande —se señaló el pecho.

Jenny asintió tímidamente.

—Es absolutamente normal. ¿Pero sabes una cosa? Kerstin siempre seguirá viva en tu corazón. Aprenderás a vivir con su recuerdo y poco a poco, el dolor se irá haciendo más pequeñito.

—La extraño mucho —dijo la pequeña al borde del llanto—. Por eso me encierro aquí, para estar más cerca de ella.

A Greta se le hizo un nudo en la garganta. Se puso de pie y comenzó a moverse por la habitación.

—Dime, ¿qué le gustaba hacer a tu hermana? —La niña necesitaba hablar, la sentía muy angustiada.

—Dibujar —respondió al tiempo que se sentaba en la cama.

Greta fue hasta el tablero y contempló los dibujos de Kerstin.

—Son muy buenos.

Había varias fotografías en donde se veía a la niña muerta en compañía de Jenny y de otras amiguitas de su misma edad. En todas ellas, Kerstin resaltaba de las demás. Recordó cuando iba a la librería usando gorritos de tela que combinaban a la perfección con el resto de su vestimenta. Era una niña coqueta que le sonreía todo el mundo y alguien se había aprovechado de su simpatía para acercarse a ella y hacerle daño. Apartó aquel pensamiento de su mente.

—¡Qué bonita está aquí! —Le mostró a Jenny una fotografía donde su hermana posaba recostada en un árbol. Notó que incluso llevaba un poco de colorete en las mejillas y un broche en la solapa de su vestido.

—Quería ser modelo o actriz cuando creciera...

Greta sonrió con amargura. Los sueños de Kerstin nunca se harían realidad. De repente, cuando apartó la mirada de las fotos y los dibujos, vio un pequeño trofeo encima de la cómoda. Se acercó y lo tomó. La figura de bronce representaba a Odín en su caballo, usando yelmo y escudo. En la parte inferior, tenía inscripta una leyenda en nórdico antiguo y fue imposible saber qué decía.

—Ese es un regalo de Björn —le indicó Jenny poniéndose a su lado—. Lo ganó hace unos años en un torneo de tiro.

Dejó el trofeo en su sitio.

—¿Tu hermano es bueno con las armas?

—Sí, aprendió a disparar cuando era niño. Es el mejor en toda Dalarna —dijo con orgullo.

—Seguro que lo es.

Consiguió convencer a Jenny de salir al patio y se quedaron allí un buen rato, sentadas en la hierba, hojeando las revistas de moda de Kerstin. Antes de marcharse, Martin se le acercó para pagarle por los libros.

—Gracias de nuevo por tomarte la molestia de venir hasta aquí. Quizá me pase la semana que viene por Némesis para ver qué novedades has traído.

—No fue nada. —Contó el efectivo para verificar si debía darle el vuelto y lo metió en el bolsillo del pantalón. Iba a decirle que lo esperaba en la librería cuando quisiera, pero el hombre ya se estaba alejando en dirección a la casa.

Mientras conducía de regreso a Némesis, no dejaba de darle vueltas a lo que había descubierto. Podía no significar nada. Björn, como muchos otros en el pueblo, era

aficionado a las armas y sabía disparar bien. Sin embargo, ese inquietante detalle más las palabras que había dicho en la iglesia, eran suficiente para, al menos, comenzar a dudar.

* * *

Nina miró a Karl. El inspector conducía en silencio, con el ceño fruncido. La sargento observó su reloj: faltaba poco menos de una hora para el mediodía. El día anterior, habían pasado un buen rato almorzando juntos, conversando sobre su vida fuera de las cuatro paredes de la comisaría, dejando completamente de lado, los asuntos de trabajo. En un momento dado, estaba contándole sobre su última relación seria, que para variar, había terminado en un rotundo fracaso. Fue cuando la charla se había vuelto confidencial, más de amigos que de inspector a sargento, que estuvo a punto de confesarle lo que sentía por él, sin embargo, se echó atrás en el último instante. Ya no podía esconder sus sentimientos. Era una mujer hecha y derecha, que nunca había medido las consecuencias a la hora de jugársela por alguien. Debía tomar el toro por las astas de una vez por todas. Fue esa misma resolución lo que le hizo decir:

—¿Qué te parece si almorzamos juntos?

Karl apartó la vista del camino por un instante. Era evidente que no se lo esperaba, menos aun cuando habían compartido el almuerzo el día anterior.

—La verdad es que no tengo mucho apetito.

La sargento no se iba a rendir tan fácilmente.

—Vamos, te hará bien distraerte. ¿La pasamos bien ayer, no?

—Sí —reconoció.

—Entonces, ¿qué dices? Esta vez invito yo.

No tuvo que pensarlo demasiado. Si bien no estaba de buen humor después del encontronazo con su hija, la compañía de Nina siempre lograba relajarlo.

—¿A dónde vamos? ¿A Claras?

—No, te voy a llevar a un sitio que te va a encantar —respondió con tono misterioso.

Él insistió en saber hacia donde iban exactamente. La intriga aumentó cuando Nina le pidió que pasara por una sucursal de ICA. Bajó, dejándolo en el auto y regresó unos veinte minutos más tarde cargando una bolsa.

—¿Me vas a decir ahora que estás tramando?

La abrió y le mostró lo que había dentro. Karl solo alcanzó a ver una botella de

vino, dos barras de pan y unos cubiertos de plástico.

—¡Un *picnic*! —exclamó soltando una risotada.

Ella asintió.

—¿Te parece inapropiado?

Puso ambas manos en el volante.

—En lo absoluto. Hace mucho tiempo que no voy a uno. El último, creo que fue durante un verano. Greta tendría unos diez u once años. Nos arrastró a su madre y a mí al patio trasero de la casa. Había improvisado un mantel con la lona que usábamos para cubrir el auto. —Una sonrisa cargada de nostalgia surcó sus labios—. Hanna la había ayudado a preparar todo y a Sue Ellen casi le dio un ataque cuando vio la lasaña que había cocinado para la cena servida en unos platos de cartón.

Nina se imaginó la escena y no pudo evitar sentir algo de envidia. Notaba que Karl aún hablaba de su esposa muerta con mucho sentimiento. Aquel detalle, le hizo replantearse su intención de confesarle lo que sentía por él. Estaba tan absorta en sus pensamientos que ni cuenta se dio que Karl había puesto el auto en marcha nuevamente.

El destino elegido fue el lago Siljan y Karl celebró su idea. Se ubicaron debajo de uno de los abetos que bordeaba la orilla. Si bien estaba lleno de turistas, lograron conseguir un lugarcito lo bastante apartado como para disfrutar del almuerzo con tranquilidad y fuera del alcance de miradas curiosas. Era precisamente el ambiente que necesitaba Nina para abrirle por fin su corazón.

El almuerzo no consistió en gran cosa: queso Camembert, acompañado por ensalada de huevo, atún y jamón cocido. El vino, un bourgueil que la sargento había escogido especialmente para la ocasión, recibió desde el primer sorbo, los elogios de Karl. Después de beber dos vasos, Nina se sintió con el coraje suficiente como para soltarle todo lo que se había callado durante los últimos cinco años.

Lo contempló durante unos cuantos segundos. Él estaba prestándole atención a un grupo de muchachos que jugaban al fútbol. Se había quitado la chaqueta y aflojado el nudo de la corbata. Tenía el cabello revuelto debido a la brisa que soplaba. Lucía despreocupado y jovial. Dejó escapar un suspiro. No entendía por qué después de diez años, todavía seguía solo. El inspector Lindberg poseía todo lo que cualquier mujer pudiera desear: una carrera brillante y una reputación intachable. Inteligente y con un buen sentido del humor, a pesar de que no lo demostrara seguido. Era un padre cariñoso que se desvivía por su hija y, aunque muchas veces discutiera con Greta, la adoraba. Nina siempre había soñado con encontrar un hombre como él, por eso cuando lo conoció supo que ya no buscaría más.

—Karl —le dijo atrayendo su atención.

Él la miró y le sonrió. Se le marcaban unas cuantas arrugas alrededor de los ojos.

—Tengo que hablar contigo... es importante.

—¿Se trata del caso? —La sonrisa había dado paso a un gesto de preocupación.

—No, es personal.

Karl se incorporó. De repente parecía inquieto, como si presintiera lo que estaba por venir.

—Te escucho.

Nina jugó con el anillo que le había regalado su hermana menor la Navidad pasada. Los nervios la estaban traicionando. ¡Caramba, tenía cuarenta y ocho años! ¿Por qué se sentía entonces como una adolescente?

—Nunca fui mujer de andar con rodeos, así que voy a ser directa contigo. —Se aclaró la garganta y lo miró a los ojos—. Karl, ya no puedo seguir así. Me gustas y creo que yo también te gusto. Nos conocemos desde hace casi seis años... creo que es hora de poner las cartas sobre la mesa y hablar con franqueza. Somos jóvenes aún y podemos intentarlo, ¿qué dices? —Sabía que había hablado atropelladamente y que quizá lo había asustado, pero tenía que escupirlo todo antes de volver a arrepentirse.

Karl guardó silencio durante unos segundos, hecho que solo logró exasperar más a la sargento.

—¿Te asusté? —preguntó por fin después de darle tiempo para pensar en lo que acababa de confesarle.

Se peinó el poco cabello que le caía sobre la frente hacia atrás. Miró la botella que aún contenía un poco de vino. Se habría tomado otro vaso con gusto, pero desistió de hacerlo.

—No me asustaste, aunque reconozco que sí estoy sorprendido. En mis tiempos, era el hombre el que se le declaraba a la mujer.

—Eso era antes —repuso ella levantando las rodillas—. ¿Te sorprende que te haya dicho lo que siento por ti o realmente no sospechabas nada?

No iba a mentirle. Ella acababa de abrirle su corazón y se merecía lo mismo de su parte, aunque no solía ser muy elocuente cuando se trataba de exponer los sentimientos.

—Siempre sospeché que sentías por mí algo más que el afecto que se le puede tener a un compañero de trabajo. —Hizo una pausa—. Sin embargo, preferí ignorarlo.

—¿Por qué?

Él se removió en su sitio, y Nina pensó que saldría huyendo de un momento a otro.

—Me habré acostumbrado a mi vida de soltero —dijo por fin—. Aunque, después de diez años, comienzo a pensar que la verdadera razón por la que no quiero atarme a

nadie, es porque terminaría irremediablemente comparando a mi difunta esposa con cualquier mujer que tuviese a mi lado. No quiero eso para ti. Me gustas mucho, y creo que eres una mujer excepcional, pero no sé si estoy preparado para una relación seria todavía —se sinceró—. Desde la muerte de Sue Ellen, me he dedicado en cuerpo y alma a mi hija y al trabajo.

Nina sentía que acababa de chocar contra un muro de concreto.

—¿Es por Greta? ¿Crees que no va a aceptarme? —objetó la sargento.

—No es por ella. Si quisiera rehacer mi vida, no le permitiría jamás que interfiriera, aunque por supuesto prefiero contar con su apoyo —aclaró.

Ella no dijo nada, pero no estaba dispuesta a rendirse. Siempre había sabido luchar por lo que quería y, en ese momento de su vida, ganarse el corazón del inspector Lindberg era su mayor objetivo.

—Te gusto y me conformo con eso... por ahora.

—No creo que sea buena idea mezclar la vida personal con el trabajo; si no resulta... podríamos arrepentirnos después.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo; ¿lo estás tú?

No dijo nada, aunque no hizo falta. Nina le rozó la mano, Karl la apretó entre las suyas y la miró profundamente. En ese momento, el grupo de muchachos que estaba jugando al fútbol pateó el balón hacia ellos y terminó volteando la botella de vino sobre la hierba.

Karl la soltó y, mientras recogían todo para irse, Nina no podía dejar de sonreír.

CAPÍTULO 11

Peter Bengtsson oteó por encima de las gafas al teniente Stevic, que atravesaba el pasillo hacia él. Estiró el brazo y le hizo señas para que se acercara.

—Acabo de estar en Ryssa. Interrogué a los compañeros de Mattias y descubrí que el día posterior al hallazgo del cuerpo de Kerstin no se presentó a trabajar. Le dijo a su jefe que no se sentía bien. Otro punto a nuestro favor. —Se sentó en uno de los extremos del escritorio—. ¿Alguna novedad, chico?

El agente no pudo disimular que le molestaba que lo llamara de esa manera, sin embargo, Mikael pareció no darse cuenta.

—El móvil de Mattias no se ha activado desde el momento de su muerte. Seguramente el asesino se encargó de destruirlo.

—¿Qué te dijeron los de la compañía telefónica?

—Nos enviaron los registros por fax a regañadientes, me exigían una orden del juez, pero finalmente terminaron cediendo —le informó con cierta soberbia—. He rastreado las llamadas. Solo había tres números en la lista: descarté dos de ellos porque pertenecen a los padres y al local de Ryssa donde trabajaba. El tercer número es de alguien a quien Mattias llamó repetidamente hasta pocas horas antes de su muerte. Lo investigué, pero es un teléfono desechable y es imposible dar con el dueño. Rastreé el móvil de Mattias para conocer sus movimientos desde el momento en el que Kerstin fue raptada. —Volteó el monitor del ordenador hacia él.

Mikael leyó las fechas en la pantalla. Una, remarcada en rojo, captó su atención de inmediato: 25 de abril.

—Ese día, su teléfono se activó muy cerca de la cabaña donde creemos que estuvo Kerstin secuestrada.

El teniente sonrió. El dato era revelador.

—¿Encontraste algo más?

—Las triangulaciones señalan que durante todo ese tiempo se movió dentro de un radio de treinta kilómetros.

—No se alejó demasiado —apuntó Mikael—. Entonces, ¿dónde estuvo oculto cuando huyó con la camioneta de su padre?

—La última actividad de su teléfono se registró la noche antes del homicidio. Llamó al número desconocido dos veces. Después de eso, no hubo más nada. Ni una llamada, tampoco un mensaje de texto.

Mikael hizo un gesto de fastidio. Otro misterio más que se agregaba a la lista. ¿Con quién había hablado Mattias momentos antes de su muerte?

—Necesito que vengas conmigo al apartamento de Mattias y te metas en su ordenador. Tal vez tengamos más suerte allí. Su compañero dijo que tiene una contraseña. —Se levantó del escritorio—. Supongo que eso es pan comido para ti. —Si había alguien que podía vulnerar cualquier sistema, ese era Peter Bengtsson o *Cerebrito*, como lo apodaban.

El muchacho sonrió complacido. Siempre era bueno demostrar cuánto valía, sobre todo cuando quería ganarse un lugar dentro de las fuerzas y ascender en su cargo. En ese momento, apareció Miriam y se les acercó. De inmediato, Stevic notó la reacción de Peter.

—¿No han regresado aún el inspector Lindberg y la sargento Wallström de la casa de los Ulsteen? —les preguntó al tiempo que se pasaba la mano por el cuello para aliviar un poco la contractura después de haber estado más de dos horas sentada frente al ordenador.

—No —respondió Peter sin poder apartar los ojos de su compañera. Ella, en cambio, de inmediato se enfocó en el teniente Stevic.

Mikael se sintió algo incómodo, no tanto por la atención que le prodigaba la agente Thulin, sino por la mirada fulminante que le lanzó Bengtsson apenas ella comenzó a hablar con él.

La interrumpió y se dirigió al agente.

—¿Estás listo?

Peter tomó la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla y buscó un *pendrive* en el cajón del escritorio.

—Cuando volvía de Ryssa, hablé con Simon Dahlin. Está trabajando en el taller, pero me dijo que encontraríamos la llave de repuesto debajo de la maceta junto a la puerta. —Giró sobre los talones cuando notó que Peter miraba a alguien por encima de su hombro. Se le dibujó una sonrisa en los labios al descubrir que se trataba de Greta.

—Greta, ¿cómo estás? No esperaba verte por aquí. —Miró el reloj—. ¿No deberías estar en la librería a esta hora?

—Lasse se las apaña bastante bien sin mí. ¿Está papá? —Se sorprendió gratamente con su nuevo *look*. Si bien la barba incipiente que llevaba la última vez que lo había visto le daba cierto aire de rebeldía, le gustaba mucho más así, con el rostro despejado y el cabello recortado prolijamente.

Peter observó como Stevic le sonreía a la hija del inspector Lindberg. Entonces era cierto lo que había oído acerca del interés del teniente por la pelirroja. Bastaba ver cómo se la quedaba mirando para confirmar los rumores que circulaban por los pasillos de la comisaría.

—No ha llegado aún. ¿Lo necesitabas para algo en particular? —insistió en saber Mikael. Lentamente ambos se alejaron en dirección a las oficinas, y dejaron a los dos agentes jóvenes esperando.

—En realidad, venía a hacer las paces con él. —Se detuvieron frente al despacho de Karl.

—¿Qué has hecho esta vez? —El teniente se recostó sobre la pared y cruzó una pierna delante de la otra. No se iría sin escucharla. Sabía reconocer cuándo ella se mordía la lengua por contarle algo.

—Acabo de estar en casa de los Ulsteen.

Mikael se pasó la mano por el mentón. Empezaba a comprender toda la situación.

—Karl y Nina también fueron hasta allí.

—Tuve la mala suerte de toparme con ellos. —Hizo una mueca con los labios y logró arrancarle al teniente una sonrisa—. Qué raro que no hayan llegado aún.

—No deben de tardar. A no ser que se hayan ido a almorzar de nuevo. —Se detuvo de repente. Por la expresión de sorpresa en el rostro de Greta, supo que habría sido mejor mantener la boca cerrada.

Ella se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

—¿Papá y Nina se han estado viendo?

—Yo no dije eso —respondió, tratando de arreglar lo que había hecho.

—Mikael... —dijo su nombre a modo de amonestación mientras que, con el pie izquierdo, daba unos golpecitos en el suelo.

Él la contempló por un instante. Se habría quedado haciéndolo toda la tarde.

—Sé que ayer Nina invitó a almorzar a tu padre. Es cerca de la una y no han llegado, no es raro pensar que podrían haber repetido el plan.

Greta dejó de mover el pie. Lanzó un suspiro y se apoyó en la puerta del despacho con los brazos hacia atrás. Permaneció meditabunda unos cuantos segundos.

—¿Aún te molesta que pueda surgir algo entre ellos? —quiso saber el teniente.

Se encogió de hombros, pues ignoraba la respuesta a su pregunta. Le agradaba la sargento Wallström, sin embargo, aún seguía resistiéndose a la idea de que su padre y ella terminaran juntos. Tanto su tía Ebba como Hanna la tildaban de egoísta cuando les planteaba lo que sentía respecto de la posibilidad de que su padre rehiciera su vida amorosa. ¿Egoísta? Tal vez lo era.

—¿No vas a decirme por qué fuiste a ver a los Ulsteen? —Mikael cambió rápidamente de tema.

Greta agradeció que lo hubiese hecho, aunque, al mismo tiempo, le asustaba la capacidad que tenía de adivinar lo que pasaba por su mente. Parecía que él siempre sabía qué hacer o decir para hacerla sentir mejor.

—Cuando llegué, me pareció oír que tú y el agente Bengtsson iban de salida.

—Sí, íbamos a registrar el apartamento de Mattias, pero eso puede esperar. —Pasó por delante de ella y se encaminó hacia el despacho—. Ven, aquí estaremos más tranquilos.

Entraron sin percatarse de que tanto Peter como Miriam los observaban desde lejos.

La instó a sentarse, pero ella prefirió quedarse de pie.

—¿Y bien?

Él se quedó junto a la puerta, mirándola con impaciencia.

—Fui a llevarle unos libros al tío de Kerstin —dijo por fin.

Le sonó a excusa. Lo de los libros no era más que un ardid de los suyos para meterse, una vez más, en medio de la investigación. No sabía si regañarla o elogiarla por su astucia. Dejaría el regaño para su padre, él se limitaría a escucharla.

—¿Martin Ulsteen?

Greta asintió.

—Es cliente asiduo de la librería. No me costaba nada acercarme hasta su casa —le explicó.

Mikael sonrió.

—Supongo que no.

Greta no percibió un tono burlón en sus palabras, más bien, descubrió complicidad.

—Hablé con él. Está muy afectado por lo ocurrido con su sobrina. —Obvió comentarle que había llegado a pensar que Martin Ulsteen podría ser un asesino escondido bajo la piel de un hombre tranquilo e inofensivo. Prefirió guardarse aquella impresión de lectora voraz de novelas de misterio para evitar que se riera de ella.

—¿Viste a Björn, el hermano de Kerstin?

—No, creo que no estaba en la casa.

—Nina y Karl iban a interrogarlo. Les comenté lo que me dijiste al salir de la iglesia. Por ahora, manejamos la hipótesis de la venganza.

—¿Le dijiste a papá que fui yo quien te lo comentó?

Negó con un ligero movimiento de cabeza. Una sonrisa se dibujó en los labios de Greta. ¡Es tan bella cuando sonríe!, pensó.

—Gracias —le dijo bajando el tono de voz.

Se miraron a los ojos. Ninguno dijo nada por un buen rato. De repente, Greta sintió que el despacho se hacía pequeño. Comenzó a pasearse inquieta. Fue hasta la ventana y observó hacia la calle. Podía sentir los ojos de él clavados en su nuca.

Mikael se acercó por detrás. Percibió la tensión en ella. Suspiró hondamente. Lo que más deseaba era tomarla entre sus brazos y besarla. Pero no lo hizo; en cambio, preguntó:

—¿No vas a lanzar tu propia hipótesis de lo que sucedió?

Greta no tenía ninguna teoría todavía; lo que le rondaba en la cabeza era tan solo una idea, y se moría de ganas de compartirla con él.

—Hay algo que vi en la habitación de Kerstin que me llamó la atención.

Mikael no iba a preguntarle cómo había conseguido meterse en el cuarto de la niña. Conocía las mañas de Greta de sobra.

—¿Qué es? Nosotros la hemos registrado de arriba abajo y no hallamos nada.

—Porque no es algo que relacione a Kerstin con Mattias —le explicó.

Él la instó a que prosiguiera.

—Encontré un trofeo que Björn ganó hace unos años en un torneo de tiro al blanco. Jenny me dijo que su hermano era un excelente tirador. Tal vez no signifique nada...

—O puede significar mucho —adujo el teniente—. Simon nos dijo que unos días antes de que Mattias fuese asesinado, tuvo un encontronazo con Björn Ulsteen. Tenía un motivo y un móvil, solo debemos averiguar si también tuvo la oportunidad de cometer el asesinato.

—¿Crees que hizo justicia por mano propia? Si bien es cierto que todo el mundo condenó a Mattias como el asesino de su hermana, aún no se pudo probar que en realidad haya sido él —aseveró.

—¿Dudas de su culpabilidad?

—¿Y tú? —le retrucó.

—No. Estoy seguro de que Krantz raptó, violó y asesinó a Kerstin Ulsteen.

—¿Hay alguna evidencia física en su contra? —quiso saber.

—Estamos esperando los resultados de unas manchas de sangre que se encontraron en la cabaña del bosque.

—¿La que se incendió?

—Sí.

—¿Y si no son de Kerstin?

Mikael no se había detenido a pensar en esa posibilidad.

—Lo sabremos pronto —respondió. Le inquietaba que Greta lo hiciera dudar.

—¿Han descubierto quién incendió la cabaña? Es obvio que buscaban borrar rastros.

—O cubrir a alguien.

Greta frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Sabemos que no fue Mattias, porque ya estaba muerto. Hablé con su padre y sigue sosteniendo su inocencia. Él pudo querer cubrir a su hijo hasta el último momento, además... ¿Quién otro tendría motivos para quemar el lugar? —Esperó a ver si Greta le daba una respuesta.

—Su asesino —contestó ella por fin.

Lo que le dijo lo desconcertó por completo.

—Si Björn fue quien asesinó a Mattias para vengar la muerte de su hermana, ¿qué razón tendría para...? —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que estaba tratando de decirle Greta.

—Conozco a Björn. Es un muchacho de carácter fuerte y arrebatado, pero no se destaca por su inteligencia. Me cuesta creer que hubiese escenificado la muerte de Mattias para hacerla pasar por un suicidio. Él es más bien la clase de hombre que actuaría en un arranque de violencia. —Lo observó. Notó la expresión de confusión en su rostro—. ¿Te parece descabellado, no?

—A estas alturas jamás subestimaría una teoría tuya. —Conocía y admiraba su poder de deducción como para descartar cualquier idea que surgiera de su cabeza—. Pero plantear en esta instancia de la investigación que alguien más pudo haber asesinado a Mattias es algo arriesgado. Nuestro primer paso es saber si alguien cercano a Kerstin pudo haber cometido el crimen por venganza. Tenemos una huella en la supuesta nota de suicidio y en la puerta de la camioneta; no nos costará nada probar si le pertenece a Ulsteen o no.

—¿Sospechan solo de Björn?

Mikael percibió de inmediato la duda en sus gestos. Una vez más, Greta volvía a la carga.

—Sabré más cuando Karl y Nina vuelvan, pero, por ahora, los indicios nos conducen hacia él. —Tenía que preguntárselo—. ¿Sospechas tú de alguien más?

Ella no dijo nada.

—Vamos, suéltalo —la exhortó.

—El tío de Kerstin. —Observó su reacción, luego prosiguió—. Es un hombre algo extraño y sombrío. Lee mucho sobre crímenes, tanto ficticios como reales. Desde Hammett hasta Mankell. Es un apasionado del género y no me extrañaría nada que conociese el mundo de la ciencia forense al dedillo.

Mikael la interrumpió.

—Eso no lo convierte en sospechoso. Muchas personas son aficionadas al género policial y no por eso andan cometiendo asesinatos a diestra y siniestra —añadió, echándose a reír porque ella prácticamente se estaba describiendo a sí misma.

Greta lo miró desconcertada, pero, cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, terminó riéndose con él. El teléfono puso fin a aquel instante de relax. Mikael rodeó el escritorio.

—Stevic.

Greta lo observó atentamente mientras él escuchaba con atención a su interlocutor. Trató de adivinar según sus gestos con quién estaba hablando. ¿Sería la tal Sofie quien lo llamaba? ¿Habría vuelto a las andadas nuevamente y estaría engañando a su esposa? Preguntas que bombardearon su cabeza hasta que él nombró al doctor Grahn. Solo entonces, expiró lentamente, soltando el aire contenido en los pulmones.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro del teniente después de cortar. Acto seguido, se puso de pie y se acercó a ella. La miró directamente a los ojos.

—¿Buenas noticias? —preguntó Greta, apabullada una vez más por su proximidad.

—Las mejores. Era Frederic. Ya tiene los resultados de las muestras de sangre recolectadas en la cabaña. —Hizo una pausa para aumentar el suspenso—. Pertenecen a Kerstin.

Rápidamente, ella se contagió de su optimismo.

—Entonces, tenías razón. Fue Mattias quien la asesinó.

—Lo supimos todo el tiempo, solo teníamos que probarlo... ahora por fin podremos hacerlo. —Aquel descubrimiento era, sin dudas, el más significativo desde que se había iniciado la investigación. No supo si era por la tensión acumulada durante los últimos días, pero sintió unas ganas incontrolables de abrazarla y compartir con ella su alegría. Esta vez, no se reprimió. Sorpresivamente, la tomó por la cintura y la envolvió en sus brazos. La diferencia de estatura entre ellos era bastante notoria, y los pies de Greta colgaban a unos pocos centímetros del suelo. Como pudo lo rodeó con sus propios brazos y se dejó llevar por la algarabía del momento. Tardaron en separarse. Fue ella quien dio el primer paso cuando se dio cuenta de que el abrazo podía, en cualquier momento, convertirse en algo más.

—Será mejor que me vaya. No puedo quedarme a esperar a papá. ¿Le dices que vine a buscarlo? —Habló atropelladamente.

—Salgo contigo. —Tomó las llaves del auto y la siguió a través del pasillo donde lo esperaba el agente Bengtsson.

Greta se despidió de ambos con una sonrisa y huyó casi despavorida de la comisaría.

* * *

El viaje hasta Beach Trip se hizo en absoluto silencio. Parecía que tanto el teniente Stevic como el agente Bengtsson tenían mucho en qué pensar. Se adentraron en Täppvägen y Mikael estacionó el Volvo frente al apartamento.

Atravesaron raudamente el patio frontal hasta el porche. Sabían que Simon Dahlin no se encontraba, así que Peter buscó la llave que estaba debajo de la maceta y, tras la anuencia del teniente, procedió a abrir la puerta.

El apartamento estaba a oscuras. Mikael encontró el interruptor de la luz y la encendió. La sala y el comedor compartían el mismo ambiente. En el fondo había dos puertas, ambas estaban cerradas. Hacia allí se dirigieron. Abrieron la que estaba a la izquierda; de inmediato se dieron cuenta de que era la de Mattias. Simon no había exagerado cuando había dicho que el muchacho era limpio y ordenado. La cama estaba hecha y parecía que no había dormido nadie en varios días. Una pintura representando una típica escena de cacería en la campiña inglesa colgaba encima de la cabecera. Junto a la ventana había un sillón y, encima de él, una manta perfectamente doblada. Del otro lado, había un armario blanco empotrado en la pared y, por último, el escritorio donde estaba el ordenador.

—Es todo tuyo.

Peter se sentó y lo encendió. Mientras, Mikael se dedicó al armario. Estaba cerrado. Forzó la manija, pero fue inútil. Se puso en puntillas de pie y pasó la mano por la parte de arriba. Era el sitio más lógico para esconder la llave, pero no la halló. Recorrió la habitación con la mirada. En algún lado debía de estar. Hurgó dentro de la mesita de noche, retiró los cajones para revisar si había algún fondo falso, pero no tuvo suerte. Solo había unos cuantos *comics*.

—No va a ser sencillo entrar —le avisó Peter, que ya había puesto a funcionar el *software* para que desbloqueara el acceso al ordenador—. La contraseña está protegida por un complejo sistema binario.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó Mikael acercándose para observar cómo una infinita cantidad de números que parecían hormigas verdes se movían rápidamente de abajo hacia arriba por la pantalla del ordenador.

—Sí, solo que no sé cuánto pueda tardar.

—No te preocupes por eso, tú solo haz tu trabajo. —Le dio una palmadita en el hombro en señal de ánimo. Luego regresó a lo suyo. Fue hasta donde estaba el sillón y abrió la manta, esperando que la llave cayera al suelo. Nada. Retiró los cojines, revolvió todo, pero tampoco estaba allí. Le quedaba por revisar la cama y el escritorio. Apartó la colcha y las sábanas, luego movió el colchón. Al hacerlo, una pequeña bolsa de cuero negro cayó al suelo. Se arrodilló y la recogió de debajo de la cama. Por fin había encontrado la maldita llave. Sin perder tiempo, volvió hacia el armario y lo abrió. Había algo de ropa colgando de las perchas. Debajo, encontró un par de zapatos de vestir y unos borceguíes nuevos. En la parte superior, casi en el borde, había tres cajas acomodadas una al lado de la otra. Tenía la esperanza de hallar la navaja que, creían, había usado para apuñalar a Kerstin y el calcetín extraviado. Las bajó: estaban vacías. Parecía que habían sido puestas allí para ocultar algo. Estiró los brazos y tanteó la parte más alejada del estante. Entonces tropezó con algo. Con sumo cuidado, tomó el objeto y lo sacó. Era una videocámara. Revisó el compartimiento donde iba la cinta. Sonrió al descubrir que había una en su interior. La encendió. Tardó tan solo unos segundos en reconocer el lugar. Era el parque que estaba cerca de la casa de Kerstin. El *zoom* se enfocó entonces en la única niña que se mecía en una de las hamacas.

Era ella: el maldito la había estado filmando.

—¡Bingo!

Estaba tan concentrado viendo la película, que el grito de Peter casi le hace dar un respingo.

—¿La tienes?

—Sí. Ahora solo es cuestión de saber buscar. —Alzó la vista y lo miró—. ¿Qué encontraste?

Mikael pausó la cinta, dejando el rostro de Kerstin congelado en la pequeña pantalla y se la mostró.

—Ya no hay lugar para las dudas —comentó el agente—. Krantz estaba metido hasta el cuello.

—Hemos resuelto la mitad del enigma. Sin embargo, me temo que es solo la punta del iceberg —aseveró Stevic—. El arma homicida no aparece, tampoco el calcetín de Kerstin. Dudo de que se haya deshecho de ambas cosas. La navaja era un regalo de su padre y si, como suponemos, se llevó el calcetín como un trofeo, seguramente lo

guardó para revivir una y otra vez lo que le hizo a su víctima.

Bengtsson concordó con él, luego volvió la vista a la pantalla. Descubrió que apenas había un par de carpetas que contenían documentos relacionados con su trabajo. Revisó más a fondo el disco duro, sin embargo no halló nada comprometedor: solo archivos de música y fotos de cacería. Mikael, a sus espaldas, observaba todo atentamente.

—Busca en su historial de internet —le sugirió—. Su padre dijo que Mattias se había inscripto en un club de caza *on-line*.

Peter abrió el navegador, esperando que Mattias no hubiese eliminado el historial.

—¡Mierda!

—¿Qué sucede?

—Todo el historial está borrado. Parece que se borraba automáticamente después de cada sesión.

—¿Puedes hacer algo?

—Sí, la forma más rápida y sencilla es restaurar el sistema y mirar en el registro, que es donde se almacena el historial. Si lo restauro a un estado anterior, podremos recuperarlo —le explicó a sabiendas de que todo aquello era chino puro para el teniente. Unos pocos minutos después, *Cerebritito* ingresó un par de fechas en el buscador para poder ver qué sitios visitaba Mattias, al menos, unos tres meses antes de su muerte.

Había una treintena de direcciones distintas, pero, cuando las revisó a fondo, descubrió que todas estaban enlazadas a un único sitio web.

La página se llamaba Cazadores Virtuales, y el nombre de Mattias aparecía en la esquina superior derecha, como uno de sus miembros.

Había al menos veinte pestañas que conducían a otras páginas. Peter empezó a buscar en cada una de ellas. Nada fuera de lo normal: había mapas de la zona, recomendaciones sobre cuáles eran las mejores armas para cazar conejos y cuáles eran las apropiadas para la cacería de alces. En una sección había fotografías de los cazadores mostrando con orgullo sus presas. Buscó alguna imagen de Mattias, pero no había ninguna. Había una pestaña titulada «Trofeos», cuando le hizo clic se abrió una ventana nueva.

Les bastó un segundo para darse cuenta de que Cazadores Virtuales era solo la tapadera de algo más siniestro.

En la página de inicio, la foto de un niño semidesnudo con una venda en los ojos les abrió las puertas a un mundo oscuro y perverso.

CAPÍTULO 12

Karl llevaba de pie junto a la ventana de su despacho casi media hora. Definitivamente, la paciencia no era su fuerte. Stevic y Bengtsson estaban tardando más de la cuenta, y esperaba que la tardanza significara que regresarían con algo jugoso del apartamento de Mattias Krantz. Desde allí, tenía una vista privilegiada del estacionamiento, pero no había señales de ellos aún. Comenzó a caminar en círculos con las manos cruzadas en la espalda. Había otro asunto que ocupaba su mente además del caso: la declaración que le había hecho Nina horas antes. Tenía que reconocer que se sentía halagado por que una mujer como ella se hubiese fijado en él, pero, al mismo tiempo, convivía con el temor casi absurdo de tener a alguien de nuevo en su vida. Se había acostumbrado demasiado fácilmente a la soledad y a alguna que otra aventura esporádica que al menos le servía para recordarle que aún podía complacer a una mujer en la cama sin importar el paso de los años. Presentía que Nina no se conformaría con algo similar. Ella seguramente querría compromiso de su parte y una relación a largo plazo. No pensaba que estuviese realmente preparado para dar ese paso. Le gustaba; incluso, alguna vez, se le había cruzado por la cabeza tener algo con ella, pero esa idea se había ido disipando con el tiempo. Tal vez porque le importaba demasiado, y no quería terminar lastimándola. Además, ¿qué sucedería si las cosas entre ellos no funcionaban? Nina era un elemento irremplazable dentro de su grupo de trabajo y no quería perderla. Miró el cenicero de cristal que descansaba encima de su escritorio. Se lo había regalado uno de sus superiores con motivo de su nombramiento como inspector. Era un simple adorno, porque hacía más de diez años que había dejado de fumar. Un cigarrillo le habría venido de maravillas en ese momento. Respiró hondamente. Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones.

—Adelante —ordenó, volteándose hacia la puerta.

—Inspector, acaba de llegar Björn Ulsteen —le anunció Ingrid sin ingresar a la oficina.

La mujer estaba por regresar a su puesto de trabajo, pero Karl la detuvo.

—Entra, quiero hacerte una pregunta. —Si alguien sabía lo que ocurría dentro de las paredes de la comisaría, esa era precisamente Ingrid. Quien le preocupaba en ese momento era Stevic, al que notaba extraño desde hacía unos días.

—Usted dirá, inspector.

Él le sonrió. Era una mujer que parecía haberse detenido en sus cincuenta años. Tenía el cabello teñido de rubio platino, bien sujeto encima de la cabeza en un imponente rodete. Unas enormes gafas que terminaban en punta le daban todo el aspecto de una diva del cine de los años dorados. Vestía ropas ajustadas a pesar de que sus malos hábitos habían acumulado varios kilos en sus caderas.

—Ingrid, te he dicho muchas veces que me llames Karl. Después de todo, nos conocemos desde hace más de veinte años.

Ella asintió.

—Tiene razón, será que no me acostumbro.

—Sé que eres de las primeras en enterarte cuando algo importante sucede. —La invitó a sentarse—. Me preocupo por el personal a mi cargo y hace días que vengo notando que algo anda mal con Stevic. ¿Sabes algo que yo no sé?

Ingrid cerró la puerta y se sentó toda presurosa en la silla.

—La verdad que sí. Mi sobrina Linda estuvo en el Lasarett el otro día. Ella está embarazada de seis meses y es paciente de Pia Halden. No sabe qué mal le cayó enterarse de que la doctora la había derivado a otro obstetra antes de marcharse del pueblo.

—¿Pia se ha ido de Mora?

—Sí, al parecer fue a pasar una temporada a la casa de su hermana, en Falun. —Hizo una pausa y se quedó pensativa—. Supongo que esa es la razón por la que el teniente anda cabizbajo.

La esposa lo había abandonado. No le sorprendía en lo más mínimo, la pobre había soportado demasiado. Era lógico que terminara dejándolo.

—Es el teléfono de la recepción, está sonando. —Ingrid se levantó de la silla tan rápido como se había sentado y salió de la oficina.

No podía preocuparse por lo que acababa de enterarse. Björn Ulsteen ya estaba en la sala de interrogatorios y no lo haría esperar. Después de conocer los resultados del ADN que confirmaban que Kerstin había estado en la cabaña de Mattias Krantz, la presencia espontánea de su hermano era la segunda buena noticia del día. Cuando

salió al pasillo, se topó con la agente Thulin.

—¿La sargento Wallström se ha marchado? —le preguntó.

—No, inspector, está en su oficina. ¿Quiere que le avise?

Dudó un instante.

—No hace falta, yo me encargo. —Prefería interrogar al muchacho solo. Nina, en ese momento, habría sido una distracción.

Perdió unos cuantos minutos buscando la grabadora. Hacía bastante que no usaba la suya y no recordaba dónde la había metido. Finalmente la encontró dentro de uno de los cajones del archivero. Antes de entrar a la sala de interrogatorios fue por una lata de Coca-Cola al expendedor.

Encontró a Björn Ulsteen esperándolo, reclinado contra una de las paredes. El muchacho alzó la cabeza y lo miró con petulancia.

—Supe que estuvieron buscándome. —Fue lo primero que le dijo.

Karl guardó silencio. Puso encima de la mesa la vieja grabadora y la encendió. Dejó el refresco a un lado, luego miró el reloj.

—Son las cinco y veintisiete minutos. Es el inspector Karl Lindberg interrogando a Björn Ulsteen en relación al asesinato de Mattias Krantz.

El joven se acercó, apartó la silla de debajo de la mesa y se sentó con el respaldo hacia adelante. Colocó los brazos encima y sonrió socarronamente.

—¿No querrán endilgarme la muerte de ese hijo de puta, no?

Karl lo miró. Conocía al muchacho desde que se había mudado junto a su familia desde Falun, unos doce o trece años atrás. Le costaba creer que pudiese matar a alguien.

—Tenemos un testigo que afirma que te vio discutir con Mattias unos días antes de su asesinato.

Björn ni siquiera se inmutó.

—¿Qué tienes para decir al respecto?

—Necesitaba mirarlo a la cara y preguntarle por qué hizo lo que hizo.

—¿Lo amenazaste de muerte?

Lo miró. Sus ojos parecían dos dagas afiladas. Había mucho odio en su interior.

—Mi hermana era un ser inocente, dulce y amoroso... ¡y ese maldito bastardo se ensañó con ella como si fuera un animal! —Golpeó la mesa con el puño cerrado.

—Responde a mi pregunta, por favor.

—Sí —reconoció—. Habría acabado con su vida en ese mismo instante, pero el muy cobarde salió huyendo.

Todo lo que le decía lo ponía en el primer puesto de la lista de sospechosos.

—¿Dónde estabas el domingo entre las cuatro y las cinco de la madrugada?

—Durmiendo en casa, como todo el mundo. Supongo que nadie podrá corroborar mi coartada —le respondió con sorna al tiempo que tomaba el refresco y bebía un sorbo—. Pude haberme escabullido en medio de la noche y matar a ese infeliz, pero alguien se me adelantó. Deberían darle una medalla por deshacerse de esa escoria, aunque me habría encantado retorcerle el pescuezo con mis propias manos.

Presentía que mucha gente en el pueblo pensaba igual que él. Mattias Krantz se había ganado el desprecio de todos aun antes de que hubiera pruebas en su contra. La línea investigativa que manejaban señalaba que algún allegado a la niña, en su afán por buscar venganza, había perpetrado el crimen. Björn tenía dos cosas en su contra: la amenaza a la víctima y el haber repetido las mismas palabras que el asesino obligó a escribir a Mattias antes de ultimarle de un balazo. Sin embargo, la lista de sospechosos podía aumentar considerablemente con el pasar de los días. Por eso, debían comprobar si estaban en lo cierto con respecto a él o descartarlo definitivamente.

—¿Qué hay de lo que dijiste en la iglesia durante el funeral de tu hermana?

Björn guardó silencio. Parecía no entender de qué le hablaba.

—El teniente Stevic me informó que mencionaste las mismas palabras que escribió Mattias en su supuesta nota de suicidio.

—¿Stevic? Ni siquiera lo vi en la iglesia —respondió—. ¿Qué fue lo que dije según él?

—Que Mattias ahora pagaría por sus errores en el infierno.

Lo miró, luego pareció recordar.

—Sí, dije algo similar, pero no fue al teniente Stevic, sino a su hija.

Ahora el confundido era él.

—¿Greta?

Asintió.

—Cuando terminó la ceremonia, se acercó a nosotros para darnos las condolencias —le explicó.

¡Conque había sido Greta! Era insólito que Mikael siguiera cubriendo las locuras de su hija. Ya hablaría con él en otro momento.

—¿Cómo explicas que tus palabras fuesen las mismas que había en la nota que se halló junto al cuerpo de Mattias?

Björn se encogió de hombros.

—No tengo la más puta idea.

Karl lo observó detenidamente. El joven evitaba mirarlo directamente a los ojos, además abría y cerraba las manos involuntariamente. Le estaba mintiendo.

—No creo en las casualidades, muchacho —dijo al tiempo que tamborileaba los

dedos encima de la mesa.

—Mire, ya le dije que no tengo nada que ver con el asesinato de Krantz —aseguró. Dejó la lata en el centro de la mesa—. Deberían estar buscando al verdadero culpable y no perder el tiempo conmigo. ¿Puedo irme ya o va a detenerme?

Karl no podía retenerlo, aunque quisiera. Después de que Björn abandonó la sala de interrogatorios, apagó la grabadora y sacó un pañuelo del bolsillo. Con cuidado, tomó la lata de Coca-Cola y salió al pasillo. Apenas puso un pie fuera, se encontró con Mikael, que se dirigía justamente a su oficina.

—Estaba buscándote. —Notó la frustración en su semblante—. Miriam me comentó que el hermano de Kerstin se presentó voluntariamente. ¿Qué tal te fue?

—Negó cualquier participación en el asesinato. Cuando le pregunté sobre lo que había dicho en la iglesia, se puso nervioso y no supo darme ninguna explicación. Obviamente, está mintiendo, y quiero saber por qué. Averigüemos sus movimientos el día del crimen. —Le mostró la lata envuelta en su pañuelo—. Conseguí sus huellas, esperemos estar en lo cierto.

—Les diré a Thulin y Bengtsson que se ocupen.

Karl asintió.

—A propósito... hubo algo en lo que Björn no mintió. Sé que fue Greta la que se acercó a su familia y no tú. ¿Por qué no me lo dijiste?

Mikael tuvo la misma sensación en el estómago que cuando era niño y su padre lo regañaba por alguna travesura.

—¿La verdad?

—Sí.

—Preferí evitar otro conflicto entre ustedes.

Karl frunció el ceño.

—¿Desde cuándo te preocupas por mi relación con Greta?

No supo qué contestarle. Karl le había dejado bien en claro desde el principio que lo quería lejos de su hija.

—Stevic, mantente apartado de Greta —le advirtió—. Eres un hombre casado, no tienes nada que hacer con ella, mucho menos, elucubrar teorías sobre el caso que estamos investigando a mis espaldas.

—Me temo que eso con tu hija es imposible —lo increpó—. Estuvo hoy aquí buscándote y hablamos. —Advirtió que Karl quería interrumpirlo, así que le hizo señas para que lo dejara continuar—. Me contó de su visita a casa de los Ulsteen.

Karl soltó un suspiro.

—¿Te salió con alguna de sus teorías absurdas?

—Se enteró de que Björn ganó un torneo de tiro al blanco hace unos años, además

su hermana pequeña le dijo que es un excelente tirador.

—Eso sustentaría nuestras sospechas —dijo olvidándose por un segundo de su irritación.

—No estoy tan seguro... Greta tampoco lo está.

—¿Podrías dejar a mi hija afuera de todo este asunto? —Fue una orden, no un pedido. Sin embargo, no pudo evitar preguntar—: ¿Qué dudas tienen?

Mikael se cruzó de brazos. La tensión en el estómago, lentamente, comenzó a desaparecer.

—Greta dijo algo bastante coherente sobre Björn Ulsteen: es un joven impetuoso y visceral. No tiene ni el carácter, ni la habilidad para tramar un plan de asesinato de esas características. Es más del tipo que usa la fuerza antes que la inteligencia.

Karl concordó a medias.

—Puede ser. Conozco al muchacho, y no se destaca precisamente por su agudeza mental, pero lo que dijo en la iglesia lo compromete seriamente.

—No creo que fuese una casualidad que hubiese dicho exactamente esas palabras en el funeral de su hermana. ¿Y si Björn estuvo en la escena del crimen después de que Mattias fuese asesinado y fue él quien cerró la puerta? —planteó de repente, sorprendiendo al inspector—. Al asesino se le pudo pasar por alto lo de la escopeta en la mano derecha de la víctima porque quizá ignoraba que era zurdo, pero no creo que cometiera el error de cerrar la puerta después de escenificar el suicidio. Mucho menos, dejando su huella dactilar.

Karl sopesó durante un buen rato lo que acababa de plantear el teniente. ¿Sería posible?

—¿Crees que vio la nota en el suelo de la camioneta y por eso repitió las mismas palabras más tarde?

Stevic asintió.

—Si el hermano de Kerstin no es el asesino... ¿entonces quién? —Miró el vaso que contenía la huella de Björn Ulsteen. Si comprobaban que era la misma que habían hallado en la nota y en la puerta de la camioneta, la hipótesis del teniente de que el muchacho había estado presente en la escena del crimen cobraba más fuerza, aunque los dejaba con más dudas que certezas.

—Veamos qué resultados arroja la pericia de la huella primero. Si es del hermano de Kerstin, lo traeremos y volveremos a interrogarlo.

—¿Han encontrado algo en la propiedad de Krantz? —quiso saber Karl. Rápidamente, su mirada se desvió hacia la sargento, quien se les unió en el pasillo.

—No encontramos el arma homicida, tampoco el calcetín.

—Con respecto al calcetín, seguimos creyendo que se lo llevó como un trofeo,

pero no podemos descartar que Kerstin lo haya perdido en algún momento mientras estuvo cautiva —manifestó el inspector.

Mikael lo dudaba.

—El allanamiento igualmente fue bastante productivo. Mattias había estado filmando a Kerstin antes de su secuestro. Confiscamos la videocámara y unas cuantas cintas que Bengtsson está revisando ahora.

—¿Algo más?

—Sí. Hemos encontrado en su ordenador la punta del ovillo que nos puede llevar a un asunto mucho más grande de lo que pensábamos.

Tanto Karl como Nina fruncieron el ceño.

—¿De qué hablas? —preguntó la sargento.

—Mattias pertenecía a una red de pedófilos que se ocultaba tras la fachada de un club de cacería *on-line* —les informó para asombro de ambos.

Realmente no se lo esperaban. Si bien la motivación detrás del homicidio de Kerstin Ulsteen había sido sexual, creían que era obra de un perverso solitario como Mattias Krantz. Ahora se enfrentaban a una posibilidad inquietante: si había una red de pedofilia relacionada con la muerte de la niña, era probable que hubiese más personas involucradas. No eran versados en el tema, sin embargo, era sabido por todos que los pedófilos muchas veces compartían sus proezas en la red, lo que podría significar que hubiese no solo cómplices, sino testigos del crimen.

—Llamaré a Estocolmo —les anunció Karl—. Necesitamos a un experto en el tema. Conozco al mejor y sé que no se negará a ayudarnos. —Se dirigió a su oficina para ponerse de inmediato en contacto con la capital.

Nina se ofreció a llevar la lata de Coca-Cola al laboratorio, y Mikael decidió regresar con Peter para ayudarlo con los videos que habían secuestrado en el apartamento de Mattias.

* * *

Greta estaba atendiendo a una clienta cuando divisó a Evert Gordon entrando a Némesis. Esperó ver a Hanna con él, pero la rubia no apareció. Él la saludó agitando la mano y se puso a hojear uno de los libros que estaba expuesto en la mesa de ofertas. Despidió a la mujer y fue hasta el mostrador para hacer un par de registros en el ordenador. Observó de reojo al amigo de Hanna, que parecía bastante concentrado en su lectura. No había nadie más en la librería. Lasse estaba en el depósito y, con

todo el trabajo acumulado que tenía, no saldría de allí en un buen rato. Evert se acercó a ella con el libro en la mano.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Estaba aburrido en casa y decidí salir a tomar algunas fotos —le dijo enseñándole la cámara que le colgaba del cuello—. Luego recordé que Hanna me había dicho que tenías una librería en el centro, y me dieron ganas de conocerla. Es maravilloso lo que tienes aquí: un paraíso para cualquier fanático del género. Supongo que es la clase de libros que te gusta leer a ti, ¿no?

Greta sonrió. Al menos en esta ocasión no apestaba a Calvin Klein Crave.

—Sí, las novelas de misterio son mis favoritas. Trabajé aquí durante dos años cuando era adolescente y cuando regresé a vivir a Mora, hace seis meses, surgió la posibilidad de quedarme con ella. Le tengo mucho aprecio a estas paredes —confesó al tiempo que sus ojos azules recorrían con orgullo la librería.

—Supongo que lo de la afición por las novelas detectivescas se debe a que eres la hija de un policía. Hanna me contó que tu padre es el inspector Lindberg —le aclaró al ver la expresión de asombro en el rostro de Greta.

—No lo sé. Tal vez sí. Fue mi madre quien me enseñó a amar a los libros. Una noche, hurgando en su biblioteca, encontré una novela de Agatha Christie. Me enamoré de miss Marple y Saint Mary Mead, porque se asemejaba a Mora en muchos aspectos. Ya sabes, un pueblo pequeño en donde todos se conocen y en donde es imposible mantener un secreto.

Evert sonrió.

—¿Tienes tú algún secreto?

—¿Quién no los tiene? —retrucó.

—Es cierto. —Comenzó a caminar por los pasillos y Greta lo siguió—. Es un lugar muy acogedor. Me gusta la ambientación que le has dado, con las luces atenuadas y los sillones Chesterfield en aquel rincón para que los clientes disfruten de la lectura. Me gustaría tomar algunas fotos, si no te molesta.

—No, claro que no.

—¿Sabes? Creo que luego se las mostraré a mi editor en el *Expressen*. ¿Te imaginas ver a Némesis en uno de los artículos del suplemento cultural?

Le sorprendió su propuesta, aunque también le tentaba la idea de poder mostrar su negocio a nivel nacional. Después de que el Club de Lectura se tomara un receso, había pensado en ocupar su tiempo libre en la promoción de la librería. Incluso había pensado pedirle ayuda a Hanna. Cuando trajo a su mente el nombre de su amiga, la asaltó la duda. ¿Qué pensaría Hanna de la propuesta de Evert? ¿Se sentiría celosa de

que otro fotógrafo ocupara su puesto? Tales planteamientos la hicieron dudar, sin embargo, cuando vio con qué entusiasmo él tomaba las fotos, no se atrevió a decirle que no. Después hablaría con su amiga y se lo explicaría.

Entraron dos muchachas jóvenes y se fue para atenderlas, dejando a Evert en la sección de lectura. Cuando se fueron, él todavía seguía en lo suyo. Miró el reloj, ya era hora de cerrar. Se acercó. El fotógrafo estaba tan concentrado, que no la vio. De repente se volteó y sorprendió a Greta tomándole una fotografía. Ella alzó ambas manos para cubrirse el rostro, pero era demasiado tarde.

—La orgullosa propietaria de Némesis también merece salir en el artículo — explicó tranquilamente, justificando su atrevimiento.

Ella no dijo nada, en cambio, observó su aspecto. Llevaba una camisa de gamuza marrón y pantalones vaqueros. Ni siquiera se había maquillado, porque no solía hacerlo cuando se trataba de atender la librería. No estaba conforme con que la «orgullosa propietaria de Némesis» saliera vestida de esa manera en el suplemento cultural del *Expressen*.

—Si querías una foto mía, me podrías haber avisado para producirme un poco — lo increpó.

—¿Producirte? ¿Para qué? Si así estás perfecta. —Se colgó la cámara al cuello y la miró fijo.

Greta ya no estaba molesta, más bien, incómoda.

—Es la hora de cerrar. —Le dio rápidamente la espalda y se dirigió hacia el mostrador.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó de pronto, descolocando a la pelirroja.

—En realidad, sí. Mi primo se queda a cenar hoy conmigo. El pobre ha estado toda la tarde trabajando en el depósito...

—Qué pena, me habría gustado invitarte, aunque sea, a tomar un café —la interrumpió.

—¿Por qué no llamas a Hanna y la invitas a ella? Seguramente estará encantada de salir contigo.

Se le borró la sonrisa de la cara. Fue evidente que no le gustó lo que le dijo. Por suerte, el teléfono sonó y sirvió de excusa para despedirse de él.

—Némesis, buenas tardes.

—Greta, necesito que me hagas un favor.

—Hola, papá. ¿Qué quieres? —Le costó disimular que le molestaba que no la hubiese saludado más cariñosamente. Ella se había acercado hasta la comisaría para hacer las paces con él, pero parecía que seguía enfadado por el incidente de esa

mañana.

—¿Podrías ir mañana a la estación de trenes a buscar a Niklas Kellander?

A Greta le sonó el nombre, pero no sabía de quién le estaba hablando.

—¿Niklas Kellander?

—Sí, viene desde Estocolmo para ayudarnos con el caso. Su padre fue compañero mío cuando todavía era un agente. Emigraron de Mora hace más de veinte años y ahora Niklas trabaja para la policía de Estocolmo. Tanto tú como él eran muy pequeños cuando su familia se mudó, por eso no te acuerdas —manifestó Karl.

Greta conocía a la mayoría de los policías que habían trabajado con su padre, seguramente se lo había mencionado alguna vez, solo que no se acordaba.

—¿No puede ir nadie más por él?

Karl se tomó unos segundos para responderle.

—Estamos hasta el cuello con el caso, es un favor que te pido... A su padre le gustaría que yo mismo lo recibiera, pero no puedo.

—Okey, yo iré —dijo por fin, resignada a cumplir con su voluntad.

—Llega mañana en el tren de las nueve. Me gustaría que se instalara primero y que luego viniera a la comisaría.

Le estaba pidiendo demasiado.

—Tal vez la señora Schmidt tenga una vacante en su hostel.

—Le preguntaré.

—Gracias, cielo. Sabía que podía contar contigo.

Sonrió. Si la llamaba «cielo», era porque la había perdonado.

Cuando terminó de hablar, Lasse salió del depósito. Se recostó en el mostrador y alzó las cejas en un gesto inquisidor.

—Escuché hace un rato que le decías a alguien que esta noche me quedo a cenar contigo. Sabes que hoy es martes y me reúno con mis amigos.

Greta le sonrió.

—Una pequeña mentira que no le hará mal a nadie.

Lasse se volteó y miró hacia la puerta.

—¿Quién era ese tipo?

—Un amigo de Hanna.

—¡Ah! Comprendo... Entonces mentiste por el bien de tu amiga.

Greta asintió. Nunca había tenido problemas con Hanna por culpa de un hombre, no pensaba tenerlos ahora.

Después de que su primo se marchó, cerró Némesis y buscó algo para leer. Acababa de terminar *El estrangulador de Hyde Park* y quería seguir con algo distinto. Hurgó entre los libros que acababan de recibir y encontró justo lo que buscaba. *La*

chica del sobretodo verde de Laura Lippman. La portada la atrajo de inmediato y, sin mirar siquiera la sinopsis, subió corriendo las escaleras.

Pasaría otra noche leyendo hasta las tantas.

CAPÍTULO 13

Niklas dejó el libro sobre el regazo y abandonó la lectura por un momento para deleitarse con el paisaje campestre que se asomaba por la ventanilla del tren. Era la primera vez que regresaba a Mora desde que él y su familia se habían mudado. Tenía apenas siete años y recordaba muy poco del lugar donde había nacido. No tenían parientes allí, y eso había contribuido al alejamiento definitivo de los Kellander. Su padre siempre le hablaba del pueblo y de los años que había trabajado al lado de Karl Lindberg, quien ahora ostentaba el cargo de inspector de policía. Aún seguían en contacto y, cuando el trabajo se lo permitía, bajaba hasta Estocolmo para reunirse con él y charlar de los viejos tiempos. Sin dudas, le había sorprendido su llamada el día anterior. Después de ponerlo brevemente en antecedentes del caso que estaban investigando, le fue imposible negarse a brindarles su cooperación. No había sido sencillo obtener la autorización de sus superiores, porque estaban en medio de un caso importante, pero, ante la gravedad de la situación en Mora, habían accedido a que se sumara al equipo de investigación. Había abandonado Estocolmo tranquilo, sabiendo que dejaba la unidad en muy buenas manos. El tren estaba llegando a destino. A lo lejos, divisó la torre del mirador. Tenía recuerdos muy vagos de los años vividos en Mora, sin embargo, había un par de cosas que habían quedado instaladas en su memoria a pesar del paso de los años: el lago Siljan, donde cada sábado iba a pescar con su padre y la pequeña hija de los Lindberg. Ella era tres años menor, pero había sido imposible olvidarse de aquella niña regordeta y pelirroja que se la pasaba todo el tiempo persiguiéndolo, y que llegaba incluso a fastidiarlo muchas veces. Cuando su familia visitaba la de ella, trataba de evitarla, pero la perseverancia de Greta no se lo permitía. Finalmente, había terminado cediendo y, para su sorpresa, se convirtieron en amigos a pesar de la diferencia de edad. Sonrió al recordarla. Según

Karl, la misma Greta iría a recogerlo a la estación para instalarlo y acompañarlo luego a la comisaría.

¿Cómo sería el reencuentro después de tanto tiempo? ¿Se acordaría de él?

Intentó volver a concentrarse en la lectura, pero tuvo que dejar la novela de Chandler a medias cuando el tren por fin se detuvo en Morastrand. Esperó unos cuantos segundos antes de ponerse de pie. Tomó la maleta del compartimiento superior y con libro en mano se dirigió a la salida.

No había muchos pasajeros bajando del tren; en el andén, solo unas pocas personas se movían de un lado a otro apurando el paso. Buscó afanosamente con la mirada, pero no había señales de Greta por ninguna parte. Sería sencillo reconocerla o, al menos, eso es lo que esperaba. De repente, divisó a una joven que corría desde la parte trasera de la estación hacia el andén. Tenía el pelo rojo y, cuando se acercó lo suficiente como para poder verle rostro, supo que era ella.

—¿Eres Niklas? —le preguntó al tiempo que intentaba recuperar el aliento.

—El mismo —dijo, observándola con atención. Le parecía increíble que, después de más de veinte años, Greta Lindberg siguiera manteniendo aquella expresión aniñada con enormes ojos azules y algunas pecas salpicadas en las mejillas.

—Se me hizo tarde en la librería...

—No te preocupes. El tren acaba de llegar. —Se echaron a andar en dirección al estacionamiento—. ¿Trabajas en una librería?

—En realidad, es mía. La compré el año pasado cuando regresé a vivir a Mora —le explicó al tiempo que jugueteaba con las llaves del auto.

—¿Tú también dejaste el pueblo?

—Sí. Viví en Söderhamn durante cuatro años. Allí trabajé como profesora de Literatura en un colegio muy importante.

—Pero decidiste volver...

Asintió en silencio.

—¿Te gusta Chandler? —preguntó de repente, cambiando rotundamente de tema.

—Es mi autor predilecto. —Le mostró el libro. Era un ejemplar de *El largo adiós*, que el autor americano había escrito en el año 1953—. Marlowe es el mejor detective de todos los tiempos.

Si bien no era el preferido de Greta, tenía que coincidir en que era un personaje increíble.

Niklas detuvo el paso y abrió el libro. Sabía en qué página buscar exactamente.

—«Soy un investigador privado con licencia y llevo algún tiempo en este trabajo. Tengo algo de lobo solitario, no estoy casado, ya no soy un jovencito y carezco de dinero. He estado en la cárcel más de una vez y no me ocupo de casos de divorcio. Me

gustan el whisky y las mujeres, el ajedrez y algunas cosas más. Los policías no me aprecian demasiado, pero hay un par con los que me llevo bien. Soy de California, nacido en Santa Rosa, padres muertos, ni hermanos ni hermanas y, cuando acaben conmigo en un callejón oscuro, si es que sucede, como le puede ocurrir a cualquiera en mi oficio y a otras muchas personas en cualquier oficio o en ninguno, en los días que corren, nadie tendrá la sensación de que a su vida le falta de pronto el suelo». ¿No es genial?

Lo observó mientras leía. Vestía con elegancia y se advertía de inmediato que venía de una gran ciudad como Estocolmo. Seguramente desentonaría con la mayoría de los hombres del pueblo, acostumbrados a los *sweaters* de lana, las chaquetas de *tweed* y los pantalones vaqueros.

—Es evidente que te gusta. Yo soy una apasionada del género, es más, en Némesis solo vendo novelas policiales.

—Némesis... obviamente hace alusión a la novela de Agatha Christie. ¿Es tu autora preferida?

—Mi lora se llama *Miss Marple*, ¿qué crees tú?

Niklas soltó una carcajada.

—He leído casi todas sus novelas; sin dudas, Jane Marple es un personaje adorable, pero a mí siempre me ha fascinado Poirot.

Greta se sorprendió, no siempre encontraba a alguien con quien hablar de libros y detectives. Hanna era su mejor amiga y la adoraba, pero cuando ella intentaba comentarle sobre la última novela que estaba leyendo, la rubia siempre se las arreglaba para cambiar de tema rápidamente. Esa era precisamente una de las razones por las cuales extrañaba el Club de Lectura.

—¿Sabes? Recuerdo muy poco de los años que pasé en el pueblo, pero fue imposible olvidarme de ti: te tenía pegada detrás de mí todo el tiempo.

Greta se sonrojó. No por lo que le acababa de decir, sino porque no se acordaba de él.

—Lamento no poder decir lo mismo —le confesó, apenada.

—Es normal que no me recuerdes, no debías de tener más de cuatro años cuando correteabas detrás de mí. —Se detuvieron delante de un Mini Cabrio rojo—. ¿Es tuyo? Combina a la perfección contigo —le dijo, señalándole el cabello.

Ella sonrió, luego se subieron al auto.

—He hablado con la señora Schmidt. Es la dueña del hostel que se encuentra frente a la librería. Tiene un par de habitaciones disponibles aún, así que podrás quedarte allí. La comida es excelente y el trato, inmejorable.

—Me parece estupendo. —Puso la pequeña maleta en el piso del auto. Ignoraba el

tiempo que se quedaría en Mora, dependía de lo que durase la investigación por la que había sido convocado. Karl había sido escueto por teléfono. Solo le había anticipado que necesitaban a un experto en delitos relacionados con la pedofilia y la pornografía infantil. Sin embargo, después de su llamada, se había dedicado a husmear por internet y entonces descubrió que, hacía apenas unos días, una niña del pueblo había sido violada y asesinada después de estar desaparecida por casi dos semanas.

—Supongo que papá te mandó a llamar por el caso de Kerstin Ulsteen —comentó Greta mientras giraba en Stationsvägen y tomaba Vasagatan en dirección al centro.

Niklas apoyó el brazo en la ventanilla y se atusó el cabello que se agitaba contra sus ojos debido a la brisa de la mañana. Decidió que era mejor levantar el cristal.

—Estás en lo cierto. Leí sobre las muertes en los periódicos —le reveló.

—Una verdadera tragedia. Kerstin fue secuestrada al salir de su casa. Por doce angustiantes e interminables días, nadie supo nada de ella hasta que su cuerpo apareció semienterrado en el bosque.

—¿Tenían un sospechoso, no? Lo asesinaron también e hicieron aparecer su muerte como un suicidio. —Eran detalles que Karl Lindberg le había comentado la tarde anterior, pero obvió mencionárselo. Le interesaba conocer qué sabía su hija sobre la investigación.

—Sí. Mattias Krantz, un muchacho algo tímido y huraño, que fue visto en varias oportunidades merodeando cerca del parque donde solía jugar la niña. La policía consiguió probar que fue él quien se la llevó, ya que encontraron sangre de Kerstin en la cabaña que Mattias tenía en el bosque y usaba cuando se iba de cacería.

—Casi lo tenían. ¿Qué pasó?

—Huyó el día antes de que lo asesinaran.

—Leí también que fuiste tú quien lo encontró —mencionó.

Ella asintió.

—Debió de ser una experiencia muy desagradable.

Greta aún tenía muy fresca en su mente la terrible escena de la cual había sido una desafortunada testigo. Esperaba que la imagen del rostro completamente destrozado de Mattias Krantz que la asaltaba por las noches desapareciera con el paso del tiempo. No quería seguir hablando del tema.

—¿Qué haces exactamente en Estocolmo?

Niklas se dio cuenta de que seguía afectada por lo ocurrido.

—Me especializo en pedofilia y pornografía infantil. Comando una unidad que ya ha desmantelado a varias redes de pederastas a nivel mundial —le explicó.

Greta aminoró la marcha cuando dobló por Millåkersgatan. Aprovechó para mirarlo de soslayo.

—¿Te parezco demasiado joven para dirigir mi propia unidad? —le preguntó al notar su sorpresa.

—No, en lo absoluto. Lo que me extraña es que la policía local haya tenido que recurrir a ti cuando, según ellos, tienen prácticamente cerrado el caso por el crimen de Kerstin Ulsteen.

—No te veo muy convencida de que sea así.

—Mattias fue condenado aun mucho antes de que empezaran a aparecer las pruebas en su contra. La sangre de Kerstin en su cabaña fue lo que realmente demostró que era culpable.

—¿No hallaron nada más en el lugar que lo comprometiera?

—Alguien incendió la cabaña un par de días después de que Mattias fuese asesinado —comentó.

—Entiendo. ¿Y qué hay de su homicidio?

—Sospechan que el hermano de Kerstin pudo haber hecho justicia por mano propia. Amenazó a Mattias unos días antes de su muerte y además parecía conocer el contenido de la supuesta nota de suicidio que se encontró junto al cadáver.

No se había equivocado: Greta estaba al tanto de cada detalle de la investigación.

—Pensé que te convertirías en policía. Recuerdo que cuando eras niña lo decías a cada rato.

Sonrió. Eso sí lo recordaba.

—Mi padre también creyó que seguiría con la tradición de los Lindberg, pero mi vocación estaba en otro lado: los libros. Aun antes de aprender a leer, cuando mamá me leía los cuentos de Dickens, me enamoré de ellos. Destruí las ambiciones de mi padre de verme convertida en policía cuando decidí estudiar Literatura.

—Supongo que no le hizo mucha gracia —comentó él.

—Ya se ha resignado, sin embargo, creo que le causé un dolor muy grande. Mi felicidad son los libros y con Némesis no necesito nada más.

—Eso está muy bien, aunque parece que tienes cierto olfato detectivesco y eso, sin dudas, es un don. El artículo que leí hacía mención a tu intervención providencial en dos sonoros casos que ocurrieron hace unos meses en el pueblo.

—No deberías creer todo lo que lees —le advirtió ella al tiempo que se estacionaba frente al hostel—. Hemos llegado.

Se bajaron, y Greta lo acompañó. La señora Schmidt los recibió con su amabilidad habitual. Niklas se registró y subió hasta la habitación para dejar la maleta, momento que aprovechó para cruzar hasta la librería. Lasse estaba acomodando unos libros en el escaparate y había visto a su prima llegar con el policía de Estocolmo.

—Debo llevar a Niklas hasta la comisaría. Trataré de regresar lo antes posible —

le avisó desde el umbral.

Él se acercó.

—¿Qué tal el ciudadano?

Greta encogió los hombros.

—Agradable —le respondió para saciar su curiosidad. En ese momento, vio que Niklas salía del hostel y fue a su encuentro. Notó que un maletín negro colgaba de su bolso. Supuso que sería su *laptop*.

—¿Nos vamos? —Le sonrió y abrió la puerta del Mini Cabrio.

Ella se apresuró a subir. Cuanto antes terminara con la misión que le había encomendado su padre, mejor.

* * *

Cuando comprobaron que las huellas dactilares halladas en la supuesta nota de suicidio y en la puerta de la camioneta que conducía Mattias la noche en que fue asesinado pertenecían a Björn Ulsteen, se ordenó su detención inmediata.

Mikael y Nina fueron los encargados de interceptarlo a la salida de su trabajo y llevarlo hasta la comisaría para un nuevo interrogatorio. Durante el trayecto, el joven no dijo una sola palabra, apenas se limitaba a observarlos a través del espejo retrovisor.

Una vez en las dependencias policiales, el teniente sería el encargado de hacer las preguntas. En el recinto contiguo a la sala de interrogatorios, Karl y Nina seguirían atentamente lo que sucediera allí dentro.

La sargento notó que el inspector miraba el reloj con impaciencia.

—¿A qué hora llegaba el detective Kellander? —Karl la había puesto al tanto la noche anterior cuando la había acompañado hasta su casa. Luego, en un intento osado de su parte, lo había invitado a pasar, pero Karl había preferido irse a la suya.

—A las nueve. Supongo que estará al caer.

—Quizá se entretuvo con tu hija. —El comentario, en vez de molestarlo, le arrancó una sonrisa.

Del otro lado del cristal, Mikael encendió la grabadora.

—Son las nueve y veinte minutos. Es el teniente Stevic interrogando a Björn Ulsteen en relación al homicidio de Mattias Krantz.

El hermano de Kerstin se pasó la mano por el cabello. Llevaba un mono de color azul que usaba en la granja donde trabajaba. Volvía a estar nervioso, y ahora sabían el

motivo.

—Björn, hemos encontrado un par de huellas en la escena del crimen. Una estaba en la nota de suicidio que apareció junto al cuerpo de Mattias; la otra, en la parte interna de la puerta. La cotejamos con las tuyas y coinciden. —Le mostró una bolsa de evidencias que contenía la lata de Coca-Cola que había bebido durante el interrogatorio anterior.

Frunció el entrecejo.

—¿No es ilegal que obtengan mis huellas de esa manera?

El teniente negó con la cabeza.

—¿Vas a decirme qué pasó o tendré que adivinarlo?

Björn tragó saliva haciendo que la nuez de Adán en su cuello se moviera hacia arriba y hacia abajo exageradamente.

—Yo no tengo nada que ver con la muerte de ese imbécil —declaró.

—Pero estuviste en la escena del crimen...

Asintió con la cabeza.

—El sábado había estado en Falun en casa de un amigo. Nos invitaron a una fiesta, y volví a Mora cerca de las cinco de la mañana. Había escuchado esa tarde en las noticias que Mattias estaba prófugo y que se había llevado la camioneta de su padre. Cuando pasé por Oxbergsvägen y llegué a la zona boscosa, un automóvil salió a toda velocidad del lugar. El imbécil casi choca conmigo. Seguí mi camino y entonces vi una camioneta que concordaba con la descripción que habían dado en la radio. Me acerqué y, cuando lo hice, vi que estaba muerto. Tenía... tenía un enorme agujero en la cara.

—¿La puerta de la camioneta estaba abierta?

Björn tardó en responderle. Se notaba perturbado, pero, extrañamente, ya no estaba tan nervioso. Era muy probable que fuese la primera vez que hablaba de lo que había visto y sintiera alivio.

—Sí... cuando pude apartar los ojos de su rostro vi un papel en el suelo. Lo levanté y lo leí. Comprendí entonces que él lo había hecho... Él mató a mi hermana.

Estaba más pálido de lo normal y respiraba ligeramente. Mikael creyó que el muchacho desfallecería de un momento a otro. Tenía que saber más antes de que eso ocurriera.

—¿Qué hiciste luego?

—Volví a dejar la nota en el suelo y cerré la puerta. Me cercioré de que nadie me hubiese visto y me marché.

—Bien. ¿Qué puedes decirme del vehículo con el cual te cruzaste en la carretera?

—Salió del bosque, muy cerca del sitio donde encontré a Mattias —le indicó.

—¿Pudiste verlo?

—No. Llevaba las luces encendidas y me encandiló.

—¿Era un coche o una camioneta?

—Un coche, porque los faroles delanteros estaban a la misma altura que los de mi Peugeot 306.

—¿No viste de qué color era?

—Un color oscuro, azul, tal vez negro. Ya le dije, no lo vi bien.

Mikael lo miró con impotencia. Con aquellos datos no llegarían a ningún lado.

—¿Por qué no nos llamaste apenas encontraste el cuerpo?

—Me asusté. Pensé que no me creerían que solo hubiese pasado por casualidad —explicó, cayendo de nuevo preso de la angustia—. Ya sé que dije que quería matarlo con mis propias manos, pero... yo no lo hice.

—Sabemos que eres un excelente tirador.

—Eso no significa nada —lo desafió.

—Tenías motivo, móvil y oportunidad. Cualquier tribunal te condenaría sin pensarlo demasiado —le advirtió Stevic. Lo que tenían en su contra eran solo pruebas circunstanciales, pero era suficiente para retenerlo mientras avanzaban con la investigación. De nada servían sus presunciones o las de Greta con respecto a la supuesta inocencia del muchacho.

El interrogatorio llegó a un abrupto final cuando Björn Ulsteen apeló a su derecho de pedir un abogado para seguir hablando. Le fue concedida una llamada, luego, un agente lo escoltó hasta una celda.

Mikael apagó la grabadora. No estaba muy convencido de que tuvieran al hombre correcto, sin embargo, seguían manejando la hipótesis de la venganza, que parecía ser la única pista concreta hacia la resolución del caso. El siguiente paso sería comprobar si el vehículo que había mencionado Björn había existido realmente o solo había sido un invento para desviar las sospechas hacia otra persona. Mandaría a alguien a hablar con los vecinos de los alrededores; para ver si podían saber algo del misterioso auto que, según Björn, había visto escapar de la escena del crimen.

Se reunió con Karl y Nina en la oficina contigua a la sala de interrogatorios.

—Mandaré a Thulin y a Bengtsson para que interroguen a los vecinos del lugar. Alguien tuvo que haber visto algo —fue lo primero que comentó al entrar—. No soy demasiado optimista, es una zona rural que no cuenta con cámaras de seguridad y el vecino más cercano vive a unos cien metros de distancia. —Dejó la grabadora encima de una mesita y se aflojó el nudo de la corbata. No solía llevarlas, pero no quería desentonar con la visita que esperaban—. ¿No hay novedades aún del sujeto que llegaba hoy de Estocolmo?

El inspector le lanzó una mirada reprobatoria.

—Se llama Niklas Kellander y es un excelente elemento dentro de la fuerza. Estuvo un año en Copenhague capacitándose con una unidad especializada del FBI y, después de eso, le asignaron su propio grupo operativo. Llevan trabajando juntos más de cinco años y han logrado desbaratar varias redes internacionales de pedofilia.

Stevic soltó un silbido.

—Impresionante. —Sin dudas, el tal Kellander era un dechado de virtudes. Esperaba que les fuera realmente de utilidad para esclarecer el caso. No le gustaba demasiado que alguien de fuera viniese a meter las narices cuando la investigación ya estaba en curso, sin embargo, necesitaban imperiosamente la ayuda de un experto, así que no le quedaba más remedio que dejar su orgullo de lado.

—No deben de tardar —dijo Karl saliendo al pasillo.

Mikael miró a Nina.

—¿Es que no viene solo?

—Karl le pidió a Greta que se encargara de darle la bienvenida a Mora —le informó.

—¿A Greta?

La sargento asintió.

—Niklas y su familia eran de aquí. El padre trabajó con Karl hasta que se mudaron a Estocolmo.

—¿Greta y él se conocen?

—Sí, jugaban juntos de niños, aunque, según me contó Karl, cuando se mudaron, ella era muy pequeña.

Se quedó meditabundo. Cuando Karl le había hablado de Kellander había tenido la impresión de que se trataba de un hombre ya de cierta edad, pero por lo que acababa de oír, no debía de ser mucho más mayor que Greta.

Una fuerte risotada retumbó en el área de la recepción. Cuando se volteó vio a su jefe abrazando a un joven alto y atlético con el cabello un poco largo. Llevaba traje y unos zapatos oscuros perfectamente lustrados. Vio a Greta en un costado, estaba cruzada de brazos y sonreía.

—Será mejor que nos presentemos —dijo la sargento sacándolo de su ensimismamiento.

Se acomodó la corbata y se bajó las mangas de la camisa.

Mientras avanzaba por el pasillo junto a su compañera; no apartó la vista de Greta ni un instante.

CAPÍTULO 14

Greta no pudo evitar la agitación en el estómago cuando advirtió que Mikael se acercaba. Después de las presentaciones formales, Karl ni siquiera les dio tiempo de que pudiesen cruzar alguna palabra. El teniente le sonrió y, cuando ella pretendió decirle algo, Karl la asió del brazo y la apartó de los demás.

—Hija, gracias por ocuparte de todo. —Le dio un beso en la frente y lentamente la condujo hacia la salida—. ¿Vienes a cenar esta noche a casa?

Miró por encima del hombro, pero los otros tres ya se estaban alejando por el pasillo, seguramente al centro de comandos.

—Sí, pasaré primero a ver a la tía Ebba.

—Bien, te espero. Hasta la noche. —Karl entró rápidamente dejando a Greta de pie en las escalinatas. Resopló con fastidio; su padre prácticamente la había sacado a rastras de la comisaría. Era evidente que no quería que se involucrase en nada que tuviera que ver con la investigación. Cruzó la vereda y se subió al Mini Cabrio. Echó una fugaz mirada al edificio de ladrillos. Vio movimientos junto a la ventana de la oficina que funcionaba como centro de comandos. Se mordió el labio cuando descubrió que era Mikael quien había corrido las cortinas. Segundos después, alguien a quien no alcanzó ver las cerró. Encendió el motor y partió rumbo a la librería.

La reunión acababa de empezar.

—Trabajaré en mi propio ordenador. —Niklas ocupó la silla junto a Karl y lo primero que hizo fue encender su *laptop*—. Necesito antes que nada que me pongan al tanto de todos los detalles de la investigación. ¿Qué tenemos hasta ahora?

Karl miró a Mikael y con un gesto le dio a entender que le tocaba a él hablarle al detective Kellander de los pormenores del caso.

El teniente se puso de pie con cierta parsimonia y, mientras se dirigía a la pizarra,

estiró los músculos del cuello para aflojar la tensión. Miriam lo siguió con la mirada.

—La primera víctima, Kerstin Ulsteen, de once años, desapareció el día veinticinco de abril después de salir de su casa. Peinamos toda el área y llegamos incluso hasta Orsa y Leksand, pero no la hallamos. Se descartó el secuestro y la desaparición voluntaria. Unos testigos afirmaron que vieron a alguien merodeando en el parque en el que solía jugar Kerstin con sus amiguitas.

—Mattias Krantz —puntualizó Niklas echándose hacia atrás en la silla.

Todos asintieron.

—Supimos que además había estado en su casa un par de semanas antes de la desaparición de la niña. Lo interrogamos y su coartada para el momento del secuestro era que se encontraba cazando al otro lado del pueblo. No había nadie con él, lo que imposibilitó que pudiéramos comprobar o echar por el suelo su coartada. —Volvió a aflojarse el nudo de la corbata—. Lo mantuvimos vigilado, sin embargo, no hizo nada fuera de lo normal. Supimos que tenía una cabaña en el bosque, pero, al no haber nada firme en su contra, el juez se negó a expedir una orden de cateo.

—¿Cuándo apareció exactamente el cuerpo de la niña?

—Doce días después de haber desaparecido, el siete de mayo —intervino Nina—. La encontró un vecino de Mora que había salido a pasear con su perro.

Karl le entregó el informe de la autopsia.

—Kerstin fue violada y asesinada a puñaladas. El forense descubrió que el cuerpo había sido cuidadosamente lavado, por lo tanto, no se encontró ningún rastro del asesino en ella. La vistió antes de arrojarla al bosque y le faltaba un calcetín.

Niklas observó las fotografías. Contó al menos una veintena de puntazos que iban desde el pecho hasta el abdomen de la niña.

—Greta me contó que la prueba concluyente en contra de Krantz fue la sangre hallada en la cabaña del bosque.

Todos se quedaron mirándolo. Los más sorprendidos, sin duda, fueron Mikael y Karl. El inspector, porque desconocía que su hija estuviera al tanto de aquel hecho; a Stevic, en cambio, le costó digerir que Greta hubiese hablado de la investigación con él.

—Así es —terció la sargento Wallström—. Además, después de hablar con la mejor amiga de Kerstin supimos que el hombre que se había acercado a ella en el parque le había regalado una pulsera. La analizamos y encontramos la huella de Mattias.

Niklas se cruzó de brazos.

—Y el mismo Krantz terminó luego asesinado —comentó clavando la mirada en la pizarra donde alguien había puesto, una al lado de la otra, las fotografías de ambas

víctimas.

—Fue una escena armada —aseveró Karl—. Después de que las pericias demostraron que no se trataba de un suicidio, la primera hipótesis que manejamos fue la de la venganza. El hermano de la primera víctima, Björn Ulsteen, había amenazado a Mattias unos días antes de su muerte.

—Encontramos su huella en la supuesta nota de suicidio y en la puerta de la camioneta. Cuando lo confrontamos, nos confesó que había estado en la escena del crimen, pero jura que Mattias ya estaba muerto cuando llegó. Aseguró también que se cruzó con un auto que salía del lugar a toda velocidad. Dijo que no lo vio bien, solo lo describió como un vehículo oscuro.

—¿Lo han descartado como sospechoso?

—No. Después de interrogarlo, hemos decidido detenerlo. Eso nos dará tiempo suficiente para comprobar si dijo la verdad con respecto al automóvil que dijo ver esa madrugada —expuso Karl.

—¿Alguien más del entorno de la niña pudo haber cometido el segundo crimen?

Mikael entonces pensó en Martin Ulsteen, sin embargo, desistió de inmediato de mencionarlo frente a los demás. Greta le había dicho que el sujeto era algo extraño, pero eso no era sinónimo de asesino. Quizá se lo comentase más tarde a Nina para ver si valía la pena indagar por ese lado.

—¿Están completamente seguros de que Mattias Krantz violó y asesinó a Kerstin Ulsteen?

Stevic se adelantó a Karl y decidió responder la pregunta.

—Cuando registramos su apartamento encontramos varias cintas de video en donde se veía a Kerstin en el parque.

—¿Hallaron el arma homicida o el calcetín?

—No, pero la sangre que había en la cabaña de Mattias pertenecía a Kerstin.

—Tengo entendido que fue incendiada intencionalmente —adujo reacomodándose en su silla.

Karl no se lo había mencionado cuando había hablado con él, tampoco la prensa conocía esa información. Fue sencillo adivinar quién se lo había dicho.

—No hemos podido probarlo, pero creemos que Kjell Krantz lo hizo para borrar rastros y así cubrir el delito de su hijo.

Niklas asintió, pero todos se dieron cuenta de que él no estaba muy convencido de la culpabilidad de Mattias.

—Quisiera ver los archivos de la red de pedófilos que hallaron en su ordenador.

Peter Bengtsson se levantó de la silla.

—Está todo allí. —Le entregó un *pendrive*—. La web que servía de tapadera se

llama Cacería Virtual. Intenté rastrear la dirección IP, pero la página web comparte varios servidores dispersos por todo el globo. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Es lo típico. Lo hacen precisamente para que sea imposible rastrearlos. Por eso, lo que hacemos es infiltrarnos en sus redes y tratar de desbaratar la organización desde dentro.

—¿Eso es lo que haremos? —preguntó tímidamente la agente Thulin.

Niklas apartó la vista de la pantalla de la *laptop* por un segundo y la miró.

—Exactamente. —Le sonrió y se levantó de la silla. Caminó hasta la ventana y giró sobre los talones—. Bien, ya me han puesto al tanto de todas las novedades del caso, ahora es mi turno. Les hablaré no solo del trabajo que hacemos, sino también de la conducta que caracteriza a un pederasta. Llevo mucho tiempo en esto, y les puedo asegurar que, si Mattias era parte de una red de pedofilia, compartió lo que hizo con alguien más. Sus víctimas son trofeos y, como tales, los muestran con orgullo.

—¿Es posible entonces que le hubiese hablado a alguien del crimen? —quiso saber Nina.

—Estoy seguro. —Se ubicó frente a la pizarra y dibujó un círculo grande en la única parte que quedaba en blanco—. El pedófilo tiene fantasías sexuales recurrentes y altamente excitantes, comportamientos que implican actividad sexual con niños de trece años o menos durante un período no inferior a los seis meses. Cuando digo «niño», hablo en términos generales —aclaró.

—Revisamos todas las cintas de la videocámara de Mattias, y había estado filmando a Kerstin por lo menos durante los últimos dos meses —acotó Mikael, que había regresado a sentarse en su sitio.

—Exacto. El pederasta es similar a un acosador. El primer contacto suele ser visual. Espía a su víctima por un tiempo hasta que llega el momento de acercarse y cumplir la fantasía. Los abusos nunca se producen en el primer acercamiento, primero se ganan la confianza del menor colmándolo de atenciones o haciéndole regalos. Los seducen y terminan manejándolo a voluntad. —Tomó el marcador y comenzó a escribir en la pizarra—. Si bien no existe un perfil exacto del pedófilo, podemos establecer un patrón para poder distinguirlo.

Lo único que se oía en la oficina era la voz de Niklas, ya que todos oían con suma atención su exposición.

—En la mayoría de los casos, son varones mayores de treinta y cinco años. —Subrayó el nombre de Mattias—. Krantz está fuera de ese rango. Suelen ser profesionales cualificados. ¿A qué se dedicaba Mattias? —preguntó sin voltearse.

—Arreglaba ordenadores —respondió Mikael.

—Tampoco cuadra. Sigamos: con frecuencia trabajan o buscan actividades que les

permitan estar cerca de los niños. Si bien estuvo en casa de Kerstin arreglándole el ordenador, su trabajo no implica que trate con ellos. —A medida que iba nombrando las características que definían a un pedófilo, las anotaba en la pizarra y marcaba las que no parecían apuntar al sospechoso—. Su nivel social suele ser medio o medio-alto.

—Mattias era independiente, compartía un apartamento con otro muchacho y trabajaba en Ryssa —dijo Karl al tiempo que miraba como Niklas ponía cada vez más asteriscos negros junto al nombre de Mattias. En esta ocasión, Niklas no dibujó ninguno.

—La personalidad del agresor es de un individuo solitario con dificultad para establecer una relación heterosexual normal y, además, suelen tener baja autoestima.

—Son los dos atributos que mejor definen a Mattias Krantz. Era un muchacho solitario y extremadamente tímido —alegó Karl—. Nunca se le conoció una novia.

—Sí, pero hay muchas incongruencias con la autopsia. —Fue hasta la mesa y abrió la carpeta—. Basándome en las características del crimen de Kerstin, y teniendo en cuenta el grado de agresión y la saña gratuita al atestarle más de veinte puñaladas, me atrevería a afirmar que estamos frente a un tipo de pedófilo al cual calificamos de sádico. No solo busca placer sexual en la relación, sino que busca, de forma consciente, el ejercicio del poder a través de su capacidad de asustar, humillar, degradar al niño. Verlo sufrir es tan excitante para el pedófilo que termina perdiendo el control y matándolo. Por lo que me cuentan de Mattias, yo lo catalogaría dentro de lo que llamamos pedófilo romántico. Este tipo se caracteriza por la ternura con la cual seduce a sus víctimas. Las trata con cariño y se enamora de ellas. La mayoría de los pedófilos románticos tienen acercamientos amorosos con los niños, aunque no llegan al contacto sexual.

Mikael frunció el ceño.

—¿Está tratando de decir que Mattias no violó y asesinó a Kerstin Ulsteen?

Niklas dejó el marcador en su sitio y con ambas manos en los bolsillos comenzó a pasearse por el lugar.

—Me llamaron porque requerían de alguien experto en esta clase de delitos. Yo les expongo lo que creo después de haber escuchado los pormenores del caso y de haber visto las fotos de la autopsia. —Se detuvo, hizo una pausa y los observó a todos, uno a uno—. Sé que están convencidos de que Mattias Krantz es el autor material del homicidio. Yo, en cambio, preferiría infiltrarme en la red de pedófilos en la que se movía para indagar más a fondo antes de aventurarme a lanzar una hipótesis definitiva.

Se hizo silencio durante unos cuantos segundos. No era sencillo para ninguno de

los presentes asimilar la posibilidad de que hubiesen estado equivocados durante todo ese tiempo.

—Es indiscutible que Mattias estuvo involucrado en el crimen —afirmó Mikael, quien, en ese momento, parecía ser la voz cantante del grupo—. ¿Cómo se explicaría la sangre de Kerstin en la cabaña si no fuera así? Es una prueba contundente en su contra.

—Estoy de acuerdo con usted, teniente Stevic. Seguramente, la niña estuvo allí durante su cautiverio. Sin embargo, eso no significa que haya sido Krantz el autor del homicidio. ¿Me explico?

—Está hablando de un cómplice.

Niklas no asintió, tampoco lo negó. Se limitó a que los demás sacaran sus propias conclusiones. Regresó a su sitio y comenzó a escribir en la *laptop*.

—Haré lo posible por entrar cuanto antes en la misma red en la que se movía Krantz. —Dejó de teclear para mirar nuevamente a los demás—. No será sencillo, puede tomarme días. Estos sujetos son precavidos y astutos. Hay que traspasar varios filtros antes de estar realmente dentro. Si no les molesta, prefiero trabajar a solas ahora.

Su petición los sorprendió, pero él era el investigador estrella y nadie cuestionó esa actitud.

Karl se le acercó y le dio una palmadita en el hombro.

—Puedes usar esta oficina hasta que acondicionemos una para ti, muchacho. Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedirla.

—Gracias, me gustaría una taza de té, por favor.

—Ordenaré que te la traigan.

Salieron al pasillo. Mikael envió a Miriam y Peter al sitio donde había aparecido Mattias para ver si alguno de los vecinos había visto algo la noche del crimen.

Cuando Karl se marchó a su oficina, la sargento le preguntó.

—¿Qué opinas de todo esto?

Respiró hondamente y se tomó un tiempo para responder.

—El tal Kellander parece saber muy bien de lo que habla —reconoció.

—¿Crees de verdad que Mattias tuvo un cómplice?

En el rostro de Stevic afloró una sonrisa y la sargento no pudo adivinar a qué se debía.

—Es increíble, pero... —Hizo una pausa para alargar el suspenso—. ¿Sabes lo que me dijo Greta?

Greta; debía de haber supuesto que era algo relacionado con ella.

—¡Habla! —le ordenó.

—Cuando le comenté lo del incendio en la cabaña, dijo que seguramente alguien lo había hecho para borrar evidencias. Ella no estaba muy convencida como yo de que fuese el padre de Mattias el autor del siniestro. Mucho menos, Björn Ulsteen, ya que no tenía motivo alguno para hacerlo. Soltó la teoría de que había alguien más.

—El cómplice... —balbuceó Nina.

—Y el posible asesino de Mattias —afirmó Mikael terminando la frase por ella.

—Comienza a tener sentido, ¿no crees?

—Me temo que sí. —Su teléfono móvil comenzó a vibrar. Lo sacó del bolsillo del pantalón y vio la pantalla—. Es mi mujer, tengo que contestar.

Nina le tocó el brazo en un gesto de apoyo para luego retirarse a su oficina.

Mikael entró a la suya y se dirigió hacia la ventana. Contó hasta cinco antes de responder.

—Pia, ¿cómo estás?

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea. Era la primera vez que hablaban desde que se había mudado a la casa de su hermana. Era precisamente Sofie quien lo llamaba para tenerlo al tanto de la situación.

—Mik...

Notó su voz temblorosa.

—¿Qué sucede?

—Esta mañana... fui al médico.

—Tu hermana me dijo que habías ido el lunes para hacerte un chequeo.

—Mik...

Mikael sintió el corazón en la boca.

—Mi útero ya no sirve... jamás podré tener un hijo. —Se echó a llorar.

Retrocedió unos pasos y se dejó caer en el sillón. Ni siquiera supo qué decir. La noticia lo había dejado helado.

—Pia... ¿por qué no vuelves a casa? —Lo único que quería era abrazarla fuerte—. Tal vez, juntos podamos superar todo esto.

—Mik, volver sería un error. Ambos sabemos que lo haríamos por la razón equivocada —le dijo un poco más calmada.

Él contuvo el aliento. Aun en ese momento en el que la consumía el dolor, Pia era la más sensata de los dos.

—¿Puedo ir a verte?

—Ahora quiero estar sola, Mik. Tal vez más adelante.

—Como quieras.

—Tengo que colgar; se me hace tarde para ir a buscar a mi sobrina al colegio.

Tuvo la sensación de que era solo una excusa para ya no hablar con él.

—Cuídate, ¿sí?

—Tú también.

Se quedó unos segundos con el móvil pegado a la oreja incluso después de haber escuchado el clic del teléfono al otro de la línea.

* * *

Después de cerrar Némesis, Greta llevó a Lasse hasta su casa para, de paso, hacerle una visita relámpago a su tía. Solo estaban Pontus y Ebba, porque Tammi y Julia habían ido al cine.

—¿Te quedas a comer, cielo?

Greta le robó un pedazo de zanahoria y se la metió en la boca.

—No puedo, tía. Papá me está esperando. Solo vine a dejar a Lasse y aproveché para saludarte.

Su tío entró a la cocina y verificó que el pavo que estaba cociéndose en el horno no se estuviera quemando.

—Dile al solitario de mi cuñado que venga a vernos. —Se sentó y empezó a pelar unas patatas para guarnecer el pavo—. Bueno, supongo que estará más ocupado ahora, y no tiene tiempo para andar de visitas familiares.

Ebba le dio una patada por debajo de la mesa y lo fulminó con la mirada.

Greta no era tonta. Evidentemente, a su tío se le había escapado algo que ella no debía saber.

—Tío, ¿a qué te refieres?

Pontus se rascó la barbilla y miró a su esposa antes de contestarle. Greta vio cómo la hermana de su padre le indicaba que no, moviendo casi imperceptiblemente la cabeza.

—Greta, cariño, lo que Pontus quiso decir es que Karl tiene asuntos más importantes de los que ocuparse. Supongo que resolver dos crímenes no es sencillo para nadie, mucho menos para él, con lo responsable y escrupuloso que es —dijo antes de que su esposo volviera a meter la pata.

No le creyó nada, así que decidió que no se iría de allí hasta saber qué le estaban ocultando.

Tomó una silla y se sentó junto a ella.

—No pienso poner un pie fuera de esta casa hasta no saber qué es lo que está pasando —les advirtió muy seriamente.

Estaban perdidos, a terca nadie le ganaba a su sobrina.

—Está bien, te lo voy a decir porque te enterarás de todos modos. —Ebba dejó la zanahoria que estaba pelando por un rato. Sabía que lo que tenía para contarle no le caería muy bien—. Ayer al mediodía, Tammi y unos amigos estuvieron pasando el día en el lago. Allí vieron a tu padre acompañado por la sargento Wallström, al parecer estaban haciendo un *picnic*. —Listo, se lo había dicho.

Greta se echó hacia atrás en la silla. Poco le faltó para quedarse con la boca abierta. Después de su visita sorpresa a la comisaría y de hablar con Mikael, sospechaba que ambos habían estado juntos, solo que jamás se le habría pasado por la cabeza que su padre y Nina hubiesen organizado un *picnic* a la orilla del lago. Esa no era una conducta de dos compañeros de trabajo... Estaba saliendo con ella y ni siquiera se lo había dicho.

—Cariño, sé que no te agrada la idea de que Karl rehaga su vida, pero deberías pensar en su felicidad. —Ebba le dio unas palmaditas en la mano. Desde el otro lado de la mesa, Pontus las observaba atentamente.

Se puso de pie, les dio un beso a sus tíos y se marchó sin decir absolutamente nada.

Ebba reprendió a su esposo.

—¡Tú y tu boca floja!

—Se me escapó —dijo Pontus revisando por enésima vez el pavo en el horno.

—Creo que era mejor que la niña se enterase. No puede pretender que mi hermano siga fiel al recuerdo de Sue Ellen para toda la vida. —Eché las zanahorias y las patatas en una cacerola.

—¿Me perdonas por mi indiscreción? —Pontus se acercó por detrás y rodeó la voluminosa cintura de su esposa con los brazos.

Ebba sonrió.

—Claro que sí. —Se giró hacia él y apoyó las manos en sus hombros—. Se le pasará, ya verás.

Greta se subió al Mini Cabrio y lo cerró de un portazo. Encendió el motor y pisó el acelerador con ímpetu. Mientras conducía, se planteó la posibilidad de olvidar la cena con su padre esa noche, aunque tenía muchas ganas de verlo y que le dijera qué estaba ocurriendo realmente entre Nina y él. Optó por la segunda opción. Viró hacia Sälbenbogatan y siguió derecho unas cuantas calles hasta llegar a Älvgatan. Estacionó frente a la casa de Karl y se tomó unos minutos antes de bajar. Observó que su auto estaba al costado de la casa y tenía las luces de la sala encendidas. Respiró hondamente y contó hasta diez. Salió del Mini Cabrio y atravesó el sendero lentamente. Temía lo que su padre pudiese decirle una vez que lo confrontara con la

verdad, pero prefería eso a ignorar lo que estaba sucediendo. Cuando llegó al umbral, escuchó voces en el interior de la casa. No estaba solo. Apoyó la oreja en la puerta para oír mejor.

¿Estaría con Nina? ¿Se habría olvidado de que la había invitado a cenar?

La tercera pregunta que cruzó su cabeza era la peor de todas: ¿las habría invitado a ambas para anunciar oficialmente que estaban saliendo?

Asió el picaporte con vehemencia y contuvo el aliento durante unos segundos.

Los malos tragos era mejor pasarlos rápido.

CAPÍTULO 15

Cerca de las siete, el abogado que habían contratado los padres de Björn Ulsteen se presentó en la comisaría para hacerse cargo de la defensa de su cliente. Después de pasar casi una hora hablando con el muchacho, pidió hablar con el oficial a cargo de la investigación.

—Soy el teniente Stevic —se presentó.

—Gilles Göransson.

Era la primera vez que lo veía, seguramente ni siquiera era de Mora.

—Quisiera que me dijera bajo qué cargos exactamente han detenido a mi cliente.

Mikael lo invitó a pasar a su despacho.

—Björn está acusado del asesinato de Mattias Krantz —le informó—. Encontramos sus huellas en la escena del crimen y además amenazó a la víctima pocos días antes del hecho.

—Eso explica que estuvo allí, no que mató a Mattias Krantz —aseveró el abogado al tiempo que se subía las gafas por el puente de la nariz.

—Cuando lo interrogamos la primera vez, mintió. Dijo que estaba en su casa durmiendo cuando en realidad estuvo en Falun. Si no tuvo nada que ver con el crimen, ¿por qué no nos dijo la verdad desde un principio? —replicó Mikael. No le gustaba lidiar con abogados, podían salir con alguna argucia legal en cualquier momento.

—Porque sabía que no dudarían en detenerlo.

—Las pruebas que logramos reunir hasta el momento apuntan hacia él. Vamos a comprobar si realmente hubo un auto saliendo de la escena del crimen esa noche. Mientras eso ocurre, su cliente permanecerá detenido.

—Sabe perfectamente que solo tienen pruebas circunstanciales en su contra. —

Tenía un pequeño maletín del cual sacó un teléfono móvil—. Mire, puedo llamar ahora mismo al juez y presentar un recurso de amparo para mi cliente.

Stevic se cruzó de brazos.

—Adelante, hágalo.

Gilles Göransson no se amilanó. Se puso de pie y salió del despacho para hablar con el juez Fjæstad. Unos cuantos minutos después, regresó. Una sonrisa de satisfacción en el rostro le sugirió a Mikael que el letrado había recibido muy buenas noticias.

—El juez aceptó mi petición y mañana a la mañana expedirá una orden de liberación porque entiende que no hay pruebas suficientes para retener a mi cliente por más tiempo —le anunció—. Pero quédese tranquilo, Björn Ulsteen estará a disposición de la justicia siempre que se lo requiera, ya que no podrá alejarse de Mora en un radio de diez kilómetros a la redonda mientras continúe siendo sospechoso. Esa fue la condición que puso el magistrado para dejarlo salir.

No se había equivocado con el sujeto. Era bastante bueno en lo suyo. No solo había hablado con el mismísimo juez Fjæstad en persona a aquellas horas de la noche, sino que había conseguido liberar a su cliente.

Ahora les tocaba a ellos hacer bien su trabajo. Si, como presumía, Björn Ulsteen terminaba siendo inocente, no les quedaban muchas otras opciones con las que seguir. La hipótesis de la venganza, lentamente, comenzaba a desmoronarse.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones.

—Adelante.

Miriam Thulin entró al despacho.

—¿Cómo les fue? ¿Consiguieron hablar con alguien?

—Sí —respondió la agente acercándose al escritorio del teniente—. Una pareja de ancianos asegura que oyeron el chirrido de un automóvil alejándose por la carretera cerca de las cinco de la mañana.

—La hora concuerda. ¿No pudieron ver nada?

Miriam negó con la cabeza.

—Son dos personas muy mayores. La mujer dijo que se levantó para ver por la ventana, pero, cuando se asomó, ya no había rastros del auto.

—Su testimonio no hace más que corroborar los dichos de Björn Ulsteen. —Dejó escapar un suspiro—. Su abogado consiguió que lo liberen bajo fianza.

—Si nos guiamos por la teoría de Niklas, deberemos descartarlo definitivamente como sospechoso —alegó Miriam.

—Así es. —Se puso de pie y tomó la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla—. ¿Kellander aún sigue por aquí?

—No, Peter me dijo que se fue con el inspector Lindberg. Parece que lo invitó a cenar a su casa.

Saber aquello no le hizo mucha gracia.

—Creo que nosotros deberíamos hacer lo mismo.

El rostro de la muchacha se iluminó.

Mikael se dio cuenta de inmediato que había malinterpretado sus palabras.

—Buenas noches, Miriam. Nos vemos mañana —le dijo antes de abandonar el despacho.

Ella se dirigió a su lugar de trabajo. Descubrió que Peter todavía seguía allí.

¿Tienes algún plan para esta noche? La pregunta venía rondando en su cabeza desde hacía horas, sin embargo, cuando tuvo a Miriam frente a él, no se animó a invitarla a salir.

* * *

Dejó el bolso encima de la mesita de entrada y se dirigió a la sala. Greta respiró aliviada cuando descubrió que quien estaba con Karl era nada más y nada menos que Niklas Kellander. Se hallaba de espaldas curioseando entre los libros de su padre. Se volteó cuando la oyó acercarse.

—Greta, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —Llevaba la misma ropa de esa mañana, por lo que dedujo que había venido directamente de la comisaría.

—Algo cansado todavía por el viaje, pero tu padre me invitó a cenar y no pude negarme, sobre todo cuando me dijo que estarías tú también.

Greta sonrió para evitar que viera el rubor en sus mejillas.

—¿Dónde está el inspector? —Miró hacia la cocina desde donde emanaba un olor delicioso.

Karl apareció en la sala para saludar a su hija. Tenía un delantal puesto y en la mano llevaba una cuchara con restos de algo rojo que parecía ser salsa de tomate.

—Cielo, qué bueno que hayas llegado. ¿Por qué no acompañas a Niklas mientras termino de preparar la cena?

—¿No necesitas ayuda?

—En lo absoluto. Mira en la alacena, me gustó tanto el pinot noir que trajiste el otro día que no he podido resistirme y he comprado una botella. Ofrécele una copa a nuestro invitado, la cena estará lista en un rato —le propuso antes de meterse

nuevamente en la cocina.

Greta tuvo la fuerte sensación de que su padre estaba tramando algo y que ese *algo* la involucraba a ella y a Niklas. No había que ser muy inteligente para darse cuenta de cuál era su plan. Buscó el vino y las copas.

—Permíteme. —Niklas fue el encargado de servir el vino.

Se sentaron en el sofá, uno al lado del otro y observó por encima de la copa. El cansancio se le evidenciaba en el rostro. Podía jurar que el pobre había sido arrastrado por su padre a aquella cena que de casual tenía muy poco.

—¿Cómo estuvo tu primer día?

Niklas se reclinó con la copa en la mano. Bebió un sorbo y la miró.

—Creo que pasé la prueba de fuego, aunque mis teorías terminaron desconcertando a más de uno.

Podía entender perfectamente a qué se refería.

—El más confundido de todos fue el teniente Stevic. Me parece que no le caigo muy bien —manifestó de repente.

Greta estaba a punto de beber un poco de vino, pero la copa se le quedó a mitad de camino entre la mesa y la boca.

—¿Tuviste algún problema con Mikael?

Notó la familiaridad con la que hablaba de él.

—No exactamente. —Cruzó una pierna encima de la otra, luego continuó hablando—. Después de conocer todos los detalles de los crímenes y basándome en mi experiencia en este tipo de casos, planteé la posibilidad de que Mattias no hubiese actuado solo. El muchacho frecuentaba una página de pornografía infantil en internet camuflada como un sitio dedicado a la cacería. Consumía material y seguramente también lo proporcionaba. Estuvo filmando a Kerstin Ulsteen durante un largo período antes de secuestrarla.

Greta eso no lo sabía. Niklas estaba compartiendo información con ella, ignorando que su padre pondría el grito en el cielo si se enteraba. No quería perjudicarlo o ponerlo en un aprieto, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de conocer más detalles del caso.

—Un cómplice... —musitó, perdida en sus propios pensamientos.

—Sí. No voy a mencionarte los pormenores escabrosos del caso, pero, según tengo entendido, Mattias era un muchacho bastante tímido y solitario. No encaja con el perfil de la persona que atacó a Kerstin. Él es quien la sedujo y la atrajo hacia la trampa. Quien violó y asesinó a la niña tenía rasgos psicópatas, lo que nosotros llamamos un pedófilo sádico.

Greta lo escuchaba con suma atención, pero, al mismo tiempo, su mente

comenzaba a tejer alguna que otra hipótesis. Si de verdad existía un cómplice, entonces su teoría de que los dos crímenes estaban relacionados más allá del hecho de que Mattias hubiese sido quien había secuestrado a la niña no era tan descabellada. Quería seguir preguntándole más del caso, pero, en ese momento, su padre se asomó desde la cocina y le pidió que lo ayudara a poner la mesa.

La cena que había preparado Karl consistió en *spaghetti* de espinaca con tomate y queso de *brie*. Niklas, quien no probaba bocado desde el mediodía, ponderó las dotes culinarias del inspector y saboreó más que nadie su plato. Greta, en cambio, tenía poco apetito y apenas picoteó un poco de tomate. No podía dejar de pensar en lo que le había comentado Niklas sobre el posible cómplice de Mattias. Recordó la extraña sensación que había tenido cuando había hablado con el tío de Kerstin. Martin Ulsteen parecía realmente acongojado por el terrible final que había tenido su sobrina, sin embargo, había algo en ese hombre que no terminaba de agradarle.

—Casi no has tocado la comida, cielo —manifestó Karl, algo preocupado—. ¿Te ocurre algo?

Ella lo miró. Había ido hasta allí dispuesta a exigirle que le dijera lo que estaba sucediendo entre la sargento y él, pero la imprevista aparición de Niklas en escena se lo había impedido.

—No es nada, papá. Estoy un poco cansada —le mintió.

Karl percibió que pasaba algo más. Dejó la servilleta encima de la mesa y guardó silencio.

—¿Sabías que Niklas es un apasionado de las novelas de detectives igual que tú? —comentó de repente con la intención de levantarle el ánimo.

—Estuvimos hablando de libros esta mañana —intervino el muchacho—. Greta me contó que abrió su propia librería cuando regresó a vivir aquí.

El inspector Lindberg sonrió. Aparentemente su pequeño plan había funcionado y ambos habían congeniado enseguida.

—Greta y yo somos socios; aunque mi nombre figure en los papeles, es ella quien se encarga de todo —declaró orgulloso por los logros de su hija.

—No debió de ser sencillo para ti sacar adelante el negocio sola —comentó Niklas.

—Cuento con la ayuda de mi primo Lasse, pero me apasiona lo que hago y eso hace todo más llevadero —respondió—. Es más, siempre estoy pensando en nuevos proyectos y ahora que el Club de Lectura se ha tomado vacaciones, tengo ganas de organizar algún evento para aprovechar la llegada de turistas al pueblo.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó interesado.

—Había pensado en una firma de libros. Sé que es complicado conseguir que

algún autor acepte venir a un pueblo pequeño como este. Presumo que tendría que ponerme en contacto primero con algunas editoriales y ver si me dan una mano —expresó poco esperanzada.

—Tal vez yo pueda darte esa mano.

El rostro de Greta se iluminó.

Karl se levantó de la mesa y comenzó a recoger los platos. Ellos estaban tan absortos en la conversación que ni cuenta se dieron.

—¿Has oído el nombre de Josefina Swartz?

—¡Por supuesto! He leído su última novela, *Misterio en la montaña*, y me encantó.

—Yo podría ponerte en contacto con ella.

—¿La conoces?

Niklas vio chispas en los ojos azules de Greta.

—Sí. Hace un par de años me la presentó mi jefe. Buscaba asesoramiento para una de sus novelas y convivimos casi a diario por lo menos durante tres meses. Es una mujer bastante especial, pero, bueno, supongo que todos los escritores lo son.

—¿Crees que aceptará venir a hacer una firma de libros a Mora?

—No lo sé, no pierdes nada con pedirselo. —Sacó su teléfono móvil y buscó el número de la escritora entre su lista de contactos—. Aquí está.

—Espera.

Greta saltó de la silla y fue en busca de su teléfono. Niklas aprovechó para observarla mientras ella hurgaba dentro del bolso que había dejado en la mesita de entrada. Llevaba pantalones vaqueros y un cárdigan fino color blanco ajustado al cuerpo. Era menudita, aunque de curvas proporcionadas. Sin dudas lo que más resaltaba en ella era su abundante melena rojiza.

Cuando Greta se volteó se dio cuenta de que acababa de ser objeto de admiración de Niklas. Él alzó la mirada y le sonrió. Regresó al salón y copió el número de Josefina Swartz en su lista de contactos.

—La llamaré mañana a primera hora —señaló antes de dejarse caer en la silla nuevamente.

—Si necesitas ayuda con ella, solo avísame.

Greta alzó una ceja. Parecía que estaba tratando de decirle algo y no se animaba.

—Ten —le entregó una tarjeta blanca con letras doradas donde aparecían todos sus datos—. Por cualquier cosa que necesites.

Ella la puso en la mesa debajo del teléfono. Tuvo la sensación de que él se había quedado esperando algo.

Karl reapareció con el café. De inmediato vio que solo había dos tazas.

—Está recién hecho. —Se inclinó para dejar la bandeja encima de la mesa y le guiñó un ojo a su hija—. Yo me retiro, estoy agotado y mañana nos espera un día duro en la comisaría.

¡Cielos! ¡Su padre la estaba dejando deliberadamente a solas con Niklas! No cabía ninguna duda de cuáles eran sus intenciones. Lo fulminó con la mirada, gesto que Karl respondió con una sonrisa.

—Nos vemos mañana, muchacho.

—Buenas noches, inspector.

—Hijo, llámame Karl. Te conozco desde que eras un crío.

Niklas asintió.

Greta no podía dejar que se saliera con la suya, así que se levantó y fue tras él a la cocina. Una vez allí, cerró la puerta y puso los brazos en jarra.

—¿Qué demonios estás tramando, papá? —le espetó cuidando de no levantar demasiado la voz.

Karl abrió la ventana para que entrara un poco de aire. Estaba acostumbrado a los brotes de enojo de su hija, pero tenía que reconocer que quizá se había pasado de la raya. Se recostó sobre la mesada y la enfrentó con una sonrisa. No le sirvió de nada: Greta echaba chispas por los ojos.

—No estoy tramando nada —respondió haciéndose el desentendido.

Ella empezó a caminar en círculos alrededor de la mesa.

—Me di cuenta enseguida de tu plan. Es inútil que lo niegues —manifestó sin detenerse—. Prácticamente me estás metiendo a Niklas por los ojos. Primero tu petición de ir a buscarlo a la estación, luego me invitas a cenar a sabiendas de que también lo invitarías a él, desapareces en medio de la velada para dejarnos a solas...

—Lo estaban pasando más que bien, charlando de Némesis. Creí oportuno retirarme —le dijo cuando pudo meter un bocadillo.

—Tu propósito era otro y lo sabes —lo increpó.

—Está bien. —Alzó las manos en un gesto de rendición—. Reconozco que todo es parte de un plan que urdí para que tú y Niklas se acercaran.

Ella soltó un suspiro largo e intenso. Necesitaba recobrar la calma antes de seguir hablando. Los ánimos estaban caldeados, al menos el de ella.

—Papá, creo que soy lo suficientemente mayor como para conseguirme a alguien por mis propios medios. —Se aproximó a él y se ubicó a su lado. Lentamente, la furia fue cediendo—. Niklas es muy agradable, pero no tengo intenciones de enredarme con ningún hombre por ahora.

Karl la miró de reojo para adivinar si estaba siendo sincera con él. Tal vez ella tenía razón. No tenía derecho a meterse en su vida privada ni imponerle a nadie. La

amaba y lo único que trataba de hacer era evitar que cometiera otro error en su vida. Ya había tenido un fracaso amoroso y nadie más que él sabía lo que Greta había sufrido. En Söderhamn, con el patán de Bringholm, había estado sola, pero ahora lo tenía a él y no iba a permitir que pasara por lo mismo una vez más. Desde que se había enterado de que la mujer de Mikael lo había dejado, vivía con el constante temor de que se acercara a ella y terminara lastimándola.

—Lo hago porque te quiero, cariño.

A Greta se le hizo un nudo en la garganta.

—Yo también te quiero, papá —le dijo en medio de un hondo suspiro.

Permanecieron un rato sin decir nada.

—Tendrás que llevar a Niklas hasta el hostel. —Greta saltó de inmediato—. Mañana me encargaré de proporcionarle un auto para que pueda moverse por el pueblo sin depender de nadie —se apresuró a aclarar.

—Está bien —respondió resignada—. Yo me ocupo de él esta noche.

—Es un buen muchacho. Inteligente, simpático y con un futuro prometedor...

—¡Papá, no empieces! Niklas te va a oír —le advirtió.

Se habían encerrado en la cocina y se habían olvidado de su invitado. Greta lo lamentaba por él, pero aún no había terminado. Miró a Karl directamente a los ojos.

—Hoy, cuando estuve en casa de tía Ebba, me enteré de que ayer estuviste en el lago.

Karl carraspeó nervioso, luego, se alejó y empezó a secar los platos, los cuales ya estaban secos desde hacía bastante rato.

—Sí, estuve almorzando con la sargento Wallström.

—¿Sargento Wallström? ¿Todavía la llamas así, después de compartir un *picnic* con ella? —Él era de terror. Quería meterse en su vida sentimental o en la falta de ella, pero era un completo desastre con la propia.

Arrojó el paño con el que estaba secando los platos dentro del fregadero y la miró a los ojos.

—Hija... Nina y yo decidimos darnos una oportunidad. Ella piensa que sería bueno frecuentarnos fuera de la comisaría para conocernos mejor y...

Greta fue hasta la mesada y se estiró para cerrar la ventana. De repente, había comenzado a sentir frío.

—Por favor, di algo. Quiero saber qué piensas.

Necesitaba tomarse al menos un par de minutos antes de responderle. Desde que le había comunicado, cuatro años atrás, que se iba de Mora que no tenían una conversación tan importante. Todo podía cambiar a partir de esa noche. Muchas dudas revoloteaban en su cabeza, pero solo tenía en claro una cosa: amaba a su padre y

quería que fuese feliz.

—Supongo que era algo que sucedería tarde o temprano —dijo volteándose hacia él—. Cuando regresé a Mora y descubrí lo que Nina sentía por ti, no me gustó nada. Jamás se me había pasado por la mente que otra mujer pudiera llegar para ocupar el lugar que dejó mamá. —Karl iba a decir algo, pero ella le pidió que la dejara continuar—. Después, empecé a tratarla y debo reconocer que terminó cayéndome bien. Es una mujer agradable, además de una excelente profesional. ¡Incluso muchas veces se ha atrevido a tomar partido por mí cuando tú y yo discutíamos!

Aquel comentario provocó una sonrisa en Karl.

—Tal vez es hora de que comprenda que tienes derecho a ser feliz. Hanna y tía Ebba tenían razón; no he sido más que una egoísta todo este tiempo. Sé que mamá siempre estará aquí. —Le tocó el pecho—. Y apuesto a que, esté donde esté, te dará su bendición.

—Cielo, nunca podría olvidar a Sue Ellen, porque me dio el regalo más hermoso de todos. —Tomó las manos de Greta entre las suyas—. Si sientes que no estarías cómoda con toda esta situación, solo tienes que decírmelo.

—¿La quieres?

—Nina me gusta y me siento bien con ella, pero iremos despacio. No quiero que un posible fracaso interfiera luego en nuestra relación laboral.

Greta asintió.

—Me parece lo más sensato —dijo a modo de aprobación.

Regresaron al salón donde los estaba esperando Niklas.

—Mi hija te llevará de regreso al hostel, muchacho. Mañana te designaré un coche para tu mayor comodidad —le anunció.

—Perfecto, Karl. —Miró a Greta—. ¿Podemos irnos o...?

—Sí. Ya es tarde, y yo también estoy cansada. —Le dio un beso en la mejilla a su padre y, después de que ambos policías se despidieran, salieron al porche.

Se subieron al Mini Cabrio y, cuando puso la llave en el encendido, Greta descubrió a Pernilla Apelgren mirando a través de la ventana. ¡Perfecto! Al día siguiente, todos en Mora se enterarían de que había sido vista subiendo a su auto con un hombre desconocido.

CAPÍTULO 16

Después de la conversación que había tenido con Pia, había pasado nuevamente una noche de insomnio. La culpa por no haber estado cuando ella había sufrido el aborto continuaba anidándose en su pecho como una pequeña llama encendida que nunca se apagaría; ahora, Pia ya no podría engendrar hijos nunca más, y esa llama se iba convirtiendo lentamente en una enorme lengua de fuego que amenazaba con consumirlo por dentro. La idea de ser padre nunca lo había tentado demasiado, no porque no le gustaran los niños, sino porque no se sentía preparado para criar a uno con responsabilidad. Su matrimonio no estaba pasando por un buen momento, entre sus constantes infidelidades y la eterna necesidad de Pia por quedar embarazada, se había deteriorado seriamente y, la verdad, no sabía si tenía arreglo. Dudaba de que ella lo perdonara algún día cuando a él le costaba tanto perdonarse a sí mismo.

Estacionó el Volvo en un costado de la comisaría y antes de bajarse se miró en el espejo retrovisor. Tenía ojeras y ni siquiera se había peinado esa mañana. Por suerte ahora llevaba el cabello corto y solo le bastó con pasarse la mano para aparentar que sí lo había hecho. Los surcos oscuros debajo de los ojos, en cambio, no sería fácil esconderlos. Todavía no había salido el sol. Había llegado más temprano de lo habitual, pero, antes que quedarse en su apartamento tirado en la cama y mirando el cielorraso verde musgo que solo lograba aumentar su depresión, había preferido hacer algo más productivo.

Ingrid, quien siempre era la primera en llegar, se sorprendió de verlo tan temprano.

—Buenos días, cielo —lo saludó cariñosamente.

Junto al teclado del ordenador se asomaba una de las tantas novelas románticas que solía devorar siempre que su trabajo se lo permitía.

Se acercó al mostrador y se recostó en él.

—¿Ha venido alguien?

—Los agentes Thulin y Bengtsson ya están aquí. También el detective Kellander. ¡Qué apuesto que es! —suspiró, claramente embobada con el recién llegado.

—Pensé que solo tenías ojos para mí —bromeó él.

La recepcionista le dio unas palmaditas en la mano.

—¡Oh, Mikael, por supuesto que sí! Pero Niklas tiene su encanto. Esta mañana cuando llegó elogió mis uñas. —Le mostró las manos. Siempre las había llevado largas y todos se preguntaban cómo hacía para escribir en el teclado con ellas.

—Yo vengo elogiando tus peinados desde hace más de dos años —saltó él para no ser menos.

—Los hombres son todos iguales, por eso creo que prefiero quedarme con los protagonistas de mis novelas rosas.

Mikael sonrió. Quizá era por eso que seguía soltera.

En ese momento, Gilles Göransson atravesó la puerta de entrada y se dirigió hacia ellos.

—Teniente Stevic —lo saludó sin mostrar ninguna emoción en su rostro.

—Buenos días, abogado. No lo esperaba tan temprano.

Göransson ignoró el comentario.

—Aquí tiene la orden de excarcelación firmada por el juez Fjæstad. —Le entregó el documento—. Me gustaría ver a mi cliente ahora mismo.

Mikael se sorprendió de la celeridad de los trámites. Normalmente algo así no se conseguía de la noche a la mañana, pero era evidente que el abogado tenía muy buenos contactos dentro del circuito legal.

Lo condujo hacia el área de las celdas y, tras reunirse brevemente con su cliente, se marcharon de la comisaría. Antes de traspasar la puerta principal, Björn giró y lo miró con aire triunfal. No habían terminado con él aún. Aunque tuviese dudas de su culpabilidad, había un hecho incuestionable: sus huellas estaban en la escena del crimen y hasta el momento eso era lo único concreto que tenían en la investigación.

A paso firme se dirigió hacia el centro de comandos. Supuso que Niklas se habría vuelto a instalar allí porque dudaba de que le hubiesen conseguido su propia oficina tan pronto. Se plantó frente a la puerta, pero, cuando oyó voces y risas en el interior, se frenó.

—¿No va a entrar?

Se sobresaltó al oír la voz de Miriam detrás de él.

—Sí, por supuesto. —La miró y disimuló sus nervios con una sonrisa. Vio que ella se sonrojaba. Su olfato de donjuán, que aún seguía intacto, le indicó que la joven

agente estaba interesada en él. La sargento Wallström no se había equivocado.

Cuando ingresaron al lugar, Niklas y Bengtsson dejaron de reír. Era evidente que habían interrumpido algo. El muchacho se levantó de inmediato de la silla y fue en busca de un vaso de agua. Al parecer, había hecho buenas migas con el nuevo más rápido que los demás.

—Buenos días —saludó el teniente con seriedad—. ¿Alguna novedad?

Niklas estiró su delgada figura de casi un metro noventa en la silla y se quitó las gafas.

—Todavía no. Me está costando más de lo que pensaba, pero solo es cuestión de tiempo. Ya me he infiltrado en redes más protegidas que esta antes —le aseguró y miró a *Cerebrito*—. Llevamos trabajando con Peter desde temprano y he podido comprobar que tiene un talento innato para este tipo de tareas. Ya le dije que, si un día se cansa de Mora, con gusto le reservo un lugar en mi unidad.

El comentario no fue bien recibido por Stevic, y todos se dieron cuenta de ello.

—Björn Ulsteen acaba de ser liberado gracias a su competente abogado —les informó al tiempo que ocupaba su sitio.

—La pareja de ancianos que interrogamos anoche asegura que escuchó un auto marcharse a toda velocidad de la escena del crimen —acotó Peter—. Eso avala lo que dijo Ulsteen.

—¿Y si el auto que escucharon era el suyo? —replicó Stevic.

—El teniente tiene razón —concordó Niklas—. Aunque no tengamos pruebas que lo vinculen directamente con el asesinato, parece que es lo único sólido que hay en la investigación hasta el momento.

Aunque no se notaba muy convencido, Mikael agradeció su apoyo.

—Confío en que podamos encontrar algo más en la red de pederastas a la que pertenecía Mattias —continuó Niklas—. Por lo que estuve viendo en su historial, era un miembro bastante activo. Visitaba la página varias veces al día. Habría sido sencillo entrar usando el *nick* de Mattias, sin embargo a estas alturas puede que sepan que esté muerto; así que el primer paso fue crear un perfil nuevo. Envié la solicitud anoche, ahora solo resta esperar que me acepten dentro de su círculo.

Stevic se acercó a la pizarra y observó atentamente las fotos de las dos víctimas. A medida que avanzaban en la investigación, la teoría de que Mattias hubiese actuado en complicidad con alguien más se afianzaba con cada nueva pista.

En un costado, Peter y Miriam charlaban animadamente. Emitió un sonoro bostezo. Necesitaba un café con urgencia. Salió al pasillo y fue hasta la máquina expendedora. La cafeína lo ayudaría a despertarse. En ese momento, el inspector Lindberg entró a la comisaría, vio cómo Nina, quien seguramente también acababa de

llegar, le salía al paso. Notó las miradas furtivas y la sonrisa cómplice. Finalmente, su compañera se había salido con la suya, había que estar ciego para no darse cuenta de que esos dos estaban juntos. Se alegraba por ella y por su jefe también. Pensó en Greta y en cómo le caería aquella noticia.

—Stevic. —El saludo de Karl fue más distante de lo habitual.

—Buenos días. —Luego le sonrió a Nina—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Los puso al tanto de las novedades respecto de Björn Ulsteen y, cuando Karl se alejó hacia el centro de comandos, la sargento preguntó—: ¿Otra mala noche?

—¿Se nota?

—Las ojeras, el café doble y la llamada de Pia ayer, me hacen pensar que sí.

Soltó un suspiro.

—Hay veces que me siento el hombre más despreciable del mundo.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Ahora?

Ella asintió.

—Ven, los demás pueden esperar.

Se dirigieron a la oficina de la sargento para conversar con calma. Cuando Mikael le dijo lo de Pia, se hizo un largo silencio.

—¿Te sigues culpando por lo sucedido?

—He sido el peor de los esposos, y Pia ha tenido demasiada paciencia conmigo. Cualquiera otra en su lugar, se habría largado hace tiempo. —Se hundió en la silla, como si con aquel movimiento pudiese desaparecer—. Ahora está sufriendo, y es por mi culpa.

—No voy a ser condescendiente contigo. Soy tu amiga y creo que eso me da el derecho a decirte lo siguiente... —Hizo una pausa para respirar hondamente—. Sé mejor que nadie de tus aventuras extramatrimoniales y, aunque nunca te lo he dicho abiertamente, no me agradaba en lo más mínimo cuando me involucrabas en tus asuntos de faldas. Nunca me he sentido cómoda juzgando a los demás y tienes razón: como esposo dejas mucho que desear.

Mikael la miraba fijamente, con una expresión sombría en el rostro.

—Sin embargo, eres un buen hombre y un excelente policía, Stevic. ¿Cómo puedes culparte de haberla abandonado el día que sucedió lo del aborto si, en ese momento, estabas salvándole el pellejo a Greta? Lo que les sucedió a Pia y a ti fue una terrible tragedia, nada más. —Le sonrió comprensivamente—. Supongo que el aborto fue el punto de quiebre en tu matrimonio. ¿Sabes lo que creo?

Él negó con la cabeza.

—Que Pia usó la pérdida del niño para alejarse de una relación que le estaba

haciendo daño desde hacía mucho tiempo. No digo que lo haya hecho adrede. Ella sabía de tus aventuras y, aun así, seguía a tu lado, fingiendo que nada pasaba. Era predecible que un día no iba a aguantar más. Tal vez estaba convencida de que, si quedaba embarazada, tú cambiarías y lograría salvar su matrimonio.

—Ella al menos hizo el intento... yo dejé que todo se fuera a la mierda. —Había dolor e impotencia en su voz.

—Lo mejor que ha hecho Pia es darse cuenta de que lo de ustedes no iba a ninguna parte. Deja que las aguas se calmen, es normal que esté destrozada porque su sueño de ser madre se ha truncado; lo menos que necesita ahora es tu lástima.

Las palabras de Nina le dieron que pensar. ¿Lástima? ¿Acaso era solo eso lo que sentía por Pia? Se había casado enamorado o, al menos, era lo que había creído siempre. Aunque... ¿qué hombre que ama a su mujer comienza a engañarla poco después de haber contraído matrimonio con ella?

Nina se puso de pie, movió el bonsái para que le diera el sol y se volteó para mirar a su meditabundo compañero.

—Tú también debes plantearte muchas cosas, Mikael. La primera de todas es saber si de verdad quieres volver con Pia. Estar juntos porque ella no se resigne a perderte o porque tú no quieres lastimarla terminará por destruirlos a los dos.

Cuánta razón tenía. Se dio cuenta de dos cosas. La primera, que habría sido un gran error ir hasta Falun para ver a Pia. La segunda y más importante: él también necesitaba tiempo a solas para recapacitar. Por ahora, estaban mejor uno lejos del otro. El tiempo ya se encargaría de hacerles saber si valía la pena regresar e intentar salvar su matrimonio.

—Los demás deben estar esperándonos. —Nina avanzó hacia la salida.

—Iré en un momento —dijo él.

Se detuvo antes de abrir la puerta.

—Tal vez lo que voy a preguntarte ahora te ayude a aclarar las ideas...

El teniente se volteó hacia ella.

—Te escucho.

—¿Desde que conociste a Greta, te has enredado con alguna otra mujer?

La pregunta quedó suspendida en el aire durante unos cuantos segundos.

—No —dijo por fin.

Ella sonrió.

La respuesta a todas sus dudas estaba más cerca de lo que pensaba.

* * *

Miss Marple caminaba inquieta por la orilla de la mesada mientras Greta terminaba de desayunar. Se había levantado temprano para salir a correr y esta vez no se había cansado tanto. Encendió la radio para ver si mencionaban algo de las muertes de Kerstin y Mattias, pero el locutor de turno hacía más de veinte minutos que hablaba de política. Puso una estación que solía pasar canciones de los años 90 y, viendo que la lora la estaba pasando muy bien meneándose al ritmo de la música, ya no la cambió.

Metió rápidamente la taza dentro del fregadero y arrojó las dos tostadas que se le habían quemado al cesto de la basura. Antes de terminar de arreglarse, se ocupó de limpiar la jaula de *Miss Marple* y de llenar su cuenco de semillas. Por unos días, las almendras estaban terminantemente prohibidas. Sabía de sobra que la muy ladina se aprovechaba de la debilidad que su padre tenía hacia ella, y lo más probable era que le hubiese dado unas cuantas la noche en la que la había cuidado. Así que ahora le tocaba una dieta a base de semillas y frutas frescas. Corrió hasta la habitación y se recogió el pelo en una cola de caballo. Buscó su teléfono y vio la tarjeta que le había dado Niklas. La leyó, aunque ya lo había hecho antes. Su padre le había dicho, sin tapujo alguno, que le parecía un buen partido para ella. Suspiró hondamente. Había reconocido delante de él que le agradaba y eso, seguramente, alimentaría sus ilusiones de verla pronto al lado de un buen hombre. Niklas tenía todo para que una mujer como ella le prestase atención: era atractivo, carismático y exitoso en su profesión. Por si fuera poco, amante de las novelas de misterio. Y una cosa más importante aún: no estaba casado.

Fue inevitable pensar en Mikael.

No tenía futuro alguno con él, mucho menos ahora que parecía haber vuelto a las andadas.

Tal vez, la llegada de Niklas era una señal.

Guardó la tarjeta dentro de la mesita de noche y regresó a la cocina. Faltaban unos minutos para abrir y todavía no se había puesto en contacto con Josefine Swartz. Le ganó la impaciencia, así que con el móvil en la mano, fue hasta la sala y se tiró en el sillón.

Marcó el número y rogó que alguien respondiera del otro lado. Sonó al menos unas cinco veces.

—Hola... —dijo la voz somnolienta de una mujer.

—¿Josefine Swartz?

—A esta hora de la mañana puedo ser cualquier cosa, niña. ¿Quién eres?

Greta se mordió el labio inferior. Debía de haber supuesto que era de esas escritoras que se desvelaban por las noches y dormían hasta tarde al día siguiente.

—Señora Swartz...

—Señorita —la corrigió.

—Señorita Swartz, usted no me conoce. Me llamo Greta Lindberg y soy dueña de una librería temática en Mora.

—Así es, no te conozco. —Fue cortante con ella.

Se dio cuenta de que no sería fácil lidiar con la mujer. ¿A eso se habría referido Niklas cuando le había dicho que era algo especial?

—La llamaba porque estoy pensando en organizar una firma de libros en Némesis. Némesis es el nombre de mi librería —le explicó—. He leído su última novela y quedé realmente encantada. Me gustaría que evaluara la posibilidad de venir a Mora; el pueblo está plagado de turistas y sería una muy buena ocasión para presentar *Misterio en la montaña*.

Josefine tardó en responderle y, si no hubiese sido por la pesada respiración al otro lado de la línea, Greta habría jurado que le había cortado.

—¿Cómo has conseguido mi número? ¿Te lo han dado los de la editorial?

—No, fue un conocido suyo: Niklas Kellander.

La mujer sonrió por fin.

—¡Niklas! Hace meses que no lo veo. Dile que se ponga en contacto conmigo.

—Lo haré. —Tras una breve pausa, preguntó—: ¿Qué dice, acepta mi propuesta?

—¿Greta era tu nombre?

—Sí.

—Uno de los personajes de mi primera novela se llamaba así —comentó con cierto aire de melancolía—. Lamento decepcionarte, querida, pero no puedo aceptar. Tengo una agenda muy apretada y en pocas semanas comienzo un *tour* de firmas en el norte del país. Es imposible para mí subir a Mora en este momento.

Se sintió invadida por una gran desilusión.

—No se preocupe. Me alegra haber hablado con usted al menos.

—Igualmente, querida. Ahora tengo que dejarte. *Bye-bye*.

Ni siquiera tuvo oportunidad de devolverle el saludo ya que le cortó abruptamente. Se quedó mirando el móvil. No supo si guardar el número o no. Josefine Swartz había sido clara con ella: ir a Mora no entraba dentro de sus planes. Finalmente, decidió guardar el número en la lista de contactos. Pasó a ver a *Miss Marple* y bajó a la librería. Fue hasta el mostrador y, debajo, encontró su cuaderno de tapas rojas. Hacía tiempo que no escribía en él. Lo abrió y leyó las notas que había hecho sobre los crímenes de Annete Nyborg y Camilla Lindman. Aquella vez, tomar apuntes había servido para aclarar sus ideas. ¿Funcionaría el mismo método ahora? No perdía nada con probar.

Se sentó en la banqueta y comenzó a escribir.

«Kerstin Ulsteen, de once años, desapareció la tarde del 25 de abril y fue hallada en el bosque doce días después por Vetle Mørk, un vecino del pueblo. Único sospechoso: Mattias Krantz. Pruebas en su contra...».

Se detuvo. Tachó la palabra «pruebas» y, en su lugar, escribió «indicios». Luego comenzó a enumerar los elementos que señalaban a Mattias como el autor del homicidio.

«Mattias fue visto merodeando por el parque donde jugaba Kerstin. También estuvo en su casa y le regaló una pulsera poco antes del secuestro. ¿Se sabe realmente cuándo se la había regalado? No».

Greta sospechaba que lo había hecho cuando había ido a su casa para arreglar su ordenador.

«Se halló sangre en la cabaña que Mattias tenía en el bosque, lo que prueba que Kerstin estuvo allí. ¿A cuánta distancia del lugar donde ha sido hallado el cuerpo se encuentra la cabaña?».

Lo ignoraba. Dibujó un gran signo de interrogación.

«Mattias había filmado a la niña durante algún tiempo antes de acercarse a ella. Era asiduo de páginas web de pornografía infantil. Móvil del crimen: pedofilia».

Con letras mayúsculas escribió «cómplice» y lo remarcó varias veces. Al lado, dibujó un nuevo signo de interrogación. Dejó un par de renglones de separación y anotó:

«Homicidio de Mattias Krantz: muerte escenificada como un suicidio. Posible móvil: la venganza. Sospechoso principal: Björn Ulsteen. Tres hechos apuntan hacia él: las amenazas a la víctima días antes de su asesinato, su habilidad con las armas y las palabras que ha dicho en la iglesia».

No sabía mucho más que eso, sin embargo, le costaba creer que Björn fuera el asesino de Mattias. Cuando se lo había comentado a Mikael, él parecía haber estado de acuerdo con ella. Se le escapó un suspiro. Se moría de ganas de verlo y de que la pusiera al tanto de la investigación. Ignoraba si había habido algún avance con respecto al hermano de Kerstin. Niklas no le había mencionado nada, y no iba a preguntarle a su padre.

Leyó lo que había escrito. La palabra «cómplice» era lo que más resaltaba. Si, en verdad, Mattias había tenido un cómplice, ¿quién era? ¿Algún compañero con el que salía a cazar? ¿Un vecino de Mora o de algún pueblo aledaño? ¿Alguien que había conocido en las páginas de pornografía que frecuentaba? Las posibilidades eran demasiadas y, sin embargo, la hipótesis de que no hubiese actuado solo comenzaba a pisar fuerte.

Cerró el cuaderno, pero lo abrió inmediatamente. Volvió a escribir.

«¿Se convirtió ese misterioso cómplice en el verdugo de Mattias? ¿Incendió la cabaña para borrar cualquier indicio que lo relacionara con la muerte de Kerstin Ulsteen?».

Se dio cuenta de que todo comenzaba a cuadrar.

Estaba tan enfrascada elucubrando teorías, que no escuchó la campanilla de la entrada.

—¿Has visto la hora? —le preguntó Lasse dando vuelta el cartel de la puerta.

Greta le echó una fugaz mirada al reloj. Solo habían pasado cinco minutos de las ocho y media. Ante la mirada curiosa de su primo, guardó el cuaderno en su sitio.

—No es para tanto —saltó ella—. Además, no ha venido nadie aún.

Lasse sintió que ella se ponía a la defensiva. La conocía de sobra como para saber qué había estado haciendo antes de que llegara. Bastaba que ocurriese un crimen en Mora para que su prima se pusiera a escribir en su famoso cuaderno rojo. No la criticaba. Meter las narices en los asuntos de la policía era su pasatiempo favorito.

—Mejor no pregunto. —Se paró frente al ordenador y lo primero que hizo fue observar las ventas del día anterior—. ¿Ingresaste los libros que le llevaste a Martin Ulsteen?

—No, me olvidé. —En realidad, había tenido poca cabeza para ocuparse del asunto.

—Pásame la lista, yo lo hago.

—No, deja, se me olvidó a mí, por lo tanto, es justo que me ocupe yo. —Empujó suavemente a su primo y se colocó delante del ordenador. Buscó la ficha de clientes y encontró la de Martin Ulsteen. La lista de libros que había adquirido desde que había abierto *Némesis* era bastante extensa. Leyó los títulos rápidamente y uno en especial llamó su atención. Se trataba de *Asesinato suicida*, de Keith Ablow. Vio la fecha en que lo había comprado: febrero de ese año. Comprobó que estuviera en *stock* y fue hasta uno de los estantes para buscar un ejemplar. Lo encontró casi de inmediato. Leyó la contraportada: la trama giraba en torno a un hombre enfermo, que aparecía muerto de un disparo en su automóvil. El protagonista, un psiquiatra forense llamado Frank Clevenger, debía dilucidar si había sido un suicidio o un asesinato.

Un escalofrío bajó por su espalda.

Había oído muchas veces eso de que «la ficción supera a la realidad».

Comprendió que no era solo una frase trillada. Si lo que empezaba a sospechar era verdad, la ficción podría terminar mezclándose con la realidad de un modo siniestro.

CAPÍTULO 17

Mikael se encontraba en su oficina revisando los expedientes del caso. Niklas todavía no había conseguido introducirse en la red de pederastas que se ocultaba detrás del club de cacería *on-line*, y todos estaban pendientes de que por fin lo consiguiera.

Si el cómplice de Mattias y su posible asesino se movía también dentro de aquel círculo perverso, las sospechas se alejaban cada vez más de Björn Ulsteen. El móvil del crimen también cambiaba radicalmente. Ya no era por venganza, sino por una razón más oscura.

Después de estar mirando aquellos papeles por casi dos horas, no había logrado sacar mucho en claro. Se pasó la mano por el cuello para aliviar un poco la tensión muscular.

Miró hacia la ventana. Ni siquiera se había dado cuenta de que llovía. Vino a su mente la imagen de Greta el día que había estado en la comisaría para prestar declaración. Había llegado empapada, con la ropa pegada al cuerpo y las mejillas manchadas de rímel negro. Aún con aquel aspecto poco favorable para la mayoría de las mujeres, ella lucía hermosa. Dejó escapar un suspiro. Por un segundo, tuvo la loca idea de salir corriendo y buscarla. No sabía exactamente para qué, pero necesitaba verla. Cerró los ojos y recordó el momento en que en aquella misma oficina la había estrechado entre sus brazos. Había sido solo un instante, sin embargo, había bastado para estremecerlo de pies a cabeza.

Abrió los ojos de repente. Greta se había referido al tío de Kerstin aquella tarde. Lo había definido como un hombre extraño y sombrío. Martin Ulsteen jamás había sido considerado sospechoso ni en el secuestro y posterior homicidio de su sobrina, ni del asesinato de Mattias Krantz. Hurgó entre los papeles y encontró el informe de las

declaraciones de los testigos. Había sido Karl el encargado de interrogar a los familiares de la niña luego de que se hallara el cuerpo sin vida de Mattias. Nadie en esa casa parecía tener una coartada firme para la madrugada del domingo. Todos habían declarado que se encontraban durmiendo y ninguno mencionó que Björn ni siquiera estaba en el pueblo. Habían mentido, seguramente, para cubrir al muchacho. ¿Habrían mentido en algo más?

¿Qué sabían de Martin Ulsteen? Muy poco en realidad. Se ubicó frente al ordenador e ingresó su nombre en la base de datos. Existían seis personas que tenían alguna clase de antecedente con el mismo nombre solo en la provincia de Dalarna. Descubrió que uno de ellos había fallecido hacía algunos años. Los otros cinco seguían vivitos y coleando. Observó sus fotografías. Descartó a los dos primeros, porque eran demasiado jóvenes. Le restaban aún tres, y el siguiente expediente que leyó era el correcto.

Allí estaba su fotografía. Había sido tomada hacía unos cuantos años y no lo favorecía en nada. Llevaba el cabello peinado con raya al medio, gafas de marcos gruesos y un *sweater* de cuello alto de esos que se habían puesto de moda en los ochenta.

Leyó su historial. Al parecer, el extraño y sombrío tío de Kerstin tenía su propio esqueleto en el armario. Descubrió que había sido detenido en varias oportunidades por distribución de drogas y resistencia a la autoridad. Cuando tenía veinticinco años, había sido acusado de tráfico de sustancias prohibidas y condenado a una pena de doce años de prisión, que había cumplido solo en parte, ya que había sido liberado siete años más tarde. Su historial criminal terminaba allí. Sin embargo, había un lapso de tiempo en negro de por lo menos quince años que iba desde el momento en que había salido de la cárcel hasta que se había mudado a Mora para vivir con la familia de su hermano. El último dato que habían registrado en el expediente era que se había establecido en Uppsala. Tomó el intercomunicador y llamó a Miriam.

La agente entró en su oficina con celeridad.

—Miriam, necesito que me hagas un favor.

Ella se paró frente a él y sonrió complacida.

—Lo que quiera, teniente.

Mikael creyó percibir en sus palabras cierto tono de intimidad.

—Quiero que te comuniques con el departamento de policía de Uppsala y pidas información sobre Martin Ulsteen.

Miriam, quien no se había movido ni un centímetro desde que había llegado, frunció el entrecejo.

—¿El tío de Kerstin?

—Sí. He descubierto que tiene un largo prontuario criminal y que estuvo en prisión durante siete años por tráfico de drogas. Pídeles que te manden cualquier dato que tengan de él después de que fue liberado. Parece que se lo hubiera tragado la tierra hasta que decidió venir a vivir aquí.

Ella asintió. El nombre de Martin Ulsteen no había surgido en la investigación en ningún momento.

—Una cosa más. No comentes esto con nadie. Si me equivoco y esta pista no conduce a ningún lado, prefiero que quede entre nosotros. —Le sonrió y poco faltó para que la joven se derritiera—. ¿Cuento con tu discreción?

—Por supuesto, teniente.

—Mikael.

—Mikael —repitió ella, pronunciando su nombre casi en voz baja.

Le había confiado aquella importante tarea y ahora ambos compartían un secreto. Abandonó la oficina de Stevic con el corazón saltando de alegría.

* * *

Hanna irrumpió en Némesis cerca de la hora de cierre. Encontró a su amiga acomodando unos libros.

—¡Es increíble que tenga que enterarme por tu primo y no por ti!

Greta dejó la última novela de Jeffery Deaver encima de la escalera y bajó con cuidado. Si en ese momento hubiese tenido a Lasse frente a ella, lo habría estrangulado con sus propias manos. Se enfrentó a una ofuscada Hanna sonriendo. Debía de haber supuesto que, tarde o temprano, se iba a enterar de la visita que le había hecho Evert. Habría preferido decírselo ella misma, pero no se había animado para evitar una posible escena de celos y, ahora, las cosas se habían puesto peor.

—Hanna, cálmate —le pidió—. Iba a decírtelo...

La rubia se cruzó de brazos. Parecía realmente indignada.

—¡Si no me encontraba con Lasse en la farmacia, apuesto a que no lo habría sabido hasta verte prendida a su brazo!

Hanna estaba tergiversando los hechos. Era mejor frenarla antes de que continuara diciendo tonterías.

—Hanna, ¿de qué demonios hablas?

—Del tal Niklas Kellander ese. Tu primo me contó que llegó ayer a Mora, que cuando tú y él eran niños estaban pegados todo el día. ¡Y yo ni siquiera lo recuerdo!

—Hizo un gesto de confusión levantando las manos.

—Pues estamos iguales, porque yo tampoco lo recordaba.

Se miraron y se echaron a reír. Greta también sintió un gran alivio. Hanna todavía no sabía de la visita de Evert, sino ya se lo habría echado en cara. Igual no se sentía cómoda ocultándoselo, así que se lo contaría en la primera ocasión que tuviera.

La bombardeó a preguntas mientras la arrastraba hacia los sillones Chesterfield. Que si era atractivo, que si era soltero...

—Es agradable —respondió ella simplemente.

Hanna entrecerró los ojos.

—¿Nada más que agradable?

Greta sabía que no le sería sencillo salir airosa de aquella conversación.

—No intentes hacer lo mismo que papá. El inspector Lindberg está convencido de que Niklas es el hombre perfecto para mí —dijo en tono sarcástico.

—Si lo dice tu padre...

—Parece que nadie entiende que quiero estar sola. —Se hundió en el sillón.

Hanna permaneció en silencio y, por la expresión en su rostro, Greta casi prefería que continuara hablando. Nunca se sabía qué pensamientos rondaban la cabeza de la fotógrafa.

—Nos preocupamos por ti, eso es todo. —Se acercó y en tono confidencial le dijo —: ¿Has vuelto a ver al teniente Stevic?

Ahora la que se quedó callada fue ella.

—¿Ves lo que te digo? Tal vez, la llegada de Niklas sirva para que de una vez te saques a ese hombre de la cabeza.

—Sería bueno si pudiera dejar de pensar en quien no debo, ¿verdad?

Hanna asintió comprensivamente.

—Deberías aprender de mí. Mi relación con Evert se está cocinando a fuego lento, pero pronto lo tendré comiendo de la palma de mi mano —afirmó, segura de lo que decía. De pronto, una sonrisa sospechosa hizo que Greta temiera lo peor—. Tengo una idea. ¿Por qué no cenamos los cuatro una de estas noches?

—¿Los cuatro? —preguntó, haciéndose la desentendida.

—Claro, tú, Niklas, Evert y yo. Sería estupendo, ¿qué dices?

—Hanna, no lo sé...

—Que sea esta noche. Ya mismo le aviso a Evert. —Sacó el teléfono del bolso.

Greta la detuvo.

—No, espera. Esta noche es muy pronto —alegó esperando convencerla de que aquella cena de cuatro era una locura.

La rubia vaciló.

—¿Mañana a la noche?

La verdad era que no le parecía adecuada la noche siguiente ni ninguna otra, aunque sabía que Hanna se saldría con la suya, no importaba lo que ella dijese.

—Lo pensaré.

—No me gusta esa respuesta.

—Es la única que puedo darte ahora —manifestó buscando salir de aquella conversación lo antes posible.

—Está bien, pero voy a insistir —le advirtió.

Sabía que lo haría. Un cliente entró a la librería, y Hanna tuvo que marcharse porque llegaba tarde a una cita de trabajo. Habría querido desahogarse con ella, contarle lo de su padre con la sargento Wallström y hablarle de Evert, pero no tuvo más remedio que dejarlo para la próxima.

Después de cerrar Némesis, subió al apartamento y llamó a Niklas. Quería contarle que no había tenido éxito con Josefine Swartz, de paso, le daría su mensaje de que se comunicara con ella cuando pudiera. Por supuesto, no le dijo nada de la ocurrencia de su amiga.

* * *

Mikael abrió la puerta del centro de comandos donde estaban todos reunidos esperándolo a él.

—Niklas ha logrado entrar —le anunció Karl apenas puso un pie dentro del recinto.

Miró al detective Kellander, que apenas le prestó atención.

—Ya estoy infiltrado en tres salas de *chat* diferentes. Hay al menos cincuenta usuarios por cada canal —les informó.

El teniente se ubicó en su sitio. Vio cómo *Cerebritito* se había acomodado al lado de Niklas para trabajar a la par suya.

—Conocemos el *nick* que usaba Mattias. Si tenemos suerte, alguien lo buscará y será más sencillo rastrear a sus contactos.

—¿Y si eso no pasa? —inquirió Mikael al tiempo que desenroscaba la tapa del agua mineral.

Niklas le lanzó una fugaz mirada, pero, rápidamente, sus ojos volvieron a fijarse en la pantalla de la *laptop*.

—Tenemos algo. —Tecleó algunas palabras a la velocidad de un rayo—. Un tal

Little Sunshine está preguntando por *Hunter*. Ese era el *nick* de Mattias —explicó antes de seguir escribiendo.

A su lado, Bengtsson hacía lo mismo.

—Le diré que conozco a *Hunter*, a ver si capto su interés. Peter, rastrea la dirección IP antes de que intuya algo y desaparezca.

El muchacho asintió. Unos minutos más tarde, saltó de la silla.

—¡Lo tengo! —Giró la pantalla para que los demás pudieran ver la lucecita roja que titilaba en un punto del mapa.

Niklas seguía chateando con *Little Sunshine*, quien al parecer no estaba al tanto de la muerte de Mattias.

—Es obvio que no sabe nada y parece que está desesperado por hablar con *Hunter*.

—¿Dónde está exactamente? —preguntó Karl acercándose al ordenador de Peter.

—En Borlänge.

—Bien, me contactaré con la policía local para que lo detengan. Conseguiré también una orden de cateo del juez. —Miró a Nina—. Tú y Stevic irán mañana temprano a Borlänge para interrogarlo y registrar su vivienda. —Luego dirigió su atención a Niklas—. ¿Te ha dicho algo?

—No, es un sujeto demasiado cuidadoso. Cuando le pregunté si conocía a *Hunter* en persona, abandonó la sala de *chat* rápidamente. —Cerró la *laptop*. En ese momento, su teléfono móvil empezó a sonar—. Disculpen. —Observó el nombre en la pantalla y salió al pasillo para hablar más tranquilo. Dejó la puerta entreabierta y, cuando mencionó el nombre de Greta, Mikael, aprovechando la distracción de los demás, se acercó disimuladamente a la pizarra para poder escuchar la conversación.

* * *

—¡Niklas, acaba de llamarme Josefine Swartz para decirme que sí vendrá a Mora! —exclamó Greta, exultante.

—¿Sí? —Fingió no saber nada.

—¿Fue cosa tuya, verdad? Tú hablaste con ella y la convenciste... Gracias.

—No fue nada. Conozco a Josefine y sabía qué decirle exactamente para que aceptara tu propuesta.

—No sé qué habrás hecho, pero me has hecho la mujer más feliz del mundo. Némesis tendrá su primera firma de libros y es gracias a ti.

No creyó oportuno contarle a Greta que se había valido del interés morboso de la escritora por los crímenes para que accediera a subir hasta Mora. Había bastado mencionarle los homicidios de Kerstin Ulsteen y Mattias Krantz para que Josefine picara el anzuelo.

—Te dije que te ayudaría en lo que pudiera, aunque, en realidad, no me costó nada.

Durante unos segundos, solo escuchó la respiración de la muchacha. Finalmente, ella habló.

—Me gustaría compensarte de alguna manera el favor que me has hecho. ¿Te gustaría cenar conmigo mañana a la noche?

No tuvo que pensar demasiado la respuesta.

—Me encantaría.

—Mi amiga Hanna ha insistido en que cenemos con ella y su más reciente conquista —le informó.

Si Greta lo hubiese tenido frente a ella, habría sido testigo de la expresión de desilusión en su rostro.

—Me parece estupendo.

—Le pregunto a Hanna dónde será la cena y te aviso.

—Espero tu llamada entonces.

—Adiós y gracias de nuevo.

—Fue un placer, Greta. Hasta mañana a la noche.

Guardó el teléfono y regresó a la oficina. Se dio cuenta entonces de que había dejado la puerta a medio cerrar. Volvió a sentarse en su sitio y abrió a la *laptop* para continuar con el trabajo. Una sonrisa surcó sus labios al pensar en Greta. Sonrisa que se borró rápidamente cuando cruzó la mirada con el teniente Stevic.

Era evidente que no le caía bien, y empezaba a creer que no se debía solamente a su incorporación a la investigación. ¿Habría escuchado la conversación que acababa de tener con Greta? Era posible. ¿Tendría que ver con la hija del inspector? Le sostuvo la mirada durante varios segundos. No le costaría nada averiguarlo.

* * *

Se estacionó a unos pocos metros de Némesis, justo frente a la tienda de artesanías que había pertenecido a Annete Nyborg hasta antes de ser asesinada unos meses atrás. Su hermana no había podido hacerse cargo del lugar, y no había tenido más remedio

que ponerlo a la venta.

Estaba lloviendo de nuevo, y la mayoría de las tiendas de la zona comercial continuaban abiertas para aprovechar la invasión de turistas, a quienes poco parecía importarles el mal clima. Había luces aún en la librería. Miró la hora: ocho y veinte. Parecía que Greta también había extendido el horario de atención.

De repente un auto se estacionó unos metros delante de él. Era un Volvo como los que se le asignaban a los policías. Un hombre alto se bajó y se guareció de la lluvia con una bolsa de plástico en la cabeza. Lo reconoció enseguida: era Niklas Kellander. Lo vio dirigirse hacia el hostel de la señora Schmidt, pero, antes de entrar, se volteó y miró hacia la librería. Segundos después, cruzó corriendo la calle y se metió en Némesis.

Mikael apretó el volante con fuerza.

CAPÍTULO 18

Nina observó a Mikael. Conducía concentrado en el camino, pero se dio cuenta de que su pensamiento estaba a kilómetros de allí. Habían salido a las diez de Mora después que un colega de Borlänge les avisara que habían puesto bajo custodia al tal *Hunter*, cuyo nombre real era Ralph Bergman. Además, el juez Fjæstad les había concedido de inmediato la orden de cateo tras escuchar los avances del caso.

Ya no llovía, aunque el cielo continuaba plomizo. La estatal 45 estaba tranquila esa mañana, y el viaje no les llevaría más de dos horas.

Mikael prácticamente no había pronunciado palabra desde que habían salido, y Nina comenzó a preocuparse.

—¿Vas a estar callado hasta que llegemos a Borlänge?

—¿Te molesta? —la increpó sin apartar la vista de la carretera.

—No, pero tú sí parece estar molesto por algo. ¿Es Pia? ¿Has vuelto a hablar con ella?

Negó con la cabeza.

Si no era Pia, entonces solo quedaba una opción.

—Es Greta. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

Mikael no respondió. Viró el vehículo por la rotonda y tomó la tercera salida hacia Strandgatan.

—No importa cuántas veces Karl me advierta que me aleje de ella, siempre encuentro alguna excusa para buscarla. Anoche fui hasta la zona comercial, me quedé en el auto como un tonto hasta que las luces de su apartamento se apagaron.

—¿Por qué no subiste a verla?

—Porque no creo que quisiera verme. Kellander estuvo con ella en la librería hasta que cerró. Creo que se hospeda en el hostel de la señora Schmidt.

—Sí. Karl fue quien le pidió a Greta que se ocupara de instalar a Niklas apenas llegó —le informó—. Cree que es un buen partido para ella.

No le sorprendió saberlo. Él nunca había sido santo de la devoción del inspector Lindberg, y era predecible que intentara cualquier maniobra para que su hija no cayera en sus brazos.

—Al parecer, Greta cree lo mismo.

Siguieron derecho por la estatal 70 y se desviaron en la tercera salida hacia Rödavägen.

Nina no supo qué decirle. Conocía de sobra las razones por las que Karl quería que su hija se acercara a Niklas y no le agradaba la idea de escuchar ninguna de ellas.

—Hablemos de otra cosa, mejor.

Stevic estuvo de acuerdo con ella.

—Cuéntame, ¿cómo hiciste para que el gruñón de Karl por fin se decidiera?

Nina se quedó boquiabierta.

—¡Lo sabes!

—Por supuesto. Soy policía y sé ver más allá de los gestos y las miradas.

—¿Alguien más está enterado?

Observó como se ponía nerviosa ante la posibilidad de que todos estuvieran al tanto de su romance con el inspector.

—Tranquila, creo que solo yo me he dado cuenta.

La sargento soltó un suspiro.

—Karl quiere tomarse las cosas con calma y, que todo se supiera ahora, solo conseguiría asustarlo más —le confesó.

—Me alegro que a ti las cosas te salgan mejor que a mí.

Sintió pena por él y por todo lo que estaba pasando. Después de aquella charla, el silencio volvió a reinar en el interior del Volvo.

Antes de dirigirse a la comisaría para interrogar a Ralph Bergman, irían hasta su casa. Cualquier cosa que encontrarán allí y que lo relacionara con Mattias Krantz les serviría luego para presionarlo durante el interrogatorio.

Un par de agentes los estaban aguardando. No bien llegaron se pusieron a su entera disposición.

La casa de Bergman no era muy grande, además parecía que al sujeto le gustaba acumular cosas. Encontraron cajas apiladas en el salón, en el dormitorio y hasta en la cocina. No había ningún ordenador, pero hallaron una marca en la base de un escritorio que coincidía con la forma de una *laptop*.

—Revisen con cuidado —les ordenó Mikael a los dos agentes—. Ese ordenador debe de estar en algún lado.

Los cuatro dieron vuelta la casa, pero no lo hallaron. Nina se dirigió al cuarto de baño. Observó todo con cuidado. El único mobiliario era un pequeño botiquín cargado de medicamentos y complementos vitamínicos. Corrió la cortina de la ducha; el piso estaba todavía húmedo. Miró el techo y entonces descubrió que una de las planchas del cielorraso estaba un poco torcida.

—¡Stevic, ven aquí! —llamó.

—¿Qué encontraste?

Le señaló el techo.

—Ahí, lo ves. Alguien la movió. Me ofrecería a revisar si hay algo, pero no cuento con la altura suficiente —se justificó.

—Hazte a un lado. —Mikael saltó con los brazos estirados, pero apenas alcanzó a rozar su objetivo.

—Ten, creo que soportará tu peso. —Nina le alcanzó el cesto de la ropa sucia para que se subiera en él y pudiera llegar.

A Mikael, la idea no le hizo mucha gracia. Extendió el brazo derecho y logró deslizar la plancha de madera. Con un poco más de esfuerzo, metió la mano y tocó un objeto. Habían hallado el ordenador. Lo bajó con cuidado y se lo entregó a la sargento mientras él hacía malabares para no caer de bruces en el suelo.

Luego, se dirigieron al salón. El contenido de las cajas estaba disperso por todo el suelo.

—Veamos si encontramos algo. —Nina se sentó donde pudo y encendió la *laptop* —. Tiene contraseña. Qué falta nos hace Peter en este momento.

—Prueba con su *nick* en el *chat* de pedófilos: *Little Sunshine*.

Nina ingresó el nombre, rogando que fuera el correcto. Cuando leyó «Acceso Permitido», casi saltó de la alegría.

Comenzó a revisar. Había cientos de fotos de niños y niñas en poses denigrantes. Comprobaron que Kerstin no formaba parte de aquella horrible colección. Siguieron buscando y, cuando se toparon con un acceso que decía «*Hunter*», ninguno de los dos estuvo preparado para lo que verían a continuación.

Era un video. Reconocieron a Kerstin de inmediato.

La niña estaba desnuda, solo llevaba puestos los calcetines amarillos. Tenía ambos brazos extendidos en forma de cruz. Un grueso cable, enroscado en sus muñecas, la mantenía atada a la cabecera de una cama. Le habían puesto una mordaza en la boca, y tenía el terror instalado en los ojos.

—¡Dios santo! ¿Qué es esto? —Nina se llevó una mano a la garganta.

—Mira allí.

Una sombra comenzó a acercarse a la niña. De pronto, una silueta vestida

completamente de negro se sentó en la cama junto a ella. La habitación, sumida en la penumbra, no les permitía ver mucho más. Lentamente, la figura oscura alzó una mano. Tocó el cabello de su víctima y se lo llevó al rostro para olerlo. El único sonido que se oía era el llanto de Kerstin y la respiración entrecortada del captor.

Cuando esa misma mano bajó por el cuello y tocó los dos pequeños pechos apenas desarrollados, Nina no aguantó más. Le entregó la *laptop* a su compañero y se apartó.

—¡Maldito hijo de puta!

A Mikael también se le revolvía el estómago, sin embargo, consiguió aguantar más que ella. Lo que siguió a continuación no podía compararse con nada que hubiesen visto antes: el asesino se había asegurado de perpetuar su locura de sadismo en aquellas terribles imágenes.

De repente, la grabación se cortó abruptamente.

—Habrá que analizar el video minuciosamente para ver si encontramos algo.

Se miraron. Nina tenía lágrimas en los ojos y él un enorme nudo en la garganta.

—¿Crees que ese sujeto vestido de negro era Mattias?

—Es imposible saberlo hasta que no sometamos la grabación a una exhaustiva pericia. Por lo pronto, Ralph Bergman tiene mucho que contarnos.

* * *

Greta estaba tan nerviosa que le costaba decidirse entre la blusa color bordó que le había regalado Hanna la última Navidad o la remera de hilo en tonos lilas que su tía Ebba juraba que le sentaba de maravillas. La noche anterior, después de que Niklas le avisara que Josefine Swartz iba a adelantar su viaje a Mora y que llegaba ese mediodía, se había pasado casi toda la noche planeando los detalles de la firma de libros. Era completamente diferente al Club de Lectura y tenía que organizar todo con tiempo. No quería que Josefine Swartz se diera cuenta de que no tenía experiencia en el asunto. Miró por enésima vez la hora. No tardaría en llegar. Finalmente se puso la blusa bordó porque creía que combinaba mejor con la falda que llevaba puesta. Mientras se peinaba el cabello, repasó mentalmente cada uno de los detalles que no se le podían escapar para la firma. Lo primero en la lista era hablar con Hanna para que se encargara de todo lo relacionado con la publicidad; la había ayudado muchísimo durante la inauguración de Némesis, y no conocía a nadie más capacitada que ella para llevar adelante su encargo. Luego, debía comunicarse con la editorial de Josefine para que le enviaran varios ejemplares de su última novela y conseguir un servicio de

catering económico para la pequeña reunión que pensaba ofrecer después del evento. Estaba entusiasmada, aunque también sentía pánico de meter la pata.

Se dejó el cabello suelto y se puso unos aretes que habían pertenecido a su madre.

A la una de la tarde en punto, sonó el timbre. Revisó su aspecto una última vez y, antes de abrir la puerta, encerró a la pobre de *Miss Marple* en la habitación.

—Compórtate, cariño —le pidió haciéndole unos mimos en la cabeza.

La lora empezó a golpear el pico contra los barrotes cuando vio que Greta se iba y cerraba la puerta tras de sí.

Atravesó la sala casi corriendo, pero tuvo que detenerse a mitad de camino tras sentir un fuerte picor en la nariz. Estornudó con fuerza no una, sino tres veces. ¡Lo único que le faltaba! Resfriarse justo en ese momento.

Fue hasta la cocina por un pañuelo de papel y abrió por fin la puerta.

Se quedó de una pieza. Había visto fotos de Josefina Swartz no solo en las solapas de sus novelas, sino también en varios artículos periodísticos, sin embargo, le costó reconocerla debajo de aquel *foulard* de seda amarilla que le envolvía la cabeza y las enormes gafas oscuras que le cubrían casi la mitad del rostro. Completaba su atuendo con un vestido estilo mandil blanco y negro que acentuaba su figura estilizada. Greta ni siquiera se había dado cuenta de que tenía la boca abierta.

—¿Vas a invitarme a pasar, querida?

La voz de soprano de la mujer la hizo reaccionar.

—Por supuesto, Josefina. —Abrió más la puerta—. Bienvenida a Mora.

Entró, se quitó las gafas y miró el pequeño salón de arriba abajo.

—Simpático. —Fue hacia el sillón, pasó la mano rápidamente para asegurarse de que estaba limpio y se sentó.

Greta comprobó entonces que lo que decían las revistas acerca de sus excentricidades era verdad. Niklas también se lo había advertido, sin embargo, poco le importaba. Había conseguido que viajara hasta el pueblo para firmar libros en *Némesis*, y eso compensaba tener que aguantar a una escritora que parecía creerse una diva de Hollywood.

—Me gustaría que me mostraras la librería y me hablaras de lo que tienes en mente para la firma —le dijo.

Greta buscó el bloc de hojas donde había tomado notas la noche anterior y la puso al tanto de sus planes. Cuando terminó, la mujer asintió con un leve movimiento de cabeza como único gesto de aprobación.

—Sé que es usted una mujer muy ocupada, así que pensé que el sábado a la tarde podía ser una buena opción. ¿Qué le parece?

Josefina sonrió. Tenía los dientes blanquísimos.

—No hay prisa, querida. —Esa respuesta sorprendió a Greta.

—Creí que tenía una agenda muy apretada —comentó recordándole sus propias palabras.

Por la expresión en su cara, se dio cuenta de que no le gustaba mucho lo que acababa de decirle.

—Hay veces, gracias a Dios, en las que puedo manejar mi tiempo libre como me plazca. Estoy por empezar mi nueva novela y creo que un lugar pintoresco y campestre como Mora me ayudará a inspirarme.

Greta suspiró aliviada.

—La verdad es que para mí sería magnífico contar con algunos días más, porque tengo muchas cosas que organizar —reconoció—. No sé cuánto tiempo planea quedarse en el pueblo.

—El que sea necesario, querida.

—Bien, entonces tal vez podríamos hacer la firma de libros dentro de unos diez días, ¿está de acuerdo?

Asintió rápidamente con la cabeza.

—¿Dónde se hospeda?

—Niklas reservó para mí una habitación en el Hotel Siljan. Es bastante acogedor y tiene una vista preciosa. Greta, me gustaría que me mostraras la librería.

—¡Greta! ¡Greta! —gritó *Miss Marple* desde la cocina.

Josefine sacó un pañuelo del bolso y se lo llevó a la nariz justo antes de estornudar.

Greta pensó que le había contagiado su resfriado.

—¿Tienes un perico? —preguntó antes de volver a estornudar.

—*Miss Marple* es mi lora de raza Gris Africano.

—Soy alérgica a las aves —le explicó—. Te agradecería mucho que de ahora en adelante mantengas a ese bicho lo más lejos posible de mí.

¿Bicho? ¿Había llamado «bicho» a *Miss Marple*?

—Nunca conocí a nadie que fuera alérgico a las aves —manifestó algo molesta.

—Ahora ya conoces a alguien. —Se puso de pie—. Bajemos a la librería antes de que me dé algo.

Mientras abandonaban el apartamento, *Miss Marple* seguía llamando a Greta.

* * *

Nina y Mikael esperaban que el encuentro con Ralph Bergman aclarase algunas dudas. Decidieron que lo interrogarían entre ambos para meterle más presión.

La sala de interrogatorios era mucho más tétrica que la que tenían en Mora. El hombre en cuestión no era para nada como se lo habían imaginado: debía de tener poco más de cincuenta años, aunque el cabello, todo blanco por las canas, podía ser engañoso. Un grueso bigote le cubría la boca. Llevaba traje y corbata. Sus manos jugueteaban nerviosamente con unos gemelos de oro.

—Soy el teniente Stevic, y ella es mi compañera, la sargento Wallström. Venimos desde Mora para interrogarlo.

El hombre ni siquiera se inmutó cuando le nombró el sitio de donde venían.

—¿Mora? Jamás he estado allí.

—Pero conocías a alguien del pueblo: Mattias Krantz.

Ralph Bergman se encogió de hombros.

—No sé quién es.

—¿Te suena el nombre *Hunter*?

Percibieron su reacción. Mikael tomó la única silla que sobraba, la colocó al lado de Bergman y se sentó. Nina, mientras tanto, caminaba de un lado al otro en el reducido espacio haciendo ruido con los tacones de sus zapatos. Si su objetivo era ponerlo nervioso, lo había conseguido.

Apretó los labios y no dijo nada.

—Te conviene hablar, Ralph. ¿O debería llamarte *Little Sunshine*? Hemos encontrado en tu casa un arsenal de material «inapropiado» suficiente para que te condenen y pases varios años en prisión. Si cooperas con nosotros, tal vez el juez no sea tan duro contigo.

Bergman juntó ambas manos encima de la mesa después de haber estado apretando los gemelos de su camisa durante un buen rato.

—¿Qué quieren saber? —preguntó por fin.

—Sabemos que frecuentabas un sitio llamado Cacería Virtual, que no es más que la tapadera de una red de pedofilia. Allí entraste en contacto con Mattias Krantz o *Hunter*, como lo conocías en las salas de *chat*. Él te envió un video hace una semana, lo hemos encontrado en tu ordenador. En él aparece Kerstin Ulsteen, una niña que fue secuestrada, violada y asesinada en Mora.

Ralph Bergman empalideció de golpe.

—¡Yo no sé nada de la muerte de esa niña! ¡Ni siquiera vi el video! —respondió. Se pasó la mano por el cuello para secarse el sudor.

Mikael y Nina se miraron. Era obvio que mentía. La sargento decidió intervenir.

—Ralph, sabemos de tus gustos. Tu colección de fotos es realmente

impresionante. No me trago que no hayas visto el video. —Se sentó en un extremo de la mesa y se cruzó de brazos—. Si Mattias te envió una copia, fue porque quería compartir contigo lo que había hecho... vanagloriarse por su hazaña.

La mirada de Nina, de penetrantes ojos oscuros, provocó que Bergman se retorciera en la silla.

—*Hunter*... Mattias... él me envió el video para que se lo guardara —balbuceó.

—¿Confiaba en ti? ¿Desde cuándo se conocían?

—No nos conocíamos. Nadie se conoce realmente en esos sitios. Mi relación con él se limitaba a nuestras charlas en el *chat*. Nunca nos vimos en persona.

—Según la fecha, te envió el video solo cinco días antes de su muerte. ¿Qué te dijo?

—Nada en especial, solo me pidió que se lo guardara. Él iba a borrar cualquier rastro en su ordenador. La copia que me envió es la única que existe. ¡Pero les juro que no sabía qué contenía!

Mikael sonrió irónicamente.

—¿Quién va a creerte, Ralph? —Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta—. A los sujetos como tú nadie les cree —afirmó.

Nina miró a Bergman por última vez antes de salir detrás de su compañero. Le tranquilizaba saber que pasaría un buen tiempo en prisión.

En el viaje de regreso, sacaron algunas conclusiones.

—Es evidente que Mattias se aseguró de borrar cualquier rastro del video. Niklas y Bengtsson no encontraron nada en su ordenador —comentó Nina antes de meterse un caramelo de menta en la boca. Había desayunado solo un bollo de canela con el café y, a esas alturas del día, estaba casi famélica.

—Sí —concordó Mikael—. Sin embargo, lo que no me cierra es que le haya enviado una copia a Bergman.

—Ya oíste lo que dijo Niklas sobre el perfil de un pederasta. Les gusta interactuar con otros de su misma condición y alardear de sus actos. Yo me los imagino como una gran cofradía de enfermos y perversos que solo encuentran placer haciendo lo que hacen. Mattias nunca tuvo novia y, me atrevo a decir que, a sus casi veinticinco años, murió siendo virgen. Esos tipos no pueden o no saben tener una relación normal con un adulto. Lo único que los estimula sexualmente son los niños. —Después de abollarlo en la mano, metió el papel del caramelo en un bolsillo—. Me da asco que tengamos que lidiar con sujetos así.

Stevic la escuchaba con atención. Por un segundo, le había parecido que era Kellander quien le hablaba.

—Eso explicaría por qué le mandó el video a Bergman. Lo que encuentro extraño

es que haya borrado cualquier rastro de él en su ordenador y decidiera conservar la grabación de Kerstin en el parque.

Su planteamiento dejó a Nina algo desconcertada. Luego de meditar un instante dijo:

—¿Y si Mattias le envió el video a Bergman porque tenía miedo de que alguien más lo encontrara? Si tenía un cómplice, tal vez ese video era lo único que podía usar en su contra o para protegerse de él.

—Tiene sentido lo que dices. Confiemos en que *Cerebrito* encuentre algo en ese video que nos dé una pista firme para poder dar con él.

—No le digas así —lo recriminó Nina.

—Todos en la comisaría lo llaman *Cerebrito* —se escudó—. Se ha ganado su mote a pulso.

—Su nombre es Peter, y es un muchacho encantador.

—Algo pacato, quizá. Tendrá un coeficiente intelectual más alto que la norma, pero en asuntos de faldas es un bebé de pecho. —Soltó una carcajada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque está loco por la agente Thulin, pero es tan tímido que ella nunca se va a enterar de que le gusta.

—Me temo que le romperá el corazón si lo hace.

La miró de soslayo.

—Si quieres decirme algo, será mejor que lo hagas —la exhortó.

—Ya te lo dije en una ocasión: esa muchacha anda detrás de ti. Te conozco y sé cuánto te cuesta mantener la bragueta cerrada.

El móvil de la sargento sonó y salvó a Mikael de seguir con aquella conversación tan incómoda.

—Hola, Karl. —Sonrió al pronunciar el nombre del inspector. Mientras ella lo ponía al tanto de las novedades, Mikael conducía con el pensamiento muy lejos de allí.

CAPÍTULO 19

Greta no se sentía muy bien. Había pescado un resfrío terrible, y le dolía la cabeza, pero al menos, no tenía fiebre. El día anterior, después de haber pasado buena parte de la tarde con Josefine, finalmente habían acordado que la firma de libros se haría el siguiente sábado. Era más de lo que esperaba. Tendría tiempo suficiente para poder organizar todo, hasta el último detalle, sin prisas. Había hablado también con Hanna y había aceptado gustosa encargarse de todo lo que tuviera que ver con la publicidad. La idea era fotografiar a Josefine en algún escenario natural del pueblo y usar una de esas imágenes en el armado de los folletos y los carteles de promoción. Solo le faltaba ponerse en contacto con la editorial para pedir un buen número de ejemplares de la última novela de la escritora y cerrar el trato con una empresa de *catering* de Orsa.

Cuando había hablado con Hanna, le había dicho que aceptaba su invitación a cenar, y habían acordado salir esa noche. La verdad era que lo único que deseaba era meterse en la cama y dormir hasta la mañana siguiente. Sin embargo, sabía que su amiga pensaría que solo era una excusa para no decirle abiertamente que se arrepentía de su decisión. Y eso no era lo peor: Niklas le había pedido que pasara ella a recogerlo por la comisaría y, de paso, le hiciera de anfitriona a Josefine Swartz, quien, desde que se había enterado que el padre de Greta era inspector de policía, insistía en conocerlo, porque, según ella, buscaba inspiración para su próxima novela. Se dio un baño reparador y tardó más de lo previsto decidiendo qué ponerse. Finalmente, eligió unos pantalones de lino en tono chocolate y una blusa sin mangas verde esmeralda que resaltaba el color de sus cabellos. Usó un maquillaje suave y se peinó con una cola de caballo en lo alto de la cabeza. Prefirió no llevar joyas y se puso un poco de perfume en el cuello. Trató de no exagerar, porque estaba resfriada y no podía oler

nada. En un bolsito de terciopelo metió el móvil y un par de pañuelos. Elegante, pero con la nariz roja y un poco inflamada, bajó a la cocina, se cercioró de que *Miss Marple* tuviera el cuenco lleno de semillas y se marchó, aprovechando que la lora estaba entretenida acicalándose el plumaje.

La cena era a las nueve, pero todavía debía recoger a Josefina. El Hotel Siljan estaba a solo tres calles, y no tardó más de cinco minutos en llegar. Cuando entró al *lobby*, Josefina la estaba esperando. Poco faltó para que Greta se echara a reír. La mujer se había vestido como si estuviese por asistir a una fiesta. Llevaba un vestido oscuro ceñido al cuerpo y, encima de los hombros, una estola de piel que la hacía lucir como si no tuviese cuello.

—Hoy almorcé con Niklas, y hemos estado sacando conclusiones sobre los homicidios de Kerstin Ulsteen y Mattias Krantz —le dijo la mujer apenas se acomodó dentro del Mini Cabrio.

Greta metió la llave en el encendido y la miró. Al parecer, estaba enterada de los trágicos acontecimientos que habían azotado al pueblo. No le costó mucho esfuerzo adivinar qué argumentos había utilizado Niklas para convencer a la escritora de ir a Mora. Como autora de novelas policiales, dos crímenes reales debían de ser, seguramente, una tentación muy grande para ella.

—¿Ha habido algún avance? —preguntó Greta con interés. Por la expresión de petulancia en su rostro, seguramente, sabía cosas que ella no.

—Sí. Han rastreado a uno de los contactos de Mattias en la red de pederastas. Un tal Ralph Bergman de Borlänge. Descubrieron que, poco antes de su muerte, Mattias le había enviado un video por correo electrónico. —Hizo una larga pausa, jugando con la paciencia de Greta, quien se moría por saber más—. Un video donde se ve la violación de esa pobre niña.

Greta se quedó atónita.

—¿De verdad?

Josefina asintió.

—Realmente creo que ha sido un acierto aceptar tu invitación, querida. Jamás pensé que en un pueblucho como este sucedieran hechos tan terribles.

—Hubo dos homicidios unos meses atrás. Conocía a las víctimas y también a la asesina —manifestó, sabiendo que atraería su atención.

—Sí, después de que Niklas me llamó, leí sobre ello en el periódico. Tu nombre aparecía ligado a las dos muertes.

—Ya le expliqué que conocía a las involucradas.

—No dice eso exactamente —replicó—. Mencionan que tuviste que ver con el esclarecimiento de ambos hechos.

—No fue tan así —dijo, quitándose mérito—. Fue la policía la que atrapó a la asesina.

—Tengo entendido que con tu ayuda. —La miró fijo, estudiando cada gesto de la pelirroja—. He conocido a muchas como tú.

—¿A muchas como yo?

—Sí. Eres la típica lectora que cree que, por adivinar quién es el asesino en una novela de misterio, puede resolver un crimen en la vida real. —Cuando vio que Greta estaba a punto de saltar, la detuvo—. No fue mi intención ofenderte. Te lo digo porque yo soy igual. Antes de ser escritora, fui lectora y hacía lo mismo que tú.

Todo lo que pensaba decirle se lo guardó.

—Los enigmas de ficción son maravillosos. Esa incertidumbre que nos acompaña a través de las páginas de una novela de misterio y que provoca que no queramos soltarla hasta no descubrir quién es el asesino, en muchas ocasiones, se ve ensombrecida por la realidad. Si acepté tu invitación, fue precisamente porque Niklas me contó de los dos crímenes. Ese muchacho me conoce demasiado bien, y no sé si eso es beneficioso o perjudicial para mí. —Sonrió relajadamente por primera vez—. Sabe que adoro meter las narices donde no debo.

La frase le resultó demasiado familiar a Greta. Aunque resultara increíble, se sentía identificada con ella.

—Podríamos aprovechar nuestra pequeña «habilidad» para tratar de desentrañar este caso, ¿no te parece?

Greta tuvo la sensación de que la escritora no estaba siendo del todo sincera. No dijo nada, solo le sonrió. Giró en Kyrkogatan y se estacionó frente a la comisaría.

—Presumo que Niklas le avisó a mi padre que usted vendría —manifestó apagando el motor del Mini Cabrio.

—Sí, el inspector Lindberg está al tanto de mi visita.

Se bajaron, y Greta estornudó. Cada vez que lo hacía, un dolor punzante parecía que amenazaba con partirle la cabeza en dos. Rogaba que la bendita cena terminase cuanto antes.

La entrada de Josefine Swartz al *hall* de la comisaría causó cierto revuelo. Sin dudas, cuando algunos agentes se acercaron, le pidieron un autógrafo y la felicitaron por su última novela, la mujer se sintió a sus anchas, acaparando la atención de todos. Tanto así, que Greta pasó desapercibida. Fue hasta el mostrador y saludó a Ingrid, quien parecía inmune al imán de la autora de misterio más reconocida de los últimos años.

—¿No vas a pedirle un autógrafo?

Ingrid miró la escena que se desarrollaba en el centro del *hall*, donde varios

agentes continuaban arremolinándose alrededor de la recién llegada.

—No he leído ninguno de sus libros.

Greta conocía la afición de Ingrid por las novelas románticas; más de una vez le había reprochado que no las vendiera en su librería.

—Yo prefiero otro tipo de lectura. —Se inclinó, sacó un grueso volumen de debajo del mostrador y se lo enseñó—. Mis libros siempre tienen un final feliz en donde la chica termina con el chico, como debe ser —alegó.

La pelirroja sonrió. Tenía razón: no había finales felices en las novelas de misterio, y siempre moría alguien, aun así, no las cambiaba por nada del mundo.

Se incorporó de inmediato cuando divisó a Mikael saliendo de su oficina, seguramente, sorprendido por el bullicio que se había desatado con la llegada de Josefina.

Apretó el bolso con ambas manos cuando se dio cuenta de que caminaba hacia ella. Pasó por al lado de la ilustre visita, apenas le echó un vistazo. Su atención estaba en otro lado; en otra persona.

—Greta, ¿cómo estás?

Ella se llevó la mano a la nariz.

—Con un resfriado de muerte, pero bien.

Él frunció el entrecejo.

—Deberías haberte quedado en casa —le advirtió—. Cualquiera podía encargarse de traer a la señora Swartz a la comisaría.

—Señorita —lo corrigió, bajando el tono de la voz.

La miró, algo confundido. Greta se puso en puntas de pie.

—Es señorita —le susurró, cerca del oído.

Después de que ella se apartara, aprovechó para contemplar su aspecto. Estaba demasiado arreglada para una simple visita a la comisaría. No quería imaginarse el motivo de tanto esmero; temía que no le gustara lo que descubriese.

—Josefina me comentó que ha habido grandes avances en la investigación, que encontraron un video con la violación de Kerstin —dijo de repente. Cuando se quedó sin saber qué decir, preguntarle sobre el caso logró apaciguar, al menos por un rato, esa tensión que se le acumulaba en el estómago cada vez que lo tenía cerca.

—Sí. Supongo que ella se habrá enterado por Kellander —respondió algo molesto—. No es prudente comentar los detalles del caso con personas ajenas a la investigación. Eso no te incluye a ti, por supuesto —agregó, clavándole la mirada.

Greta sintió el calor subirle por las mejillas. Prefirió creer que se debía al resfriado.

—El video dura exactamente catorce minutos y luego se corta abruptamente. —

Dudó si debía mencionarle los escabrosos detalles o no, pero, como la tal Josefina ya estaba al tanto, creyó que era justo que también los conociera. Greta tenía tanto interés como ella en los pormenores del caso—. Aparece Kerstin atada en una cama, desnuda. Lo único que lleva puesto son sus calcetines amarillos. Alguien se le acerca, completamente vestido de negro. Nunca se le ve el rostro ya que el lugar está poco iluminado y le da la espalda a la cámara.

—¿Se ve el lugar al menos? ¿Es la cabaña de Mattias?

—Un experto ha peritado el video. Basándose en las medidas de las paredes y en la posición en la que se halla la cama, afirmó que es imposible que se haya filmado allí.

—Entonces la cabaña solo fue un lugar de paso, porque Kerstin sí estuvo allí —alegó Greta.

Mikael asintió, pero no pudieron seguir hablando del caso. Las sospechas que había preferido ignorar un rato antes se confirmaron cuando Niklas Kellander entró en escena.

Se puso al lado de Greta y le dio un beso en la mejilla.

—¿Hace mucho que llegaste?

—No, hace unos minutos.

—¿Nos iremos en tu auto o en el mío?

Se hizo un incómodo silencio entre los tres.

—Prefiero usar mi coche. —Se apartó de ambos de inmediato—. ¿Mi padre está en su oficina?

—Creo que sí. —Fue Mikael quien le respondió.

—Bien, será mejor que le presente a Josefina. Es tarde, seguramente esté cansado y quiera irse a su casa —dijo, conociendo los hábitos de su padre. Se alejó dejando a los dos policías solos y condujo a la escritora hasta el despacho de Karl. Nina se encontraba con él.

Apenas pusieron un pie dentro. El inspector Lindberg, que se caracterizaba por su mesura, prácticamente, se deshizo en elogios hacia Josefina Swartz. Greta se sorprendió cuando sacó un ejemplar de *Misterio en la montaña* del cajón del escritorio y le pidió que se lo firmara. Quien también estaba sorprendida era Nina, que, desde que la excéntrica mujer había puesto un pie dentro del despacho, había quedado relegada a un segundo plano.

Rápidamente y, como lo había hecho segundos antes con los demás, Josefina se ganó también la atención del inspector Lindberg. Greta se acercó a Nina.

—No conocía esta faceta de mi padre —le dijo—. Parece un niño con juguete nuevo.

—Yo tampoco —concordó la sargento incapaz de ocultar sus celos. Bastaba ver a la tal Josefina para darse cuenta de que era una mujer de armas tomar. Se había parado al lado de Karl, demasiado cerca para su gusto, y, mientras le firmaba el libro, le sonreía descaradamente. La miró de arriba abajo: debía de tener por lo menos cincuenta años y varias cirugías estéticas encima. Y lo peor de todo no era que hubiese acaparado a Karl, sino que él estuviera embobado con ella.

Se miraron con Greta y, sin mediar palabra, salieron al pasillo.

—¡Vaya mujercita! —farfulló Nina.

—Niklas me había advertido que era algo especial, pero creo que se quedó corto. —A Greta tampoco le agradaba la escena que acababa de presenciar.

—Karl está fascinado con ella y no es para menos. ¿Has visto el vestido que lleva? Me pregunto cómo demonios hizo para ponérselo.

Estaba celosa, y comprendía esa reacción. Si ella, como hija, sentía celos de la mujer que había encandilado a su padre, podía imaginarse por lo que estaba pasando Nina. Se solidarizó con ella.

—Papá jamás se tomaría a una mujer así en serio —le dijo para tranquilizarla.

La sargento agradeció el comentario.

—Nina, mi padre me ha contado lo de ustedes. —Respiró hondamente. No pensaba tener esa conversación con ella esa noche, pero parecía ser la ocasión más oportuna.

—Greta...

—Déjame hablar a mí.

Ella asintió.

—Quiero que sepas que me costó mucho hacerme a la idea de que rehiciera su vida al lado de otra mujer. —Se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Creo que lo sabes mejor que nadie y te pido perdón si alguna vez fui antipática contigo. En el fondo, tenía miedo de que me robaras el cariño de mi padre. Reconozco que soy una tonta, pero después de haber perdido a mi madre, no concebía la idea de que alguien más ocupara su sitio. Él se merece ser feliz y, si esa felicidad está a tu lado, yo no voy a ser un obstáculo entre ustedes. —Volvió a respirar hondamente, ahora se sentía más aliviada.

Nina pareció experimentar el mismo alivio.

—Greta... —Le puso la mano en el hombro—. Es muy importante para mí contar con tu beneplácito. Quiero a tu padre y respeto tu relación con él. Jamás interferiría yo tampoco entre ustedes, mucho menos, pretendo ocupar un lugar que no me corresponde. Lo único que anhelo es convertirme en tu amiga.

Greta asintió con la cabeza.

—Iremos con calma, ¿te parece?

—Es lo mismo que me pidió tu padre —manifestó. Se daba cuenta, una vez más, de cuánto se parecían. Vio que Niklas se acercaba.

—Podemos irnos cuando quieras, Greta.

—¿Y Josefine?

—Supongo que no le costará conseguir que alguien la lleve de regreso al hotel —respondió, temiendo que a Greta se le ocurriera invitarla para que los acompañase.

—No me he despedido de ella —dijo yendo con la intención de regresar al despacho de su padre.

—Déjala, ni cuenta se dará.

—Bien, entonces mejor nos vamos. Hanna y Evert deben de estar esperándonos. —Le sonrió a la sargento y dejó que Niklas la condujera hacia la salida. No vio a Mikael por ningún lado. Ni siquiera había notado cuándo se había ido.

* * *

En la azotea, el teniente rumiaba su rabia. Había subido hasta allí porque de repente había sentido la necesidad de respirar aire puro. El ambiente dentro de la comisaría lo estaba sofocando. Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y contempló el horizonte. Nunca había fumado, pero no le habría hecho asco a una buena calada. No soportaba ver a Greta en compañía de otro hombre. Respiró hondamente hasta llenarse los pulmones de aire. No era celoso, ni su esposa, ni sus amantes jamás le habían reprochado que lo fuera. Ahora, en cambio, se sentía consumido por los celos de una manera casi irracional.

Le hervía la sangre tan solo de imaginarse a Greta cerca del tal Kellander.

Llevaba las de perder, lo sabía. Era Niklas el yerno que soñaba Karl para su hija, y jamás permitiría que él le pusiera un dedo encima.

Se peinó el cabello hacia atrás. No se acostumbraba a llevarlo corto aún.

Escuchó la puerta abrirse. Se giró sobre los talones y vio a Miriam acercándose.

—Pensé que te habías ido —le dijo, volteándose nuevamente para contemplar el paisaje.

Ella se puso a su lado.

—No, quería hablar contigo antes de irme. —Era la primera vez que lo tuteaba—. La policía de Uppsala acaba de enviarme el informe que le pedí sobre Martin Ulsteen.

La miró.

—Te escucho.

—Después de que salió de la cárcel, en el 96, desapareció de los sitios que solía frecuentar. Al parecer, un pez gordo en el negocio de las drogas de nombre Robert Endre se la tenía jurada. Había corrido el rumor de que Martin era un soplón y de que le había pasado información a la policía. Incluso fue atacado en prisión; se cree que por uno de los secuaces de Endre. Cuando salió, no le quedó otra que ocultarse para salvar el pellejo. Hace un par de años, Endre murió en un enfrentamiento con la policía. Su organización fue desbaratada y, al ver que su vida ya no corría peligro, Ulsteen decidió salir de su agujero y venirse a vivir a un lugar tranquilo como Mora.

—¿Eso es todo?

—Sí. Aparentemente, se ha mantenido limpio desde entonces.

—¿Has podido verificar su coartada la noche del crimen de Mattias?

—La triangulación satelital indicó que su teléfono se encendió cerca de la hora que creemos que Mattias fue asesinado, en el área donde se encuentra la casa de los Ulsteen. Es imposible que hubiese estado en dos lugares tan alejados al mismo tiempo.

—¿Y qué demonios hacía ese hombre hablando por teléfono a las cinco de la mañana?

—Al parecer, era cliente asiduo de una línea erótica. Ya sabes...

No hacía falta que le explicara más. Así que el sombrío Martin Ulsteen se divertía con otras cosas además de las novelas policiales. Frunció el ceño. Otro callejón que no los llevaba a ningún lado.

La muchacha lo miró. Era evidente que estaba molesto y no era solamente por lo que acababa de decirle. Había algo más. Se acercó un poco más a él.

—¿Estás bien? —Le tocó el brazo.

Stevic la miró. Apenas podía distinguir las facciones de su rostro, aunque sí notó los labios entreabiertos. De pronto, la mano de Miriam subió por su antebrazo y llegó hasta el pecho.

—Miriam...

Ella se detuvo. Le había costado mucho decidirse a dar aquel primer paso y no quería asustarlo.

—Perdón —balbuceó. Quiso retirar la mano, pero Mikael la sujetó de la muñeca. Lo miró directamente a los ojos. No supo si era deseo o furia lo que vio en ellos. Pero, cuando la atrajo hacia él, dejó cualquier escrúpulo de lado y comenzó a frotarse suavemente contra su cuerpo. Aquel gesto logró enardecerlo más. La tomó firmemente del cuello y la besó.

Fue un beso arrebatador que la dejó sin aliento. Presa de la excitación, una de sus

manos llegó hasta la cremallera de los pantalones del teniente.

Entonces, Mikael abrió los ojos y vio que la mujer que tenía en sus brazos no era quien imaginaba. Asió a Miriam de los hombros y la apartó.

—Lo siento...

La joven se llevó una mano al pecho, como si así pudiera calmar los latidos de su corazón desenfrenado.

—¿Por qué? —preguntó cuando logró recuperar el aliento.

—Porque sería un error.

—No para mí.

—No sabes lo que dices. —Se volteó hacia la cornisa, dándole la espalda.

Miriam se quedó detrás, contemplándolo en silencio durante unos cuantos minutos. Se dio cuenta de que él necesitaba estar solo, por eso, se marchó con la cabeza gacha. Todavía le temblaba el cuerpo.

Mikael miró por encima del hombro cuando oyó cerrarse la puerta que daba a la azotea. Maldijo por la estupidez que acababa de cometer y pateó una lata de cerveza vacía, estrellándola contra la pared.

CAPÍTULO 20

Cuando arribaron al China House, el restaurante elegido por Hanna, una camarera los condujo hasta una mesa ubicada en una esquina. No había señales todavía ni de su amiga ni de Evert.

—Parece que llegamos temprano —dijo Niklas corriendo la silla para que Greta se sentara.

Miró el reloj; habían llegado a la hora pactada. Eran Hanna y Evert los que estaban retrasados. Greta empezó a jugar con el servilletero mientras Niklas apagaba el teléfono móvil para que nadie los molestara.

El China House era encantador y bastante espacioso. En las paredes, pintadas en tonos ocre y negro, se exponían pinturas orientales. Varias plantas ornamentales colgaban del techo, dándole un toque exótico al lugar. Lo que llamó la atención de Greta fue el estampado de las sillas decoradas con mapas de diversos puntos del globo. Las mesas, según su opinión, estaban demasiado cerca una de la otra, pero, como era temprano, el restaurante no estaba tan lleno.

La misma camarera de antes les trajo el menú.

Niklas notó que Greta miraba constantemente hacia la puerta.

—¿Tu amiga es de llegar tarde a sus citas?

—Sí, es su peor defecto —dijo con una sonrisa. Por un segundo, un terrible pensamiento cruzó por su cabeza. ¿Acaso Hanna se habría atrevido a tenderle una trampa y nunca se presentaría? Tal vez la tardanza tuviera otro motivo. Esperaba que no fuese la primera opción, jamás se lo perdonaría. Ya tenía suficiente con aguantar las encerronas de su padre.

Niklas leyó la carta con interés, concentrándose en el menú para cuatro personas. De tanto en tanto, espiaba a Greta. De pronto, ella sonrió y le hizo señas a una pareja

que acababa de ingresar.

—Disculpen el retraso. —Evert apartó una silla para Hanna—. Recibí una llamada de mi jefe justo antes de salir. A veces no entiende que estoy de vacaciones.

Las dos amigas se saludaron. Luego, Hanna le sonrió a Niklas.

—Un placer conocerte por fin —le dijo mirándolo disimuladamente cuando él se puso de pie, como todo un caballero—. Soy Hanna, y él es Evert.

El fotógrafo estrechó la mano de Niklas y, acto seguido, apartó una silla para su acompañante. Las dos parejas quedaron ubicadas frente a frente.

—¿Les gusta el sitio? Es la primera vez que Greta y yo venimos. Me lo recomendaron mucho, y la comida es excelente —comentó Hanna apartando el servilletero a un lado.

—Es pintoresco. —Niklas miró a la rubia, luego a Greta—. ¿Cómo es que no habían venido antes?

—Abrió hace poco —respondió Greta.

—Y si a eso le sumamos que mi amiga ha tenido poca vida social últimamente...

La pelirroja la fulminó con la mirada.

—Será mejor que ordenemos —terció Evert, quien ahora leía el menú.

De entrada, ordenaron sopa de vegetales y de plato principal, pato con salsa *szechuen*. Mientras esperaban que les sirvieran, Hanna y Greta aprovecharon para ir al tocador.

No bien entraron, Hanna ponderó las cualidades del acompañante de Greta.

—¡Cielos, es más apuesto de lo que imaginaba! —exclamó al tiempo que se ponía un poco más de *rouge* en los labios. Vio que su amiga estaba distraída y dudaba de que hubiese escuchado lo que acababa de decir.

Greta sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz.

—¿Estás bien? —Hanna le puso la mano en la frente.

—Es solo un resfriado.

Se cruzó de brazos y estudió la expresión de su rostro.

—Hay algo que no me dices. Te conozco, Greta. ¿Qué es?

Respiró hondamente. Ni siquiera ella sabía qué demonios le pasaba.

—¿Es Niklas? A mí me parece encantador...

—Lo es. Disfruto de su compañía, charlamos de libros y, además, me cuenta detalles de la investigación. El pobre ni sospecha que mi padre pondría el grito en el cielo si lo supiera.

—¿Entonces?

Greta se encogió de hombros.

—Tal vez no debí aceptar tu invitación en primer lugar —dijo, sabiendo que

enojaría a su amiga—. Hace un rato, en la comisaría, Mikael me dijo que, con este resfriado, debí haberme quedado en casa.

—Nada de eso. ¿Qué sabe él? Te hacía falta salir un poco y divertirte. No todo es libros y misterios que resolver en la vida. —Hizo una pausa—. Creo que su única intención era evitar que salieras con otro.

El rostro de Greta se iluminó.

—No te sorprendas, es evidente que está muerto de celos. No le debe de gustar nada que Niklas esté cerca de ti.

—Niklas cree que no le cae bien a Mikael, pero no mencionó que fuera por mi causa, sino por algo relacionado con los homicidios. Hasta su intervención, la policía estaba convencida de que Mattias era el culpable de la muerte de Kerstin y que alguien, por venganza, lo había asesinado a él —le explicó.

—¿Y Niklas piensa diferente? —preguntó Hanna. No le agradaba mucho hablar de crímenes, mucho menos en medio de una cita, pero sintió una gran curiosidad por saber más.

—Sí. Él deslizó la posibilidad de que Mattias tuviese un cómplice. Ahora apareció un video donde se ve la violación de Kerstin...

—¡Dios mío! ¿Un video?

Greta asintió.

—No sé mucho al respecto, solo lo que me contó Josefine: que Mattias se lo había enviado a alguien que conoció en un *chat* de pedófilos. Cada vez me convenzo más de que Mattias no actuó solo: alguien que todavía no sabemos quién es está oculto en algún lado pensando que se ha salido con la suya.

—¡Basta, no hablemos más del tema! Me da escalofríos...

Greta había olvidado lo aprehensiva que era su amiga para ciertos asuntos. La observó mientras se perfumaba el escote. Le extrañaba que no le hubiese mencionado todavía nada de la propuesta de Evert. ¿Acaso él no la había puesto al tanto? Sentía que tenía que decírselo. Si se enteraba por otro lado, podía desatarse una hecatombe.

—Hanna, Evert vino el otro día a conocer la librería. Tomó algunas fotos porque quiere dedicarle a Némesis un artículo en el suplemento de cultura donde trabaja. No te dije nada porque pensé que te enojarías. —Se lo soltó todo de un sopetón.

Guardó el *rouge* y el frasco de perfume dentro del bolso. Alzó la cabeza y la miró.

—¿Enojarme? ¿Por qué debería enojarme?

Ahora venía la parte más difícil.

—Ese día, Evert me invitó a salir.

Su amiga se quedó boquiabierta.

—Por supuesto, le dije que no podía y le sugerí que te invitara a ti —le aclaró.

—Vaya... pensé que era inmune a tu poder hipnótico —dijo en son de broma.

Greta sintió alivio. No parecía estar enojada.

—Jamás le di pie para que intentara un avance conmigo. Te lo juro.

Hanna sonrió.

—No tienes que jurármelo, amiga. —Se peinó el cabello con los dedos—. Creo que mi poder de seducción ya no es el de antes. Anoche salimos a dar un paseo y lo invité a subir a mi apartamento. Mis intenciones eran obvias, pero parece que lo asusté. ¿Será que de verdad le atraen más las pelirrojas?

—Eres una mujer hermosa, con una personalidad arrolladora, si Evert no puede ver eso, es un imbécil —le dijo Greta para levantarle el ánimo.

Hanna soltó un suspiro.

—Me gusta de verdad, Greta. Hacía mucho tiempo que no me sentía así con un hombre.

—No pierdas las esperanzas entonces. Anoche te dijo que no, hoy puede cambiar de opinión. —Asió a su amiga de los hombros y tuvo que soltarla enseguida para volver a sonarse la nariz.

—Perdona por haberte hecho salir en este estado.

—Ya te dije, es solo un resfriado. Nada que un buen descongestivo no cure.

—Mañana te sentirás como nueva —le auguró.

Cuando se dieron cuenta del tiempo que habían estado allí adentro, volvieron junto a sus acompañantes. Los encontraron charlando animadamente de fútbol. Niklas hablaba maravillas del Hammarby IF mientras que Evert hacía lo mismo con su equipo, el Djurgårdens.

Ambas carraspearon, dándoles a entender que les aburría hablar de deportes. Así que, mientras disfrutaban de la cena, el tema de conversación giró en torno a la firma de libros que estaba organizando Greta con la ayuda de Hanna.

Niklas tomó la botella de vino con la intención de servirle un poco a Greta.

Ella puso la mano encima de la copa.

—No, gracias. Tomaré agua.

—Como gustes. Dime, ¿cómo van las cosas con Josefina?

Se dio cuenta de que debía ser prudente al responder. Jamás le diría que la escritora no le caía bien, que se comportaba como una fresca con su padre y que había tratado de «bicho» a *Miss Marple*. Después de la charla que había tenido hacía un par de horas con ella, era evidente que él compartía mucha información con ella.

—¿Cuándo es la firma? —preguntó Evert con interés.

—El sábado de la semana que viene —le informó Greta.

—Espero seguir en Mora para entonces.

Hanna dejó la copa de vino vacía sobre la mesa.

—¿Te vas?

—Mis vacaciones se extendían hasta finales de mes, pero mi jefe me pidió anoche que regrese unos días antes.

Greta se dio cuenta de que la noticia había entristecido a la rubia.

—Me gustaría... nos gustaría contar con tu presencia en la firma —dijo hablando más por Hanna que por ella.

—Por supuesto que me quedaré, mi jefe puede prescindir de mí un par de días más. Además, Mora me ha encandilado con su belleza...

Miró a Hanna por encima de la copa de vino y le sonrió seductoramente.

Las amigas se miraron fugazmente. El influjo que, según Hanna, Greta había ejercido sobre Evert parecía haberse esfumado por fin.

Luego, la conversación siguió otros derroteros e inevitablemente terminaron hablando de los dos crímenes que habían sacudido al pueblo las últimas semanas.

—Debemos ser cautelosos con ciertos detalles de la investigación —comentó Niklas con seriedad—. Si se filtran a la prensa, se puede arruinar todo nuestro trabajo. —De repente recordó que Evert trabajaba precisamente en un periódico—. Perdón, no quise ofender a nadie.

—No importa. No soy periodista, sino fotógrafo —lo corrigió—. Además, no cubro policiales, sino hechos más agradables.

Las amigas percibieron que se había creado cierta tensión entre ambos.

—Tarde o temprano, terminan por enterarse de todo —intervino Greta—. Tengo entendido que el homicidio de Mattias saltó a los periódicos antes de tiempo. Papá me comentó que no pensaban divulgar que había sido asesinado hasta no tener una pista firme en el caso.

La camarera les llevó el postre. Hanna había ordenado helado y Greta prefirió tomar café. Los hombres, se decantaron por un *cocktail* de frutas con crema.

—No es prudente causar revuelo en el pueblo, mucho menos con la cantidad de turistas que han llegado. —Niklas degustó un poco del postre antes de seguir hablando—. Estamos cerca de atrapar a quien lo hizo y cualquier infidencia puede echar todo por la borda.

Greta se dio cuenta de que lo que había dicho, acerca de que estaban por atrapar al asesino, no era cierto. Supuso que solo era una manera de salvaguardar la investigación.

Nadie cuestionó entonces que pidiera cambiar de tema. Después de la cena, Hanna y Evert les preguntaron si querían ir al cine con ellos, pero Greta usó de excusa su resfriado para rechazar la invitación.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Niklas mientras regresaban en el Mini Cabrio.

—En vez de nariz, parece que tengo un tomate en la cara y siento que la cabeza va a explotarme de un momento a otro. Igual, la pasamos bien, ¿verdad?

—Sí, tu amiga es muy simpática, Evert, en cambio, estaba más serio. Parece que no le gustó demasiado lo que comenté sobre la prensa —le dijo, sonriendo.

—No creo que se ofendiera realmente, él es fotógrafo. —Le contó del ofrecimiento que le hizo y de lo contenta que estaba de poder dar a conocer la librería a nivel nacional.

—Estupendo, tal vez estaría bueno que el artículo se publicara después de la firma de libros. Ya sabes, Josefine es el nuevo furor en novelas policiales y haberla tenido en Némesis seguramente sumará puntos a tu favor.

Dobló en Millåkersgatan. Había una camioneta ocupando su puesto, así que tuvo que estacionar al otro lado de la calle, frente al hostal.

—Hemos llegado. —Apagó el motor y se sobó las manos. Se hizo un silencio bastante incómodo entre ellos—. Tu auto se quedó en la comisaría. Tendrás que conseguir quien te lleve mañana.

—Sí, no te preocupes. Ya me las apañaré.

Greta se mordió el labio. No le costaba nada ofrecerse a alcanzarlo hasta la comisaría.

—Si quieres, te llevo yo. De todos modos me levanto a correr temprano...

—Me va a encantar que me lleves, pero olvídate de hacer ejercicio con ese resfriado que tienes —le advirtió.

Hacía mucho que un hombre no se preocupaba por ella. Primero, había sido Mikael; ahora, él. Debía sentirse afortunada, sin embargo, lo único que había en su cabeza era una enorme confusión.

Tomó el bolso y se dispuso a bajarse.

—Espera. —Niklas la asió de la muñeca.

Lo miró a los ojos. Adivinó de inmediato cuál era su intención.

—Niklas...

Él le acarició la palma de la mano con suavidad y le sonrió. No le dijo ni una palabra. No hacía falta, aquel gesto, casi íntimo, hablaba por él.

—Debo irme. —Se soltó e inmediatamente descendió del Mini Cabrio. Niklas la imitó. Se miraron por encima del capó—. ¿Te parece bien que pase por ti a las ocho?

—A las ocho está bien —respondió él sin moverse de su sitio. En el rostro se le notaba el desconcierto. No esperaba que ella reaccionara de esa manera. ¿La habría asustado?

—Hasta mañana. —Greta ni siquiera esperó a que él le devolviera el saludo. Atravesó la acera a paso firme sin voltearse ni una sola vez. Sacó la llave del interior del bolso y, cuando alzó la cabeza, vio, a través del cristal del escaparate, que Niklas se alejaba en dirección al hostel.

* * *

Pernilla se anudó el lazo de la bata rápidamente y se calzó las pantuflas. Había alguien llamando a la puerta y todavía no eran las nueve de la mañana. Observó a Oscar, que dormía plácidamente al otro lado de la cama con un par de ojeras puestas. ¿Cómo era posible que no hubiese escuchado nada? Envidiaba su sueño pesado. Salió de la habitación y bajó las escaleras con cuidado. Mientras lo hacía, los golpes le martillaban los oídos. Se dio cuenta de que provenían de la puerta de la cocina, que daba al patio lateral.

Se sorprendió al ver a Agnetta detrás del mosquitero.

—Mujer, ¿qué haces aquí tan temprano?

La esposa del pescadero hizo un gran esfuerzo para respirar. Estaba exhausta, como si hubiese venido corriendo desde su casa.

—¡Ay, si supieras...!

Pernilla la instó a que tomara asiento. Si se había aparecido así de repente y en aquel estado, lo que tendría para contarle debía de ser bastante jugoso. Fue hasta la estufa y puso a calentar el agua para el café.

—¿Qué ha sucedido?

—Mi *Fritzie*... mi pobre *Fritzie*...

¿Había ido hasta allí para hablarle de las peripecias del gato? Cuando notó su angustia, supo que algo andaba realmente mal.

—¿Ha aparecido por fin?

Agnetta sacudió la cabeza. Entre sus manos, apretaba un pañuelo.

—No, y ahora sé que ya no regresará. —De repente, se echó a llorar.

Pernilla sacó la tetera del fuego y se acercó a su amiga. Se le sentó al lado y sostuvo su mano entre las de ella.

—¿Ha muerto?

—¡Lo han asesinado! —gritó entre hipidos.

—Cálmate, Agnetta, y cuéntame qué pasó.

—Hace un rato estaba en el jardín abonando la tierra para plantar unos bulbos de

gladiolo que compró Kurt ayer en el invernadero de los Bjurman... —Se detuvo para secarse el llanto.

Pernilla odiaba cuando la gente perdía el tiempo contando nimiedades en vez de ir al grano.

—Olga Berthage vino a verme. Te acuerdas de ella, ¿verdad? Es la vecina de la prima de Kurt.

No la recordaba, pero le dijo que sí para que continuara con el relato.

—Su esposo es sereno en una granja en las afueras del pueblo y, para cortar camino, pasa por la calle que está a la vuelta de casa.

Pernilla no entendía qué tenía que ver todo aquello con el gato extraviado.

—Olga sabía que yo estaba buscando a mi *Fritzie*, también sabía que el perro de Vetle Mørk siempre lo estaba acechando.

El perro, el gato... seguía sin entender a dónde llevaba aquella conversación.

—¿Y entonces?

—Me dijo que, hace unos días, Morten vio a Vetle Mørk con una pala y una bolsa en una actitud bastante sospechosa.

—¿Morten? —preguntó Pernilla que ya había perdido el hilo de la conversación.

—El esposo de Olga —le explicó.

—¿Dónde lo vio?

—En el patio de su casa. Dice que puso la pala y la bolsa en el baúl del coche y que luego salió rumbo al bosque.

La otra frunció el ceño.

—¿Al bosque? ¿Te dijo cuándo sucedió eso?

—Fue el jueves, y *Fritzie* desapareció el miércoles. ¿Te das cuenta? Por eso no aparece. ¡Seguro su horrible perro lo mató y para que no lo supiera enterró al pobre de *Fritzie* en el bosque! —Le temblaban las manos.

Pernilla permaneció absorta durante varios segundos.

¿Vetle Mørk cargando una pala y una bolsa en su auto, nada más y nada menos, que la misma noche que había hallado el cuerpo de Kerstin?

Aquella extraña coincidencia no paraba de darle vueltas en la cabeza.

¿Y si no era al gato de su amiga a quien pretendía enterrar en el bosque?

—Agnetta, debemos hablar ya mismo con la policía. —Se puso de pie y raudamente se dirigió hacia la puerta que daba al pasillo.

—¿A la policía? ¿Crees que harán algo? Yo quiero denunciar a Mørk, aunque no creo que se preocupen por un gato...

Pernilla se volteó y la fulminó con la mirada. ¿Era posible que no se diera cuenta de lo que sucedía?

—¡Agnetta! No es por el gato... creo que Vetle Mørk enterró otra cosa en el bosque.

La aprehensiva mujer abrió la boca en forma de «o» cuando comprendió el significado de sus palabras.

—¡Cielo Santo! ¿Piensas... piensas que él tuvo que ver con la muerte de Kerstin?

—Yo no pienso nada, dejemos que la policía se ocupe. Voy a subir a vestirme; cuando regrese, iremos a hablar con mi vecino. El inspector Lindberg sabrá qué hacer.

* * *

Niklas observó el apartamento de Greta desde la habitación del hostel. Las luces estaban encendidas y las cortinas de la ventana, corridas. Dejó escapar un suspiro. No podía dejar de pensar en la noche anterior. Había estado a punto de decirle que le gustaba, sin embargo, ella había salido casi huyendo.

Un hombre joven doblaba la esquina en ese momento. Era el primo de Greta, quien seguramente llegaba para abrir la librería. Lo primero que había tenido ganas de hacer esa mañana al despertar había sido tomar el teléfono y llamarla, pero se arrepintió a último momento. Faltaban diez minutos para las ocho, así que regresó al cuarto de baño y terminó de arreglarse. Greta no tardaría en venir por él.

Mientras tanto, a unos pocos metros de allí, Greta tenía otros planes.

CAPÍTULO 21

Pernilla y Agnetta no encontraron al inspector Lindberg en su casa, así que no tuvieron más remedio que acercarse a la comisaría para hablar con él. Ingrid las recibió con una sonrisa. Se conocían, ya que las tres pertenecían a la Asociación de Damas de Mora: un pequeño grupo de mujeres que se dedicaba a ayudar a la comunidad. La urgencia con la que le pidieron ver a su jefe la inquietó. Nadie en el pueblo sabía lo que pasaba más que Pernilla Apelgren.

—Dile que es muy importante, que tiene que ver con la muerte de la pobre Kerstin —explicó Pernilla para ser recibidas lo antes posible.

Ingrid se quedó de una pieza. Tomó el intercomunicador y le anunció al inspector que las dos mujeres querían verlo de inmediato. Luego, las condujo hasta su despacho.

—Pernilla, señora Bramsen. —Rodeó el escritorio y les tendió la mano—. Me ha dicho Ingrid que tenían información sobre el homicidio de Kerstin Ulsteen.

Ambas mujeres asintieron.

—Siéntense, por favor.

Karl se ubicó en su sitio y las observó. Sabía muy bien que el pasatiempo favorito de su vecina era meterse en la vida de los demás, suponía que la mujer del pescadero compartía la misma afición. Le intrigaba conocer qué podrían saber ellas del crimen. Podía ser cualquier cosa que hubiesen oído por ahí, sin embargo, tenía el deber de escucharlas.

—¿Qué es eso tan importante que tenían que decirme? —Notó que a Agnetta Bramsen le temblaban las manos.

—Creo que sabemos quién mató a Kerstin Ulsteen. —Pernilla se acomodó las gafas. Parecía muy segura de lo que acababa de decir.

Karl alzó las cejas.

—El asesino de Kerstin está muerto —les recordó.

—Mucho me temo que el pobre de Mattias no tuvo que ver con su muerte.

El inspector se inclinó hacia delante y las observó. Era evidente que la más afectada era la señora Bramsen, quien prácticamente no había abierto la boca desde que había entrado al despacho. ¿Qué podrían saber aquellas mujeres sobre el crimen?

Pernilla Apelgren, entonces, le relató con lujo de detalles lo que esa misma mañana le había contado su amiga.

—¿Vetle Mørk? ¿Están seguras de que Morten Berthage lo vio la noche en que fue hallado el cadáver de Kerstin? ¿No pudo haber sido otro día?

Agnetta por fin abrió la boca.

—Fue el jueves. Olga lo recuerda bien porque, esa noche, su esposo salió un poco más tarde de lo habitual después de ver el partido amistoso de Suecia contra Alemania en la televisión.

Karl no podía desechar el testimonio de las mujeres. Conocía a Vetle Mørk desde hacía más de treinta años, y era un hombre que nunca se metía con nadie. Solo había tenido la mala suerte de salir a cazar con su perro y de toparse con el cuerpo de Kerstin en el bosque. Recordó el momento en que habían recibido su llamada anunciándoles del terrible hallazgo. Luego, durante la declaración, había parecido estar realmente afectado. Nunca lo consideraron sospechoso.

—Era obvio lo que estaba haciendo con esa pala y esa bolsa —manifestó Pernilla, que aún seguía consternada con todo aquello. ¡Si hasta había hablado con Vetle sobre la noche en la que había encontrado a Kerstin! ¿Podía la gente mentir tan bien? Ahora sabía que sí—. ¿Va a interrogarlo, verdad?

—Por supuesto —les aseguró—. Ahora pueden regresar a sus casas tranquilas.

Ambas se pusieron de pie, Karl las acompañó hasta el pasillo.

—Espero que pague por lo que hizo. Mi *Fritzie* aún no aparece, y estoy convencida de que tuvo el mismo final que esa pobre niña —manifestó Agneta toda acongojada.

—*Fritzie* es su gato —le explicó Pernilla al inspector.

Josefine Swartz entró en ese momento a la comisaría y lo saludó efusivamente con la mano.

—Ahora, si me disculpan, tengo una visita que atender. Que tengan un buen día, señoras.

Pernilla observó cómo su vecino se alejaba raudamente de ellas para encontrarse con la mujer que acababa de llegar. No la conocía, pero supuso quién era. Todos en el pueblo hablaban de la famosa autora de novelas policiales que Greta había traído para

una firma de libros en Némesis. Pasaron por su lado, pero ni el inspector ni la escritora les prestaron atención. Saludaron a Ingrid desde lejos y abandonaron la comisaría con la sensación de que habían cumplido con su deber de ciudadanas. Ahora ya podían quedarse tranquilas.

* * *

Greta se había levantado y se sentía un poco mejor. El resfrío no le daba tregua, pero gracias al par de analgésicos que se había tomado la noche anterior, la cabeza ya no le dolía. Se había dormido tarde, pero no por culpa de su malestar. La actitud de Niklas antes de despedirse de ella, y los supuestos celos de Mikael la habían mantenido despierta hasta la medianoche. Además, había algo más que le rondaba la cabeza y poco tenía que ver con ellos. Aún seguía pensando que el tío de Kerstin escondía algo. No quería imaginar lo que no era, pero tenía que quitarse esa duda cuanto antes. Solo había una manera de hacerlo: averiguar si Martin Ulsteen y Mattias Krantz tenían alguna conexión. Mientras terminaba de beber el café, fue urdiendo un plan con cuidado.

Lasse llegó proveniente de la librería, y la interrumpió. Se dio cuenta entonces de que su primo le caía como anillo al dedo.

—Lasse, ¿me harías un favor?

Él se recostó contra el quicio de la puerta.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Podrías encargarte de llevar a Niklas hasta la comisaría? Su coche se quedó allí anoche, y le dije que yo lo llevaría. —Le sonrió para convencerlo.

Frunció el entrecejo.

—¿Y por qué no puedes llevarlo tú? Veo que estás mejor...

—Tengo otro asunto que atender —respondió sin darle más explicaciones. La verdad era que prefería no verlo. Aún estaba demasiado fresco en su mente lo ocurrido en el interior del auto la noche anterior. Había salido huyendo al darse cuenta de lo que pretendía Niklas—. ¿Lo harás? Soy tu prima favorita... —alegó poniendo ojos de carnero degollado.

—¡Eres mi *única* prima! —exclamó él al borde de la carcajada—. ¿Qué recibo a cambio?

¡Increíble! Lasse la estaba extorsionando.

—Es una broma —le aclaró antes de que se enfadara. Se sirvió una taza de café—.

Tengo la sensación de que me mandas a mí porque algo sucedió con el ciudadano anoche, ¿no?

No iba a ponerse a discutir sus peripecias amorosas con él a esa hora de la mañana: tenía mucho que hacer.

—Regresa a tiempo para abrir la librería, que yo tengo que salir.

—¿Ves? No estaba tan equivocado. Tienes tiempo de sobra para llevar a tu amiguito a la comisaría e ir después a donde sea que tengas que ir.

Estaba tratando de tirarle de la lengua, pero no conseguiría nada.

—Ve, que Niklas debe de estar esperando.

—¿Y qué le digo cuando me pregunte por qué no has ido tú?

Greta no tuvo que pensarlo mucho.

—Que no me siento bien. Es la verdad.

—Claro. —Lasse comprendió que su prima no le diría lo que estaba tramando, así que tomó las llaves del Mini Cabrio y bajó a la librería.

Cuando se quedó sola, buscó entre sus contactos telefónicos el número de Leo Nilssen. Sabía que Simon Dahlin trabajaba en su taller y necesitaba cerciorarse de que no se encontraba en su casa.

—¿Leo? Soy Greta Lindberg.

—¡Greta, qué sorpresa! ¿El Mini Cabrio te ha estado dando lata nuevamente? —le preguntó sonriendo.

—No, en realidad, te llamaba por otro asunto. —Le abrió la jaula a *Miss Marple* y dejó que saliera—. ¿Por casualidad Simon Dahlin anda por ahí?

—Sí, hoy tiene doble turno. ¿Por qué quieres saberlo?

—Es que hace unos días me encargó unos libros. Tengo que pasar cerca de su casa y pensé que podía llevárselos.

—Pues, él sale a las tres de la tarde —le informó.

—Perfecto, pasaré después de esa hora entonces. Gracias, Leo, me encantó saludarte.

—Igualmente, Greta. Adiós.

Dejó el teléfono encima de la mesada y se dirigió al salón. La lora la seguía de cerca. Se recostó en el sillón y, de inmediato, *Miss Marple* se acercó y empezó a tironearle de la ropa. Jugó un rato con ella. Necesitaba distenderse y pensar con calma lo que estaba a punto de hacer. Nadie podía enterarse. Apenas Lasse regresara con el auto, se iría enseguida. Cuanto antes llevara a cabo su plan, mucho mejor.

* * *

Karl se presentó en la propiedad de los Mørk después de dejar a Josefine en compañía de Niklas en la comisaría. La declaración que habían hecho Pernilla Apelgren y Agnetta Bramsen esa mañana había desconcertado a todos los que trabajaban en el caso. No parecía que aquella línea investigativa llevase a algún lado, sin embargo, debían cerciorarse. Podía ser solo un chisme o un malentendido, aun así, su obligación era investigar cualquier dato que les llegaba. No importaba que viniera de dos de las personas más indiscretas del pueblo.

Golpeó la puerta durante un buen rato, pero nadie respondió. Husmeó por los alrededores; el auto de Vetle estaba en el garaje. Se metió en la parte trasera de la casa. Encontró a Vetle trabajando en el huerto. Hasta que no se acercó, no notó su presencia.

—¡Karl, qué sorpresa! —Se quitó la tierra de los pantalones y se incorporó.

—¿Cómo estás? —Observó el huerto. Se extendía hacia el sur unos cuantos metros y terminaba justo donde empezaba el bosque—. Veo que te va muy bien, Vetle. Ha crecido mucho esto desde la última vez que estuve aquí.

Vetle se quitó la gorra y se secó el sudor de la frente.

—Sí. No me puedo quejar. La producción ha aumentado, también los clientes. ¿Ves allí? —Apuntó hacia la derecha—. Es un sistema de riego que instalé la semana pasada, más moderno que el que tenía antes. Funciona de maravillas y me ahorra mucho tiempo. La gente está harta de comer verduras transgénicas que no saben a nada. No hay como un tomate recién cortado, ¿no crees?

—Ciertamente —contestó Karl. Al parecer, el viejo Vetle ni siquiera se imaginaba el motivo de su visita.

—¿Vienes a comprar?

—Me temo que he venido por otro asunto.

Vetle volvió a colocarse la gorra. No le gustó para nada la expresión en el rostro de su interlocutor.

—¿De qué se trata? ¿Es sobre Kerstin? Ya hice mi declaración el otro día.

—Vetle, ¿por qué no entramos a la casa para conversar más tranquilamente?

Ingresaron por la cocina y *Halcón* les salió al paso.

—¡Quieto, muchacho!

El perro comenzó a oler los zapatos de Karl con sumo interés. Le acarició la cabeza para tratar de apartarlo, pero seguía empeñado en olfatearlo.

—¡*Halcón*, fuera! —ordenó su dueño.

El perro agachó las orejas y se alejó por donde había venido.

—No le gustan mucho las visitas —explicó.

—¿Es el único perro que tienes?

Vetle asintió con la cabeza.

—Es muy buen cazador y cuida el huerto como nadie.

Karl notó el orgullo con el cual hablaba de su mascota.

—¿Fue *Halcón* quien encontró a Kerstin, verdad? —Era un dato que ya sabía, sin embargo, no estaba de más que volviera a relatarle lo ocurrido la noche en que apareció el cuerpo de la niña.

—Sí. Esa noche salimos a cazar. *Halcón* se internó en el bosque, fui a buscarlo, y ya conoces el resto de la historia. —Se rascó la barbilla y Karl notó que lo ponía nervioso hablar del tema.

—¿Estás seguro de que esa noche fuiste al bosque a cazar? —Observó atentamente su reacción.

—¿Por qué me preguntas eso ahora? Ya les he dicho todo lo que sé.

Karl apartó una silla y se sentó. Su interlocutor seguía de pie.

—Esta mañana se presentaron en la comisaría Pernilla Apelgren y Agnetta Bramsen. Me contaron una historia interesante que te involucra.

—¿Qué te contaron ese par de arpías? —saltó Vetle después de oír el nombre de las dos ancianas.

—Afirman que alguien te vio metiendo una pala y una bolsa en tu auto la misma noche que apareció el cuerpo de Kerstin.

Vetle se removió en su sitio, luego, tomó una silla y se sentó. Comenzó a estrujar la gorra con las manos.

—Según tu declaración, fuiste al bosque a cazar. ¿Por qué llevarías entonces la pala y la bolsa?

—No es lo que crees, Karl... —murmuró.

—Cuéntame qué hiciste en realidad la noche del jueves 7 de mayo —lo exhortó. Era obvio que le ocultaba algo, pero dudaba de que tuviera que ver con el crimen.

—Esa noche sí enterré algo en el bosque, pero no a Kerstin Ulsteen, sino al gato de la mujer del pescadero —confesó.

—¿Mataste al gato de Agnetta Bramsen? —Karl lo miró con el ceño fruncido.

—Ese maldito animal se la pasaba cagando en mi huerto. Ni siquiera *Halcón* conseguía espantarlo. El muy ladino, venía de noche, cuando nadie lo veía hacer sus cosas. ¿Te imaginas lo que era remover la tierra y encontrar mierda de gato?

Podía imaginárselo, pero no creía que fuese motivo suficiente para acabar con la vida del pobre minino.

—¿Vas a arrestarme por ello?

Lo habría hecho con gusto, pero según la jurisdicción sueca, no había cometido ningún delito. La ley de protección animal que contemplaba penas de prisión para los

maltratadores era por el momento solo un proyecto a largo plazo.

Se puso de pie. No tenía nada más que hacer allí. Como había presumido, solo había perdido el tiempo.

* * *

Mikael se desvió del camino hacia la zona comercial. Dobló en Millåkersgatan y redujo la velocidad. Se restregó los ojos y emitió un sonoro bostezo. De nuevo, había pasado una noche de perros carcomido por los celos y por la idea de que Greta y Niklas hubiesen terminado la velada en la cama de alguno de los dos. Necesitaba saber si sus sospechas tenían fundamento o no. El Volvo que le había asignado a Niklas no estaba, pero sabía que él se había marchado de la comisaría en el auto de Greta. Se estacionó a unos pocos metros de la esquina, lejos de la librería. No había señales del Mini Cabrio, tampoco de Kellander. De pronto, lo vio venir por Valhallavägen. Descubrió que era Lasse quien lo conducía. Se encontró con Greta en la puerta de Némesis. Intercambiaron algunas palabras y luego ella se subió al auto. Cuando pasó por su lado, ni siquiera lo vio.

La vio alejarse por el espejo retrovisor. Sin saber exactamente por qué, lo asaltó el impulso de seguirla.

Pronto, Greta abandonó la zona comercial y se alejó hacia el este. Cuando tomó la carretera que conducía a Kråkberg y se adentró en el área de Beach Trip, supo de inmediato adónde estaba yendo. Después de su visita a los Ulsteen, debía haber sospechado que no se quedaría quieta. Se estaban acercando al apartamento donde había vivido Mattias Krantz, por lo tanto, la muchacha redujo la velocidad, y él hizo lo mismo.

Ella se detuvo a un costado de la vivienda y esperó dentro del auto antes de bajarse. A varios metros de distancia, oculto detrás de un contenedor de basura, Mikael observaba cada uno de sus movimientos.

* * *

Respiró hondamente para tomar coraje y abrió la puerta del Mini Cabrio. La zona era bastante solitaria y no había nadie a la vista, aun así, debía ser cautelosa. Estaba a punto de cometer un delito y, si se enteraba su padre, no habría quién aguantara sus

sermones luego. Se apeó del auto y se acercó a la casa mirando por encima de sus hombros. Subió las escalinatas y casi le da un ataque cuando chocó con unas campanillas que empezaron a tintinear ruidosamente. Volvió a colocarlas en su sitio hasta que dejaron de moverse.

Había escuchado a Mikael decirle a uno de los agentes dónde escondía la llave Simon Dahlin. Miró las tres macetas amontonadas a un costado. Se agachó y levantó la más pequeña. No tuvo suerte. Siguió con la que estaba al lado. Sonrió al ver la llave. La tomó y se puso de pie con rapidez. Antes de introducirla en la cerradura, volvió a cerciorarse de que no la hubiera visto nadie. Entró y cerró la puerta detrás de sí.

El salón estaba en penumbras. No era prudente encender la luz, aunque había ido preparada. Sacó el teléfono móvil y lo usó de linterna. Ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar. Había dos puertas al final del salón, y se dirigió hasta allí. Se asomó a la primera de ellas. La cama estaba deshecha, y había una pila de ropa encima de una silla. Era la habitación de Simon. Entró en la otra y dejó la puerta abierta. Había bastante desorden, seguramente lo había dejado la policía cuando había registrado el lugar. No había mucho dónde buscar. Se acercó a la mesita de noche y encendió la lámpara: había un cuaderno y algunos *comics* en su interior. Los revisó con la esperanza de que cayera algo revelador de entre las páginas, pero no tuvo esa suerte. Esperanzada, tomó el cuaderno: nada. Solo había apuntados unos cuantos nombres de vecinos de Mora y de la zona. Supuso que serían sus antiguos clientes. El nombre de Martin Ulsteen ni siquiera aparecía en esa lista. Volvió a colocar todo en su sitio. La cama estaba hecha un desastre, el colchón movido y las sábanas tiradas en el suelo.

La pintura que colgaba encima captó su atención. Tal vez, hubiera algo oculto detrás. Apoyó el móvil encima de la mesita de noche y se subió a la cama. Con cuidado, puso un pie sobre el colchón para poder llegar hasta su objetivo. Se movió un poco hacia delante y logró meter la mano detrás.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Greta pegó un salto y perdió el equilibrio. Cayó encima de la mesita de noche, y la lámpara terminó en el suelo. Se giró y distinguió a Mikael recostado en el marco de la puerta.

—¿Me quieres matar del susto? —le recriminó mientras volvía a respirar. Un fuerte estornudo la hizo sacudirse.

—¡Salud! Veo que estás mucho mejor.

—Gracias —respondió con ironía.

—Sabes muy bien que estás cometiendo un delito. Podría arrestarte ahora mismo

por allanamiento de morada si quisiera —le informó acercándose. La habitación había quedado en penumbras después de que la lámpara se rompiera.

Ella puso los brazos en jarra.

—¿Serías capaz?

La miró fijo.

—¿Tú que crees? —la desafió.

—Me estabas siguiendo... —balbuceó ella después de que se le pasara el susto. Recién ahora se daba cuenta de aquello.

Mikael hizo caso omiso a sus palabras. No iba a darle explicaciones de su propia conducta en ese momento. Era ella quien debía explicarle qué estaba haciendo allí.

—Responde a mi pregunta, Greta. ¿Qué haces aquí?

Se peinó el cabello con las manos y se tomó un tiempo para responder.

—Le he estado dando vueltas al asunto anoche. Me sigue pareciendo sospechosa la actitud del tío de Kerstin —le dijo—. Quería venir aquí y ver si encontraba algo que lo involucrara con Mattias y sacarme la duda.

¿Había pasado la noche en vela sacando conclusiones sobre el caso? Saberlo le proporcionó un gran alivio. Sin darse cuenta, empezó a sonreír.

Greta lo observó.

—¿Qué te causa tanta gracia? Crees que estoy perdiendo el tiempo aquí, ¿verdad?

Dejó de reír de inmediato.

—Lo estás. Martin Ulsteen no tenía nada que ver con Mattias, mucho menos está involucrado con el crimen de su sobrina.

—¿Lo han investigado?

—Sí. Lo hice a escondidas de los demás, guiándome solamente por tus sospechas —manifestó—. Sin embargo, en algo tenías razón. Martin esconde un pasado oscuro.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué averiguaste? —preguntó ávida de información.

—Estuvo preso por tráfico de drogas durante siete años. Cuando salió de la cárcel, el tipo para el cual traficaba lo sentenció a muerte. Vivió oculto durante quince años hasta que su cabeza dejó de tener precio. Vino a Mora y se estableció con su hermano y su familia.

—¿Un extraticante de drogas?

Stevic asintió.

—Jamás lo habría imaginado...

—Yo creo que precisamente ese es tu problema: sueles imaginar demasiado. ¡Mira hasta dónde te ha llevado tu imaginación esta vez!

Sus palabras la ofuscaron.

—Gracias a mi imaginación, como tú la llamas... —Hizo el gesto de comillas con las manos—... la policía pudo atrapar a la asesina de Annete Nyborg y Camilla Lindman.

—No voy a negar que tienes un olfato especial para develar misterios. Eres buena observadora y dueña de una sagacidad que muchos envidiarían, pero reconoce que muchas veces te pasas de la raya.

No iba a darle el gusto.

—Niklas cree que tengo un don —le dijo en un tono beligerante.

Él se acercó más.

—¡Estoy hasta la coronilla de Kellander! Desde que ha llegado se ha vuelto la atracción principal —despotricó.

Greta se quedó muda. No pensaba que le cayera tan mal. Niklas tenía razón.

—No tienes derecho a hablar así de él —lo increpó.

—Te voy a pedir que no lo defiendas delante de mí; no lo soportaría. —Había bajado considerablemente el tono de voz.

Ella lo miró, desconcertada. Mikael acabó con la poca distancia que los separaba.

—Desde que apareció, vivo consumido por los celos. ¿Sabes por qué te seguí hasta aquí?

Ella negó con la cabeza.

—Porque estaba espiándote. Necesitaba saber si tú y él habían pasado la noche juntos.

—Niklas y yo somos solamente amigos —le aclaró.

Mikael le acarició la mejilla.

—¿Me lo juras?

Greta asintió. No podía hablar: le temblaban los labios. Cuando él le puso el brazo alrededor de la cintura para atraerla hacia su cuerpo, no opuso resistencia alguna. Habían estado esperando ese momento desde hacía tanto tiempo, que no supieron cómo reaccionar. Se miraron a los ojos durante un rato. No se escuchaba nada más que el sonido de sus respiraciones agitadas.

Ella entreabrió los labios y Mikael tomó aquel gesto como una invitación a que la besara. Acercó su rostro; vio que Greta cerraba los ojos. Bastó solo el contacto de sus bocas para encender la pasión contenida. Ella se puso en puntas de pie y se aferró al cuello de él. Las manos del teniente rápidamente bajaron por la cintura de Greta. La apretó más contra él.

En ese momento, oyeron un ruido sordo.

Greta se soltó inmediatamente.

—¿Qué fue eso?

Mikael la asió de los hombros y la empujó hacia atrás.

—Quédate aquí —le ordenó. Buscó su arma reglamentaria y maldijo entre dientes cuando descubrió que no la llevaba encima.

El ruido provenía del salón, así que hasta allí se dirigió. Como el resto de la casa, permanecía en penumbras. Divisó una silueta junto a uno de los muebles. Descartó de inmediato que se tratara de Simon. El intruso estaba hurgando dentro de unos cajones. Llevaba una capucha que le impedía ver su rostro. Se acercó lentamente. De repente, la figura se quedó inmóvil. Antes de que Mikael pudiera reaccionar, le arrojó un cajón encima. Cayó al suelo y su atacante aprovechó para huir.

Greta se asomó y, cuando vio a Mikael en el suelo, corrió hacia él.

—¿Estás bien?

Se incorporó y se tocó la cabeza. Ella se asustó cuando vio la sangre en sus manos.

—Sí, no fue nada. —Con su ayuda, logró ponerse de pie. El golpe lo había dejado algo aturdido. Lo que más lamentaba era no haber podido verle la cara al sujeto.

—Debes ir al hospital para que te curen esa herida.

—No hace falta, estoy bien —reiteró él.

—¿Seguro?

Mikael asintió.

—No sé si podré conducir de regreso a la comisaría...

—Yo te llevo y mandaremos a alguien para que retire tu coche —manifestó Greta. No iba a dejar que la herida que tenía en la cabeza se infectase, así que, aunque se opusiera, lo llevaría al hospital primero.

CAPÍTULO 22

La sala de guardia del Lasarett estaba repleta. Greta miró a Mikael, todavía estaba enfadado con ella por haberlo llevado hasta allí engañado. Lo dejó en el pasillo y fue a buscar a alguien para que lo atendiera. Unos minutos más tarde, regresó con una enfermera.

—¿Mikael, qué te sucedió? —le preguntó cuando vio la sangre en su cabeza.

¡Genial!, pensó el teniente. De todas las enfermeras que trabajaban en el hospital, precisamente le tocaba ser asistido por una de las mejores amigas de Pia.

—Un accidente en el cumplimiento del deber, Rebecka. —Intentó reír, pero, al hacerlo, le dolió el golpe.

—Le arrojaron un cajón por la cabeza —intervino Greta.

La enfermera, una muchacha espigada y casi tan alta como el teniente, la observó.

—¿Eres su compañera?

—Greta es una amiga. —Mikael respondió por ella.

Se les quedó mirando un rato, luego asió al teniente del brazo y lo llevó hasta una habitación para revisarle la herida. Muchos de los presentes, algunos de los cuales llevaban horas esperando ser atendidos, lo miraron con mala cara.

—Yo espero aquí —dijo Greta, pero estaban demasiado lejos como para escucharla.

Se recostó en la pared con los brazos detrás de la espalda y respiró profundo. Los acontecimientos se habían sucedido tan de prisa que no había tenido tiempo de asimilar lo que había ocurrido entre ella y Mikael en el apartamento de Mattias antes de que el intruso apareciera. Observó a su alrededor para cerciorarse de que nadie la veía y se tocó los labios. Sintió el corazón saltarle dentro del pecho. Cerró los ojos por un instante para recrear aquel momento una vez más.

Pero una voz chillona la sacó del ensueño.

—Greta, ¡qué sorpresa encontrarte por aquí! —Los perspicaces ojos de Pernilla Apelgren, detrás de unas gruesas gafas, la miraban fijamente—. ¿Estás enferma, querida?

Le sonrió. ¿Podía tener tanta mala suerte?

—En realidad, he venido a traer a un amigo —le informó sin darle demasiados detalles.

La anciana pareció reparar solo en la última palabra.

—¿Un amigo? ¿Qué le ha sucedido?

—Nada grave, gracias a Dios. ¿Y, usted, qué la trae por el hospital? —retrucó. Dudaba de que pudiera desviar el tema de conversación, pero debía hacer el intento.

—Un chequeo de rutina. Oscar insiste en que me los haga. —Buscó algo dentro del bolso—. Tengo cita con el doctor dentro de media hora, aunque siempre vengo más temprano por las dudas.

Greta tuvo el presentimiento de que sabría aprovechar muy bien ese rato de espera. El pasillo de un hospital, repleto de gente, seguramente sería un buen sitio donde enterarse de un chisme jugoso o de propagarlo.

—Esta mañana estuve en la comisaría. Vi a tu padre muy bien acompañado —comentó como quien no quiere la cosa.

Greta frunció el ceño. Solo podía estar refiriéndose a Josefina. ¿Qué hacía la escritora un sábado por la mañana en la comisaría?

—¿Cuándo es la firma?

—Dentro de una semana —respondió.

—No pienso perdérmela. —La anciana sonrió con gran entusiasmo.

—Me encantará contar con su presencia.

Pernilla pareció concentrarse en otra cosa y dejó de prestarle atención a ella por un rato.

Se puso nerviosa cuando vio que Mikael regresaba por el pasillo.

La señora se acomodó las gafas para ver mejor. Sonrió cuando descubrió quién era el hombre que se les acercaba.

—Pernilla, volvemos a encontrarnos. ¿Cómo está?

Ella observó la venda en su cabeza con cierta aprehensión.

—Me parece que mejor que usted, teniente. ¿Qué le ha ocurrido?

Mikael se dio cuenta de que tendría que responder muchas veces a aquella pregunta en lo que quedase del día.

—Un pequeño accidente laboral que no reviste mucha importancia —manifestó, esperando haber saciado la curiosidad de la anciana.

Por fortuna, la mujer fue requerida por una de las secretarias del hospital para rellenar un formulario, y pudieron escaparse. Durante un buen trecho del viaje hasta la comisaría, no dijeron nada. Cuando ya no aguantó más el silencio, Greta preguntó:

—¿Qué te han dicho?

—Es solo un corte superficial. Ni siquiera hubo necesidad de suturar.

Era evidente que ambos estaban evitando el mismo asunto. Parecía como si la intromisión de aquel misterioso sujeto al apartamento de Mattias hubiese borrado el beso que se habían dado.

—Sobre lo sucedido... —Mikael buscó su mirada, pero ella fingía prestarle atención al camino.

—Creo que debemos decir la verdad —lo interrumpió—. Por una razón o por otra, mi padre siempre termina enterándose de todo. No le va a gustar nada lo que hice, pero estoy preparada para afrontar las consecuencias.

Mikael coincidió con ella.

Cuando entraron en la comisaría, Ingrid, quien fue la primera en acribillarlos a preguntas, les informó que los demás estaban reunidos, no en el centro de comandos, sino en la oficina de Karl. Hacia allí se dirigieron. Mientras avanzaban por el pasillo, él observó a Greta de soslayo. Aún le costaba creer que apenas un rato antes la había tenido entre sus brazos. Abrió la puerta y la hizo pasar primero.

Hubo diversas reacciones.

El inspector Lindberg puso mala cara. A Niklas y a Miriam les costó mucho disimular los celos. La sargento Wallström de inmediato notó la venda en la cabeza de su compañero y se preocupó. Peter Bengtsson parecía ser el único que se alegraba de verlos llegar juntos.

También se encontraba allí Josefine Swartz, quien pareció darle poca importancia a su llegada.

La pantalla LCD que su padre había adquirido un mes atrás poniendo dinero de su propio bolsillo estaba encendida.

Nina se les acercó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó bajando la voz.

—Nina, eso queremos saber todos —dijo Karl haciendo un enorme esfuerzo por no perder la calma.

Mikael y Greta se miraron. Luego, él se dirigió a los demás.

—Alguien se metió a hurgar en el apartamento de Mattias. Lo sorprendí, y me atacó. —Se llevó la mano a la herida que tenía en la cabeza.

El inspector se cruzó de brazos y frunció el entrecejo.

—¿Qué estabas haciendo tú en la propiedad de Krantz? ¿Por qué mi hija viene

contigo?

Ahora le tocaba a Greta.

—Yo lo puedo explicar...

—Eso espero —dijo Karl.

—Fui yo quien se metió en el apartamento de Mattias en primer lugar.

Todos se quedaron mudos.

—¿Por qué harías algo así? —Fue Nina la que preguntó para evitar que Karl y su hija se vieran envueltos en un nuevo altercado.

—Quería comprobar una teoría.

Esta vez, el inspector no permitió que nadie interviniera. Greta iba a oírlo.

—¿Una teoría? —Karl se llevó las manos a la cintura, haciendo que el traje se abriera.

Greta notó que llevaba un traba corbatas de plata que no había visto antes. ¿Sería un regalo de Nina? Miró a la otra mujer que estaba a su lado. ¿De Josefina? Ni siquiera entendía qué estaba haciendo allí.

—Sí. Sospechaba de alguien en particular y quería saber si tenía alguna relación con Mattias.

—Greta pensaba que Martin Ulsteen podía estar involucrado —terció Mikael, saliendo en su ayuda.

Karl se mostró asombrado.

—¿El tío de Kerstin?

Tanto Greta como Mikael asintieron.

—Lo investigué por mi cuenta y, aunque tuvo un pasado bastante turbulento, quedó totalmente descartado como sospechoso. Tiene una coartada irrefutable para la noche del crimen de Mattias. —Obvió contarles en ese momento cuál era; lo agregaría luego en el informe.

—Eso explica por qué mi hija estuvo metiendo, por enésima vez, la nariz donde no debe —manifestó Karl, todavía muy molesto—. Lo que quiero saber ahora es por qué tú estabas con ella y quién es el sujeto que te atacó.

—No pude verle el rostro, estaba oscuro y llevaba una capucha —respondió solo la última parte de la pregunta.

El inspector hacía rato que había perdido la paciencia.

—No has respondido aún qué hacías con ella.

—Yo le pedí que fuera conmigo —dijo la pelirroja de repente.

Nadie se sorprendió. Mucho menos Karl o Nina, quienes ya estaban acostumbrados a que Greta arrastrase a Stevic en sus locuras.

Mikael la miró. Era obvio que no iba a decir que él la había seguido porque quería

comprobar si ella y Niklas habían pasado la noche juntos.

Karl tuvo deseos de reclamarle al teniente por su accionar, pero prefirió guardárselo para un momento más apropiado. En cambio, preguntó:

—¿Qué creen que estaba buscando?

—Si la persona que me atacó es el supuesto cómplice de Mattias, querrá cerciorarse de que no haya ninguna prueba que lo conecte con él. Se tomó mucho trabajo en quemar la cabaña como para dejar algún cabo suelto.

Greta miró el televisor LCD. Se le iluminó el rostro.

—El video... ¡Eso era lo que buscaba! Es un dato que no salió en la prensa y no sabe que ya está en manos de la policía.

El inspector ni siquiera iba a cuestionar cómo sabía ella lo del video.

—Precisamente íbamos a verlo entre todos para analizarlo en detalle una vez más —le informó Niklas desde su lugar—. Las pericias técnicas solo pudieron confirmar que no se filmó en la cabaña.

—Perfecto, tal vez podamos ver algo en lo que no reparamos antes. —Mikael tomó una silla y se sentó. Disimuladamente, Greta se acercó a la sargento. Quería participar de la reunión, aunque supiera que no pertenecía a aquel lugar. Si su padre decidía echarla afuera, usaría la presencia de Josefina Swartz en su defensa. Si la escritora tenía permitido quedarse, ¿por qué ella no?

—¿Qué hace aquí? —le preguntó a Nina en voz baja.

—Convenció a tu padre para que la dejara seguir la investigación de cerca. Parece que quiere escribir una novela...

Muy buena excusa para enterarse de todo y no ser tildada de entrometida.

La cinta empezó a rodar. Greta echó un vistazo a su padre, pero él prefería ignorarla. Mejor así. Observó la pantalla atentamente. El corazón le saltó en el pecho cuando vio la primera escena. Nina le tocó el brazo.

—¿Estás bien?

Asintió lentamente con la cabeza. Respiró hondamente. No era sencillo enfrentarse a aquellas terribles imágenes. Vio el miedo instalado en los ojos de Kerstin: ese miedo que te devora por dentro cuando te das cuenta de que estás a punto de morir.

—La cámara nunca se mueve y filma todo desde un mismo ángulo —apuntó Bengtsson.

—Lo más probable es que haya usado un trípode. No creo que haya alguien detrás de la lente —comentó Josefina.

—Es imposible saberlo —acotó Karl.

—Yo me inclino por la posibilidad de que no hay nadie más que la niña y su

asesino en esa habitación —insistió la escritora.

—¿Y dónde queda el cómplice entonces? —alegó Greta.

—No creo que lo haya, querida. —Se tocó uno de los aretes de perlas que llevaba—. Según tengo entendido, Mattias era un muchacho solitario y retraído. Seguramente actuó solo. No hay ningún indicio en el video de que haya alguien más.

—Tampoco se puede demostrar que el hombre que aparece con Kerstin sea él —retrucó Greta.

Era como si de repente no hubiera nadie más en la oficina. Las dos mujeres barajaban hipótesis a diestra y siniestra.

—¿Y la red de pederastas?

—Que el muchacho consumiera pornografía y fuese parte de una red de pedófilos, no secunda necesariamente tu teoría de que hubo un cómplice —le respondió Josefine—. Solo demuestra que era un perverso, por eso se acercó a la niña, la engañó y se la llevó.

Greta se cruzó los brazos.

—Si es como usted dice, ¿quién mató entonces a Mattias Krantz?

—Alguien que buscaba venganza. El hermano de Kerstin todavía sigue siendo un sospechoso. —Miró a Karl, buscando su anuencia.

—Eso es verdad —concordó él—. No podemos descartar a Björn todavía.

—Yo lamento disentir con su hipótesis, Josefine —dijo tratando de sonar amable. No podía arriesgarse a que la mujer, en un arrebato, se fuera de Mora sin hacer la firma de libros en Némesis—. Mattias era, en la vida cotidiana, un muchacho huraño. Todos los que lo conocíamos sabemos eso. Sin embargo, las apariencias, en este caso, engañaban. No olvidemos que le apasionaba cazar, y no me refiero solamente a la cacería deportiva: formaba parte de un supuesto club *on-line* que en realidad encubría algo más siniestro. A Mattias le gustaba cazar en compañía... por eso creo que tenía un cómplice.

—Greta tiene razón —manifestó Niklas, dedicándole una sonrisa—. Ya expuse durante mi primera intervención en el caso que Mattias tenía el perfil de un pedófilo romántico. Es quien se encargó de acercarse a la niña, seducirla para ganarse su confianza. Estuvo estudiándola durante semanas con el fin de conocer sus gustos y atraerla con más facilidad, por eso le regaló una pulsera; seguramente a la niña le encantaba usarlas. En cambio, quien asesinó a Kerstin es un sádico. Creo firmemente en la existencia de un cómplice, alguien que tal vez vio en Mattias el arma perfecta para conseguir llevar adelante su plan macabro.

Greta se quedó pensando en lo que acababa de explicar Niklas. Recordó entonces la vez que había estado en la habitación de Kerstin hablando con Jenny, la hija menor

de los Ulsteen. Había dos cosas que le gustaba hacer a Kerstin: dibujar y posar para las fotos. Su sueño truncado había sido, según su hermana pequeña, convertirse en modelo o actriz. Casi todas las niñas de su edad tenían el mismo anhelo, sin embargo, era muy probable que fuese precisamente esa pasión que sentía Kerstin por el mundo de la moda la que la había llevado a su trágico final. Mattias seguramente se habría valido del sueño de la niña por ser famosa para convencerla de irse con él.

—Es imposible dilucidar si el sujeto que tiene a Kerstin es Mattias —expresó Mikael con la mirada clavada en la pantalla. No había nada que los ayudara a distinguirlo. Solo se lo veía de espalda. Ni siquiera tenían una buena visión del cabello, que estaba oculto debajo de una media de nylon. La cámara siempre lo tomaba a una distancia desde la cual no podían percibir detalles como el tamaño de las manos o su manera de caminar. El sujeto sabía muy bien cómo camuflarse.

—Si el cómplice de Mattias es quien aparece en el video, ¿por qué esperó tanto tiempo para tratar de recuperarlo? —preguntó Nina, mientras intentaba comprender lo que podía pasar en la mente de un sujeto tan perverso. Apartó la mirada de la pantalla cuando vio la escena en la que comenzaba a toquetear a Kerstin. Niklas tomó el control remoto y apagó el televisor rápidamente. Ya no tenían nada más que ver.

—Tal vez no sabía que Mattias conservaba una copia en su poder —repuso Miriam, quien había permanecido en silencio hasta el momento.

Greta comenzaba a tener dudas.

—¿Cómo lo supo? —insistió Nina.

—De alguna manera lo supo. Si no, no se explica que se hubiese metido en el apartamento de Mattias justo después de que encontrásemos el video.

—¿Bergman sabrá algo? —sugirió Niklas.

—Mattias le mandó el video y le pidió que lo guardara, probablemente porque no quería que llegara a manos de nuestro hombre —aseveró Stevic—. Tal vez deberíamos volver a interrogarlo.

Greta, quien seguía escuchando con suma atención, dijo:

—O mencionar la existencia del video en las salas de *chat* que frecuentaba Mattias. Alguien puede morder el anzuelo...

—Greta tiene razón —intercedió Stevic—. Podemos incluso fingir que buscamos un comprador.

Ella sonrió, cuando miró a su padre, se le borró la sonrisa de la cara. Seguía enfadado con ella. Le extrañaba que le hubiese permitido exponer sus teorías frente a los demás, por eso, cuando el inspector tomó la palabra, creyó que ahora sí le pediría que se marchara.

—Muy bien, adelante con eso. También interrogaremos nuevamente a Bergman.

Ahora lo que me preocupa es que se siga filtrando información. Deberíamos usar a la prensa para nuestro propio beneficio y crear una distracción para despistar a nuestro hombre. Hacerlo sentir seguro puede llevarlo a que cometa un error.

—En mi segunda novela, *La torre de naipes*, el detective Petersson echa a rodar una mentira para engañar al asesino. —Todos miraron a la escritora, expectantes, cuando se detuvo—. No voy a contarles el final, tendrán que leer el libro.

—A eso me refiero —dijo Karl—. Y sé exactamente cómo hacerlo.

Greta comenzó a alejarse hacia la puerta. Su padre no les comunicaría el plan a los demás si estaba ella presente.

—No te vayas, hija —le pidió—. Seguramente me arrepienta después, pero, ahora, necesitamos de tu ayuda.

Soltó el picaporte y se volteó. Fue imposible no sonreír.

CAPÍTULO 23

Ese mismo sábado, después del mediodía, Greta logró que Josefina Swartz accediera a tomarse las fotos para armar los carteles publicitarios anunciando la firma de libros. El servicio de *catering* ya había sido contratado, y solo le faltaba cerrar los últimos detalles con la gente de la editorial para el envío de los ejemplares de *Misterio en la montaña*.

Después de cerrar Némesis, almorzó algo rápido en compañía de *Miss Marple* y se echó un rato a descansar. Estaba exhausta, aunque no pudo conciliar el sueño: todo lo acontecido esa mañana, desde el beso con Mikael hasta la reunión en la comisaría donde se le había permitido estar, incluso participar, le daba vueltas en la cabeza y, si no se desahogaba con alguien, sentía que iba a explotar. Había hablado por teléfono con Hanna, y la rubia había insistido en pasar a verla antes de la sesión de fotos con Josefina. Miró el reloj; como de costumbre, llevaba por lo menos diez minutos de retraso. Se levantó rápidamente y se dirigió hacia la ventana. Desde allí, podía ver el hostel. ¿Seguiría Niklas en la comisaría aún? Era lo más probable. A él le tocaba conseguir que alguno de los pervertidos que frecuentaba la red en la que se movía Mattias cayera en su trampa. Solo esperaban que fuese el correcto. No había hablado con él después de la reunión. Después de que su padre le había explicado lo que tenía que hacer, se había marchado. Echaría a rodar el plan que le había encomendado esa misma tarde.

En ese momento, llamaron a la puerta. Atravesó presurosa la sala y abrió.

—Llego tarde, lo sé. —Fue lo primero que dijo Hanna apenas puso un pie dentro del apartamento. Se volteó y la miró—. ¿Cómo estás?

—Bien. —La notó inquieta, impaciente. Sabía que su amiga se ponía así cuando tenía algo que contarle.

Fueron hasta la cocina. Mientras Hanna jugaba con *Miss Marple*, Greta preparó café. Tenían tiempo de sobra y, aparentemente, también mucho de qué hablar.

Hanna la observó por encima de la taza con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Vas a decírmelo o no? —preguntó Greta, que ya no aguantaba la ansiedad por saber lo que tenía tan contenta a su amiga.

—¿No lo imaginas? —La rubia seguía haciéndose la misteriosa con ella.

Greta no tuvo que pensar demasiado. Solo había una cosa, en ese momento, que pondría a Hanna de aquel modo: Evert Gordon.

—Anoche, después de la cena, Evert y yo no fuimos al cine... Lo invité a mi apartamento y este vez aceptó —dijo, por fin, incapaz de seguir guardándose la noticia por más tiempo.

—Sabía que no tardaría en caer en tus garras —bromeó Greta—. Supongo que tu retraso tiene que ver con lo que sucedió anoche.

—En realidad, Evert se marchó temprano, pero tenía ganas de quedarme en la cama hasta tarde. No tenía ninguna cita prevista, así que decidí tomarme la mañana solo para mí. Creo que necesitaba recuperar fuerzas.

—Por favor, ahórrame los detalles —le pidió.

Hanna soltó una carcajada.

—Tranquila, no pensaba contarte nada indecente.

Greta también sonrió. Cuando eran adolescentes, Hanna era la que siempre corría a contarle cada vez que un chico la besaba o le tocaba los pechos. Era su única confidente y así, se había enterado que a los dieciséis había perdido la virginidad con un muchacho llamado Alexander que vivía a la vuelta de su casa. Y, aunque Hanna en esa época parecía llevarse el mundo por delante, Greta sabía cuánto había sufrido por la relación que tenía con su padre. Ella, en cambio, había perdido la suya a los diecisiete con Ole Frykberg, un chico que estudiaba también en Sanktmikael y que la había perseguido durante casi todo el último año de la secundaria, hasta que, por fin, logró convencerla de que saliera con él. Su debut sexual había sido más que nada un experimento. Después de escuchar a Hanna hablar de lo que se sentía, le había picado la curiosidad. No fue para nada como se lo había imaginado. Nunca supo si había sido culpa de los nervios o de las prisas de Ole; el caso es que le llevó dos años conocer a otro chico, comprobar realmente lo que se sentía.

—¿En qué piensas? —Hanna la sacó de su ensimismamiento.

—Recordaba cuando éramos adolescentes y nos contábamos nuestras peripecias con el sexo opuesto —dijo soltando un suspiro. Bebió un poco de café, pero lo dejó de inmediato: se había enfriado.

—¿Cómo se llamaba el chico ese con el que te acostaste en el último año de la

secundaria?

—Ole Frykberg.

—¡Ese mismo! ¿Has sabido algo de él?

—Lo último que supe es que se casó y se mudó al sur —respondió. A pesar de que había sido el muchacho con el que había perdido la virginidad, lo había borrado pronto de su mente, hasta ese día, en que volvió a recordarlo más de diez años después.

Hanna se quedó viéndola.

—¿Qué hay de ti? ¿No tienes nada que contarme? ¿Cómo terminó tu noche con Niklas?

—Él ni siquiera atravesó la puerta de entrada.

—Por la manera en la que te miraba, sospecho que no fue porque él no lo deseara. Greta respiró hondamente y se mordió los labios.

—Conozco ese gesto, Greta Lindberg. ¡Escúpelo ya mismo! —Se cruzó de brazos y le clavó la mirada para que se diera cuenta de que no se detendría hasta que le contara todo.

—Niklas intentó algo antes de despedirnos.

—¿Algo como qué?

—Supongo que quería besarme, pero me bajé del auto antes de que lo intentara. Un gesto de desencanto se asomó en el rostro de su amiga.

—¿Por qué hiciste semejante tontería?

—Una tontería habría sido que le permitiera besarme. Ya te lo dije Hanna, Niklas es agradable y disfruto de su compañía, pero nada más. Un beso solo habría empeorado las cosas entre nosotros.

—No sé, me gustaba Niklas para ti —le confesó.

—Creo que es a mí a quien tiene que gustarle.

Hanna apoyó los brazos encima de la mesa.

—Y ambas sabemos que, mientras el teniente Stevic ande cerca, eso es prácticamente imposible.

Greta no dijo nada. Su amiga había tocado un punto sensible.

—¿Lo has vuelto a ver?

Necesitaba compartir con ella lo que había sucedido, como en los viejos tiempos.

—Sí.

—¿Y?

Volvió a respirar profundo.

—Nos besamos.

Hanna abrió los ojos como platos.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Quiero todos los detalles!

Greta se tomó un tiempo para responder. Se peinó el cabello hacia atrás y luego colocó la taza de café sobre la bandeja.

—Fue esta mañana. Mikael me sorprendió en el apartamento de Mattias Krantz. —Si iba a contárselo, era mejor que se lo contara todo desde el principio.

—No quiero ni imaginarme qué estabas haciendo allí —repuso Hanna, sorprendida.

—No creo que te interese saberlo.

—Tienes razón, continúa con la parte más jugosa del relato —le pidió haciéndose agua la boca. Había esperado aquel momento por mucho tiempo. Estaba cantado que tarde o temprano su amiga y el apuesto teniente terminarían juntos.

—Me confesó que había ido hasta mi calle para cerciorarse de que Niklas y yo no hubiésemos pasado la noche juntos. Por eso me encontró en el apartamento de Mattias: me siguió hasta allí —le explicó.

—¿Y luego?

—Se enojó conmigo y empezamos a discutir.

—Por supuesto. No tenías nada que hacer en ese lugar.

—Bueno, eso es lo de menos.

—Tienes razón. Acá lo importante es que me cuentes cómo pasaron de una discusión al beso.

Greta se encogió de hombros. Ni ella lo sabía.

—Fue de repente... un segundo, me estaba regañando y al siguiente, me encontré entre sus brazos.

Hanna juntó las manos y aplaudió despacito, festejando aquel hecho como si fuera todo un acontecimiento.

—¿Fue de esos besos que hacen que te derritas por dentro?

Greta la miró.

—Si lo piensas bien, fue en el lugar menos romántico y en el momento menos oportuno.

—Estaba segura de que el primer beso de ustedes sería exactamente así.

—¿Por qué lo dices?

Ahora fue la rubia quien se encogió de hombros.

—Hasta hace unos meses, parecía que Mikael y tú no estaban destinados a juntarse: él está casado, tú venías de una relación tempestuosa con Stefan, tu padre no lo ve con buenos ojos, y créeme que tengo experiencia en el tema. Todo parecía confabularse en contra suyo, sin embargo, es evidente que lo que sienten el uno por el otro es más fuerte que cualquier cosa.

—Hanna, fue solo un beso; no desvaríes —le sugirió. No iba a hacerse ilusiones en vano. Lo que su amiga acababa de decirle solo le recordaba cuán lejos estaba Mikael para ella. Además, había un obstáculo imposible de superar: su esposa. Miró el reloj y acabó de un plumazo con la intención de la rubia de continuar con aquella charla.

—No quiero que se nos haga tarde. Tenemos que pasar a buscar a Josefine primero por el Siljan. —Greta se puso de pie y buscó el bolso.

El lugar elegido para tomar la sesión de fotos fue la torre del mirador. Además de ser uno de los emblemas de Mora, se veía todo el pueblo desde allí.

Las dos muchachas tuvieron que soportar las excentricidades de la mujer sin decir ni pío. Josefine había llevado la batuta todo el tiempo: desde la elección del vestuario, hasta el número de fotos que quería que le tomaran. Hanna no había tenido ni voz ni voto, solo se había limitado a realizar su trabajo para no hacer quedar mal a Greta.

Ambas celebraron cuando todo terminó. Llevaron a la escritora de regreso al hotel y se marcharon a sus respectivos apartamentos. Hanna, a prepararse porque tenía una cita con Evert. A Greta, en cambio, la esperaba otra noche con la única compañía de *Miss Marple*.

* * *

Mikael miró el cielorraso con fastidio. Después del viaje a Orsa para interrogar nuevamente a Ralph Bergman, Niklas y él habían pasado por la comisaría para poner a los demás al tanto de lo que habían averiguado. No habían podido sacarle mucho; pero al menos contaban ahora con una pista bastante prometedora: habían encontrado en la red de pedófilos a alguien que se hacía llamar *BigGirlLover* y que había estado preguntándole a Bergman sobre el video poco después de la muerte de Mattias.

Cerró los ojos para intentar dormir. No sirvió de mucho. Estaba inquieto, demasiado ansioso como para conciliar el sueño. Miró la hora: diez y media. Sabía que era tarde y que tal vez estaba a punto de cometer una locura, aun así, se levantó de un salto de la cama y se metió en el cuarto de baño de prisa. Después de una ducha que no le llevó más de quince minutos, se puso unos vaqueros gastados y una camiseta que había usado solo una vez. Ni siquiera se afeitó; en cuanto al pelo, ahora que lo tenía más corto, fue suficiente peinarlo con los dedos. Recogió las llaves del Volvo y un *sweater* de lana fina que se puso mientras bajaba las escaleras.

Había poco tráfico a pesar de que era sábado. Llegó a la zona comercial en donde

la cantidad de vehículos comenzó a incrementarse notoriamente. Dobló por Millåkersgatan y aminoró la marcha hasta estacionarse justo enfrente de Némesis. Apagó el motor y aguardó dentro del auto un buen rato. Espió a través de la ventanilla. La librería hacía bastante que había cerrado. Alzó la vista un poco más. Las luces del apartamento estaban apagadas, y las cortinas, cerradas. ¿Estaría durmiendo? Era lo más probable. Sin embargo, eso no lo detuvo. Se miró en el espejo retrovisor y se tocó el mentón. Tal vez debía haberse afeitado. Respiró hondamente: ya estaba allí. No iba a echarse atrás. Tan solo unos pocos metros los separaban. Totalmente decidido, se bajó del Volvo. Pasó por delante de la librería y subió las escaleras que conducían al apartamento de Greta de dos en dos. Ansiaba tanto verla que ni siquiera se detuvo a pensar qué diría ella de su imprevista visita nocturna.

* * *

Despatarrada en el sofá, Greta trataba de concentrarse en la lectura. Un buen libro y una taza de leche tibia solían ser las únicas cosas que la ayudaban a vencer el insomnio. Dejó el ejemplar de *La chica del sobretodo verde* a un lado. Hacía rato que había perdido el hilo de la trama. Bebió el último sorbo de leche mientras se masajeaba el abdomen. Estaba un poco más chato, aunque todavía tenía un par de rollos molestos en los costados. Llevaba haciendo *footing* menos de una semana. Tendría que ejercitar: los milagros no existían. Se miró las uñas de los pies que se asomaban por debajo del pantalón del pijama. Se las había pintado de un rojo furioso esa misma tarde, después de la sesión de fotos en el mirador. Rápidamente, su mirada se clavó en el equipo de música. Se levantó y arrastró los pies hasta la biblioteca. Sabía exactamente qué quería escuchar. Buscó el CD de Evergrey y encendió el reproductor. Los primeros acordes de *Torn* le arrancaron una sonrisa. Siempre le había gustado esa canción en particular, pero, desde que Mikael le había dicho que Evergrey era su grupo favorito, escucharla la hacía sentirse más cerca de él.

Cerró los ojos y tarareó el estribillo al tiempo que balanceaba el cuerpo al compás de la música. Tal vez *Miss Marple* estuviese despierta aún; podría sacarla de la jaula para que bailara con ella. Estaba yendo hacia la cocina cuando alguien llamó a la puerta.

El corazón se le detuvo.

¿Quién sería a esa hora? Era demasiado tarde para una visita, mucho más para una que no había sido anunciada. Volvieron a golpear, entonces se alarmó de verdad. ¿Le

habría ocurrido algo a su padre? ¿O a Hanna?

Apagó el equipo de música y esperó. Respiró aliviada. Quien sea que estuviese al otro lado de la puerta, tal vez se había marchado. Cuando volvieron a golpear, se acercó y espió a través de la mirilla.

Había un hombre de espaldas a la puerta. Estaba oscuro, pero lo reconoció de inmediato.

Mikael.

Sujetó el picaporte con fuerza y lo sostuvo un instante.

Él se volteó cuando escuchó que la puerta por fin se abría. Notó el desconcierto en la mirada de la muchacha. No lo esperaba.

—Perdona por no avisarte que venía. —La contempló de arriba abajo fugazmente. Llevaba un pijama rosado que le sobraba por todas partes y estaba descalza. Tenía el cabello atado con una banda elástica en lo alto de la cabeza. Algunos mechones rebeldes le caían en la cara. Estaba algo pálida, aunque sus hermosos ojos azules le iluminaban el rostro. No supo cuánto tiempo había pasado desde que le había abierto la puerta hasta que por fin habló.

—Pasa.

Ingresó al apartamento y cruzó el salón seguido de cerca por Greta. Vio el vaso con restos de leche y el libro sobre la mesita ratona. Se giró hacia ella.

—¿Tú tampoco podías dormir?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo estás? Me refiero al resfriado...

—Mejor. Al menos ya no tengo que estar todo el día con el pañuelo pegado a la nariz.

Mikael sonrió. Tuvo el impulso de acariciarle el pelo cuando ella se sopló el flequillo. Nunca le había dicho que adoraba aquel gesto.

—Me alegro que estés mejor.

—Y yo lamento que me hayas encontrado en estas fachas. —Escondió ambas manos en las enormes mangas del pijama.

—Estás adorable.

Greta sonrió, nerviosa. Seguían en el mismo sitio. Ni siquiera le había ofrecido algo de beber, tampoco lo había invitado a sentarse. Aunque, tal vez, lo primero era preguntarle qué estaba haciendo allí.

—¿Por qué has venido?

—¿Podemos sentarnos?

Se acomodaron en el sofá. Cómo él se sentó en segundo lugar, tuvo la oportunidad de ubicarse lo más cerca que pudo de ella. Greta no se apartó, aunque sí comenzó a

juguetea con la costura de uno de los cojines.

—¿Hay alguna novedad en el caso? —Lo miró con expectación.

Nunca había pensado en su trabajo como un obstáculo. Esa noche, en cambio, sentía que el policía lo dejaba relegado como hombre. Era difícil negarle algo. Cuando ponía aquella expresión pueril, en lo único en lo que podía pensar era en complacerla.

—Kellander y yo le hicimos una visita a Ralph Bergman. —La estudió para ver cómo reaccionaba ante la mención de Niklas, pero ella ni se inmutó—. Había retenido información la primera vez que lo interrogamos. —Colocó el brazo derecho sobre el sofá—. Logramos que nos diera el *nick* de alguien que preguntó por el video de Mattias en una de las salas de *chat*.

—¿Ese alguien sabía de la existencia del video?

—Sí. Justo, después de su muerte, empezó a preguntar por él.

—Eso quiere decir que entonces era el video lo que buscaba el intruso esta mañana —señaló Greta.

—No te noto muy convencida.

—No me hagas caso.

—Nuestra prioridad ahora es dar con el tal *BigGirlLover*, bueno, a quien se esconde detrás de ese alias, y que nos diga cómo sabía de la existencia del video. —Le explicó lo que le había contado Niklas sobre ese *nick* en particular, su significado y el símbolo que lo representaba. En un momento dado, Greta se levantó y se fue. Volvió enseguida, trayendo lápiz y un papel.

—¿Podrías dibujarlo? —le pidió.

—Lo intentaré.

Mikael se inclinó hacia adelante y puso el papel sobre la mesita. A grandes rasgos bocetó un corazón que envolvía a otro más pequeño. Luego se lo enseñó.

—Es realmente perverso —manifestó ella mirándolo con suma atención. Greta tuvo la fuerte sensación de que no era la primera vez que veía aquel diseño tan tierno y espeluznante a la vez.

—Lo sé. Kellander dice que *BigGirlLover* es un alias que usan los pedófilos que tienen preferencia por las niñas pequeñas. —Notó que se había quedado absorta mirando el dibujo—. ¿Qué sucede?

—Ya he visto antes este símbolo...

—¿Dónde?

Levantó ambas piernas encima del sillón. Trató de hacer memoria. Miró el dibujo de nuevo. Un corazón envolviendo a otro más pequeño...

¡Dios! ¡Ahora lo recordaba!

—Kerstin tenía un broche parecido —dijo de repente—. Lo llevaba en una de las fotografías que había en su habitación.

—¿Estás segura?

Greta asintió.

Ambos se miraron y sonrieron. El descubrimiento que acababan de hacer significaba un avance importante en el caso.

—No te he ofrecido nada. ¿Te apetece tomar algo? Un café no nos ayudará a vencer el insomnio, pero es lo único que me queda. Mañana me toca ir al supermercado —le dijo yendo hacia la cocina.

¡Al demonio con el insomnio! Solo podía pensar en que compartiría un rato más con ella y, quizá, café de por medio, se animara a confesarle la verdadera razón que lo había empujado hasta allí.

CAPÍTULO 24

Greta estaba tardando demasiado con el café o al menos eso le pareció. Se levantó y fue hasta el equipo de música. Vio que tenía un CD cargado, le dio al *play* y se sorprendió gratamente al escuchar la voz de Tom Englund entonando *Torn*. Había estado escuchando a su grupo favorito. Sabía que esa era la canción que más le gustaba a Greta de Evergrey; se lo había dicho en una oportunidad, y no lo había olvidado.

Ella regresó de la cocina con una bandeja. Mikael bajó un poco el volumen, dejando que la música sonara de fondo. La miró.

—Me gusta escucharlos a veces cuando leo —le dijo esperando que le creyera.

Le sonrió. Era solo una canción, pero sentía que la conexión entre ellos se afianzaba aún más. La observó mientras acomodaba las tazas encima de la mesita. Al inclinarse, la parte superior de su pijama se abrió un poco, lo suficiente para vislumbrar parte de uno de sus pechos.

Contuvo la respiración.

—¿Azúcar?

No le respondió.

—¿Le echas azúcar? —volvió a preguntar.

Levantó la vista.

—No, lo prefiero amargo. —La verdad era que podía prescindir del café en ese momento. Lo único que deseaba era volver a repetir el beso que se habían dado esa mañana.

Greta se incorporó cuando lo vio aproximándose a ella. Permaneció quieta, adivinando lo que estaba a punto de suceder. Lo único que se movía era su pecho agitado. Mikael sorteó la mesita y se acercó. Unos pocos centímetros los separaban.

Rozó su mejilla y ella buscó, casi con desesperación, el contacto áspero de su mano. Con el dedo pulgar comenzó a masajearle el cuello. Cerró los ojos y suspiró mientras él seguía acariciándola, ahora con más intensidad. Escuchó que respiraba con fuerza. Entonces, tomó su mano y la llevó al lugar exacto donde quería ser tocada.

Sus pechos fueron asomándose poco a poco. Con el brazo que tenía libre, la sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo para sentir los dos pequeños montículos aplastarse contra su torso. No pudo contenerse más y la besó. Fue completamente diferente al beso que se habían dado esa mañana. Esta vez no hubo vacilación o pudor de parte de ninguno de los dos. Greta comenzó a tironear el *sweater* de Mikael hacia arriba. Él se apartó un poco para que pudiera sacárselo por la cabeza. Luego lo arrojó a un costado, cayendo encima de la mesita. Una de las tazas de café se volcó, pero ninguno lo notó. Mikael observó cómo Greta se soltaba el pelo. Bajó el rostro hasta su cuello para hundirse en él. Sintió la tensión en la entrepierna cuando Greta le metió la mano por debajo de la camiseta. Volvió a besarla. Le mordió suavemente el labio inferior y lo tironeó. Sin soltarse, empezaron a moverse por todo el salón. Se tropezaron con varios objetos en el camino hasta que por fin dieron con una pared. Mikael le quitó la parte superior del pijama y comenzó a lamerle los pechos. Greta se retorció de placer. A tientas, buscó la cremallera de los pantalones. Pero de repente, él la tomó del culo y la levantó. Enroscó sus piernas alrededor de la cintura de él. Ahora estaban a la misma altura.

—Vamos a tu habitación —dijo él con urgencia.

—Por allí —le indicó cuando pudo recuperar el aliento.

La llevó a horcajadas y, cuando llegaron hasta la puerta, se agachó un poco para que ella pudiera alcanzar el picaporte. Una vez dentro, tanteó la pared y encendió la luz. Mikael tomó posesión de su boca nuevamente. Como pudo, Greta miró de reojo a su alrededor. Sintió alivio cuando vio que la habitación estaba ordenada. Solo había algunos libros en el sofá y una bata colgaba de la silla que estaba junto al *dressier*.

Él se dio media vuelta, avanzó unos pasos y, sujetándola por la cintura, la subió encima de la cama. La contempló durante unos segundos desde abajo. Los pechos se movían al ritmo de su respiración y, cuando le tocó el vientre, lo sintió palpar. Comenzó a descender hasta que el pijama y la ropa interior se deslizaron por sus piernas. Rápidamente, Greta se deshizo de ellos. Mikael acercó su mano a la entrepierna y rozó suavemente el vello rojizo.

Ella se aferró con fuerza a sus hombros y, como había hecho apenas unos minutos antes con el *sweater*, le quitó frenéticamente la camiseta y la arrojó por el aire. Mikael se deshizo del resto de las prendas mientras ella se deleitaba viéndolo. Cuando estuvieron completamente desnudos, se acariciaron mutuamente con la mirada.

Contuvo el aliento: Greta parecía una diosa nórdica con el pelo rojo cayéndole por los hombros. La asió de las caderas, luego hundió el rostro en su sexo. Ella cerró los ojos y comenzó a balancearse siguiendo el ritmo de *Torn*, que seguía reproduciéndose una y otra vez en el equipo de música.

Mikael le besó el ombligo y, después, la hizo arrodillarse. Se ubicó frente a ella, también de rodillas, y la sentó sobre sus piernas abiertas. Greta le puso los brazos alrededor del cuello para acomodarse mejor. Cuando sintió el miembro erecto rozando la parte baja de su vientre, le buscó la mirada. Entonces, Mikael la penetró. Ella se echó hacia atrás, apretando con fuerza los ojos. Después, se arqueó hacia delante y comenzó a cabalgarlo. Cuando los movimientos se hicieron más intensos, él la asió de la nuca y la besó apasionadamente.

A punto de alcanzar el clímax, Greta gritó su nombre entre medio de los gemidos.

Completamente exhaustos, se dejaron caer en la cama. Ella se acurrucó en su pecho, mientras intentaba recuperar el aliento. Mikael enterró la nariz en la mata de cabello rojizo y aspiró fuerte. Sabía a manzanas y a sudor.

No dijeron nada. Permanecieron abrazados hasta quedarse dormidos.

* * *

Al día siguiente, fue Greta la primera en abrir los ojos. Cuando vio a Mikael dormido a su lado, se vio embargada por una extraña combinación de sensaciones: dicha e incertidumbre. No quería pensar demasiado en lo que vendría a partir de ahora. La noche anterior tampoco había pensado en las consecuencias que podría acarrear lo ocurrido, simplemente se había dejado llevar por el momento... por lo que sentía.

Se apartó de Mikael y se levantó sigilosamente de la cama. La parte superior del pijama había quedado en el salón, así que se puso la bata que descansaba en la silla. Anudó el lazo con fuerza y se peinó el pelo con las manos. Volvió a mirarlo. Las sábanas no alcanzaban a cubrirlo por completo. Recorrió la fina línea de vello que nacía en su pecho y terminaba más allá de su abdomen. Tenía un brazo extendido a lo largo del cuerpo y el otro detrás de la cabeza. Le daba pena despertarlo, pero pronto las calles del pueblo se llenarían de gente. Alguien podría verlo, y no le causaba ninguna gracia convertirse en blanco de los chismes. No eran las nueve todavía, tal vez podía invitarlo a desayunar antes de que se fuera.

Fue raudamente a la cocina. *Miss Marple* la recibió batiendo las alas. Se había olvidado de ella. La lora no estaba acostumbrada a pasar tantas horas encerrada y se

ponía inquieta cuando la sacaban de su rutina diaria. Le abrió la jaula. Inesperadamente, *Miss Marple* voló unos metros hasta la puerta que daba al salón y aterrizó en el pasillo.

—Cariño, no te enojés. —Notó que la lora se quedó quieta. Cuando alzó la vista, se topó con Mikael. Él llevaba puesto solo los pantalones vaqueros.

—Hola, *Miss Marple*. —Se puso en cuclillas e intentó tocarla, pero el ave emitió un chillido y se apartó.

—No suele despertarse de buen humor por las mañanas —dijo Greta tratando de justificar la conducta de su lora. No sabía qué le ocurría, pero se estaba comportando de manera muy extraña.

Mikael se rindió cuando *Miss Marple* se alejó de él en dirección a la habitación de su dueña. Entró en la cocina y se tomó un tiempo para contemplar a Greta a sus anchas mientras ella sacaba un par de tazas de la alacena. La bata se deslizó hacia arriba, revelando buena parte de sus muslos. Se acercó por detrás y sin previo aviso la asió por la cintura, pegándose a su cuerpo. Le apartó el pelo del cuello y le susurró «buenos días» en el oído.

Greta se estremeció cuando las manos de Mikael bajaron lentamente hasta posarse en sus hombros.

—Buenos días —respondió.

Antes de que se diera cuenta, ella se le escabulló de los brazos y fue a encender la estufa. Mikael se dirigió al salón para buscar el resto de su ropa. Regresó a la cocina con la camiseta puesta y el *sweater* en la mano.

—¿Sabes con qué se quitan las manchas de café?

La prenda estaba hecha un desastre.

—Lo siento...

Mikael le sonrió.

—No es tu culpa.

—Puedo solucionarlo. —Le quitó el *sweater* de las manos y lo llevó al fregadero. Sacó un huevo del refrigerador y con cuidado separó la yema. La colocó en un pequeño bol en donde agregó agua fría hasta formar un mejunje. Luego, frotó las manchas de café con él.

—¿Funciona? —preguntó él, algo escéptico.

—Es un remedio casero que me enseñó tía Ebba. A ella le funciona, no veo por qué a mí no. —Cuando terminó, colgó el *sweater* cerca de la estufa—. Tardará en secarse.

—No importa, me las arreglaré.

—Creo que tengo una chaqueta de mi padre en el armario. Puedes llevártela. Eso

sí, ni si te ocurra presentarte en la comisaría con ella —le advirtió—. Si te ve usándola, puede desatarse la tercera guerra mundial.

Aquel comentario, medio en broma, medio en serio, no le arrancó una sonrisa a ninguno de los dos.

—Iré a casa a cambiarme primero, igual... creo que, tarde o temprano, Karl terminará enterándose de lo nuestro —dijo, presintiendo lo que se les venía encima.

Lo nuestro. ¿Qué significaban realmente aquellas palabras? ¿Qué eran ellos? Hasta el momento, lo único que tenía en claro Greta era que se habían acostado.

Mikael percibió su estado de confusión. Era hora de enfrentar a Greta con su verdad.

—Ven, quiero que hablemos. —La tomó de la mano y la condujo hacia el salón.

Vio que él había recogido la parte superior de su pijama y la había puesto sobre el sofá. Causó cierto efecto en ella estar de nuevo allí, donde la noche anterior había comenzado todo.

Mikael se sentó y ella se ubicó a su lado.

—Yo no me arrepiento de lo que sucedió, ¿y tú?

—Tampoco —respondió mirándolo a los ojos.

—Anoche estaba en mi cama y no podía dormir.

—La circunstancia me es familiar.

Él sonrió.

—Sabía que probablemente estaba a punto de cometer una locura, pero no me importó. Llegué hasta tu puerta dispuesto a abrir mi corazón contigo.

Greta tragó saliva.

—Mikael, no quiero que mientas solo para hacerme sentir mejor. Sé perfectamente cómo están las cosas. Nuestra situación ha sido complicada desde el principio...

Él le selló los labios con su dedo índice, obligándola a callarse.

—Eso ha cambiado, al menos mi situación ya no es la misma.

Frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Subió una pierna encima del sofá.

—Pia me ha dejado.

Greta se quedó atónita.

—¿Qué dices? —Siempre había creído que Pia era de las mujeres que se quedaban al lado de su esposo hasta el final, sin importar lo que sucediera.

—La verdad: he venido hasta aquí para contártela.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace unos días. Me enfrentó y me dijo que se iba, que ya no podíamos seguir así. —Hizo una pausa para respirar hondamente—. Antes del aborto, nuestro matrimonio tambaleaba. La pérdida del niño terminó convirtiéndolo en un infierno. Pia supo salirse a tiempo de él.

Greta le tocó la pierna.

—¿La extrañas?

Negó con la cabeza.

—Me siento culpable. Sé que le hice mucho daño.

Vio cómo se angustiaba de repente.

—No fue tu culpa que Pia perdiera al bebé. Es joven y podrá quedar embarazada cuando lo desee —dijo a sabiendas de que, si eso realmente ocurría, se le rompería el corazón.

—Ya no.

—¿No?

—Me llamó el otro día para decirme que se había hecho unos exámenes en Falun. Según el médico que la atendió, su útero ya no sirve.

Sintió una pena inmensa por ella. No había llegado a conocerla demasiado bien. Había ido un par de veces a la librería, en calidad de cliente, aunque siempre sospechó que, en realidad, se había acercado hasta Némesis para conocerla, tal vez porque intuía que algo pasaba entre Mikael y ella.

—Lo siento. Me imagino lo duro que debe de ser para ella... para ambos.

—Me siento mal por Pia, no por mí —manifestó—. Deseaba tanto convertirse en madre... Siempre termino arruinándolo todo.

Greta tomó sus manos.

—No seas tan duro contigo mismo. La separación también te ha afectado, quizá más de lo que te imaginas o te atrevas a reconocer. Pia sufrió, es cierto, pero ¿qué hay de ti? Es tu hijo el que perdió.

No le gustaba hablar de aquel tema con ella. Sentía que ponía una enorme nube negra sobre sus cabezas. Lo que había vivido con Greta la noche anterior era demasiado especial como para permitir que los errores del pasado le hicieran sombra. Además, ella no merecía pagar por ellos.

—Mejor hablemos de otra cosa mientras desayunamos juntos, ¿te parece? —sugirió al tiempo que intentaba sonreír.

Greta estuvo de acuerdo, aunque antes tenía que saber algo.

—Mikael, ¿quién es Sofie?

Le sorprendió la pregunta.

—Es mi cuñada, la hermana de Pia —le explicó.

Sonrió aliviada.

—¿Me parece a mí o estabas celosa?

No respondió. Se dispuso a levantarse, pero él la sujetó de la muñeca.

—Espera.

—¿Qué?

—Quiero besarte —le dijo, con la voz ronca.

Después de besarse y hacerse arrumacos en el sillón, regresaron a la cocina. Estaban famélicos. Mientras devoraban unos *croissants* y bebían café, comentaron sobre la investigación.

—¿Estás preparada para la misión que te encomendó tu padre?

Greta asintió.

—Tengo la impresión de que papá no es al asesino a quien quiere distraer, sino a mí, para que no siga entrometiéndome en el caso. Si lo piensas bien, ni siquiera me necesitaba: bastaba con levantar el teléfono y hablar con la persona indicada.

Tenía razón. Él también sospechaba lo mismo, por eso le extrañaba que Greta hubiese accedido de todas formas.

—Voy a hacerlo hoy, aprovechando que es domingo y seguramente Pernilla asistirá al sermón del reverendo Erikssen.

—Espero que dé resultado. Necesitamos que nuestro hombre baje la guardia y sienta que puede actuar a sus anchas.

—No olvides lo que te dije anoche sobre el broche que vi en una de las fotografías de Kerstin —le recordó.

La miró. No podía olvidar nada de lo que había sucedido la noche anterior. Le hizo señas de que se volteara.

—Mira quién está aquí.

Miss Marple entró a la cocina, caminando toda presumida.

—Ven aquí, bandida. —Se inclinó hacia delante y le puso la mano para que se subiera. La lora se aferró a su puño cerrado. Luego, se la colocó encima del hombro —. Se ha enfadado conmigo porque la dejé toda la noche en la jaula —le dijo.

—Creo que no le agrada verme aquí —especuló Mikael al tiempo que observaba como *Miss Marple* se acicalaba una de las alas.

—Está demasiado apegada a mí. Cuando viajé a Söderhamn y tuvo que quedarse con mi padre, le hizo pasar las mil y una. Parece que sufrió de ansiedad por separación.

Mikael aún no sabía cómo le había ido en ese dichoso viaje. Nunca había tenido la oportunidad de preguntárselo. Sintió que era el momento de hacerlo.

—Greta... ¿qué sucedió en Söderhamn?

Bajó a *Miss Marple* al suelo, se pasó una mano por el cabello y bebió rápidamente un sorbo de café antes de responderle.

—A pesar de mi reticencia en hacer ese viaje, creo que fue la mejor decisión que pude tomar. Descubrí que era necesario voltear esa página nefasta de mi historia de una buena vez. Logré exorcizar muchos fantasmas cuando vi a Stefan con otra mujer. Él se las arregló para seguir sin mí... yo debo hacer lo mismo. —Después de hablar, soltó un suspiro.

Mikael estiró el brazo por encima de la mesa y le tomó la mano. No le dijo nada, solo la miró a los ojos.

Greta dio un salto cuando sonó el teléfono.

—Regreso enseguida.

Le costó encontrar el móvil. Por fin, lo halló debajo de la novela de Laura Lippman. Regresó a la cocina con él.

—Diga.

Mikael la observó por encima de la taza de café.

—Bien, ¿y tú?

Después de que su interlocutor habló, ella respondió.

—No lo sé, no tengo ningún plan en especial.

Intentó escuchar quién estaba del otro lado de la línea, pero no pudo. Igualmente, tenía sus sospechas de quién podía ser.

—Claro, nos vemos entonces.

Cuando ella cortó, le sonrió. Notó que estaba algo nerviosa.

—Era Niklas —le dijo.

—Es evidente el interés que tiene por ti. Esta tarde, cuando volvíamos de Orsa, me acribilló a preguntas. Tengo la sensación de que Kellander piensa que tú y yo somos confidentes. Intentó sonsacarme si estabas saliendo con alguien, si habías dejado novio en Söderhamn...

—¿De verdad te preguntó todas esas cosas?

Él asintió.

—Niklas es solo un amigo —le aclaró con la intención de zanjar ese asunto de una buena vez. Podía soportar que su padre o Hanna pensarán que podía haber algo entre ellos, sin embargo, no quería que Mikael creyera lo mismo.

No siguieron hablando de él. Greta se puso a lavar las tazas, y Mikael consideró que ya era hora de marcharse. Ella buscó la chaqueta de Karl y prometió que le devolvería su *sweater* como nuevo.

Estaban junto a la puerta. Les estaba costando despedirse.

—Mañana enviaré a alguien a la casa de Kerstin por lo del broche —le dijo, con la

excusa de quedarse unos minutos más.

—¿Por qué no me dejas a mí? Ya he estado en esa casa y su hermanita me tiene confianza. Puedo hablar con ella y con su madre a ver si saben algo.

Mikael dudó.

—No sé...

—O tal vez prefieras decirle a mi padre cómo te enteraste de que Kerstin usaba un broche con el símbolo pedófilo de *BigGirlLover* —lo presionó.

—¿Harías eso? —La miró con los ojos entornados.

—Si fuera tú, no me arriesgaría.

—Siempre te sales con la tuya, Greta Lindberg.

—Siempre me salgo con la mía, teniente Stevic. —Le sonrió seductoramente. Se puso en puntas de pie y le rozó los labios. Mikael no se conformó. La apretó contra él para intensificar el beso.

Cuando finalmente se fue, Greta corrió a la ventana y se quedó mirándolo hasta que su coche dobló en Kyrkogatan. Vio que algunas personas ya salían de la iglesia. No tenía tiempo que perder. Después de darse un baño, salió a la acera con una escoba en la mano. No quería que el encuentro con Pernilla Apelgren pareciera forzado. Comenzó a barrer mientras observaba disimuladamente a la gente que volvía a sus casas luego del sermón dominical. Pronto divisó a la anciana. Se puso a barrer cerca de la calle para que la viera. Alzó la vista y sonrió cuando Pernilla la saludó con la mano. Conociéndola, sabía que no se resistiría a acercarse para hablar con ella. Siguió barriendo y pronto escuchó la voz chillona de la anciana a sus espaldas.

CAPÍTULO 25

El lunes temprano, Mora amaneció con la noticia de que la policía había detenido al presunto autor de los crímenes de Kerstin Ulsteen y Mattias Krantz.

Greta lamió el dulce de arándanos que caía por uno de los costados de la tostada y tomó el control remoto para subir el volumen del televisor. La reportera de turno, una muchacha delgadita con rasgos orientales y acento extranjero, se encontraba transmitiendo en vivo desde la comisaría. Un vehículo que acababa de ingresar por el patio lateral del edificio pronto armó un gran revuelo. Greta vio a su padre y a Nina, que trataban, sin mucho éxito, de escabullirse de los reporteros que se les venían encima para poder conseguir una declaración.

Sonrió. Salía muy bien en cámara, incluso parecía más delgado. Debía de estar satisfecho: su plan había dado resultado. Ella había puesto a rodar la pelota que, tras pasar por la lengua viperina de Pernilla Apelgren, se había convertido en una enorme bola de nieve.

Escuchó con atención a la cronista.

«Rige un gran hermetismo por parte de las autoridades policiales. Ni el inspector Lindberg, ni ninguno de sus hombres han querido confirmar o desmentir si, efectivamente, tienen bajo custodia al presunto asesino de Kerstin Ulsteen y Mattias Krantz. Una fuente extraoficial nos ha revelado que es un hombre mayor, que reside en el pueblo desde hace muchos años y que conocía tanto a la niña asesinada como al joven que en un principio fue sospechoso del crimen. Esto es todo. Estamos en vivo desde la comisaría. Regresaremos si surge alguna novedad».

Greta sonrió. Esa fuente extraoficial que había mencionado la reportera tenía nombre y apellido: Pernilla Apelgren.

No le había costado mucho hacer que pisara el palito. Le había bastado decirle,

como quien no quiere la cosa, que la policía había tomado muy en serio la declaración de su amiga Agnetta Bramsen. Le había dicho también que no querían todavía revelar el nombre del culpable porque faltaban los resultados de algunas pericias, pero que todos sabían quién era. Conociendo la innata vocación de la anciana por soltar algún chisme jugoso, sabía que sus palabras no caerían en saco roto.

Por supuesto que corrían el riesgo de que el nombre de Vetle Mørk saliera a la luz, sin embargo, había sido el mismo Karl quien había hablado con él para explicarle el plan y pedirle colaboración. El cazador accedió de inmediato, pero tuvo el tupé de imponerle al inspector dos condiciones. La primera: que, en caso de que su nombre se diera a conocer, fuera la misma policía la que saliera a aclarar que él no había tenido que ver con los crímenes. La segunda: que nunca le dijese a Agnetta Bramsen que él había matado a su gato. Karl no había tenido más remedio que aceptar. Vetle Mørk jamás había sido considerado sospechoso; era la persona que había encontrado el cuerpo de Kerstin y, si bien, en muchas ocasiones, quien hallaba a la víctima podía ser el culpable, lo habían descartado de inmediato. El horticultor tenía coartadas sólidas para ambos hechos. Conducía un todo terreno algo destartado que obviamente no era el vehículo que Björn Ulsteen había jurado ver la madrugada del crimen. Además, el viejo Vetle ni siquiera tenía ordenador en su casa. Pero, todos esos detalles, la prensa y el público no los conocían: mucho menos el asesino.

Escuchó un auto estacionarse frente al apartamento. El corazón le dio un vuelco. Sus ojos se posaron en el *sweater* de Mikael. No habían acordado cuándo se lo devolvería, tampoco habían quedado en verse tan pronto. Llegó a la puerta incluso antes de que llamara. Pero cuando abrió, se desencantó. No era él, sino Niklas.

De inmediato se dio cuenta de que Greta esperaba a otra persona.

—Por la expresión en tu rostro, deduzco que olvidaste que pasaría a verte hoy.

Le sonrió para atenuar un poco su reacción. Tenía razón, se había olvidado por completo de que pasaría a verla antes de ir a la comisaría.

—Lo siento... he estado demasiado ocupada con los preparativos de la firma — mintió.

—No te preocupes. —Miró por encima de su hombro—. ¿Me invitas a pasar? Desde aquí me llega el delicioso olor de tu café.

Greta abrió más la puerta y le hizo espacio para que entrara. Niklas pasó muy cerca de ella. El olor de su perfume, demasiado especiado para su gusto, provocó que estornudara.

—¿Aún estás resfriada?

—No, creo que soy alérgica a tu perfume.

—No es el que uso habitualmente. El mío se me terminó y es el único que

conseguí que se le pareciera al menos un poco. Imagino que exageré y me eché de más —le dijo a modo de disculpa.

Al pasar hacia la cocina, Niklas vio un *sweater* de hombre perfectamente doblado encima de un mueble. Era de color beige y tenía la sensación de que lo había visto antes. A juzgar por lo nerviosa que se había puesto Greta cuando se dio cuenta de que lo había visto, fue sencillo adivinar a quién pertenecía.

No dijo nada, solo se limitó a seguirla hacia la cocina.

* * *

La prensa seguía apostada fuera de la comisaría desde la mañana. Nina los observó a través de la ventana de su oficina. Parecía que no iban a moverse de allí por ninguna razón. Habían mordido el anzuelo, justamente como querían. A esa hora, el verdadero asesino ya debía de estar enterado de que habían puesto bajo custodia al supuesto asesino de Kerstin y Mattias. Esperaban que aquella jugada les saliera bien. Solo bastaba un error de su parte para poder atraparlo.

Acomodó el bonsái para que le diera un poco de sol y se sentó en el escritorio. Como había estado ocurriendo los últimos días, esa tarde también recibirían la visita de Josefine Swartz. La escritora había sabido acaparar la atención de casi todos en la comisaría, especialmente la de Karl. Nunca había sido celosa, todo lo contrario, era ella la que había padecido los celos de sus exparejas. Sin embargo, ahora, le molestaba ver a Karl cerca de Josefine. Le había costado mucho conseguir que finalmente aceptara tener algo con ella como para dejar que se encandilara con otra mujer.

Tenía que hacer algo.

Alguien llamó a su puerta.

—Adelante.

Stevic entró. De inmediato percibió algo distinto en él.

—¿Estás ocupada?

—Para un amigo, nunca. —Lo invitó a sentarse—. ¿Alguna novedad?

—Precisamente a eso vengo. Ayer me enteré de algo y preferí comentarlo contigo y no con Karl.

La sargento comenzó a jugar con un bolígrafo.

—O sea que Greta está involucrada.

Él asintió.

—Ella está segura de que vio una fotografía en la habitación de Kerstin en donde la niña llevaba puesto un broche con el símbolo de *BigGirlLover*.

—Sabemos que Mattias le regaló una pulsera, también pudo regalarle el broche. Debemos ir a hasta su casa y ver qué sabe su familia —sugirió.

—Greta iba a hablar con su madre hoy —reveló.

—¿Y tú se lo permitiste?

Se puso de pie y fue hasta la ventana.

—Me cuesta mucho decirle que no.

—Te tiene comiendo en la palma de su mano, ¿lo sabes, no?

Mikael respiró hondamente. Claro que lo sabía. Por Greta era capaz de cualquier cosa, incluso de enfrentarse a Karl. Si no le había dicho lo de la foto, había sido para no ponerla en evidencia a ella.

Cuando giró sobre los talones debió enfrentarse a la mirada inquisidora de su compañera.

—¿Hay algo que quieras decirme? No me refiero al caso —le aclaró.

No sabía qué hacer. Durante los últimos meses, Nina se había vuelto su confidente. Deseaba dejar cualquier duda de lado y contarle lo que había sucedido entre Greta y él la noche anterior, pero se frenó.

—No, nada.

Nina lo miró fijo.

—¿Seguro?

—Seguro. Voy al centro de comandos a ver si Kellander logró conseguir más información en las salas de *chat*. ¿Vienes conmigo?

—En un rato.

Cuando el teniente dejó la oficina, Nina se quedó mirando la puerta por un buen rato. Su olfato no le fallaba: algo estaba ocurriendo con su compañero.

* * *

Greta tenía un par de horas libres antes de abrir la librería y las aprovecharía para acercarse hasta la casa de los Ulsteen y averiguar algo del broche con el símbolo pedófilo que tenía Kerstin en una de las fotografías de su habitación.

Lisa, la madre de Kerstin, se mostró contenta de verla. Le contó que, después de su visita, la niña había regresado a la escuela y ya no se orinaba en la cama.

—Me alegro mucho por ella y por usted. —Bebió el té con limón que le había

ofrecido y se alisó la falda—. Lisa, necesito hacerle una pregunta sobre un broche que tenía Kerstin...

—Mi hija adoraba las joyas, ¿a cuál de ellos se refiere?

Greta sacó un papel del bolso. Era el dibujo que había hecho Mikael.

—¿Lo reconoce?

La mujer lo observó detenidamente.

—Sí, creo que sí. Ya le dije, Kerstin coleccionaba toda clase de bisutería. Tiene... tenía varios cofres repletos de pulseras, collares, aretes...

—¿Sabe quién se lo pudo haber dado?

Lisa Ulsteen se encogió de hombros.

—Es imposible saberlo. La mayoría de las veces, su papá le daba dinero para que se comprara lo que quisiera; otras, hacía intercambios con sus amigas.

Cada respuesta que le daba parecía conducirla a un callejón sin salida.

—¿Quién era la mejor amiga de Kerstin?

—Sanna Reiner. Vive a dos calles de aquí, junto a la farmacia —le indicó—. Estaban casi siempre juntas. El día que mi niña desapareció, se dirigía a su casa.

Greta sabía quién era Sanna. Muchas veces, había ido a Némesis para comprarle libros de Nancy Drew. No podía irse sin antes cerciorarse de si, efectivamente, el broche que le había visto usar a Kerstin era el mismo que buscaban.

—¿Podría ver su habitación? Necesitaría comprobar algo.

—¿Para qué? ¿No han atrapado ya al hijo de puta que mató a mi hija? En la televisión no se habla de otra cosa. No entiendo por qué la policía no da su nombre... me gustaría saber quién fue. —Cruzó los brazos.

Greta notó la rabia en su mirada. Era justo que una madre quisiera saber quién había matado a su hija. Cuando había decidido ir hasta allí, no había previsto aquel detalle. No podía decirle nada. No hasta que la trampa que le habían puesto al verdadero asesino arrojara algún resultado positivo.

—Entiendo cómo se siente, Lisa. La policía ha preferido no revelar el nombre todavía. Mi padre me ha dicho que quedan algunos cabos sueltos por resolver antes de hacerlo. Por eso, necesitaría volver a revisar la habitación de Kerstin.

Lisa finalmente accedió. La acompañó a la planta alta y entró con ella en el pequeño santuario que había creado para su hija.

Greta se dirigió rápidamente al panel de corcho donde había visto la fotografía. Las miró detenidamente. No la veía por ninguna parte. Cuando estaba por perder la esperanza, Lisa le dijo:

—Fíjese en el primer cajón de la cómoda. Jenny estuvo ordenando las cosas de su hermana el otro día.

Abrió el cajón. No tuvo que buscar demasiado: la encontró de inmediato. Estaba encima de todas las demás. La sacó y la miró de cerca.

No se había equivocado: el broche que lucía Kerstin en el vestido era el símbolo que portaban los pederastas para indicar que preferían a las niñas pequeñas. Le mostró la foto a Lisa.

—¿Sabe cuándo se la tomaron?

—No. —Tomó la fotografía para verla mejor—. Mi hija tenía muchas fotos. Esta, en particular, no recuerdo haberla visto antes.

—¿Segura?

Asintió con la cabeza.

—¿Tampoco reconoce dónde fue tomada?

Volvió a mirarla.

—No.

Greta observó la fotografía más detenidamente. Kerstin posaba para el lente con una sonrisa. Se veía feliz; seguramente porque estaba haciendo lo que más le gustaba. Observó el lugar donde había sido fotografiada. Había una chimenea de piedra detrás de ella, y la pared era de madera, pero alguien la había pintado de verde, lo que no era muy usual. Una cabaña... ¡La cabaña que Mattias tenía en el bosque! ¡La foto había sido tomada allí!

—Lisa, esta no es la ropa con la que salió Kerstin el día que desapareció, ¿verdad?

—No, ese vestido que lleva lo usaba solo para ocasiones especiales.

¡Dios! ¡Kerstin había estado en la cabaña antes del secuestro! Dio vuelta la fotografía. Descubrió que habían usado un papel profesional, de muy buena calidad. La puso a contraluz. Entonces distinguió el holograma de Nikon en el margen inferior izquierdo. Hanna le había contado alguna vez que muchos fotógrafos suelen usar la misma marca de cámara y de papel para revelar sus trabajos.

Echó un vistazo a las demás fotos, a las que estaban en el interior del cajón y a las que seguían colgadas en el panel. Se interesó particularmente en la parte posterior. Reconoció el logo del estudio de Hanna en varias de ellas. Había otras que no tenían logo alguno y su papel era de menor calidad, seguramente habían usado una impresora casera.

Miró a Lisa Ulsteen, quien parecía desconcertada con tantas preguntas.

El broche debía de estar en algún lado, solo tenía que encontrarlo. Con la anuencia de su madre, comenzó a hurgar dentro de los joyeros de Kerstin. Como el broche no aparecía, Lisa la ayudó a buscarlo. Pero no tuvo la misma suerte que con la fotografía.

—Ya le dije... se lo pudo haber prestado o regalado a una de sus amigas.

Greta contaba con hallar el broche. Podría tener las huellas de Mattias o de su

cómplice.

—¿Puedo llevarme la fotografía?

Lisa vaciló.

—Prometo devolvérsela.

—Está bien. Le debo una, si mi Jenny ha vuelto a ser la misma de antes, es por su causa.

Greta le sonrió. Le habría gustado quedarse a esperarla para darle un abrazo, pero tenía algo más importante que hacer.

Cuando abandonó la propiedad de los Ulsteen, pasó por la casa de la mejor amiga de Kerstin. Quizá ella supiera algo del broche. Volvió a frustrarse cuando la madre de Sanna le dijo que la niña se había ido a Leksand a un concierto de piano con su clase de música y no regresaba hasta el día siguiente.

Aminoró la marcha cuando llegó al parque en el que Kerstin y sus amigas solían pasar las tardes. Se detuvo y se bajó del Mini Cabrio. Al otro lado de la calle había una fábrica abandonada. Apostaba a que Mattias seguramente se había escudado detrás de aquellas paredes en ruinas para filmar a la niña. Sacó la fotografía y la observó una vez más. Kerstin llevaba el broche y el vestido que, según su madre, se ponía solo para las ocasiones especiales. Se tocaba el cabello con una mano y apoyaba delicadamente la otra en la cintura. Estaba posando como una modelo.

Presentía que la clave para resolver el caso estaba en aquella fotografía. Le habría gustado tener a mano su cuaderno rojo para tomar notas. Cerró los ojos y trató de concentrarse en todo lo que ya sabía de la niña: el gusto por las joyas, su pasión por la moda y el sueño de convertirse en modelo o artista. ¿Qué había dicho Niklas sobre el perfil de los pederastas? Que estudiaban los gustos de sus víctimas para atraerlas con más facilidad. El asesino sabía que Kerstin quería ser modelo y se había valido de ello para seducirla y tenderle una trampa. Mattias había estado en su casa dos semanas antes de su desaparición: allí había visto las fotos, tal vez ella le había contado sobre sus sueños... Lentamente, fue uniendo las piezas, una a una hasta armar el rompecabezas.

El bullicio y unas risas la sacaron de sus cavilaciones. Dos niñas y un niño se acababan de lanzar por un tobogán. A pocos metros de allí, una mujer, que supuso sería su madre, les tomaba una foto.

Volvió a mirar el reverso de la foto.

¡Eso era! Había tenido la respuesta frente a las narices todo el tiempo y no la había visto.

Guardó la fotografía y se subió al Mini Cabrio rápidamente. Buscó el móvil y marcó un número. Se puso nerviosa cuando no la atendieron. A toda velocidad, partió

rumbo a la comisaría.

CAPÍTULO 26

Greta enseguida se vio invadida por una docena de reporteros cuando se bajó del auto. Intentó escabullirse por una puerta lateral, pero la alcanzaron igualmente. —¿Sabe por qué la policía se niega a dar el nombre del supuesto asesino de Kerstin Ulsteen y Mattias Krantz? —Le preguntó la misma reportera que había visto en televisión esa mañana—. Su padre debería dar una conferencia de prensa para poner al pueblo al tanto de las novedades, ¿no cree, señorita Lindberg?

Greta percibió el tono provocador en la voz de la mujer. La miró con mala cara y siguió caminando. Fueron detrás de ella, pero no consiguieron ninguna declaración, solo un frío «sin comentarios».

No bien puso un pie dentro de la comisaría, sacó el teléfono móvil del bolso y volvió a marcar el número de Hanna. Le saltó el contestador.

—¡Maldición, Hanna! ¿Dónde te has metido?

Como había entrado por la puerta lateral, cuyo acceso solo estaba permitido al personal, tardó más en llegar.

—¿Pudiste escaparte de los buitres? —le preguntó Ingrid mientras marcaba la página del libro que estaba leyendo para continuar más tarde.

—No tuve esa suerte. ¿Mikael ha llegado?

—Sí, está con los demás en el centro de comandos. —Notó muy inquieta a la hija del inspector—. ¿Sucede algo, Greta?

—No puedo contártelo ahora, Ingrid. ¿Me harías un favor?

—El que quieras, cariño.

—He estado intentando comunicarme con Hanna y no lo consigo. —Tomó un papelito y le anotó el número de la fotografía—. ¿Podrías intentarlo tú? Si logras que conteste el maldito teléfono, me avisas de inmediato, ¿de acuerdo?

—Sí, quédate tranquila. —No bien Greta se fue al encuentro de los demás, dejó la novela a un lado y se dedicó a llevar adelante la tarea que le había encomendado.

A medida que se iba acercando, la inquietud dio paso a la angustia. No le gustó nada la opresión que comenzó a sentir en el pecho. Cuando llegó hasta el centro de comandos, se detuvo frente a la puerta. Estaba tan nerviosa que ni siquiera golpeó antes de entrar.

Todos se voltearon al verla. Lo primero que hizo fue mirar a Mikael. Él le sonrió, pero, cuando notó que algo no andaba bien, se acercó.

—¿Estás bien? —Le puso una mano en el hombro y le sobó suavemente la espalda, fue un gesto casi imperceptible para los demás, no para ella.

Karl también se aproximó, y Mikael se vio obligado a soltarla.

—¿Qué pasa, cielo?

Greta metió la mano dentro del bolso y le entregó a su padre una fotografía.

Karl la miró.

—Es Kerstin... —murmuró. Cuando miró la foto con más atención anunció—: Tiene puesto un broche con el símbolo de *BigGirlLover*. —Se dirigió a la pizarra y la colocó a la vista de todos. Se volteó y observó a su hija—. Ahora, explícame, ¿cómo es que esta foto llegó a tus manos?

—Supe que habían encontrado a alguien en la red de pedófilos que preguntaba por el video que Mattias le había enviado a Ralph Bergman. —Trató de no mencionar nombres, aunque dudaba de que su padre se conformara con eso—. Y que ese alguien usaba un *nick: BigGirlLover*.

—Fui yo quien compartió esa información con ella —salió Niklas en su favor.

Tanto Greta como Mikael se lo quedaron mirando.

—También le conté lo del símbolo...

—Así es. —Ignoraba por qué mentía, pero, en ese momento, en el que no tenía ganas de ponerse a discutir con su padre, se lo agradeció y mucho—. Cuando vi el dibujo, me di cuenta de que lo había visto antes en la habitación de Kerstin. Esta mañana volví para buscar la foto y el broche.

—¿El broche no apareció? —quiso saber Nina.

—No, su madre me dijo que Kerstin solía intercambiar joyas con sus amigas. Pasé a ver a Sanna Reiner, pero está en Leksand y no vuelve hasta mañana.

—¿Pero tú no crees que lo tenga ella, verdad?

—No, Nina, no lo creo. —Se paró al lado de la pizarra—. Jenny Ulsteen me contó que Kerstin soñaba con ser modelo: si observan bien esta foto, está posando para la lente como lo haría una modelo. Su madre me dijo que el vestido que llevaba lo usaba en ocasiones especiales y que no lo tenía el día de su desaparición.

—Así es. —Esta vez fue Mikael quien habló—. Ese día llevaba unos pantalones rojos y una chaqueta de abrigo color gris.

—Exacto, lo que prueba que Kerstin se tomó esta foto antes de su secuestro. No se puede ver mucho del lugar, pero la chimenea de piedra y la pared de madera sugieren que tal vez se encontraba en una casa de campo... quizá una cabaña. ¿Hay alguna foto de la cabaña de Mattias?

Miriam abrió una carpeta y sacó una fotografía.

—Fue tomada después del incendio, pero parte de la chimenea quedó en pie. —Se levantó con la intención de alcanzársela a Greta, pero Karl la interceptó.

Todos vieron como el inspector Lindberg ocupaba un lugar al lado de su hija. En la mano, sostenía la foto que los peritos habían obtenido de la cabaña luego del incendio. La colocó junto a la que había traído Greta. Tenía razón: era la misma chimenea y, aunque el muro a su alrededor estaba bastante chamuscado, se podía ver debajo del hollín que era de color verde.

—Greta está en lo cierto entonces —manifestó el teniente—. Kerstin estuvo en esa cabaña antes del secuestro.

—Ahora sabemos de qué se valió para ganarse su confianza —dijo Niklas, admirado por la agudeza de Greta y el importante avance que aquel descubrimiento aportaba a la investigación—. Es bastante obvio que Mattias la tuvo fácil: se acercó a la víctima prometiéndole, quizá, un futuro en el mundo del modelaje. Había estado en la casa de Kerstin antes de su secuestro. Seguramente allí se enteró del sueño de la niña de convertirse en modelo. Le regaló una pulsera, tal vez también le dio el broche.

Greta negó con la cabeza.

—No creo que el broche provenga de Mattias. Él pudo habérselo dado, pero de parte de alguien más.

—*BigGirlLover* —dijo Karl.

—Volviendo a la foto, dudo de que Mattias haya sido la persona al otro lado de la lente —alegó Greta—. Tuve la oportunidad de ver el resto de las fotografías que Kerstin tenía en su habitación. Algunas de ellas fueron reveladas por mi amiga Hanna, ya que tenían el logo de su estudio, pero esta... —La sacó de la pizarra y la dio vuelta —... es bastante diferente a todas las demás. —La levantó y la movió. Los que estaban más cerca distinguieron un pequeño holograma amarillo y negro, característico de la marca Nikon—. Es la cámara que usaría un fotógrafo profesional.

Niklas la miró con un gesto interrogante.

—¿Acaso...?

—Me temo que sí. —En ese momento, en el que todos estaban esperando que Greta y Niklas explicaran de qué hablaban, Ingrid entró sin golpear.

—Disculpen. —Miró a Greta—. He conseguido comunicarme con tu amiga. Te he pasado aquí la llamada.

—Gracias, Ingrid. —Cruzó el recinto deprisa y, antes de contestar, puso el altavoz para que todos los presentes escucharan la conversación—. ¿Hanna, dónde estabas?

—¿Por qué? ¿Sucede algo?

—Te he estado llamando y no respondías.

—Es que decidí tomarme la tarde libre.

—¿Estás en tu casa?

—No. ¿Adivina qué? —Hizo una pausa que solo consiguió angustiarla más de lo que ya estaba—. Evert me ha invitado a conocer su casa y pienso pasar la noche con él.

Greta se dejó caer en la silla.

—¿Estás ahí ahora?

—Sí, acabo de llegar. Oye, ¿qué pasa? Te noto extraña...

No podía decirle la verdad. Hacerlo sería poner su vida en riesgo.

—No pasa nada, Hanna. Solo llamaba para ver cómo estabas.

—¿Segura?

—Segura.

—¿Cómo van las cosas con Niklas o debería preguntar por el teniente Stevic?

A Greta se le subieron todos los colores a la cara. Se despidió de su amiga y cortó. Cuando miró a su padre, tragó saliva.

—¿Qué fue eso? —inquirió.

Esperaba que se estuviera refiriendo a la llamada y no a lo que Hanna había soltado al final. Se tomó unos segundos para responder. Le costaba concentrarse en algo más cuando temía por la seguridad de su amiga.

—Creo saber quién es *BigGirlLover* —dijo por fin.

Todos la miraron. Después de escuchar la hipótesis que había planteado sobre la posibilidad de que el asesino de Kerstin Ulsteen fuese un fotógrafo profesional, el menos sorprendido fue Niklas.

Nina la observó expectante. En cualquier momento, Greta sacaría un conejo de la galera.

—¿Lo conoces?

—Evert Gordon. Es el hombre con el que sale Hanna.

Se hizo un silencio generalizado. Greta acababa de lanzar una bomba.

Karl miró a su hija.

—¿Quién es ese tal Evert Gordon? No me suena el nombre.

—No es del pueblo. Llegó a Mora de vacaciones como tantos otros turistas en esta

época del año. Al menos, es lo que nos dijo a Hanna y a mí. Creo que tenía todo bien planeado desde el principio. Mucho me temo que no se acercó a ella porque le interesara realmente. La usó para estar al tanto de la investigación. No le debe de haber costado mucho averiguar que Hanna era mi amiga y que yo soy hija del inspector de policía. Incluso tengo la certeza de que intentó seducirme, pero no le funcionó y debió conformarse con ella. —Respiró profundo—. Se aprovechó también del hecho de que es fotógrafo profesional para caerle en gracia.

—Que sea fotógrafo no significa que sea nuestro hombre.

Greta se puso de pie, caminó hacia la ventana y observó hacia el exterior. Todavía quedaban algunos periodistas apostados en el lugar. Hanna... Respiró profundo. Por primera vez deseaba estar completamente equivocada. Pero sabía que no lo estaba. Con cada minuto que pasaba, más se convencía de que Evert era quien se escondía detrás de *BigGirlLover*. Giró sobre los talones y enfrentó la mirada interrogante de su padre.

—No es solo el hecho de que sea fotógrafo. Hay otras cosas que me hacen creer que él es el dichoso cómplice de Mattias.

Karl se sentó en el extremo de una mesita que estaba junto a la puerta.

—¿Qué cosas son esas? —Parecía reacio a dejarse convencer solo con sospechas. Necesitaba algo más contundente.

—Evert estuvo en la librería hace unos días, según él, para sacar unas fotos y escribir un artículo sobre Némesis en el suplemento cultural en el que trabaja. A estas alturas, dudo realmente de que trabaje en el *Expressen* —opinó—. Tenía una cámara Nikon, la misma que se usó para tomarle la foto a Kerstin en la cabaña.

—Supongo que no debe de ser el único que trabaja con esa marca de cámara fotográfica —retrucó.

Mikael salió en defensa de Greta.

—Tal vez Greta tenga razón y sea mentira que trabaja en el *Expressen*. Bien pudo haberlo usado como fachada para acercarse a Hanna y así estar al tanto de la investigación.

El inspector no supo si alabar o amonestar el intento de apoyar la teoría de su hija.

—Supongo que será sencillo de averiguar...

Greta lo interrumpió.

—Hay algo más. —Se dirigió a Niklas—. Esta mañana, cuando pasaste a verme, hiciste un comentario sobre tu perfume. Incluso, me causó un estornudo.

—Así es.

Stevic se removió en su sitio tras oír que Kellander había visitado a Greta esa mañana.

—No lo relacioné en el momento, pero, cuando conocí a Evert, lo primero que noté fue que apestaba a Calvin Klein Crave. Lamentablemente es un aroma que no me trae buenos recuerdos. Fue la misma mañana del incendio, veinticuatro horas después del asesinato de Mattias. Sabía que la policía allanaría su cabaña en busca de pruebas. Necesitaba borrar cualquier rastro que lo relacionara con él y con la muerte de Kerstin. Tengo la impresión de que se apareció en el estudio de Hanna justo después de incendiar la cabaña, por eso llevaba tanto perfume encima, para disimular el olor a humo. —Hizo una pausa. Se dio cuenta de que todos la escuchaban en completo silencio—. Una cosa es segura: sabemos que la niña estuvo allí, aunque es imposible afirmar que la cabaña de Mattias haya sido el lugar donde fue asesinada. Pasaron doce días desde su desaparición hasta su homicidio. Pienso que la llevaron primero a la cabaña para no asustarla, después de todo, ya había estado allí tomándose unas fotos. Tal vez intentaron atacarla y la hirieron, por eso se halló su sangre. Después la llevaron a otro sitio más seguro.

Todos escuchaban su teoría. Algunos con más escepticismo que otros.

—¿Qué hay del día en el que te metiste en el apartamento de Mattias? —inquirió Karl—. Si fue el tal Gordon, ¿por qué no notaste el perfume?

Greta iba a responder, pero Mikael habló primero.

—Estabas resfriada...

—Exacto. —Lo miró y con una sonrisa le agradeció su apoyo—. Y hay algo más. La noche anterior, Niklas y yo salimos a cenar con Hanna y Evert. Yo le comenté a ella lo del video en donde aparecía la violación de Kerstin. Conociendo a Hanna, estoy segura de que no le costó nada contárselo a Evert más tarde.

—No le quedó otra que arriesgarse para recuperar el video y así cubrir su rastro —manifestó el teniente—. Nunca se imaginó que Mattias se lo había enviado a otra persona.

—Sí, pero no hay nada en el video que lo involucre —alegó la sargento Wallström—. Es imposible identificar al hombre que aparece violando a Kerstin. No podemos afirmar que sea Mattias, mucho menos, Evert Gordon.

—Yo tengo otra teoría al respecto —anunció Greta—. No tiene sentido que Evert se arriesgara de esa manera buscando un video que ya sabía, de boca de Hanna, que estaba en poder de la policía. Se cuidó de que la cámara nunca lo tomara de cerca. Aparece siempre de espaldas, con una media en la cabeza y en un ambiente semioscuro. Tomó demasiados recaudos para no ser identificado. El video está cortado. Creo que fue el propio Evert quien lo cortó, quizá porque en la parte final se descuidó y había algo que lo identificaba.

—¿Entonces qué buscaba? —insistió en saber Nina.

—Creo que quería recuperar la grabación en la que se ve a Kerstin en el parque antes del secuestro. Se enteró de que la policía había encontrado el video de la violación, no el que habían filmado primero. Se metió en el apartamento de Mattias para recuperarlo, tal vez, para guardarlo como una especie de *souvenir*.

—Tiene sentido —intervino Niklas—. Los pedófilos suelen conservar recuerdos de sus víctimas, no para revivir el momento de sus muertes como lo hacen la mayoría de los asesinos seriales, sino para recordar la inocencia y la pureza de los niños: la condición perfecta para ellos, antes de que caigan en sus garras. En ese video, Kerstin, para él, era un ser puro todavía.

Poco a poco, los que habían pensado que la hija del inspector estaba jugando una vez más a la detective se fueron convenciendo de que quizá podía tener razón. Mucho más cuando un experto en el tema respaldaba sus ideas.

Como siempre, Karl era el más difícil de convencer.

—Hija, todo lo que he oído hasta aquí son solo suposiciones. Necesitamos encontrar pruebas en su contra.

—Eso le toca a ustedes.

—Deberíamos empezar por la fotografía. —Mikael se levantó y fue hasta la pizarra—. Habrá que peritarla para ver si encontramos la huella de Gordon. —Se la entregó a Miriam para que ella la llevara al laboratorio.

Karl lo observó. No le extrañaba que fuese el primero en respaldar a su hija.

—¿Qué te ha dicho Hanna de él? —le preguntó Nina a Greta.

—Solo lo que ya les comenté: que trabaja en el *Expressen* y que vino a Mora de vacaciones. No se preocupó en averiguar mucho más.

Peter llamó la atención de todos.

—Efectivamente, hay un Evert Gordon entre los empleados del *Expressen*. —Mientras los demás estaban hablando, él ya había logrado entrar en la base de datos del tabloide capitalino.

—Me pondré en contacto con la policía de Estocolmo para que me envíen cualquier información que tengan sobre Gordon —anunció Niklas al tiempo que marcaba un número en su teléfono móvil.

Greta los observaba trabajar con diligencia. Sabía que su padre actuaría solo si encontraban algo que efectivamente probase que Evert Gordon era el asesino. Se sintió con las manos atadas. Mientras ellos buscaban pruebas, Hanna podía estar pasándola muy mal. Necesitaba hacer algo. Se acercó a Mikael.

—Estoy preocupada por Hanna.

—¿Quieres volver a llamarla?

—No lo sé. Hace un rato intuyó que algo andaba mal. No puedo decirle lo que

sucede. La conozco, y sería exponerla aún más de lo que está. —Lo miró con los ojos cargados de angustia—. Tengo que hacer algo.

—Por ahora solo puedes esperar.

—¿Puedes averiguar dónde están? Haz eso por mí, Mikael, por favor.

No pudo negarse. Buscó a *Cerebritito* y le pidió que rastreara el teléfono de Hanna.

El pitido del fax llamó la atención de todos. Niklas se acercó y leyó la documentación que le acababan de enviar desde Estocolmo.

—Gordon está limpio. Ni siquiera tiene una multa de tráfico. Me enviaron su licencia de conducir y el informe con los últimos movimientos de su tarjeta de crédito. —Le prestó más atención a estos últimos—. Cargó gasolina en las afueras del pueblo el mismo día que Kerstin fue secuestrada.

—Otro dato circunstancial —alegó Karl.

Greta no le hizo caso.

Niklas seguía revisando los informes.

—Esto se vuelve más interesante: el día anterior al incendio de la cabaña, compró un bidón de combustible. Además, alquiló un sedán oscuro poco antes del asesinato de Mattias. Puede ser el auto que vio Björn Ulsteen abandonar la escena del crimen.

—Es él. Tiene que ser él —manifestó la sargento Wallström dirigiéndose específicamente a Karl—. Son hechos circunstanciales, lo sé, pero son demasiados en su contra.

—¿Tenemos el número de teléfono de Gordon para poder rastrear sus movimientos los días de los asesinatos?

—Sí, Karl. Figura en los recibos de compra.

—Bien, que Bengtsson se encargue. —Se dirigió a todos en general—. Quiero que investiguen su vida de arriba abajo. Alguien con una psicopatía semejante no puede estar tan limpio. Si de verdad es quien buscamos, necesitamos probar que él lo hizo. Ni el fiscal, ni el juez se conformarán con indicios. —Observó cómo Greta abandonaba la oficina. Segundos después, Stevic hacía lo mismo.

CAPÍTULO 27

Cuando Mikael salió al pasillo, encontró a Greta dando vueltas como una fiera enjaulada.

—Hey, cálmate. —La obligó a quedarse quieta.

Ella entonces se detuvo y lo miró.

—No puedo, Mikael. —Se mordió el labio inferior—. Es Hanna... ¡ella ni siquiera se imagina la clase de monstruo que tiene al lado!

—No le va a pasar nada. Evert no tiene ningún motivo para lastimarla —le dijo para aminorar su angustia.

—Aun así, no puedo quedarme aquí a esperar. Necesito saber que está bien.

A Mikael no le gustó la expresión de sus ojos, mucho menos la determinación con la que hablaba.

—Esperaremos, Greta. Es lo más prudente. No ganamos nada con precipitarnos. Apenas tengamos pruebas firmes en su contra, el juez expedirá una orden y podremos arrestar al hijo de puta.

—Pueden pasar varias horas, incluso días hasta que eso suceda.

—Es lo único que podemos hacer.

Greta no dijo nada. Se quedó con la vista fija en un punto imaginario, perdida en sus propios pensamientos.

—Me da miedo cuando pones esa cara —dijo Mikael sospechando lo peor.

—Debo ir, Mikael, no me lo impidas. Es la vida de mi amiga la que está en juego. ¿Peter logró rastrear su móvil?

No le contestó. No quería que cometiera una locura.

—Le preguntaré yo misma.

El teniente le impidió que diera un paso, sujetándola del brazo.

—No, si regresas ahí dentro y vuelves a salir, tu padre se va a dar cuenta de que estás tramando algo.

—¿Qué propones entonces? —preguntó dando por hecho que él iba a ayudarla a pesar de que no estaba de acuerdo con lo que estaba por hacer.

—Le pediré a *Cerebrito* que me mande las coordenadas del lugar a mi teléfono. ¿Tu auto tiene GPS?

Ella asintió.

—Perfecto, porque usaremos el Mini Cabrio. Levantaremos menos sospechas.

Ella le sonrió y, si no hubiesen estado en el pasillo de la comisaría, le habría dado un beso allí mismo.

—Ven, vamos antes de que tu padre salga a buscarnos.

Salieron por la misma puerta que había usado Greta para evitar a los periodistas. Mikael la sujetó de la mano, y atravesaron a toda prisa el estacionamiento. Creyeron que se habían librado de los molestos reporteros, pero todavía quedaban un par montando guardia y se les abalanzaron como buitre a la carroña. Fue sencillo ignorar las preguntas y meterse dentro del auto, pero no pudieron escaparse de las cámaras.

Mikael condujo un par de calles y se detuvo un momento para llamar a Peter.

—Bengtsson, ¿están los demás contigo?

—Sí.

—Sal un momento de la oficina y no me menciones.

—¿Qué ocurre?

—No preguntes y haz lo que te digo —ordenó—. ¿Has conseguido los datos que te pedí? —preguntó cuando se cercioró de que había dejado el centro de comandos.

—Sí, tengo la localización exacta.

—Perfecto. Envíame un mensaje de texto con las coordenadas.

—Teniente, ¿qué está planeando?

—No puedo decírtelo, Peter. Prefiero dejarte fuera de esto por tu propio bien. Otra cosa: si el inspector Lindberg te pregunta por mí, dile que fui a acompañar a Greta hasta la librería porque estaba muy nerviosa.

—Intuyo que no quiere que le diga lo que acabo de averiguar...

—Intuyes bien. Mientras menos gente lo sepa, mejor. Hay una persona inocente que puede salir lastimada si eso pasa, ¿entendido?

Peter cortó, dispuesto a obedecer sus órdenes.

Volvió a poner toda la atención en Greta. Vio cómo se estiraba los nudillos de los dedos sin control. Le tomó las manos.

—Todo va a salir bien.

Ella asintió, pero el frío que sentía en el pecho no le permitía calmarse.

El móvil de Greta sonó. Estaba tan nerviosa que le costó encontrarlo dentro del bolso.

—Es mi padre —dijo observando la pantalla iluminada.

—Peter ya debe de haberle dado mi recado. Me temo que Karl huele algo raro.

Entonces Greta hizo algo impensado. Apagó el teléfono y volvió a meterlo dentro del bolso. Rescatar a Hanna era su única prioridad en ese momento. Karl y sus preguntas podían esperar.

Segundos después, fue el móvil de Mikael el que sonó.

—Deben de ser los datos que le pedí a Bengtsson. Tómallo tú. —Se levantó un poco del asiento para que Greta pudiera sacárselo del bolsillo.

Leyó el mensaje de texto en voz alta.

—«Teniente, Gordon está a unos veinte kilómetros del pueblo, hacia el norte. Cerca del viejo camino que lleva a Orsa. El satélite muestra que hay una vivienda en el bosque bastante alejada de la carretera. El inspector está inquieto, no creo que pueda cubrirlo más tiempo. Tenga cuidado». —Dejó el móvil encima del tablero—. Creo que sé dónde está exactamente. En esa zona se rentan casas en el verano. Por la descripción que dio Peter, es la vieja casona de los Helgeer.

—Asumo entonces que no necesitaré el GPS —dijo él con una sonrisa.

—No. Toma Vasagatan y luego desvíate hacia Mårtenvägen. Es el camino más corto para llegar —le indicó.

Mikael echó el Mini Cabrio a andar nuevamente. Cuando el teléfono volvió a sonar, no le hizo falta ver la pantalla para saber quién llamaba. Karl sabía que estaban juntos y no se detendría hasta que lograra hablar con ellos. Imitando a Greta, apagó el móvil y lo dejó junto al suyo, en el tablero.

El resto del viaje se hizo en silencio. Greta estaba perdida en sus propios pensamientos y Mikael no podía dejar de preocuparse por lo que ocurriría una vez que llegasen a destino. No iba a poner la vida de Greta en peligro. Lo había hecho en una ocasión y casi le había costado caro.

El paisaje comenzó a cambiar cuando se alejaron del pueblo y tomaron el viejo camino que conducía a Orsa. Los tupidos bosques parecían un laberinto eterno. Desde la carretera, apenas se divisaban algunas casas, todas bastante alejadas una de la otra.

—La propiedad de los Helgeer está un par de kilómetros adelante. Si no recuerdo mal, hay un poste de luz enclavado justo al lado del sendero que conduce a la casa.

Mikael redujo la velocidad a medida que se iban acercando. Vio cómo se le iluminaba el rostro a Greta.

—¡Allí! ¿Lo ves?

—Sí. —Efectivamente, había un poste algo torcido a un costado de la carretera

sobre la izquierda—. ¿A qué distancia calculas que esté la casa?

Hizo cuentas mentalmente.

—No estoy segura, por lo menos unos cinco kilómetros. Está bastante apartada de aquí.

—Bien, no podemos arriesgarnos a que nos vea. Cuando estemos cerca, seguiremos a pie.

—¿Tienes un plan? —le preguntó ella.

No iba a mentirle. Ni siquiera sabía con lo que se encontrarían. A su entender, Gordon no tenía motivos para herir a Hanna, pero, si se veía amenazado, no dudaba de que la usaría para salvarse el pellejo.

—Yo sí tengo uno —soltó Greta.

—Tus planes suelen ser arriesgados e improvisados. Si no recuerdo mal, la última vez que dijiste que tenías uno, terminaste con una pistola en la cabeza.

Odiaba que le recordase qué le había sucedido por no hacerle caso.

—La idea es acercarse a Hanna para comprobar que esté bien, ¿no?

Mikael asintió.

—Entonces lo más normal es que yo llegue sola al lugar.

—No voy a dejar que pongas tu vida en peligro de nuevo —le advirtió.

—Nadie tiene por qué salir herido, Mikael. Evert ni siquiera sospecha que sabemos que es el asesino. Yo no pienso hacer nada estúpido, solo quiero traer a mi amiga de regreso.

Mikael no estaba molesto con ella, sino consigo mismo. Una vez más, terminaría saliéndose con la suya. Al final, Nina tenía razón: Greta lo tenía comiendo de la palma de la mano. Aun así, intentaría hacer que entrase en razón.

—¿No piensas que le parecerá raro que te aparezcas de repente?

—No apareceré de repente. —Tomó el teléfono y lo volvió a encender—. Llamaré a Hanna y conseguiré que ella misma me invite a la casa.

—¿Y dónde quedo yo en todo este asunto? —le espetó.

—Te bajarás un poco antes —respondió—. Papá quiere obtener alguna prueba en contra de Evert, y yo se la proporcionaré.

—Esa parte del plan no me la contaste...

Sonrió y le acarició la mano.

—Iba a hacerlo precisamente ahora.

* * *

—¡Esto es inaudito! Ni Greta, ni Stevic contestan el maldito teléfono. —Karl dio un golpe en la mesa.

Nina se le acercó y le puso la mano en el hombro.

—No te exaltes —le pidió—. Al menos sabemos que Mikael está con ella.

La fulminó con la mirada.

—¿Y qué garantía es esa? Conoces a mi hija tanto como yo. Es una insensata. ¿Y Stevic? Un irresponsable que siempre termina desobedeciéndome para solapar las locuras de Greta. ¡Esta vez me van a oír! —Se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa.

Nina ya no sabía qué decirle. En cierta forma, tenía razón. Mikael había decidido ignorar una vez más las órdenes de Karl y se había embarcado en una nueva aventura con Greta. Solo esperaba que todo saliera bien.

Niklas se aproximó con una carpeta en la mano.

—Tenía razón, Karl. Después de indagar por otros medios, descubrí que Gordon tuvo un episodio similar cuando todavía era menor de edad. —Le entregó la fotocopia de una nota que había sido publicada hacía más de dos décadas en un periódico de poca monta de Kiruna—. Fue acusado de intentar abusar de una niña de nueve años. Era la hija de la cocinera que trabajaba para su familia. Obviamente, su padre, un hombre con influencias en la política, tapó todo con dinero. El caso nunca llegó a la justicia, pero sí a la prensa.

—Bien. ¿Qué hay del auto que rentó?

—Björn Ulsteen no está muy seguro, pero cree que es el mismo que vio la madrugada en la que fue asesinado Mattias.

—Seguimos teniendo solo pruebas circunstanciales en su contra —rumió Karl—. Creo que haré el intento y hablaré con el juez Fjæstad, quizá nos conceda una orden de allanamiento para su casa. —Se dirigió a Bengtsson—. ¿Cómo va eso, muchacho?

—El teléfono que usó Gordon durante los días de los asesinatos ya no emite ninguna señal. Lo más probable es que se haya deshecho de él y del móvil de Mattias al mismo tiempo —le informó.

—Bien, entonces rastrea el teléfono de Hanna Windfel. Sabemos que están juntos y nos llevará hasta él.

Peter tragó saliva. Ya no podía seguir cubriendo al teniente sin poner en riesgo su trabajo.

—Ya lo he hecho...

Karl frunció el entrecejo.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

Se rascó nerviosamente la barba candado.

—El teniente Stevic me pidió que no lo hiciera —dijo por fin.

—Muchacho, tu jefe aquí soy yo y es a mí a quien le rindes cuentas. No puedes ocultar información solo porque alguien te lo pida. Jamás vuelvas a hacerlo. ¿Has comprendido? —lo reprendió. No estaba enojado con él, pero necesitaba descargar su furia con alguien. Si hubiese tenido a Stevic enfrente, le habría atestado un puñetazo. Estaba poniendo en peligro la vida de su hija una vez más y esta vez no se lo perdonaría.

En ese preciso momento, y para aumentar su ira, el noticiero de las seis comenzaba su emisión diaria con una imagen. Apretó los dientes cuando vio a su hija acompañada de Stevic saliendo en el Mini Cabrio con rumbo desconocido.

* * *

El plan que cuidadosamente había urdido Greta se echó a rodar cuando marcó el número de su amiga.

—Hanna, soy yo de nuevo —dijo tratando de aparentar una calma que no tenía. Miró a Mikael, que le había puesto como condición para aceptar su plan escuchar la conversación.

—¿Greta? Esto ya es más que extraño. Tú no sueles llamarme tantas veces en un mismo día.

—¿Molesto? ¿Acaso interrumpí algo?

—No, no es eso. Evert está en la planta alta dándose un baño.

Perfecto. Era precisamente lo que necesitaba.

—Hanna, no quiero pecar de fastidiosa, pero me gustaría que hablaras con Evert sobre la oferta que me hizo, ya sabes, de publicar un artículo sobre Némesis en el *Expressen*. Estuvo tomando unas fotografías en la librería, pero no volvió a mencionar más el tema. ¿Crees que se haya arrepentido?

—No lo creo, si quieres le pregunto a ver qué me dice.

—Me harías un gran favor. Es que se me han ocurrido un par de ideas que tal vez le interesen. Había pensado en un cupón de descuento en la compra de libros que podría acompañar la nota. Sería una muy buena manera de aumentar mi cartera de clientes. —Conocía demasiado a Hanna y sabía que haría cualquier cosa para ayudarla. Solo era cuestión de tiempo hasta que hiciera exactamente lo que ella quería.

—¿Por qué no lo hablas personalmente con él?

Greta contuvo el aliento. Debía dar el siguiente paso con cuidado, si Hanna empezaba a sospechar algo, lo arruinaría todo.

—¿Te parece?

—Sí. Por lo que dices, estaba muy entusiasmado con lo del artículo. Podríamos cenar los tres esta noche... o los cuatro, si quieres traer a Niklas —sugirió.

—No quisiera molestar, supongo que querrán estar a solas —dijo al tiempo que cruzaba los dedos. Quería que su imprevista aparición fuese cosa de Hanna y no de ella.

—Tú nunca molestas. Ahí viene Evert, espera que le pregunto.

Greta y Mikael se miraron. El tiempo que tardó Hanna en retomar la conversación les pareció eterno.

—Greta, Evert dice que le encantará verte. ¿Vienes entonces?

—Por supuesto.

—Estamos en la vieja casona de los Helgeer. ¿Recuerdas cómo llegar, no?

—Sí, ¿a qué hora les queda bien?

—Ven cuando quieras. Nosotros vamos a empezar a preparar la cena —le contó.

—En media hora estoy allí.

—Perfecto, te esperamos.

Cuando cortó recién pudo volver a respirar tranquila.

—Ya está hecho.

Él asintió y se puso de lado. El Mini Cabrio era un tanto incómodo para un hombre de su estatura. Tenía ganas de estirar las piernas, pero también se moría de ganas de besarla. Le acarició el cuello para ayudarla a liberar la tensión. Greta cerró los ojos y se recostó sobre su cuerpo.

—Repasemos todo una vez más —insistió Mikael.

—¿Tienes dudas? —le preguntó al tiempo que le acariciaba el brazo.

—Contigo es imposible no tenerlas. Recuerdo que la última vez que tú y yo tramamos algo juntos, las cosas se nos fueron de las manos.

—Prometo no hacer ninguna tontería.

Mikael aspiró hondamente el olor de su cabello. El plan de Greta era arriesgado, y no le gustaba tener que quedarse al margen sin saber qué ocurría dentro de la casa. Pero ella tenía razón: si aparecía con él, Evert podía sospechar.

Pasaron el rato abrazados. Cada uno perdido en sus propias cavilaciones. Cuando se cumplió la media hora que le había dicho a Hanna, se separaron, y Mikael encendió el motor. Recorrieron unos doscientos metros y se detuvieron junto a un claro en el bosque. Él descendió, y Greta tomó su lugar. Antes de cerrar la puerta, la besó.

—Cuidado con lo que haces —le advirtió—. Voy a estar por aquí pendiente de

cualquier cosa. Si algo sale mal o te das cuenta de que Gordon sospecha, me llamas inmediatamente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—No cometas ninguna tontería —insistió—. Si no sé de ti en una hora, pediré refuerzos.

Greta le dijo a todo que sí con tal de poder irse enseguida.

La observó hasta que el Mini Cabrio se perdió por el sendero que la llevaría hasta la propiedad que había pertenecido a los Helgeer. Greta iba a rescatar a su amiga, pero temía que estuviera yendo directo a una trampa mortal. No estaría tranquilo hasta que no volviera a ponerse en contacto con él.

CAPÍTULO 28

El corazón le dio un vuelco cuando divisó la casa que ahora ocupaba Evert al otro lado del camino. No vio el auto de Hanna por ningún lado, así que supuso que él la había llevado hasta allí.

Se estacionó frente a la propiedad y esperó unos segundos antes de descender. Hanna apareció en el porche y la saludó con la mano. Respiró hondamente. Se veía tan feliz... hacía mucho que no sonreía de aquella manera despreocupada. Odiaba a Evert Gordon y se odiaba a sí misma porque sería ella la que tendría que contarle quién era en realidad el hombre con el que estaba saliendo.

Apagó el motor, luego se aseguró de que el teléfono móvil tenía suficiente batería y lo metió dentro del bolso. Cuando se bajó, su amiga le salió al encuentro.

—Viniste sola —le dijo mientras le daba un abrazo.

—Sí, Niklas está demasiado ocupado en la comisaría.

—Entremos, Evert nos espera.

El enorme recibidor estaba iluminado tenuemente gracias a las velas que colgaban de un candelabro de bronce. A lo lejos, sonaba algo de jazz y había un penetrante olor a carne asada en el ambiente. Hanna le hablaba, pero ella tenía los cinco sentidos en alerta. Dentro de aquella casa estaba la prueba que necesitaba para atrapar al asesino.

Evert salió en ese momento de la cocina. Llevaba un delantal a cuadros rojo y blanco. Se acercó y le brindó a Greta una sonrisa.

Fue difícil apartar de su mente la imagen de la pobre Kerstin tirada en una cama desnuda a merced de su captor. Se le revolvió el estómago.

—¿Cómo estás? Niklas no vino contigo —comentó al tiempo que se secaba las manos en el delantal.

Notó cierta desazón en su voz. Seguramente esperaba que fuese acompañada de

Niklas para sonsacarle algo más de información sobre los avances de la investigación.

—Le estaba comentando a Hanna que estaba demasiado ocupado. Ahora que han detenido al asesino, deben trabajar el doble —respondió estudiando su reacción.

Evert sonrió.

—Me enteré en las noticias. Supongo que debe de ser muy satisfactorio haber atrapado al sujeto.

Greta no podía creer su cinismo. Deseaba agarrar a su amiga del brazo y llevársela de una buena vez de allí. Pero no podía; no sin antes conseguir lo que había ido a buscar.

—Lo es. Papá y los demás están muy contentos —respondió haciendo un enorme esfuerzo por disimular delante no solo de él, sino también de Hanna. Si se daba cuenta de que algo estaba sucediendo, todo podía irse por la borda. Una Hanna aprehensiva y nerviosa sería su peor enemiga en ese momento.

Cuando Evert regresó a la cocina para terminar de preparar la cena, la rubia la arrastró hasta un coqueto saloncito decorado al mejor estilo inglés.

—¿Evert hizo todo esto? —preguntó, curiosa.

—No, los muebles estaban incluidos en el alquiler. —Hizo una pausa para respirar hondamente—. ¿Te acuerdas cuando de niñas soñábamos con vivir en una casa como esta?

Greta asintió.

—Sé que es pronto para hacerme ilusiones, pero, si Evert decide quedarse definitivamente en Mora, tal vez pueda cumplir el sueño de ambas —dijo con ojos embelesados.

—¿Te ha dicho algo?

—No, tampoco le he mencionado el tema. La verdad, amiga, es que me gustaría mucho que no se fuera. —Se sentaron en un sofá—. Creo que me estoy enamorando, Greta —le dijo en voz baja.

A Greta se le hizo un nudo en la garganta. Hanna estaba llegando demasiado lejos y, cuanto más lejos llegara, más duro sería el golpe.

—No exageres, apenas lo conoces.

—Lo sé, pero siento que Evert es el hombre de mi vida. —Cuando hablaba de él le brillaban los ojos.

Greta no podía seguir escuchándola. Se puso de pie de un salto.

—¿Podría usar el cuarto de baño?

Hanna se dio cuenta de inmediato que su amiga trataba de evadir el tema. La notaba inquieta y algo incómoda. Mientras la acompañaba hacia la planta alta, muchas preguntas revoloteaban en su mente. ¿Acaso le molestaba que se hubiese enamorado?

¿Sentiría envidia por no haber conseguido lo mismo con el teniente Stevic? ¿No le agradaba Evert porque había intentado enredarse con ella? Adoraba a su amiga, pero no iba a permitir que interfiriera en su vida. La dejó en el cuarto de baño y regresó a la cocina con Evert.

Greta esperó a que Hanna se alejara. Observó todo a su alrededor atentamente. Abrió el botiquín. No encontró nada raro. Solo unos cuantos suplementos vitamínicos y algunos somníferos. Nada que no hallaría en cualquier otro botiquín.

Revisó también el mueble debajo del lavabo. Había cuatro toallas perfectamente dobladas. Las retiró y las desplegó para ver si había algo oculto en su interior, pero fue inútil. Estaba visto que estaba perdiendo el tiempo allí. Hizo correr el agua del *toilette* para que el ruido camuflara la puerta al abrirse y salió al estrecho pasillo. El suelo estaba alfombrado y hacía que sus pisadas fueran apenas perceptibles.

Se metió en la primera habitación que encontró, deseando que fuera la de Evert. La lámpara sobre la mesita estaba encendida y, aunque las cortinas estaban cerradas, tenía una visión bastante clara del lugar. La recorrió con la mirada. Extremadamente pulcra y ordenada. Ni siquiera parecía la habitación de un hombre. No supo por qué, pero le vino a la mente la habitación de Stefan con la ropa tirada por todos lados, los libros que nunca terminaba de leer en el suelo y las revistas de motos desparramadas debajo de la cama. Fue hasta la mesita de luz y abrió el primer cajón. Había un cuaderno con espirales grandes debajo de una revista de arte. Cuando lo volteó, contuvo la respiración. En la portada había un corazón envolviendo a otro corazón más pequeño. Lo abrió, esperando encontrar algo escrito en su interior, pero las páginas estaban en blanco. Lo levantó y lo sacudió, esperando que se cayera algo de entre sus hojas. Nada. Tuvo un presentimiento terrible. ¿Y si aquel cuaderno de tapas rosadas era una especie de diario? Si lo que empezaba a sospechar era cierto, había una niña en algún lugar que corría peligro. Rápidamente, lo dejó donde lo había encontrado y siguió buscando. Estaba segura de que no era el único. Levantó el colchón y revisó debajo. Luego hizo lo mismo con el interior de las almohadas. No había nada. Tampoco en el armario. No podía quedarse mucho tiempo más y arriesgarse a ser descubierta. Se acercó a la puerta y salió solo después de cerciorarse de que no había nadie. Miró el reloj. Mikael le había advertido que le daba solo una hora antes de llamar a su padre.

Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina. Como pudo, sonrió.

Por su parte, Mikael no podía seguir esperando. Lo carcomía la incertidumbre y temía que Greta se desviara del plan inicial sin siquiera ponerlo al tanto. Revisó el teléfono. Ni siquiera un mensaje de texto le había enviado cuando habían acordado estar en comunicación permanente.

Decidió intervenir y no ser un simple espectador.

Se alejó del sendero y se adentró en el bosque para acercarse a la propiedad sin ser visto. Le quedaba un buen trecho todavía, por eso aceleró la marcha. Se topó con un arroyuelo y un terreno bastante agreste, pero, finalmente, dio con la casa. Divisó el Mini Cabrio estacionado en el frente. Saltó por encima de unos brezos y continuó agachado hasta detenerse en un pequeño cobertizo ubicado detrás de la casa. Se incorporó y sacó el arma para comprobar que estuviese cargada.

¿Por qué Greta no lo llamaba? ¿No había encontrado nada aún que le sirviera para probar la culpabilidad de Gordon? ¿O era algo peor? Le daría solo unos minutos más para que se pusiera en contacto con él; después, entraría en acción.

* * *

La cena ya estaba lista, y Greta se ofreció a ayudar a Hanna a poner la mesa. Tenía que llamar a Mikael sin levantar sospechas. Echaría mano de la estrategia que habían ideado más temprano.

—Si me disculpan... —Buscó el móvil y se alejó hacia la ventana—. Tengo que avisarle a mi primo que hoy le toca a él cerrar Némesis. Debí hacerlo antes de venir, pero me olvidé.

Hanna se quedó mirándola. ¿Desde cuándo necesitaba avisarle a Lasse que se encargara de cerrar la librería? Hacía rato que su primo se había vuelto la mano derecha de Greta. ¿Por qué mentía?

Greta marcó el número de Mikael y esperó.

—Lasse, soy yo.

—¡Greta por fin!

—Todo está bien, solo quería avisarte que llegaré un poco más tarde y tendrás que cerrar tú la librería.

—¿Has encontrado algo?

—Creo que sí, pero no sé cuánto me demoraré.

—¿Evert sospecha algo?

—No. La estoy pasando bien, ¿y tú? ¿Cómo va la librería?

—Te estoy viendo, Greta.

Disimuladamente, miró a través de la ventana. Allí estaba, detrás del cobertizo, mirándola. Su corazón comenzó a latir más fuerte.

—Te veo más tarde, primo.

—Si no logras encontrar nada, inventa una excusa y saca a Hanna de allí. ¿De acuerdo?

No respondió.

—¿Greta?

Le cortó abruptamente y regresó con sus anfitriones.

Mikael la llamó, pero le saltó el contestador. Observó hacia la casa. Greta ya no estaba junto a la ventana. Lanzó varios improperios al aire. ¡Se lo había hecho de nuevo!

Evert bajó a la cava en busca de una botella de vino, y Hanna aprovechó para encarar a su amiga.

—Ahora sí, será mejor que me digas qué demonios está sucediendo.

Greta la miró.

—¿A qué te refieres?

—Te conozco y sé cuando estás tramando algo. Esa llamada a tu primo me resultó bastante sospechosa.

—No estoy tramando nada, Hanna.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Se quedó mirándola fijamente durante unos cuantos segundos.

—Bueno, voy a sacar la carne del horno. La cena estará lista en unos minutos.

A Greta no le gustaba mentirle, pero, por su propio bien, era mejor que Hanna no supiera la verdadera razón por la que estaba allí. Aprovechó aquel nuevo momento en soledad para seguir husmeando. Se dirigió a la biblioteca. Había unos cuantos adornos de mimbre y un par de libros de fotografía. Cuando miró mejor, se dio cuenta de que había un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*. Era una edición ilustrada de lujo y desentonaba con todo lo demás. Entonces recordó que había leído en una ocasión que su autor, Lewis Carroll, gustaba de fotografiar a niñas pequeñas. Era demasiada coincidencia. Tomó el libro y lo abrió. Descubrió, atónita, que no era más que una fachada y en su interior habían escondido un cuaderno más pequeño, similar al que había visto en la habitación, con el símbolo de *BigGirlLover* en la cubierta: solo que no estaba en blanco como el anterior. Se le cayó de las manos cuando vio lo que contenía. Las páginas estaban todas escritas, un nombre se repetía una y otra vez: Kerstin. Se horrorizó cuando vio las fotos de la niña. Había algunas en las que posaba como modelo, similares a la que había encontrado entre sus cosas y otras más macabras del momento en el que había sido sometida por su agresor. Sintió asco, pero al mismo tiempo un gran alivio. Tenía en sus manos lo que la policía necesitaba para atraparlo. Volvió a meter el libro en su sitio antes de que Evert regresara de la bodega.

Al hacerlo, notó que, detrás de los tomos de fotografía, había una pequeña bolsa de cuero. Supo de inmediato lo que había en su interior antes de mirar: el broche de Kerstin. Sintió pasos acercándose. Rápidamente, colocó todo en su sitio y se alejó de allí.

Se topó con él antes de abandonar la sala.

—Una buena elección, ¿no crees? —Le mostró la botella de merlot.

—Excelente —dijo ella al tiempo que intentaba apartar de su mente las terribles imágenes que acababa de ver.

Lo acompañó a la cocina donde Hanna ya tenía la cena lista.

—¿Comemos aquí? —le preguntó al dueño de casa con una sonrisa.

—Mejor en el salón, la visita lo amerita. —Se volteó y miró a Greta.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No supo si eran los nervios o qué, pero tuvo el extraño presentimiento de que Evert lo sabía todo. La cena transcurrió tranquilamente. Greta observaba como su amiga le acariciaba la mano a Evert por encima de la mesa, y él le sonreía. Se preguntó cómo habría hecho para fingir delante de ella sus inclinaciones perversas. A la vista de cualquiera, Evert Gordon parecía un hombre normal. Joven, apuesto y muy seguro de sí mismo. Todo lo contrario a Mattias Krantz. Bebió un poco de vino, pero no pudo probar bocado. Tenía el estómago demasiado revuelto. En un momento, volvió a encender el teléfono. No iba a llamar a Mikael de nuevo porque hasta Hanna había sospechado que algo no andaba bien. Estaba convencida de que sería él quien se pondría en contacto con ella. Contó los minutos hasta que, por fin, el móvil sonó.

—Disculpen. —Se levantó de la mesa y se alejó unos cuantos metros para hablar tranquila.

—Diga.

—¡Demonios, Greta, no vuelvas a hacer algo así nunca más! —la increpó.

Tragó saliva. Tenía mucha razón en enojarse con ella, pero ya podría reclamarle más tarde.

—Estoy bien, Lasse. Disfrutando de una cena con mis amigos —le dijo para calmarlo.

Mikael suspiró.

—¿Has encontrado algo?

—Sí. Fíjate en el estante de los clásicos, si no recuerdo mal, la novela de Fleming está abajo a la derecha.

—¿Lo que encontraste está en su biblioteca?

—Sí.

—¿Es el broche?

—Exacto.

—Ya avisé pidiendo refuerzos, no deben de tardar. Sal de esa casa lo antes posible y llévate a Hanna contigo, ¿me oyes? Y esta vez no quiero que me desobedezcas.

—Está bien, lo haré. Tú también descansa, primo. Nos vemos.

Pero cuando se volteó, se dio cuenta de que no iba a poder cumplir la promesa que acababa de hacerle a Mikael.

Hanna estaba sobre la mesa, inconsciente. A su lado, Evert la miraba fijo.

—¿Qué has hecho? —Corrió al lado de su amiga e intentó despertarla.

—Es inútil, el somnífero que puse en su copa hizo efecto muy rápido. Tardará un buen rato en recuperar la conciencia.

Había hecho bien en desconfiar: Evert olía algo, tal vez, había sospechado su intención desde el principio.

—Lo sabías...

—Eres una mujer bastante predecible, Greta. Leí mucho sobre ti como para saber a qué atenerme contigo. Sé de tu oportuna intervención en los dos crímenes que ocurrieron en el pueblo hace unos meses y de tus increíbles dotes de detective aficionada. Creo que los periodistas que escribieron sobre ti te adoran.

—No le hagas daño, ella ni siquiera sabe quién eres —le pidió. Hanna seguía inconsciente y, por su propio bien, deseaba que siguiera así.

—Reconozco que me daría mucha tristeza lastimar a tu amiga. —Rodeó la mesa y sacó algo del bolsillo de sus pantalones: era una navaja.

Greta retrocedió.

—La policía llegará de un momento a otro —le advirtió.

—Supongo que no era tu primo con quien hablabas. —Se acercó a ella empuñando la navaja hacia delante.

¡Dios, debía hacer algo! No sabía cuánto tardarían en aparecer los refuerzos que había pedido Mikael y, si Evert se sentía amenazado, podía atacarlas a ambas.

—Antes de que lleguen, acabaré con ustedes —le aseguró.

Greta entonces corrió hasta la biblioteca y se apoderó de *Alicia en el país de las maravillas*. Lo abrió y sacó el diario de su interior. Se lo mostró. Si, como lo imaginaba, Evert era de los perversos que guardaban todo lo relacionado con sus crímenes para revivirlos una y otra vez, aquel diario significaba mucho para él.

—¡Si te acercas, lo destruyo! —le gritó, esperando que Mikael la hubiese escuchado.

Evert se enfureció.

—¡Deja eso!

Greta se movió hacia la ventana para poder ser vista desde el exterior. Contaba

con que su padre y los demás estuviesen a punto de llegar. Levantó el diario por encima de la cabeza. Lo abrió, y las fotos de Kerstin cayeron al suelo.

Le clavó la mirada. En ese momento, los ojos abyectos de Evert eran más afilados que la navaja que sostenía en la mano.

—¿No lo entiendes, verdad?

—¿Qué es lo que hay que entender? Abusaste y asesinaste a esa pobre niña... — Bajó los brazos y sujetó el diario con fuerza. Su estrategia no iba a funcionar por mucho más tiempo: no podía destruir el diario sin acabar con la única prueba contundente que tenían en su contra.

—Yo no lo veo de esa forma. —Una sonrisa perversa se le dibujó en el rostro—. Amaba a Kerstin... y ella me amaba. Le ofrecí todo lo que deseaba, estaba dispuesto a cumplirle su sueño. Era el único que la entendía.

¡Dios, estaba más enfermo de lo que pensaba! Agradeció que Hanna no escuchara aquellas atrocidades.

—¿Y por eso la mataste?

Evert entornó los ojos y respiró hondamente. Ya no la miraba a ella.

—No podía permitir que me dejara. —Pasó el dedo índice por el filo de la navaja—. Kerstin quería irse, y no podía permitirlo. ¿Has amado alguna vez a alguien tanto que no concibes que se aparte de ti, ni siquiera por un segundo? —Volvió a mirarla, ahora con un gesto interrogante.

Greta negó con la cabeza.

—Así amaba a Kerstin —sentenció.

Luego se aproximó nuevamente a Hanna y le acarició el cabello con la navaja.

—No sabes cuánto me costó fingir que me gustaba. Sin embargo, lo tomé como un pequeño sacrificio: un obstáculo en el camino para conseguir mi propósito. Para mi fortuna, a tu amiga le encanta soltar la lengua y fue sencillo hacerla hablar.

—Hanna te quería... No debiste usarla de esa manera.

—Tal vez tengas razón: tú eres más interesante, aunque un hueso más duro de roer que tu amiga. No hubiese podido contigo, y eso, Greta, tómalo como un cumplido de mi parte. —Se burló de ella haciéndole una reverencia.

En ese instante, el ruidoso sonido de las sirenas inundó el lugar.

—Te dije que la policía no tardaría en llegar —lo desafió.

Evert asió a Hanna del brazo y la levantó de la silla. Ella parecía una marioneta, sin vida, sin movimiento. Greta creyó oír que gemía, pero con el tumulto de las sirenas no estaba segura.

—No voy a dejar que me atrapen. Si para evitarlo tengo que matarla, lo haré —la amenazó.

—Deja a Hanna, apenas puede sostenerse en pie. Tómate a mí en su lugar, pero permite que se vaya —le suplicó. Todavía tenía el diario en sus manos—. Es tuyo, solo debes soltarla y te lo devolveré —le propuso.

Intuyó enseguida que era una trampa. Sostuvo a Hanna de la cintura y la arrastró hacia la puerta.

—Sal tú primero y diles que no disparen —le ordenó al tiempo que ponía la punta de la navaja en el cuello de la fotógrafa hasta hacerlo sangrar.

Greta no se movió.

—¡Hazlo! —le gritó.

Fue hasta la puerta y la abrió. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio a Mikael y, junto a él, a su padre. También estaban Nina y un par de agentes apostados detrás de las patrullas, empuñando las armas.

—¡No disparen, por favor! —pidió al borde del colapso.

Karl se acercó.

—Hija, ¿estás bien?

—No, papá... —Miró hacia el interior de la casa—. Tiene a Hanna —balbuceó.

Las palabras de Greta fueron el preludio para la aparición de Evert y su rehén. Se colocó detrás de la pelirroja con Hanna a cuestas.

—¡Gordon, no tienes escapatoria! ¡No saldrás vivo de esta! —le advirtió Karl—. Deja ir a las muchachas y luego hablaremos.

—¡Yo no quiero hablar con ustedes! —replicó—. Quiero que Greta me devuelva lo que me pertenece.

Greta no podía parar de temblar, aun así, no estaba dispuesta a soltar el diario. Notó que Mikael comenzaba a alejarse sigilosamente hacia la parte trasera de la casa. Miró a Evert, pero él no pareció darse cuenta de nada.

Mientras, Karl hacía hasta lo imposible para negociar con él.

—Puedo conseguirte un vehículo si lo deseas.

—¡Su hija sabe bien lo que quiero! —Miró a Greta y hundió un poco más el puñal en la garganta de Hanna—. De ti depende que tu amiga siga con vida.

Todos vieron por encima de su hombro cómo Mikael se acercaba lentamente a Evert desde el interior de la casa. Le hizo señas a Greta de que estuviese atenta a Hanna. No podían olvidar que la fotógrafa tenía una navaja hundida en la garganta. Al teniente le tomó solo un par de segundos colocarle un brazo alrededor del cuello para someterlo. Evert no opuso resistencia alguna y la navaja cayó al suelo. Mikael la pateó fuera de su alcance. Estaba seguro de que era el arma que se había usado para ultimar a Kerstin: la famosa navaja que Kjell Ulsteen le había regalado a su hijo Mattias en día de su cumpleaños número catorce.

Greta sujetó a Hanna y, con la ayuda de su padre, la condujo hasta una de las patrullas. Nina, de inmediato, llamó a una ambulancia.

—Está casi todo aquí. En el salón encontrarán más fotos de Kerstin y el broche escondido en la biblioteca, detrás de un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*. —Le entregó el diario a Karl—. Después podrás regañarme todo lo que quieras, ahora solo quiero estar con Hanna.

Karl no dijo nada. No era momento para sermones ni reproches. Más allá del enojo, admiraba el carácter intrépido de su hija y hasta su constante manía de enfrentarlo. Junto con Nina se dirigieron a la casa para recolectar el resto de las pruebas que había mencionado Greta. Después los peritos se encargarían de todo lo demás. Stevic avanzó hacia ellos. Llevaba a Evert esposado. Iba con la cabeza gacha, completamente abatido.

Karl y Mikael cruzaron miradas. Tampoco hubo necesidad de palabras entre ellos. Aunque la expresión en el rostro del inspector fue mucho más severa con él.

Hanna, quien todavía no se había despertado, fue trasladada al hospital inmediatamente.

Greta se quedó mirando la ambulancia hasta que desapareció rumbo a la carretera. Mikael se acercó por detrás y le tocó la mano.

—¿Estás bien?

Ella lo miró. Luego, sin importarle que alguien los viera, se acurrucó en su pecho y, solo entonces, se permitió llorar.

CAPÍTULO 29

Hanna abrió los ojos y miró través de la ventana del Lasarett, cómo la lluvia lentamente iba empañando los cristales. Odiaba los hospitales y odiaba los días lluviosos. Si hubiese sido por ella, se habría largado hacía rato, sin embargo, el doctor que la había atendido apenas ingresó, le había explicado que aún tenía vestigios de triazolam en la sangre y que debía permanecer por lo menos veinticuatro horas en observación a causa de la sobredosis que había sufrido.

Nunca en su vida se había sentido tan estúpida. Lo último que recordaba era haberse desvanecido en los brazos de Evert. Cuando despertó y le comunicaron que se encontraba en el hospital, no entendía qué había ocurrido. Pero, gracias a su madre, terminó enterándose de que había sido Evert el que la había dejado en aquel estado antes de verse acorralado por la policía. El estado de confusión no le permitió ordenar las ideas en su cabeza durante un buen rato. Luego, cuando empezó a recuperarse, las piezas fueron encajando poco a poco: el comportamiento extraño de Greta esa noche, la inquietud que había percibido en Evert y cosas que ahora veía con otros ojos: el interés velado por saber de los crímenes, su reticencia a pasar la noche con ella la primera vez que lo había invitado a su casa...

Sacudió la cabeza. Le parecía un juego macabro del destino todo lo que había ocurrido. ¿Cómo era posible que hubiese estado al lado de un perverso y un asesino sin darse cuenta? ¿Tan ciega había estado o había sido su acuciante necesidad de enamorarse la que la había vuelto tan crédula?

Envidiaba la sagacidad de Greta.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

Con paso cansino, regresó a la cama y se acostó. Se acomodó el pelo. Le habría gustado tener un espejo a mano para revisar su aspecto. Seguramente estaría hecha un

desastre.

—Adelante.

Greta entró a la habitación con un enorme globo color púrpura que decía: «Recupérate pronto». Lo ató a la pata de la cama y se acercó.

—¿Cómo estás? —Hizo un enorme esfuerzo por sonreír, pero todavía le duraba la zozobra de la noche anterior.

Hanna soltó un suspiro.

—Supongo que bien. Aunque me sentiría mucho mejor si mi amiga del alma me abrazara.

A Greta ahora le costó contener las lágrimas. Ambas se fundieron en un largo abrazo y, antes de separarse, Hanna le susurró al oído:

—Gracias.

—No tienes que dármelas —le dijo mientras le acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Si no hubiese sido por ti, ese malnacido de... ¡Dios, amiga, ni siquiera puedo decir su nombre!

—Ya no pienses más en ello; todo terminó por fin.

La rubia la miró fijamente.

—¿Cuándo lo supiste?

—Demasiado tarde —reconoció.

—No fue tu culpa que me fijara en el hombre equivocado.

—Tampoco tuya. Evert se acercó a ti con un solo propósito: estar al tanto de los avances de la investigación. Lo intentó conmigo, pero no le funcionó, así que se aprovechó de tu interés por él para sonsacarte información sin que te dieras cuenta, por supuesto.

Hanna asintió.

—Siempre lograba tirarme de la lengua y aparentar que era yo la que quería hablar del asunto. Lo que tiene de perverso lo tiene de inteligente.

—Así es. Lamento que hayas tenido que pasar por todo esto. No podía decirte la verdad sin ponerte en peligro y, al final, ocultarte las cosas no previno lo que sucedió.

—Tocó la venda que Hanna tenía en el cuello—. Podría haberte matado... por mi culpa.

—Basta de culpas. Por fortuna, ambas estamos bien y, según supe, se lo debemos a un apuesto teniente de cabello dorado y seductores ojos azules. —Le sonrió pícaramente—. ¡Stevic es mi héroe!

Greta se echó a reír. Era increíble que después de la experiencia vivida, su amiga tuviera ánimos para bromear.

—Es verdad, Mikael logró reducir a Evert justo antes de que... bueno, mejor no hablemos más del asunto, no tiene caso —sugirió.

—Mi madre acaba de irse. Ha preguntado por ti y el Club de Lectura. Está ansiosa por que empiece.

—Cuando pase la firma y todo esté más calmado, me pondré a programar la nueva temporada.

—¿Interrumpo?

Ambas guardaron silencio cuando Niklas se asomó por la puerta.

—Ven, pasa —lo invitó Hanna.

—¿Cómo te sientes?

—¿Además de ilusa y estúpida? Bastante mejor.

—¡Hanna, no digas eso! —la reprendió su amiga.

—Me alegro de que te estés recuperando. —Miró a la pelirroja—. Greta, he venido a buscarte.

—¿A mí? ¿Por qué?

No sabía si decirlo delante de Hanna.

—Entérate de que no tiene secretos conmigo —le informó la rubia cuando se dio cuenta de su reticencia a hablar estando ella presente.

—Es Gordon, se ha negado a declarar y dice que solo hablará contigo.

Greta se levantó de un salto de la cama.

—¿Conmigo?

Niklas asintió.

—No tienes por qué hacerlo.

Miró a Hanna, esperando quizá su aprobación o su disconformidad.

—Es tu decisión.

—¿Segura?

—Por supuesto.

Se inclinó para darle un beso en la frente. Luego se dirigió a Niklas.

—Lo haré. Si Evert quiere hablar conmigo, estoy dispuesta a escucharlo.

Abandonaron la habitación del hospital bajo la atenta mirada de Hanna.

* * *

—No deberíamos permitirlo —renegó Mikael después de oír el absurdo pedido que había hecho Evert Gordon.

—Yo tampoco estoy de acuerdo —lo respaldó Karl—. Tenemos pruebas suficientes para meterlo en prisión hasta que se pudra, ni siquiera necesitamos de una confesión. —No solo tenía las fotos y el broche de Kerstin en su poder, también habían hallado el calcetín amarillo y su huella estaba en la fotografía que Greta había encontrado en casa de la niña. Además, tenían el arma homicida.

Nina los observó. Después de que Gordon se rehusara a declarar y exigiera hablar con Greta, parecía que ambos habían dejado sus diferencias a un lado.

—Sabes tan bien como yo que el sujeto no va a confesar. Según sus propias palabras, él no hizo nada malo. Si quiere hablar con Greta, es por alguna otra razón.

—Espero que mi hija, por una vez en la vida, tome la decisión correcta. —Miró de soslayo a Stevic y el teniente se hizo el desentendido.

En ese momento, Greta ingresó a la comisaría acompañada por Niklas.

Karl les salió al paso.

—Tenía la esperanza de que no vinieras. —Le acarició el rostro—. Hija, ¿qué puede decirte ese sujeto que no sepamos ya? Además, en una hora, será trasladado a Orsa.

Greta miró a Mikael para ver si él estaba de acuerdo con su padre. Por la expresión preocupada en su rostro, tampoco le agradaba lo que estaba a punto de hacer.

—Papá, sé que las pruebas en su contra son condenatorias, sin embargo, hay algunas cosas que me gustaría que me contara, y creo que está dispuesto a hacerlo. Me conoces, no me gusta dejar cabos sueltos. No sé de quién lo habré heredado. —Le sonrió.

—No se puede discutir contigo, ¿eh?

—Soy digna hija de mi padre —dijo mirando a los demás.

Mikael dio un paso al frente.

—Te acompaño. —No iba a aceptar un no como respuesta.

Karl ni se inmutó. Prefería que su hija no pasara aquel trance sola.

—Lo haremos en la sala de interrogatorios —le indicó cuando estaban llegando al final del pasillo.

Greta asumió que su padre, Nina y Niklas observarían todo desde el cuarto contiguo.

—Me parece bien.

Él le abrió la puerta y le pidió que esperara dentro.

—Regreso enseguida. —Antes de salir, se volteó—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Asintió moviendo enérgicamente la cabeza.

—Tenía que preguntarlo una vez más...

Cuando se quedó sola, miró el cristal en la pared. Sonrió, imaginándose a su padre del otro lado.

Unos minutos después, Mikael regresó con Evert.

—Siéntate —le ordenó el teniente.

El reo obedeció. Luego miró a Greta fijamente. Ella prefirió quedarse de pie.

—Pensé que no ibas a venir.

—No iba a hacerlo, pero hay algunas cosas que quiero saber. —Se cruzó de brazos—. Si me has traído hasta aquí, espero que aclares mis dudas.

—Yo no te he traído, Greta. Ha sido tu curiosidad la que te ha arrastrado hasta mí. —Entornó los ojos y le sonrió—. ¿Sabes? No puedo dejar de imaginarme cómo eras cuando tenías ocho, tal vez, nueve años...

Un escalofrío helado subió por su columna vertebral cuando vio que se frotaba la entrepierna.

—No vamos a hablar de mí, Evert. No he venido a eso.

—Lástima, habría sido interesante saber a qué jugabas cuando eras niña, qué te hacía feliz, qué te hacía llorar. —Subió las manos encima de la mesa y miró con fastidio a Mikael—. Creí que estaría a solas contigo, Greta.

—Imposible —respondió Stevic.

Lo miró con desdén.

—¿Eres su perro guardián?

Mikael apretó los puños con fuerza para contener las ganas de golpearlo.

—Evert, hablemos como si estuviéramos solos, ¿te parece?

—De acuerdo. Dime qué quieres saber y te lo diré.

Greta se dio cuenta de que aun con las esposas y a punto de recibir una condena de por vida, se sentía el dueño de la situación. Había sido él quien la había llamado y ahora actuaba como si hubiese sido al revés.

—Mattias Krantz, háblame de él —le pidió.

Evert se rio.

—Mattias... no era más que un pusilánime. Un muchacho insípido y sin personalidad. Lo conocí en una sala de *chat*. A decir verdad, yo lo inicié en el arte de amar a los niños. Era justo lo que andaba buscando.

—Alguien a quien pudieras manipular a tu antojo —repuso Greta.

—Exacto. Me atrajo de él su carácter sumiso.

—Apuesto que no te costó nada convencerlo para que secundara tu macabro propósito —aseveró Greta.

—Mattias era la persona idónea para llevar a cabo mi plan. Había pasado

demasiado tiempo reprimiendo lo que de verdad sentía. Unirse a mí, fue... como liberarse. Conmigo no tenía que fingir como lo hacía con los demás.

—Cuéntame lo que pasó, quiero saberlo. —Poco a poco empezaba a entender el mecanismo de aquella perversa alianza.

—Y yo me muero por contártelo.

Mikael la observó. Se sorprendió por la forma en que Greta se manejaba frente a Gordon. Aparentaba serenidad y una fortaleza de hierro, aunque sabía que, en el fondo, estaba asustada.

—Después de todo, si estoy aquí, encerrado entre estas inmundas paredes, es por tu causa. —Se dirigió a Mikael—. Convengamos, teniente, que si no hubiera sido por Greta, dudo que me hubiesen atrapado. ¿Qué siente la policía cuando alguien más hace su trabajo? —se burló.

—No voy a caer en tu juego, Gordon —le advirtió.

Ni siquiera lo miró. Volvió a prestarle atención a quien realmente le interesaba.

—¿Por dónde íbamos? ¡Ah, ya sé! —Extendió el brazo—. ¿Por qué no te sientas, Greta? Es una larga historia...

—Estoy bien así —le respondió, cortante.

En vez de enojarse, Evert se mostró complacido.

—Bien, como ya te dije, contacté a Mattias en el *chat* de Cacería Virtual. Era un novato y poco a poco fue soltándose conmigo. Creo que le inspiré confianza desde el primer momento.

—Se sintió cómodo contigo.

—Así es. —Se reclinó en la silla—. Me contó que había conocido a una niña, que había empezado a seguirla, a obsesionarse con ella de tal manera que ya no podía dormir por las noches. Iba todas las tardes al parque para filmarla, pero nunca se había atrevido a acercarse a ella. Eso cambió pronto. Un día, alguien llamó a la tienda donde trabajaba arreglando ordenadores. Cuando reconoció la dirección, se ofreció a ir él mismo. No iba a perder la oportunidad de estar cerca de Kerstin. —Se detuvo para relamerse los labios.

—Continúa —lo exhortó Greta.

—Esa noche, me contó, sumamente excitado, que le había regalado una pulsera y que haber tocado sus pequeñas manos no se comparaba a nada de lo que había imaginado. Me confesó que había tenido una erección... —estudió la reacción de Greta—. Su obsesión aumentó y ya no podía controlarse. Me mandó una foto de Kerstin en el parque: comprendí por qué se había obsesionado con ella. Era preciosa, con el cabello rojo y unos enormes ojos azules. Supongo que así te verías tú a esa edad.

Trató de hacer caso omiso al comentario.

—¿Qué hay del video de Kerstin en el parque? ¿Era lo que buscabas el otro día en su apartamento? Querías tenerlo de recuerdo.

No le respondió, prefirió seguir con el relato.

—Entonces, le dije que podía hacer más que tocar su mano. Urdimos un plan. Le habló de mí, diciéndole que podía cumplir su sueño de ser modelo. Atraerla fue muy fácil. Le tomé algunas fotografías en la cabaña de Mattias y, así, nos ganamos su confianza.

—Luego le pediste que la secuestrara.

Evert asintió.

—Mattias la trajo esa tarde para sacarle más fotos, pero ya no me conformaba con verla a través de la lente. —Cerró los ojos un instante, como si estuviera reviviendo el momento en su mente—. Necesitaba probarla y sé que Mattias también lo deseaba.

—¿La atacaste allí?

—Kerstin se resistió. Cuando se dio cuenta de lo que en realidad estaba pasando, intentó escapar. No quería lastimarla, pero no podía permitir que se fuera. Fue solo un golpe para mantenerla controlada.

—¿Qué hicieron luego?

—La llevamos a mi casa. La cabaña ya no era un lugar seguro. La temporada de caza acababa de empezar y había muchos cazadores merodeando la zona.

—¿Tú eras el del video, verdad?

—Sí. Le tocaba a Mattias estar al otro lado de la lente. Nunca se atrevió a hacerle nada, solo nos miraba. Creo que incluso lo vi llorar. Durante el tiempo que Kerstin estuvo con nosotros, solo se limitaba a acariciarla.

—Él no quería lastimarla.

—Yo no estaba lastimándola... la estaba amando —dijo, algo molesto.

Greta, completamente asqueada por el relato de Evert, hizo la pregunta clave.

—¿Por qué la mataste?

—Porque ya no era la niña pura e inocente de la que me había enamorado.

—¿Mattias no hizo nada para evitarlo?

—No, solo se quedó viendo, como siempre lo hacía —respondió.

—¿Y qué pasó luego?

—Le pedí que la enterrara en el bosque y le hice jurar que nuestro secreto nunca saldría a la luz.

—Sin embargo, Mattias no cumplió su parte del trato.

Negó con la cabeza.

—El muy imbécil entró en pánico cuando encontraron el cuerpo de Kerstin en el

bosque. Me decía que ya no aguantaba el cargo de conciencia, que quería contarlo todo... El discípulo sumiso se volvió una molestia.

—Y debías eliminarlo —aseveró Greta.

—No tenía otra opción.

—Así, Mattias dejó de ser el cazador y pasó a convertirse en la presa.

—¿Acaso no somos todos, algunas veces, cazadores y, otras veces, la presa?

Aquella frase quedó revoloteando en su mente por unos segundos.

—Dime una cosa: encontré un diario en tu habitación. No habías escrito nada todavía. ¿Ya tenías a alguien más en vista, verdad?

Una sonrisa perversa curvó sus labios.

—Nunca te lo diré.

No hacía falta. Se dirigió hacia la salida.

—¿Ya te vas?

—No tengo nada más que hacer aquí. —Se volteó y le sostuvo la mirada—. Los tipos como tú me dan asco.

A Evert se le borró la sonrisa de la cara.

Greta salió. Se recostó contra la pared, cerró los ojos y respiró hondamente. Mikael la alcanzó enseguida.

—¿Fue duro, eh?

—Lo fue. —Sonrió, algo más relajada—. Gracias por quedarte conmigo.

—Creo que no te hice mucha falta. Supiste manejarte muy bien allí dentro.

—¿Te cuento un secreto? —Le tocó la mano, y Mikael entrelazó sus dedos con los de ella—. Siempre me haces falta...

Se moría por besarla, pero el eco de pasos y el murmullo de voces acercándose no se lo permitió.

EPÍLOGO

U nos días después.

Estaba nerviosa. Desde la inauguración de Némesis que no sentía aquella tensión en el estómago y el incontrolable temblor en las piernas. Era otra prueba de fuego a la que debía enfrentarse. Observó a Josefina, que sentada en uno de los sillones Chesterfield, charlaba animadamente con sus lectores. Había dispuesto todo en el área de lectura para mayor comodidad. Tenía muchas ilusiones puestas en aquel evento. Contar con la presencia de una de las nuevas voces de la novela negra, sin dudas, atraería a una importante cantidad de gente y tal vez engrosaría su lista de clientes. Hanna, quien poco a poco iba saliendo de su letargo, había armado una muy buena campaña publicitaria. También la editorial de Josefina se había encargado de promocionar la firma a nivel nacional, así que se esperaba una masiva concurrencia de público.

Lasse se le acercó.

—Es todo un éxito, prima. —Le dio una copa de *champagne*.

—*Nuestro* éxito —le aclaró.

Él sonrió, y brindaron por Némesis.

Vio a Niklas atravesar la puerta. Le hizo señas con la mano para que se acercara, y su primo decidió dejarlos a solas.

—Parece que todo marcha sobre ruedas. —Le dio un abrazo y luego se dedicó a contemplarla. Se había esmerado en su arreglo, y se notaba. Le daba pena que ni siquiera tuviera una oportunidad con ella.

—Estoy muy contenta. No lo habría hecho sin ti.

—No fue nada, Greta.

—Me dijo papá que te vas mañana.

—Sí, me reclaman en mi trabajo y, aunque quisiera, no podría alargar mi estadía en Mora —dijo con cierto aire melancólico.

—Pero volverás...

—No lo sé. He echado mis raíces en Estocolmo, y la única persona que, creo, podría retenerme aquí, no está disponible.

Greta se sonrojó.

—Niklas...

—No digas nada. Sé reconocer una derrota, y Stevic llevaba mucha ventaja.

Le sonrió y le acarició la mano.

—Eres un hombre maravilloso, apuesto a que tienes un tendal de pretendientes en la capital deseando tu regreso.

—Algo de eso hay. —Le guiñó el ojo—. Voy a saludar a Josefina. Creo que necesita un respiro, no para de firmar ejemplares.

Greta apretó la copa con fuerza cuando vio a Mikael entrando a la librería.

* * *

Karl observó la llegada de Stevic atentamente.

—¿Qué miras? —quiso saber Nina.

—Nada en particular —respondió.

Ella vio entrar a Mikael y luego dirigirse hacia el sector donde estaba Greta.

—No puedes impedir que se vean, Karl. Son amigos.

—Mientras sean solo eso, me parece bien —le aclaró.

Lo lamentaba por él, pero estaba segura de que Greta y su compañero ya no eran solo eso.

—Dejemos a Greta y a Mikael en paz, al menos por esta noche —sugirió, rozándole el brazo.

—Tienes razón. ¿Cenamos en mi casa?

Nina miró a la escritora.

—¿Y Josefina?

—No lo sé. Supongo que luego del banquete se irá al hotel o regresará a Estocolmo.

Le encantaba que no estuviera enterado de los próximos pasos de la mujer. Sonrió y le dijo:

—Yo llevo el vino.

* * *

Pernilla se abrió paso entre la fila de personas que esperaban con libro en mano una firma de Josefine Swartz. Ella también había comprado su ejemplar de *Misterio en la montaña*, aunque el precio le había parecido algo exagerado.

Cuando llegó su turno, se plantó delante de la mesita que le habían asignado a la autora y llamó su atención con un carraspeo.

—Buenas tardes. ¿A nombre de quién? —preguntó Josefine por enésima vez sin siquiera levantar la vista.

—Pernilla, mi nombre es Pernilla Apelgren —respondió.

La anciana retuvo el libro, obligando a la mujer a tener que mirarla.

—¿Quiere que le firme o no?

—Por supuesto, solo quería comentarle que yo también estoy escribiendo una novela y quería pedirle un consejo.

¡No, otra vez no!, pensó Josefine. Muchos escritores aficionados se le acercaban con el mismo planteo. Creían que, como ella había conseguido publicar y convertirse rápidamente en un *best-seller*, tenía el secreto del éxito.

—Me alegro por usted, Jemima.

—Pernilla —la corrigió.

Josefine se forzó a sí misma por sonreír. Miró la cola detrás de la anciana; los que esperaban estaban tan impacientes como ella por que se fuera.

—Se trata del crimen de dos mujeres en un pueblo pequeño. Una de ellas, una joven frívola y de fama dudosa...

—Suenan muy interesantes —la interrumpió—. Me encantaría ayudarla, pero, como verá, no puedo dedicarme solamente a usted.

—¿Cree que le podrá interesar a su editor? —insistió Pernilla.

La otra respiró hondamente y contó hasta tres. No podía ser descortés, menos delante de los demás lectores que esperaban una firma suya.

—No lo sé, Jemima...

—Pernilla —la volvió a corregir.

—No sabría decirle, Pernilla.

—Mi novela se llama *La redención y la muerte* —le explicó.

Horrible, pensó Josefine.

Por fortuna, Niklas apareció y la salvó de la molesta anciana.

—¿Una lectora demasiado efusiva? —le preguntó él, conociendo su escasa paciencia.

—¡Peor! ¡Una aspirante a escritora!

Niklas soltó una carcajada.

—¿Sabes qué título le ha puesto a su novela?

—¿Cuál?

—*La redención y la muerte*. ¿Puedes imaginar un título más ridículo?

* * *

La firma terminó siendo un rotundo éxito y duró más de lo esperado. Greta observaba encantada el desfile de gente que se movía de un lado a otro por toda la librería mientras disfrutaban del refrigerio que consistía en una variedad de platos dulces y salados. Su padre hacía rato que se había esfumado con Nina. Hanna se había reencontrado con un viejo amigo de la infancia y no tardó tampoco en abandonarla. Niklas seguía haciéndole compañía a Josefina, quien, a pesar del cansancio y su cara de vinagre, estaba contenta por cómo había salido todo.

Ella también estaba exhausta. Se miró los pies. Ya no soportaba los zapatos de tacones altos que Hanna había insistido en que se pusiera. Para colmo de males, el vestido que llevaba le quedaba demasiado ajustado y no la ayudaba en nada a disimular el par de kilos de más que tenía. Debía volver a su rutina diaria de ejercicios. El resfriado ya no era excusa para no levantarse y salir a correr.

Muchos de los presentes ya se estaban yendo. Saludó a Jenny Ulsteen con la mano. Había sido bueno volver a verla. Buscó a Mikael. No estaba por ningún lado. ¿Se habría marchado? ¿Y sin decirle adiós? Divisó a Peter Bengtsson y a su compañera en un rincón. Se acercó a ellos.

—Peter, ¿has visto a Mikael?

—Andaba por acá hace un rato —le dijo el muchacho.

Se dirigió a Miriam.

—¿Y tú?

La muchacha se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez se ha ido —respondió incapaz de ocultar sus celos.

Cuando Greta los dejó a solas, Peter se bebió el *champagne* de un trago para darse coraje.

—Miriam, es inútil que sigas desperdiciando tu tiempo. El teniente Stevic nunca se fijará en ti. Está casado y, como si fuera poco, solo tiene ojos para la hija del inspector. Deberías mirar un poquito a tu alrededor y te darías cuenta de que hay más

hombres en el horizonte.

Ella lo miró fijo.

—¿Estás tratando de decirme algo, Bengtsson?

Tragó saliva. Era ahora o nunca.

—¿Te gustaría que fuéramos a tomar algo? Conozco un pequeño *pub* en las afueras del pueblo...

—¿Conduces tú o yo?

A Peter era lo que menos le importaba en ese momento. ¡Lo había logrado! Finalmente, había invitado a salir a la chica que le gustaba. Esperaba poder ver a Niklas antes de que regresara a Estocolmo para darle las gracias por sus consejos.

* * *

Cerca de las diez, Némesis quedó vacía. Solo quedaban ella y Lasse, quien había prometido quedarse hasta el final para ayudarla a ordenar.

—¿Por dónde empezamos?

—Primo, puedes irte. Es sábado a la noche y seguro tienes planes —le dijo al tiempo que se masajeaba los músculos del cuello.

—¿Segura?

—Segura.

Lo acompañó hasta la puerta y luego puso el cerrojo. Después de estar atestada de gente, la librería le pareció más vacía que nunca. Se sintió tremendamente sola. Todavía no entendía por qué Mikael había desaparecido sin siquiera despedirse. ¿Habría tenido que salir por algo relacionado con Pia?

Se quitó los zapatos y se soltó el pelo. Apagó las luces, luego subió al apartamento. Le esperaba otra noche de sábado arrebujaada en el sofá con una buena novela de misterio. No podía quejarse.

Miss Marple de inmediato demandó su atención. La subió al hombro y, pesar de estar cansada, jugó un rato con ella. Cuando fue a cerrar las cortinas, se dio cuenta de que el auto de Mikael continuaba allí.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando alguien golpeó a la puerta. Se arregló el pelo lo mejor que pudo, aunque no se volvió a colocar los zapatos.

Cuando abrió, vio a Mikael con una botella de *champagne* en la mano y un par de copas en la otra.

—Cortesía de uno de los camareros encargados del *catering* —le anunció—. ¿Vas

a invitarme a pasar?

Ella sonrió y abrió un poco más la puerta para dejarlo entrar.

Parecía que, después de todo, aquel sábado no sería como todos los demás.



LENA SVENSSON. Nacida en Argentina (1974), es uno de los seudónimos que se esconde detrás de la autora Andrea Milano, quien también escribe usando los seudónimos de Breeze Baker y Sienna Anderson.

Lena es una apasionada de la lectura, del cine, la fotografía y el diseño. Ama escribir y su mayor sueño ha sido siempre ver publicadas sus obras, sueño que se realizó hace ya unos años cuando se publicó su primera novela en el sello La Educación Sentimental de Editorial Vestales.

La redención y la muerte es su primera novela publicada con el seudónimo de Lena Svensson, además de ser una novela que se sale de todos los géneros que la autora ya ha transitado. Con esta historia, Lena nos trae una novela negra ambientada en la fría y enigmática Suecia con una protagonista diferente, Greta Lindberg que seguramente no pasará desapercibida a sus lectores.

Un año más tarde, llega el segundo caso de Greta Lindberg; *El cazador y la presa*, donde la autora dialoga con otros autores de la novela negra para construir en Mora la mejor tradición policial escandinava: inteligente, cruel, lleno de acción y hasta con una ligera candidez.

El ángel y el infierno nos trae otra trama perfecta para el tercer caso de Greta Lindberg: sagaz, irreverente, llena de guiños a otros autores de misterio. Una trama que transita el sutil borde entre la serenidad de un ángel y la eclosión del infierno.